

Historia, figuración y performatividad

Crítica y persistencia de la narración en la Nueva Filosofía de la Historia

Autor:

La Greca, María Inés

Tutor:

Tozzi, Verónica

2013

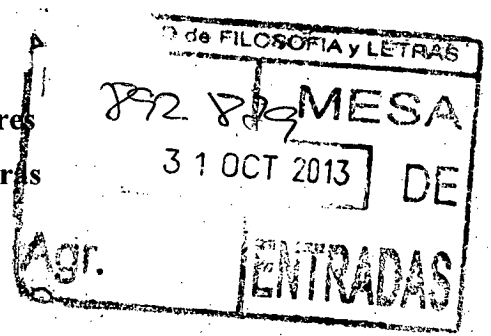
Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Letras

Posgrado

Tesis 19-1-19

Tesis
19.1.19

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras



Tesis de Doctorado

“Historia, figuración y performatividad: Crítica y persistencia de la narración en la Nueva Filosofía de la Historia”

Doctoranda: María Inés La Greca

Inscripción al Doctorado CD 3703/08, Exp. 843.496/08.

Directora: Dra. Verónica Tozzi

Consejera de Estudios: Dra Verónica Tozzi

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

2013

El relato no hace ver, no imita: la pasión que puede inflamarnos al leer una novela no es la de una «visión» (de hecho, nosotros no «vemos» nada), es la del sentido, es decir, de un orden superior de la relación, que posee, también él, sus emociones, sus esperanzas, sus amenazas, sus triunfos: «lo que pasa» en el relato no es, desde el punto de vista referencial (real), *nada*, lo que «adviene» es únicamente el lenguaje, la aventura de lenguaje, cuya llegada no cesa de ser festejada. Aunque no se sepa casi nada más sobre el origen del relato que sobre el origen del lenguaje, se puede razonablemente adelantar que el relato es contemporáneo del monólogo, creación, aparentemente, posterior a la del diálogo; en todo caso, sin querer forzar la hipótesis filogenética, puede ser significativo que sea aproximadamente en la misma época (alrededor de los tres años) que el hombrecillo «inventa» al mismo tiempo la oración gramatical, el relato y el Edipo.

Roland Barthes

Agradecimientos

Escribir los agradecimientos que deseo expresar con motivo de esta tesis doctoral me condució a pensar en los dos últimos años de mi vida, que estuvieron particularmente marcados por la ardua tarea de escribir esta investigación, de diseñar su estructura, de determinar sus cuestiones más relevantes, de identificar mi pregunta filosófica a lo largo de tantos años dedicados a estas lecturas... reconocer una cuestión filosófica que me convoca y escribirla mostraron ser una y la misma tarea: la escritura me mostró qué preguntas me estaba formulando, no sin trabajo, angustia, duda pero mucho deseo también. Dos años de preguntar y escribir llegan hoy a ser esta tesis, esta escritura. Dos años que ameritan agradecer mucho a muchos.

En primer lugar, quiero agradecerle a mi directora, Verónica Tozzi por los últimos casi diez años de formación como investigadora a su lado. Agradecerle que haya visto en mí una promesa y me haya entregado todo para que persiga su cumplimiento. "Generosidad" es la palabra que la define: entregada como pocos a la tarea de formar una comunidad de filósofos, a iniciarnos a todos los que la rodeamos en el camino de la filosofía, la academia y a la investigación, nos enseñó todo y transmitido todo para constituirnos en licenciados, doctores, docentes, investigadores. Y entre sus mejores enseñanzas se encuentra la imposibilidad de distinguir el trabajo en comunidad del afecto. A vos, Verónica, te dedico esta investigación, de la que sos parte fundamental, fruto de años compartidos, de un afecto auténtico y de tu generosidad infinita.

Quiero también agradecer profundamente a quien es protagonista central de esta investigación desde hace años, pero que particularmente desde los últimos dos se ha vuelto un vínculo personal, profundo, que excedió mis altas expectativas de años de leerlo y estudiarlo cuando se transformó en un interlocutor de carne y hueso, un habilitador, un apoyo insuperable, un amigo, un ser querido: a Hayden White, *my beloved Hayden*, quien me abrió en su lectura a un mundo de cuestiones existenciales acuciantes y apasionantes y luego, en nuestros diálogos permanentes, en persona y a distancia, compartió esas búsquedas y pasiones conmigo, y me regaló algo más: la compañía en la búsqueda de una voz propia en la escritura. Si hay en este texto alguna voz propia, es a mi querido Hayden a quien se la debo.

Quiero agradecer profundamente a todos mis compañeros de *Metahistorias*, con quienes he transitado ya casi una década de lecturas compartidas, viajes, diálogos personales y filosóficos, y que han significado siempre para mí el mejor ámbito para la interlocución: un hogar filosófico, una comunidad, una familia académica. Quiero agradecer a Nicolás Lavagnino, mi primer gran compañero de interlocución filosófica, todos estos años de trabajo compartido, de lecturas mutuas, de escrituras comentadas, de profundo diálogo intelectual. Entre las personas del mundo filosófico a las que estoy agradecida, a vos te debo el apoyo constante en el desarrollo de mi pensamiento narrativista y la lectura crítica y generosa de mi escritura académica, sin la cual mucho de esta tesis no habría terminado de adquirir su forma. Quiero agradecer también a María Martini su valiosa amistad y su invaluable calidad humana para la vida académica y no académica. También agradezco el alegre y constante compañerismo de Moira Pérez, Omar Murad, Federico Li Rosi, Gabriela Dranosky, Gilda Bevilacqua, Santiago Silverio, y demás compañeros actuales, anteriores y futuros de este maravilloso grupo de personas que se reúnen alrededor de Verónica Tozzi a trabajar como un verdadero equipo de investigación.

De *Metahistorias* he recibido muchísimo, y en particular en estos últimos años he descubierto que el compañerismo también puede ser germen de una maravillosa amistad: a Natalia Taccetta, Mariela Solana, Mariela Zeitler Varela y a mí, un viaje en micro a algunas jornadas en Neuquén nos llevó como compañeras de investigación y nos devolvió amigas. Estos dos años han estado marcados por esa alegría sin fin del cuarteto maravilloso que hemos formado... tantas risas, tantas juntadas, tantas experiencias nuevas, tanto compartir y necesitarnos... estos dos años no hubieran sido tan plenos de amistad y cariño sin ustedes. Agradecer no me alcanza... decirles que las adoro se acerca un poco más.

En el terreno de la amistad he tenido una fortuna sin igual, que claramente explica esta sensación constante de apoyo y respaldo en todo lo que emprendo. A mis amadísimos amigos Cinthya Diciano, Emilse Castro, Emiliano Marelo, Elsa Drucaroff, Alejandro Horowicz y Cristian Alten también les dedico esta tesis. Pero un agradecimiento extra se merecen Gisele Iovine y Juan Pablo Soto Méndez que a lo largo de estos últimos dos años, pero especialmente, de este largo año de tesis doctoral, han sido los primeros a mi lado, siempre pendientes de darme energía, afecto y un oído en el que descargar frustraciones y esperanzas que esta escritura provocaba. A ellos dos, muchas gracias.

Y la fortuna también me ha acompañado desde mis primeros segundos, trayéndome a una familia que ha acompañado, apoyado, sostenido, entusiasmado y festejado cada una de las tareas que desde niña emprendí. A mis abuelas Nãta y Susana, mis hermanos Juan, Pablo y Luz, a mis cuñadas Débora y Noelia, a los preciosos Juan Cruz y Lupe, a mi familia toda le agradezco haber sido y seguir siendo el centro de mis fuerzas y seguridades, el descanso cariñoso ante mi cansancio laboral, el hogar siempre cálido, siempre presente, siempre seguro, al que no sólo siempre puedo volver, sino que siempre voy a pertenecer.

A mamá y papá, que me dieron la vida no sólo trayéndome a este mundo, sino amándome infinitamente... deuda infinita la de la vida... más infinita la de la vida feliz... deuda que se transforma para mí en el deseo infinito de cuidar de ellos hoy y siempre, estar cuando me necesiten, volverme apoyo y sostén para todo lo que necesiten, llevarles siempre la alegría de mi visita que les diga siempre que los vea que de lo más profundo de ustedes, nunca me fui.

A Nicolás, mi amor... pienso en dos años y pienso en la felicidad de pequeños, continuos, crecientes, enormes, maravillosos momentos que trajiste a mi vida. Aprendí con vos a amar y ser libre, a disfrutar ahora y no mañana, a sentir que desde el segundo en que nos hablamos por primera vez compartíamos el mismo lenguaje, el mismo profundo código, una comprensión profunda vivida en horas de charlas y caminatas y comidas con amigos... pero también en los más felices y maravillosos silencios del entendernos sin hablarnos, del estar juntos aún cuando no lo estamos. La maravillosa novedad inesperada de dos islas unidas por un relato de amor, que en su ser dos islas son libres... y que en esa experiencia feliz de la libertad, no dejan de escribir la historia que es el puente que las une. Gracias por darme la cotidianidad de una calma feliz a la que pude volver una y otra vez cuando la angustia de la escritura se hacía carne y las caricias ante las que todo se relativiza, o mejor que nunca se entiende. Gracias por darme la libertad para ser la mujer que quiero ser, a tu lado.

Índice

1- Introducción: Hayden White, Metahistoria y el “narrativismo” como Nueva Filosofía de la Historia -----	6
2- Contexto problemático: crítica y paradoja de la narración histórica -----	65
3- La aceptación irónica de la narración histórica: White y la teoría literaria; Ankersmit y el giro lingüístico -----	103
4- El <i>giro tropológico</i> de la Nueva Filosofía de la Historia -----	158
5- El rechazo romántico de la narración histórica: White y el acontecimiento modernista; Ankersmit y la experiencia histórica sublime -----	195
6- Ironía, romance y persistencia de la narración: el <i>giro tropológico</i> como <i>giro performativo</i> -----	223
7- Historia, figuración y performatividad -----	276
Bibliografía -----	307

1- Introducción: Hayden White, *Metahistoria* y el narrativismo como Nueva Filosofía de la Historia

1.1. Objetivos y estructura de la tesis

La presente investigación se propone contribuir a la reflexión acerca del carácter narrativo del discurso histórico en el marco de la denominada *Nueva Filosofía de la Historia*. Este programa de investigación se considera iniciado por la figura de Hayden White, con la publicación de su celebrada obra de 1973 *Metahistoria, La imaginación histórica en la Europa del Siglo XIX* (White, 1992).

En primer lugar, la investigación se propone: a) reconstruir las tesis fundamentales de White; b) reconstruir y evaluar las principales críticas que se le han dirigido; y c) relevar el nuevo marco de indagación de la historia, su práctica y su escritura que emerge junto a White y la polémica que su obra suscita, i.e., la Nueva Filosofía de la Historia.

En segundo lugar, esta investigación se propone enmarcar la producción teórica whiteana en un contexto problemático más amplio que permite comprender: a) las influencias y recursos teóricos que hacen a su posición filosófica específica; y b) el problema filosófico general que la relación entre narración e historia plantea para la Nueva Filosofía de la Historia. Al relevar la profunda crítica y reflexión a la que se ha sometido a la narración histórica dentro y fuera del ámbito de la filosofía de la historia (tanto antes como durante el desarrollo de las tesis whiteanas) podemos identificar aquel problema filosófico general como *la paradoja de la narración histórica*. Esta paradoja sintetiza la necesidad de White de posicionarse respecto de las críticas efectuadas a la narración histórica desde la filosofía anglosajona de la historia y desde la teoría literaria contemporánea, críticas por las cuales se pone en cuestión el vínculo entre la representación histórica y el modo de discurso narrativo.

¿Cómo se puede defender la pertinencia de la narración para la representación de la historia luego de tales críticas? Esta tesis doctoral encuentra una respuesta en la interpretación del espíritu filosófico de la Nueva Filosofía de la Historia en su momento fundacional como una *aceptación irónica de la narración histórica*. Se muestra que White y Ankersmit ofrecen sendas teorizaciones de la representación narrativa del pasado desde una posición irónica, es decir, auto-crítica, producto de su adopción de una perspectiva centrada en la indagación del modo en que el lenguaje funciona como un instrumento de dotación de significado. Este tercer momento de la investigación arriba, como primera conclusión parcial, a la identificación de un *giro tropológico* constitutivo de las reflexiones de la Nueva Filosofía de

la Historia, giro que da cuenta de esa aceptación irónica. Ahora bien, la indagación avanza también hacia la reconstrucción de la última etapa de la obra de White y Ankersmit en la que la actitud de aceptación irónica de la narración histórica parece virar hacia una posición distinta, que denomino *rechazo romántico*. White propone un estilo *anti-narrativo* de representación de los acontecimientos paradigmáticos del siglo XX, semejante al modernismo literario de Proust, Woolf y Joyce. Ankersmit, sostiene la necesidad de recuperar la problematización de la conciencia histórica, a partir de la postulación de la noción de *experiencia histórica sublime*. Si bien se trata de dos propuestas distintas, ambos teóricos de la historia compartirían una misma motivación: el interés de trascender el marco narrativo convencional al interior del cual pensaron la representación histórica.

La lectura de la Nueva Filosofía de la Historia como enmarcada en la paradoja de la narración histórica, oscilando entre un primer momento de aceptación irónica y un posterior giro hacia un rechazo romántico, nos habilita a pasar al cuarto y último momento de esta investigación. Este último movimiento muestra que la ambivalencia hacia la narración histórica identificada en los últimos trabajos de White y Ankersmit puede ser reconsiderada si retornamos al núcleo filosófico -específicamente whiteano- que engloba sus indagaciones en un mismo programa de investigación, i.e., el giro tropológico, para pensarlo en profundidad y postular que *se trató de un giro no solo tropológico, sino también, e indisolublemente, de un giro performativo*. La tesis propone reinterpretar uno de los problemas que White consideró fundamentales: la persistencia de la narración para la representación de la historia. De este modo, la íntima relación entre la figuración y la performatividad nos permite repensar la pertinencia, utilidad y efectos de seguir escribiendo relatos acerca del pasado.

La tesis se encuentra organizada en cuatro partes. En primer lugar, corresponde reconstruir las tesis fundamentales de Hayden White que inauguran el marco teórico de la Nueva Filosofía de la Historia. Esta reconstrucción requiere, a su vez, un relevamiento y evaluación de las principales críticas que fueron formuladas a *Metahistoria*, principalmente, y a las siguientes publicaciones de White, *Tropics of Discourse* y *The Content of the Form* (White, 1978 y 1987) Dentro de esta primera parte, la tesis enmarca la producción teórica whiteana en un contexto problemático más amplio: la profunda crítica y reflexión a la que se ha sometido a la narración histórica dentro y fuera del ámbito de la filosofía de la historia tanto antes como durante el desarrollo de las tesis whiteanas. Esto me permite formular el problema filosófico de *la paradoja de la narración histórica*, que a su vez nos conduce a las influencias y recursos teóricos que hacen al contexto en el que surge la propuesta whiteana específica.

La segunda parte de la tesis se ocupa del marco teórico propiamente dicho de la Nueva Filosofía de la Historia, focalizando la emergencia, a través de la problematización del carácter narrativo de la historiografía, del *lenguaje histórico* como *nuevo objeto de estudio* de la filosofía de la historia. Se indagarán los recursos teóricos acerca del lenguaje que White y Ankersmit incorporan a sus reflexiones: la teoría literaria y el giro lingüístico de la filosofía del lenguaje y la ciencia, respectivamente. Por medio de este análisis, se justifica la caracterización de ambas propuestas teóricas como conducentes a una *aceptación irónica de la narración histórica*. La identificación de este posicionamiento respecto de la relación entre historia y narración por parte de White y Ankersmit luego de la crítica a la que dicha relación fue sometida será continua con la interpretación del núcleo teórico-filosófico específicamente whiteano de la Nueva Filosofía de la Historia como un *giro tropológico*.

En la tercera parte, la tesis muestra que la original actitud de aceptación irónica de la narración histórica parece virar hacia una *rechazo romántico* en la última etapa de la obra de White y Ankersmit: con la propuesta del estilo *modernista/anti-narrativo* de representación de los acontecimientos paradigmáticos del siglo XX en White; y con la postulación de la noción de *experiencia histórica sublime* como rehabilitación de una orientación especulativa de la filosofía de la historia, en Ankersmit. En este momento se evalúan las razones por las cuales ambos filósofos parecen interesados en pensar modos de trascender el marco narrativo convencional al interior del cual pensaron la representación histórica. Tal interés refuerza la paradoja de la narración histórica señalada en la primera parte y desafía el objetivo de esta tesis de argumentar acerca de una continuación y profundización del marco teórico de la Nueva Filosofía de la Historia.

La reaparición de la paradoja de la narración histórica y la aparente oscilación de White y Ankersmit entre un primer momento de aceptación irónica y un posterior rechazo romántico, nos conduce al último momento de esta tesis. En la cuarta parte, se propone un retorno al núcleo filosófico del programa de investigación de la Nueva Filosofía de la Historia, que denominamos *giro tropológico*, para postular que es mejor interpretado y proseguido como un *giro performativo*. En este momento, ulteriores elaboraciones teóricas de White de corte eminentemente práctico darán indicios para la relectura performativa que esta investigación persigue. La tesis culmina reinterpretando el problema de la persistencia de la narración para la representación de la historia a partir de la indagación de la figuración y la performatividad: el discurso histórico es pensado como acto de habla situado, como modo de uso del lenguaje que produce performativamente nuevas representaciones del pasado a partir de convenciones figurativas narrativas disponibles. Así, figuración y performatividad dan

cuenta de la *persistencia de la narración para la historia* en la medida en que todo intento de escritura del pasado se revela, en su situacionalidad, como una *reescritura* a partir de los recursos lingüísticos disponibles para (y más o menos autocríticamente asumidos por), el historiador.

A las cuatro partes en que se estructura la presente tesis corresponde la siguiente organización en capítulos:

1. Introducción: Hayden White, Metahistoria y el *narrativismo* como Nueva Filosofía de la Historia
2. Contexto problemático: crítica y paradoja de la narración histórica
3. La aceptación irónica de la narración histórica: White y la teoría literaria; Ankersmit y el giro lingüístico
4. El *giro tropológico* de la Nueva Filosofía de la Historia
5. El rechazo romántico de la narración histórica: White y el acontecimiento modernista; Ankersmit y la experiencia histórica sublime
6. Ironía, romance y persistencia de la narración: el *giro tropológico* como *giro performativo*
7. Historia, figuración y performatividad

La primera parte abarca los capítulos 1 y 2; los capítulos 3 y 4 corresponden a la segunda parte; el capítulo 5 contiene la tercera parte de esta investigación; y finalmente, los capítulos 6 y 7 condensan la cuarta y última parte de la presente tesis.

1.2. Metahistoria: Hayden White y la teoría formal del escrito histórico

A mediados de los 70's irrumpe en la escena de la filosofía de la historia contemporánea el *narrativismo*. Su texto fundacional fue *Metahistoria* de Hayden White, quien se constituye en su referente central. Poco más que diez años después, Frank Ankersmit ofrecía tanto un relato como una argumentación para explicar por qué la filosofía de la historia anglosajona contemporánea debía optar entre dos cuernos de una grave dilema: volverse narrativista y seguir existiendo, o permanecer epistemológica y desaparecer (Ankersmit, 1986). Poco menos que diez años después, convencidos de que la disciplina había elegido sensatamente su autorenovación, Ankersmit otra vez (ahora junto con Hans Kellner)

no duda en ensalzar al prometedor narrativismo como una *Nueva Filosofía de la Historia* (Ankersmit y Kellner, 1995).

White y Ankersmit sobresalen en la nueva escena narrativista. White, como el pionero; Ankersmit, como su principal continuador crítico. Alrededor de ellos, se ubican aliados y detractores. Hans Kellner, Nancy Partner, Keith Jenkins, Alan Munslow, Ewa Domanska, por ejemplo, se incorporan con entusiasmo al nuevo marco narrativista para elaborar sus propias concepciones de la historia, su práctica y su escritura. En la vereda crítica, llegados desde distintas disciplinas y tradiciones, Maurice Mandelbaum, Arthur Marwick, J. L. Gorman, Eugene Golob, Andrew Norman, David Carr, entre otros, denuncian los problemas y peligros de la influencia whiteana. Casi cuarenta años después de la publicación de *Metahistoria* y ante la importante producción bibliográfica fruto del encendido debate que el narrativismo provocó, podemos confirmar el diagnóstico ankersmitiano: la discusión al interior de la filosofía de la historia contemporánea sin lugar a dudas se revitalizó.

¿Cuál fue el eje sobre el cual giraron tanto los nuevos desarrollos como las críticas en su contra? Aquél que le dio su nombre: el carácter narrativo de la representación histórica. Ahora bien, como el mismo Ankersmit reconoce —como también Ricoeur— la indagación de la relación entre narración y conocimiento histórico encuentra en filósofos anglosajones de la historia como Morton White, Arthur Danto y Louis Mink antecedentes fundamentales para la consolidación posterior del narrativismo (Cf. Ankersmit, 1986; Ricoeur, 1995). Sin embargo, es Hayden White quien termina ganándose el título de inaugurador de la nueva perspectiva dado que efectúa sobre estos desarrollos anteriores un giro ulterior, un desplazamiento de la discusión: identifica el problema de la narración en la historia con el problema del uso del lenguaje figurativo y las estrategias literarias de entramado en la representación del pasado. White puede proponer esta nueva conceptualización del objeto de estudio porque repara en un aspecto de la práctica historiográfica que considera erróneamente desestimado o, incluso, reprimido: la escritura de la historia. Y para focalizar la nueva unidad de análisis White recurre heterodoxamente a la teoría literaria contemporánea.

Con el auxilio de Roman Jakobson, Émile Benveniste, Northrop Frye y Kenneth Burke, entre otros, White ofrece una teoría de la obra histórica que retrotrae su pretensión de constituirse en un relato explicativo de acontecimientos pasados a sus condiciones de posibilidad lingüístico-figurativas. Lo que White capta es cierta afinidad entre las discusiones epistemológicas de Danto y Mink acerca de la explicación o comprensión narrativa del pasado y los desarrollos críticos de la teoría literaria acerca del relato, provenientes del formalismo ruso y el estructuralismo y postestructuralismo continentales. Conjugando estos recursos

teóricos, White ofrece en *Metahistoria* una teoría formalista de la estructura de las obras históricas.

Como señalé, el eje del debate fue la reflexión acerca del carácter narrativo de la representación histórica. Abordando el discurso histórico en tanto *discurso narrativo*, White puede mostrar que las estrategias figurativas empleadas para imaginar el pasado histórico son las mismas que se utilizan en la literatura y la ficción. Más aún, la indagación del problema epistemológico del historiador en relación con el registro histórico –i.e., dado que este no produce una imagen sin ambigüedades de la estructura de procesos de que da fe, ¿cómo constituir el conjunto de sucesos registrados como objeto de conocimiento, como *campo histórico*?- encuentra en la teoría whiteana una respuesta que entrecruza el específico problema de la *situación epistemológica* de la historiografía con la pregunta por la *función cultural del pensamiento histórico*. Específicamente, en *Metahistoria* se erosionarán los límites entre historia *propriamente dicha* y filosofía (especulativa) de la historia y se debilitará también la distinción fuerte entre relato histórico y relato literario y/o ficcional.

Para entender, entonces, el modo en que White cruza la problemática específicamente epistemológica de la historiografía con el análisis filosófico de su función cultural debemos revisitar sus tesis originales expuestas en *Metahistoria*. De este modo, encontraremos que la fusión de ambas cuestiones es posible y necesaria, cuando White se propone indagar la *escritura de la historia*.

1.3. La poética de la historia

En *Metahistoria*, el problema de White es dar cuenta de la *estructura formal* de los relatos históricos, por lo cual postula una *poética* o teoría *formal* de la obra histórica. Explícitamente White dice que su método es “formalista”¹ y que su teoría es “axiológicamente neutral”,² dado que no le interesa decidir entre los relatos históricos que estudia cuál es el mejor o más adecuado para dar cuenta de un determinado período, sino que le interesa *identificar los componentes estructurales* de esos relatos. En primer lugar, corresponde explicitar por qué una teoría formal de la obra histórica es presentada como una poética. Aquí es innegable la influencia en White del formalismo ruso y el estructuralismo. En

¹ De hecho, aunque en primer término presentó su teoría como “formal”, más avanzada la Introducción a *Metahistoria* White mismo dice trabajar desde un “enfoque formalista”. Cfr. White (1992: 15).

² *Ibid.*, 412.

particular, la influencia central de Roman Jakobson, lingüista que representa la transición del formalismo ruso al estructuralismo lingüístico.

La poética de la historia es necesaria ya que la tesis central de White en *Metahistoria* es que todo relato histórico logra sus efectos explicativos en la medida en que a la base de su constitución como estructura verbal encontramos un *acto poético de prefiguración de su objeto de estudio*. Si hay una función epistémico-explicativa de un relato histórico, es porque hay un *campo histórico específico*, cuya *forma* no viene “dada” por el registro histórico ni sancionada unívocamente por los cánones vigentes de la práctica disciplinar, sino “postulada” o “constituida” por el lenguaje mismo empleado por el historiador. Pero para llegar a esta tesis, White ha debido constituir su propio objeto de estudio de un modo determinado. La historia como disciplina con pretensiones cognitivas es abordada por White en primer lugar, como *historiografía*, tomando los relatos históricos efectivamente producidos por los historiadores como su unidad de análisis. En segundo lugar, White concibe su objeto de estudio bajo la forma de *estructura verbal*, en general, emitida en forma de *discurso narrativo*, en particular. *Metahistoria* ofrece una teoría formal de la obra histórica así definida que emerge de un análisis tanto textual como histórico: para dar cuenta de los relatos *efectivamente producidos* y de su forma *narrativa* como característica verbal central, White selecciona las obras de los clásicos del pensamiento histórico europeo del siglo XIX. *Metahistoria* entonces es, a la vez, “un relato del desarrollo del pensamiento histórico durante un período específico de su evolución”,³ como un “análisis de la estructura profunda de la imaginación histórica”.⁴ Por esta razón, los textos clásicos analizados son los de cuatro historiadores: Jules Michelet, Leopold von Ranke, Alexis de Tocqueville y Jacob Burckhardt; y cuatro filósofos de la historia: George W. F. Hegel, Karl Marx, Friederich Nietzsche y Benedetto Croce. White justifica esta selección:

Su posición como posibles modelos de representación o conceptualización histórica no depende de la naturaleza de los “datos” que usaron para sostener sus generalizaciones ni de las teorías que invocaron para explicarlas; depende más bien de la consistencia, la coherencia y la fuerza esclarecedora de sus respectivas visiones del campo histórico. (...) Su categorización como modelos de la narración y la conceptualización históricas depende, finalmente, de la naturaleza preconceptual y específicamente poética de sus puntos de vista sobre la historia y sus procesos.⁵

Aquí encontramos el centro del análisis de White. Su interés es dar cuenta de esas *visiones del campo histórico* que constituyen a los historiadores y filósofos de la historia

³ *Ibid.*, 13.

⁴ *Ibid.*, 9.

⁵ *Ibid.*, 15.

decimonónicos en autores clásicos, visiones que conservan un interés y vigencia innegables aún cuando las explicaciones ofrecidas hayan sido desestimadas. Esas visiones del campo histórico dan cuenta de los modos de constitución de los fenómenos *como históricos* y de los tipos de narración y explicación que posibilitaron como *adecuados* a ellos. Y dado que White sostiene la inexistencia de un acuerdo disciplinar al respecto, concluye que tales visiones y las estrategias explicativas que las acompañan son producto de un *acto poético* en el sentido de creativo y precrítico, i.e., no necesariamente autoconsciente para el historiador. En otras palabras, identificar ese acto poético conduce a identificar los *presupuestos metahistóricos* acerca de cómo debe ser una explicación y un campo de fenómenos *específicamente históricos*. Justamente por esta razón, la pretendida distinción disciplinar entre historia *propriadamente dicha* y la “nefasta” filosofía de la historia, ya no se sostiene como una distinción fuerte. Todo relato *acerca de los histórico* presupone una *imagen o forma* de lo histórico que White cree encontrar en su estructura metahistórica. Por esta razón, la *situación epistemológica* de la disciplina y su *función cultural* son parte de una y la misma pregunta: el objetivo de ofrecer una poética de la historia, entonces, permite entender que White está interesado en identificar en la obra histórica *como estructura verbal* su aspecto creativo-artístico, lo que se dirige, a su vez, a dar cuenta de problemas epistemológicos específicos de la historiografía tanto como de cuestionamientos más amplios a los que se ha sometido su función cultural. En un texto de 2003, rememorando sus objetivos teóricos a treinta años de *Metahistoria*, White sostiene que:

La poética (del escrito histórico) apunta al aspecto artístico del escrito histórico concebido no como “estilo” en el sentido de decoración, adorno o suplemento estético, sino más bien como un cierto modo constante de uso del lenguaje por el cual transformar un objeto de estudio en el tema de un discurso.⁶

Unas líneas antes, White remitía esta noción de estilo a la obra de Foucault: “Aquí «estilo» debe entenderse de la forma en que Michel Foucault habló de él: como cierto modo constante del uso del lenguaje por el cual tanto se representa el mundo como se lo dota de significado”.⁷ La poética de la historia, entonces, indaga el estilo como un modo constante del uso del lenguaje que no es secundario o prescindible. Más aún, es por medio de tal uso del lenguaje que “se transforma un objeto de estudio en tema de un discurso”, transformación que permite representar el mundo histórico *dotándolo simultáneamente de significado*.

⁶ White (2003: 52). El paréntesis es mío. De aquí en adelante en el caso de artículo de White que fueron publicados en castellano en White (2003), citaré directamente esta traducción. De los artículos que cite en inglés las traducciones serán mías.

⁷ *Ibid.*, 48.

White, entonces, intentará identificar estilos, que será justamente el resultado al que arribaremos al seguir más detalladamente la Introducción a *Metahistoria* en la próxima sección. Esto a su vez define la perspectiva de análisis donde la influencia de los preceptos formalistas-estructuralistas se hace notar: la perspectiva de White se asemeja al precepto inmanentista del análisis de las obras literarias del formalismo ruso, que rechazaba un enfoque psicologista o sociologicista, e intentaba abordar la obra *en sí misma*. White mismo aclara que su teoría no pretende (ni se interesa en) vincular modos de escritura histórica con la personalidad o biografía de los historiadores en tanto individuos.⁸ También podemos ver la influencia del formalismo ruso en su interés por desentrañar la obra como *artificio* o *fabricación* –uno de sus artículos más citados se titula, justamente, “El texto histórico como artefacto literario”.⁹ De esta forma, el inmanentismo y el carácter de artificio de la obra se resumen en su caracterización como “estructura verbal”. Pero más importante aún, es esta influencia formalista la que nos permite entender por qué la búsqueda de los aspectos creativo-artísticos de la representación histórica culminará en el análisis de su base lingüística. De hecho, considero que podemos interpretar el gesto de White como la imitación para la teoría histórica del movimiento llevado a cabo por Roman Jakobson en su famoso “Lingüística y poética” para la teoría literaria (texto citado a repetición a lo largo de toda la obra whiteana).¹⁰ Un breve recuerdo de sus principales tesis es iluminador para entender cómo White nos conduce *a través* de la poética de la historia *hacia un particular giro lingüístico (tropológico, en sentido estricto) en la filosofía de la historia de su época*.

En este texto, Jakobson redefine la poética como *parte* de la lingüística:

La poética se interesa por los problemas de la estructura verbal, del mismo modo que el análisis de la pintura se interesa por la estructura pictórica. Ya que la lingüística es la ciencia global de la estructura verbal, la poética puede considerarse como parte integrante de la lingüística.¹¹

Y más adelante agrega que la poética es “(...) aquella parte de la lingüística que trata de la función poética en sus relaciones con las demás funciones del lenguaje”.¹² Veremos en detalle en el capítulo 3 el modelo funcional de la comunicación verbal de Jakobson. A nuestros fines actuales, alcanza con que señalemos que Jakobson sostiene que de ninguna manera debe reducirse el desempeño de la función poética de un acto de habla al ámbito exclusivo de la poesía:

⁸ *Ibid.*, 409.

⁹ Acerca de los principios del formalismo, Cfr. Todorov (2004: 12).

¹⁰ Cfr. Jakobson (1974: 347-395).

¹¹ *Ibid.*, 348.

¹² *Ibid.*, 363.

La función poética no es la única función del arte verbal, sino sólo su función dominante, determinante, mientras que en todas las demás actividades verbales actúa como constitutivo subsidiario, accesorio. Esta función, al promocionar la patentización de los signos, profundiza la dicotomía fundamental de signos y objetos.¹³

Lo poético, vía Jakobson, adquiere una serie de sentidos iluminadores. En primer lugar, lo poético apunta a lo creativo, en tanto Jakobson apela a su acepción etimológica griega;¹⁴ en segundo lugar, apunta a lo artístico, en tanto la poética se ocupa de aquello que hace de un mensaje verbal una obra de arte;¹⁵ en tercer lugar, lo poético es asociado a una función posible del lenguaje que excede el ámbito de la poesía; y, en cuarto lugar, una función del lenguaje que apuntaría a patentizar la diferencia entre signo y objeto. Todas estas acepciones de lo poético estarán en juego en *Metahistoria* como apropiación para la historiografía del método de análisis del lenguaje y, por tanto, de la constitución del escrito histórico en objeto de estudio. Así, la poética de la historia arrojará la postulación de una dimensión fundamental en toda representación de acontecimientos pasados para transformarlos en objeto de estudio de la disciplina y tema de su discurso a la que White, siguiendo a Northrop Frye denominará "*metahistoria*."¹⁶ Esta dimensión da cuenta del carácter poético, creativo y artístico del discurso histórico que no será otra cosa que el reconocimiento del *carácter figurativo* del lenguaje histórico mismo.

Coincido con Frank Ankersmit en que el valor de *Metahistoria* como texto fundador del narrativismo como una Nueva Filosofía de la Historia reside en el redireccionamiento del interés filosófico y crítico hacia la historiografía (y sus problemas) *ahora considerada como lenguaje*. White reinterpreta cuestiones de orden epistemológico como cuestiones lingüísticas. Y las cuestiones lingüístico-discursivas nos conducen al lenguaje (como lengua, discurso, código, texto) en tanto *caja de herramientas cultural para la dotación de significado*, es decir, en su aspecto de *figuración*. Y para ver esto, *Metahistoria* nos obliga a prestar atención a la base lingüística de los relatos históricos. Esa base lingüística coincide con la búsqueda de White de los aspectos inventivos (en este sentido de creativo-artístico que estoy señalando) que hacen a una representación histórica *realista*: y al encontrarlos vinculados a los recursos lingüístico-culturales-literarios de dotación de significado podemos ver cómo *lo inventado* es

¹³ *Ibid.*, 358.

¹⁴ Cfr. Jakobson, R., *Hacia una ciencia del arte poético*, en Todorov, (2004: 7).

¹⁵ Cfr. Jakobson (1974).

¹⁶ Cfr. White (1978: 76, n.2). De aquí en adelante, excepto indicación en contrario, todas las traducciones del inglés al castellano son mías.

a su vez *lo encontrado*, en tanto es una opción relativamente libre *pero* no es mera arbitrariedad, por ser una opción *entre* recursos limitados compartidos.

1.4. La teoría formal de la obra histórica

El análisis formal de la obra histórica ofrecido en la Introducción a *Metahistoria* arrojará los siguientes resultados:

1. la discriminación de dimensiones manifiestas y profundas del texto histórico
2. la necesidad de postular esta dimensión metahistórica como resultado de un acto u operación de tipo poético, en general, y específicamente lingüístico de *prefiguración del campo histórico* dados:
 - a. el carácter de estructura verbal de la obra histórica; y
 - b. la necesidad de *prefigurar* el dominio histórico para presentarlo en forma de estructura verbal sustentada en la composición de un relato como aspecto tan relevante para la producción de conocimiento histórico como el estudio del registro histórico
3. los modos posibles de la prefiguración
4. una relación de *condicionamiento* entre las dimensiones manifiestas y la dimensión *metahistórica* profunda
5. las consecuencias que la opción entre los distintos modos de prefiguración implican para la imagen del pasado que la estructura verbal ofrece; entre ellas, la controvertida conclusión de White de que “no hay base teórica apodícticamente cierta para afirmar de manera legítima una autoridad de cualquiera de los modos sobre los demás como más “realista”.¹⁷

Presentaré a continuación la estructura ideal-típica de la obra histórica.

1.4.1 Primeros niveles de conceptualización: la distinción crónica-relato

White comienza distinguiendo cinco niveles de conceptualización en la obra histórica:

¹⁷ White (1992: 11).

1. Crónica
2. Relato
3. Modo de tramar
4. Modo de argumentación
5. Modo de implicación ideológica

De estos niveles, los dos primeros son considerados como “elementos primitivos” en la obra histórica por cumplir una función básica: “ambos representan procesos de selección y ordenación de datos del registro histórico en bruto con el fin de hacer ese registro más comprensible para un público de un tipo particular.”¹⁸ Respecto de estos primeros niveles, White afirma que la finalidad de la obra histórica se comprende como una mediación entre:

- a. El campo histórico
- b. El registro histórico sin pulir
- c. Otras narraciones históricas
- d. Un público

Crónica y relato lidian con estos elementos e implican modos de selección (inclusión y exclusión) y ordenamiento. De este modo, en primer lugar, los elementos del campo histórico se organizan cronológicamente, de acuerdo al orden temporal de su ocurrencia. Obtenemos así una *crónica*. Pero esto no es suficiente para el historiador: debe además transformar esa crónica en un *relato*, transformación que se opera mediante “la caracterización de algunos sucesos de la crónica en términos de motivos inaugurales, de otros en términos de motivos finales, y de otros más en términos de motivos de transición.”¹⁹

Aquí se está trazando una distinción que parece poco problemática pero que será de capital importancia, como veremos en los Capítulos 2 y 3. Mientras la crónica nos ofrece una mera organización cronológica de los acontecimientos descriptos, al componer un relato se transforma la organización meramente temporal en una configuración más compleja: los acontecimientos descriptos se convierten en “componentes de un ‘espectáculo’ o proceso de acontecimientos, que se supone tiene un comienzo, medio y fin discernibles.” El punto fundamental es que esa caracterización” de los acontecimientos que posibilita una distinción de “etapas” o “fases” que no se obtiene por el mero orden temporal de los hechos: se produce

¹⁸ *Ibid.*, 16.

¹⁹ *Ibid.*, 16 y 17.

al caracterizarlos en términos de motivos inaugurales (donde el hecho es presentado como iniciador de un proceso o conflicto), de transición (que “indica al lector que reserva sus suposiciones acerca de los hechos contenidos en el registro hasta que aparezca algún motivo final”), o finales (“cuando indica el aparente fin o resolución de un proceso o una situación en tensión”). Al transformar la crónica en relato obtenemos “un proceso diacrónico *completo*, sobre el cual podemos hacer preguntas como si nos enfrentáramos a una *estructura sincrónica* de relaciones”.²⁰ Justamente, porque se ofrece este proceso diacrónico como si fuera una estructura sincrónica de relaciones es que podemos aplicarle las tres estrategias explicativas que White considera que constituyen los últimos niveles de conceptualización. Es en este punto donde todo el arte literario del historiador como narrador se hace evidente.

Aunque analizaremos esto en más detalle en los próximos capítulos, observemos que a White le interesa mostrar que el modo en que el relato presenta los acontecimientos es radicalmente distinto al modo en que la crónica lo hace. La crónica no distingue fases: empieza simplemente con el inicio del registro de los sucesos y no alcanza una resolución, sino que simplemente termina, dando la impresión de que podría continuar indefinidamente, razón por la cual White la considera “abierta por los extremos”. Por el contrario, el relato se caracteriza por tener una forma discernible gracias a la caracterización realizada por el historiador que le atribuye una función determinada: “En la crónica el hecho simplemente está ‘ahí’ como elemento de una serie; no ‘funciona’ como un elemento de un relato.”²¹ Es más, White considera posible que un “mismo hecho”, en distintos relatos, cumpla funciones diversas de acuerdo con la caracterización de motivos a la que responda. En síntesis, en los primeros dos niveles de conceptualización:

El historiador ordena los hechos de la crónica en una jerarquía de significación asignando las diferentes funciones como elementos del relato de modo de revelar la coherencia formal de todo un conjunto de acontecimientos, considerado como un proceso comprensible con un principio, medio y fin discernibles.²²

Frente a este proceso comprensible pueden surgir los interrogantes que pretenden responder las tres estrategias que constituyen los demás niveles de conceptualización identificables como la dimensión *manifiesta* de la obra histórica. Se trata de tres modalidades de estrategias explicativas de carácter estético, epistémico y ético, respectivamente: la explicación por la trama (*by emplotment*), la explicación por argumentación formal y la

²⁰ *Ibid.*, 17.

²¹ *Ibid.*, 18.

²² Ídem nota anterior. Este uso de la expresión “mismo hecho” es problemático. Pero daré cuenta de esta dificultad luego de desplegar la teoría formal de la obra histórica.

explicación por implicación ideológica. Para dar cuenta de cada una de ellas, White recurre a una obra teórica en particular dado que:

Consideradas como alegorías, las obras históricas parecen presentarse al análisis por los métodos propuestos por Frye. Considerada como forma de discurso cognoscitivamente responsable, una obra histórica parece ser caracterizable en la terminología de Pepper. Y consideradas como trozos morales, parecen ser descriptibles con exactitud en los términos que ofrece la variante de Mannheim de la sociología del conocimiento (...) ²³

Expondré a continuación cada modalidad.

1.4.2 Explicación por la trama

Una de las formas en que el relato histórico produce un efecto explicativo está dada por la estructura de trama que lo informa. White entiende por *tramado*: “(...) la manera en que una secuencia de sucesos organizados en un relato se revela de manera gradual como un relato de cierto tipo particular”. ²⁴ Si *relato* es el término que define la organización de una serie de acontecimientos como un proceso con etapas de principio, medio y fin (primer nivel de conceptualización de la obra histórica), *trama* refiere a modos particulares de estructurar ese proceso, por lo que corresponde, para White, a la dimensión manifiesta. Cada tipo de estructura de trama produce distintos efectos explicativos. De esta forma, consideramos que las ocurrencias narradas nos han sido explicadas, que *captamos su significado*, cuando se revela la estructura de trama específica e identificamos *de qué tipo de relato* se trata. En “Interpretation in history”, por ejemplo, se nos dice que

Una interpretación histórica, *como una ficción poética*, puede decirse que apela a sus lectores como una representación plausible del mundo en virtud de su apelación implícita a aquellas “estructuras de trama pregenéricas” o formas de relato arquetípicas que definen las modalidades de la dotación literaria de una cultura dada. Los historiadores, no menos que los poetas, puede decirse que logran un “efecto explicativo” –por encima y más allá de cualquier explicación formal que puedan ofrecer de acontecimientos históricos específicos– al construir dentro de sus narrativas patrones de significado similares a aquéllos más explícitamente provistos por el arte literario de las culturas a las que pertenecen. ²⁵

Utilizando la clasificación de Northrop Frye en *Anatomy of criticism*, White considera que esta estrategia explicativa puede adoptar cuatro modos: romance, tragedia, comedia y sátira. Siguiendo a Frye, las estructuras de trama mencionadas tendrían su origen en formas

²³ H. White, *Metahistoria*, p. 25, nota 8.

²⁴ *Ibid.*, 18.

²⁵ White (1978: 58). Las cursivas son mías.

sublimadas de arquetipos míticos de la tradición judeocristiana, razón por la cual el acontecer se interpreta en términos de héroes humanos, situación de caída, redención, fuerzas opuestas de muerte o del mal, etc. Considero que es posible presentar los diferentes modos de tramado en un vocabulario más general dado que no abordaré las relaciones puntuales entre la historia como disciplina y las nociones tradicionales-míticas específicas de lo humano y lo histórico sino que me interesa en este momento enfatizar la función estructural-formal de los elementos mencionados. Por tanto, considero que, de acuerdo con el uso que White hace de la clasificación de Frye, las estructuras de trama pueden caracterizarse de acuerdo al interjuego que plantean entre los siguientes elementos:

- a. Agentes históricos
- b. Condiciones de experiencia en general en que se encuentra el agente -esto define una estructura de relaciones entre el agente y las condiciones que le puede ser adversa o implicar una posibilidad de cambio
- c. Situación de conflicto o cambio
- d. Resolución del conflicto
- e. Noción de agencia previa y posterior al conflicto o cambio

Tomando estos elementos, entonces, podemos pensar que, en general, todo relato histórico presentará en su principio o fase inaugural tanto a los agentes históricos relevantes como las condiciones de experiencia en que se encuentran inmersos. El medio o fase de transición del relato presentará la(s) situación(es) de conflicto o cambio que los agentes atraviesan y, finalmente, la resolución de este conflicto o cambio ocupará la fase final del relato, fase en la que la noción de agencia previa y posterior al conflicto o cambio tendrá las características que correspondan (similares o diferentes) de acuerdo con las consecuencias que la particular resolución del conflicto (favorable o desfavorable) tenga para los agentes históricos.

De esta manera, las estructuras de trama analizadas por White se diferencian como tipos particulares de acuerdo a las características de la interacción entre los elementos enumerados. En relación con el "triunfo" o no de los agentes respecto de la situación de conflicto o cambio, romance y sátira ofrecen modos contrapuestos de tramar: en el romance, los agentes históricos vencen o se liberan de las condiciones adversas que se les presentan, mientras que en la sátira, son vencidos por ellas. De este modo, mientras que el romance presenta una noción de agencia positiva en la medida en que hay una conciencia de la

posibilidad de liberarse completamente de la opresión de fuerzas contrarias, la sátira presenta la imagen opuesta, dejando al lector la sensación de que “no hay escapatoria” a las condiciones adversas en que los agentes se encuentran inmersos: la liberación es imposible. A su vez, en el caso del romance, la estructura de relaciones agente-condiciones es completamente modificada, sucediendo lo contrario en la sátira, donde dicha estructura se revela como un eterno retorno de lo mismo frente al cual el agente percibe la “inadecuación” de su “agencia”, i.e., su capacidad de actuar en oposición a las condiciones en que está inmerso.

Las concepciones opuestas de romance y sátira en relación con la capacidad de los agentes históricos de oponerse a sus condiciones de experiencia marcan los casos extremos en relación con las otras dos formas de trama: comedia y tragedia. Éstas se caracterizan por constituir versiones matizadas del conflicto entre agentes y condiciones, siendo también opuestas entre sí respecto de la autopercepción de los actores luego del conflicto. White presenta la comedia como una estructura que ofrece una idea de liberación parcial de los agentes respecto de sus condiciones adversas. El carácter parcial de esta liberación estaría dado porque se producen “ocasionales reconciliaciones” entre agentes y condiciones que señalan la posibilidad de armonización de los elementos en apariencia completamente opuestos. Dado esto, el tono de la comedia es esperanzado respecto de una posible liberación final y las reconciliaciones que sostienen esa esperanza son presentadas en forma “festiva”. A su vez, la estructura de relaciones posterior al conflicto se presenta como mejor a la dada en el momento inicial y por tanto, al menos parcialmente, diferente o modificada. En cambio, la tragedia se acerca a la sátira en la medida en que los agentes históricos no logran sobreponerse a las condiciones adversas. Esto implica que no habrá ocasiones festivas, como en la comedia, o las que lo parezcan serán desmentidas como ilusorias en el transcurso del relato. Las reconciliaciones de los elementos opuestos que encontremos en la tragedia serán “sombrias” y, en lugar del tono esperanzado de la comedia, estarán marcadas por la resignación de los agentes que comprenden que no pueden vencer las condiciones en las que se encuentran, con la clara percepción negativa o disminuída respecto de su posibilidad de agencia luego del conflicto. Ahora bien, el elemento que diferencia la tragedia de la sátira es la “ganancia de conciencia” posterior a la resolución desfavorable del conflicto. Más aún, aunque la situación del agente se percibe como inmutable, el tono es de resignación ante el “contexto inmodificable” reconociendo que sólo se puede actuar “dentro” de él, i.e., reconociendo los límites que impone a la agencia. Si el conflicto fue provocado por la “ignorancia” del agente de la inmutabilidad de las condiciones en las que existe, la

“conmoción de su mundo” por la resolución adversa del conflicto no es vista como completamente negativa –como en la sátira– sino como la adquisición de un cierto “conocimiento”, como cierta “revelación” o “ganancia de conciencia”: el reconocimiento de los claros límites de su agencia en relación con las condiciones inmodificables en que debe existir. Justamente en este sentido, la sátira es marcadamente pesimista, dado que ante la resolución desfavorable del conflicto no hay ningún conocimiento para el agente sino un hacérsele patente su incapacidad de conocer o comprender el mundo.

Este modo de explicación, entonces, provee al relato el tipo de estructura o coherencia formal que lo hace *cierto tipo* de relato. Si fuera posible tramar las mismas ocurrencias de diversas maneras, tramarlas en términos románticos o en términos satíricos no constituye una decisión meramente decorativa ni secundaria acerca de cómo presentar los sucesos sino que implica una importante decisión que determina “cuál es el significado” del acontecer en cuestión. Por lo tanto, el efecto explicativo de un tramado romántico no es el mismo que el de un tramado cómico, ni satírico, ni trágico: son cuatro explicaciones (por la trama) diferentes.

Existen además incompatibilidades entre los modos de tramado. Los tramados romántico y satírico son mutuamente excluyentes, dadas las características dicotómicas que revelan respecto del poder de los agentes históricos ante las condiciones adversas junto con las resoluciones del conflicto de signo diametralmente opuesto en cada caso. De esta forma, una sátira romántica es una “petición de principio” para White.²⁶ Sin embargo, hay maneras de relacionar los tipos de trama entre sí distinguiendo género y modo. Podemos pensar en romances cómicos o romances trágicos considerando la diferencia entre el género (romance) y sus modos posibles (cómico o trágico). En particular en este caso de combinación, White nos dice que:

Comedia y tragedia representan *calificaciones* de la aprehensión romántica del mundo, considerado como un proceso, con el objeto de tomar en serio las fuerzas que se *abren* a la redención humana ingenuamente sostenida como posibilidad para la humanidad en el romance.²⁷

Ahora bien, mientras que en el caso de un escritor romántico éste puede optar por dar un tono menos ingenuo a su género al modalizarlo cómica o trágicamente (aunque esto no contradiga su intuición de que, finalmente, el proceso relatado será romántico), muy distinto es el caso de la sátira:

²⁶ White, (1992: 20)

²⁷ Ídem nota anterior.

Pero la sátira representa un tipo distinto de calificación de las esperanzas, las posibilidades y las verdades de la existencia humana reveladas en la novela,²⁸ la comedia y la tragedia respectivamente. Contempla esas esperanzas, posibilidades y verdades en forma irónica, en la atmósfera generada por la aprehensión de la inadecuación última de la conciencia para vivir feliz en el mundo o comprenderlo plenamente.²⁹

Conviene agregar que además de comprender romance y sátira como modos opuestos, y comedia y tragedia como modos “intermedios” o “matizados” del romance, hay una característica que distingue a la sátira de los otros tres modos de tramado: mientras estos, aún en sus diferencias, parecen implicar una mirada ingenua o esperanzada respecto del vínculo agentes-condiciones de experiencia –ya sea para la acción o para la comprensión del mundo en el que se actúa- la sátira, contrariamente, implica una mirada crítica o pesimista tanto de las posibilidades de acción como de las posibilidades de comprensión del agente respecto del mundo que habita.³⁰

Respecto de esta modalidad explicativa postulada por White, merece ser desatacado que también Louis Mink ha señalado en sus escritos la urgencia de disponer de una tipología de estructuras de trama para dar cuenta de la forma narrativa de todo discurso histórico. Mink –sobre quien me explayaré en el próximo capítulo- fallece tempranamente dejándonos un conjunto de lúcidos trabajos sobre la forma narrativa y la historia, pero es finalmente White, como vemos, quien lleva a cabo la tarea sugerida por Mink y emplea la tipología de tramas de Frye para ofrecer un análisis profundo de la estructura narrativa de cada obra histórica. Incluso Maurice Mandelbaum, historiador enrolado entre los interlocutores críticos de White, reconoce respecto de los modos de tramado que: “Ellos constituyen aspectos altamente relevantes de la obra de un historiador, y White ha hecho una contribución importante y sugestiva a la teoría de la historiografía al haber llamado la atención sobre ellos.”³¹

1.4.3. Explicación por argumentación formal

El segundo modo de explicación es presentado por White de la siguiente manera:

²⁸ “Romance” y “novela” son en White denominaciones del mismo género (“romántico”). Cfr. *Ibid.*, p. 39.

²⁹ *Ibid.*, 21.

³⁰ White reconoce que un modo de distinguir narrativas es aquél que las clasifica en diacrónicas o procesuales – donde “el sentimiento de transformación estructural es supremo” – o sincrónicas o estáticas – donde “predomina el sentimiento de continuidad estructural”. Sin embargo, White considera que los relatos se comprenden mejor en relación con los cuatro modos de tramar que él presentó, dado que lo diacrónico o sincrónico sólo remite al énfasis otorgado a la relación continuidad-cambio en un relato determinado. En este sentido, tragedia y sátira serían modos que enfatizan la continuidad, ya sea como una estructura de relaciones que persiste o como un eterno retorno, respectivamente. Por su parte, romance y comedia enfatizarían el cambio más o menos radical, en cada caso.

³¹ Cfr. Mandelbaum (1980: 47).

Además del nivel de conceptualización en que el historiador trama su relato narrativo de “lo que sucedió”, hay otro nivel en el cual puede tratar de explicar “el sentido de todo eso” o “qué significa todo eso”. En este nivel puedo discernir una operación que llamo explicación por argumentación formal, explícita o discursiva. Esa argumentación ofrece una explicación de lo que ocurre en el relato invocando principios de combinación que sirven de presuntas leyes de explicación histórica. En este nivel de conceptualización, el historiador explica los hechos del relato (o la forma que él ha impuesto a los hechos al tramarlos de determinado modo) por medio de la construcción de una argumentación nomológico-deductiva.³²

Si bien en la cita anterior podemos notar un intento por vincular lo que se presentará como la segunda modalidad de explicación con la teoría nomológico-deductiva de la explicación, considero que este intento no es exitoso. White no releva la amplia y compleja discusión acerca de este tema ni justifica adecuadamente su alusión a la teoría Hempeliana. Sin embargo, y más allá de estos defectos del análisis, intentaré mostrar cuál es la motivación de White detrás de esta alusión a leyes “presuntas” de explicación.

En realidad, el análisis de esta dimensión epistémica apunta al problema de la falta de acuerdo en la disciplina acerca de cuál debe ser el modo de explicación específicamente histórico. La cuestión aquí es cuáles son las características formales de una explicación histórica: en otras palabras, por sobre las obras históricas concretas que ofrecen los historiadores en sus narrativas, cuál es el modo de explicar los fenómenos propios de la historia, modo cuyas características “formales” estarían presentes en cada caso de explicación. White adscribe la idea de un “desacuerdo o falta de acuerdo congénito” a la disciplina respecto de “qué califica como explicación específicamente histórica de cualquier conjunto de fenómenos históricos”.³³ Por lo tanto, acordando con la existencia de ese desacuerdo, considera que:

esto significa que las explicaciones históricas tienen que basarse en distintos presupuestos metahistóricos sobre la naturaleza del campo histórico, presupuestos que generan distintas concepciones del tipo de explicaciones que pueden utilizarse en el análisis historiográfico.³⁴

El desacuerdo entre historiadores acerca de las características que definen una explicación como “histórica” y que, por lo tanto, deberían estar presentes en todo caso concreto de explicación, surge para White del dato de que la historia no ha sancionado un lenguaje técnico propio que todo historiador emplearía. Ergo, en los textos de los historiadores por él estudiados se podrían apreciar diversas nociones de qué es el “campo

³² Cfr. White (1992: 22).

³³ *Ibid.*, 23.

³⁴ *Ídem* nota anterior.

histórico” que, en la medida en que están presentes implícitamente, funcionarían *como si fueran* leyes del acontecer histórico.

Ahora bien, aunque las disputas historiográficas suelen ser leídas como desacuerdos provocados por distintas interpretaciones de *una misma serie* de ocurrencias, White afirma que en realidad surgen de algo más profundo: del desacuerdo acerca de la “verdadera naturaleza de la empresa del historiador”. En otras palabras, disputas que han sido pensadas en términos de interpretaciones alternativas acerca del “mismo” acontecer histórico, son en realidad disputas surgidas de distintas nociones acerca de *qué es* el acontecer histórico. Es esto lo que produce y explica las diferentes ideas de los historiadores acerca de cuál es su tarea y de qué modo llevarla a cabo, i.e., cómo es una explicación específicamente histórica. Ahora bien, White introduce una aclaración fundamental que corresponde citar en extenso:

No hace falta decir que no estoy hablando aquí del tipo de disputa que surge en las páginas de reseñas de las revistas profesionales, en que puede cuestionarse la erudición o la precisión de determinado historiador. Estoy hablando del tipo de cuestiones que surgen cuando dos o más estudiosos, de erudición y refinamiento teórico aproximadamente iguales, llegan a interpretaciones alternativas, aunque no por fuerza excluyentes entre sí, del mismo conjunto de hechos históricos, o a respuestas diferentes a preguntas como: “¿Cuál es la verdadera naturaleza del Renacimiento?”. Lo que está en juego aquí, por lo menos en un nivel de conceptualización, son diferentes nociones de la naturaleza de la realidad histórica y de la forma apropiada de un relato histórico, considerado como una argumentación formal, debe adoptar.³⁵

Estas líneas evidencian que White no elimina de las consideraciones acerca de la validez de un discurso histórico los mecanismos de control y correcta utilización de las fuentes, archivos, registros, etc. propios e ineludibles de la práctica académica (i.e., lo que la cita refiere como discusiones acerca de la erudición o precisión del historiador). White no niega la relevancia de la investigación histórica y sus reglas de evidencia. Ni la niega ni la tematiza: el objeto de estudio de White no es la investigación histórica y sus procedimientos disciplinares aceptados sino su “producto final”. Ese “producto final” es el texto histórico, el discurso escrito por medio del cual se “comunican” los “resultados” del proceso de investigación. Aquí es donde la teoría de White halla su punto de partida y su ámbito adecuado de aplicación: su teoría enfrenta el dato recurrente de *desacuerdo entre historiadores de erudición y refinamiento teórico aproximadamente iguales acerca del mismo conjunto de ocurrencias históricas*. Dado que, por estas características, no puede tratarse de un problema de infracción o transgresión de alguna normativa disciplinar, la teoría de White pretende explicar cómo ese desacuerdo surge a partir de diferentes decisiones u opciones necesarias para la composición de los textos para

³⁵ *Ibid.*, 24.

“comunicar” el resultado de sus investigaciones. Es decir, apunta al aspecto de *escritura* de la historia.

Tomar el texto histórico como unidad de análisis es ya un gesto que anuncia una tesis clave que White intenta refutar: la creencia acríticamente sostenida de que la escritura histórica es apromblemática, un aspecto subsidiario de la tarea del historiador, la *mera traducción* de las investigaciones al texto. Más aún, White pretende contraargumentar también la tesis de que el “estilo” del historiador o las cuestiones “literarias” respecto de la escritura de la historia son secundarios. La cuestión a indagar es qué consecuencias se siguen acerca del conocimiento histórico de su producción en la forma de estructuras verbales narrativas.

Volviendo a la constatación de desacuerdo en la disciplina, la noción de campo histórico y la noción de explicación específicamente histórica, entonces, dependerían de la idea implícita o explícitamente sostenida por el historiador de *cómo deberá verse* el acontecer histórico en cuestión *una vez que haya sido explicado*. Si el primer modo de explicación apuntaba al carácter de *tipo específico de relato* de una obra histórica, el segundo modo enfoca la obra histórica como un discurso con pretensiones cognitivas.³⁶ Lo que se analiza es cómo el historiador explica ofreciendo un *argumento acerca de la forma específicamente histórica* de los sucesos a los que pretende referir. Aquí me parece relevante subrayar que White está hablando de un argumento *formal* porque refiere a un modo de constituir una imagen del acontecer histórico y no a un “argumento formal” en el sentido de la lógica clásica, razón por la cual considero que su alusión a lo nomológico-deductivo no es adecuada. Si la explicación por la trama permitía comprender el acontecer histórico como un proceso que revela una estructura formal a través de sus distintas fases –inicio, medio, fin–, entonces podemos interpretar que presenta mayormente el *punto de vista diacrónico* del proceso histórico. En cambio, la explicación por argumentación formal involucraría un *punto de vista sincrónico* de las relaciones entre los “elementos” del campo histórico que permite comprender el carácter histórico de ese proceso arrojando una visión de los acontecimientos que se “adecua” a los supuestos del historiador acerca de cómo debe verse *todo* acontecer histórico.

³⁶ En realidad, veremos que *todas* las estrategias explicativas contribuyen a los fines cognitivo-epistémicos de la obra histórica, no es una función exclusiva de la argumentación formal. Sin embargo, White presenta esta estrategia como la relativa a lo explicativo-epistemológico en sentido más estricto. La obra de White ha significado una redefinición del sentido en que pensamos lo “epistemológico” en la historia. Más aún, dado que las tres estrategias son posibilitadas por una dimensión profunda prefigurativa, la manera en que el discurso histórico *como totalidad* está estructurado predeterminará su efecto cognitivo. Esta necesaria revisión de lo que entendemos por lo cognitivo en la historiografía se desplegará a lo largo de los próximos capítulos de esta investigación.

White aborda esta dimensión mediante *World Hypotheses* de Stephen C. Pepper, tomando su categorización de las formas básicas de la reflexión filosófica como cuatro paradigmas de la forma que puede adoptar una explicación histórica en tanto “discurso cognoscitivamente responsable”.³⁷ Ellas son: formismo, organicismo, mecanicismo y contextualismo. White señala que utiliza los tipos ideales de Pepper porque

proporcionan una clasificación muy conveniente de los sistemas filosóficos o visiones del mundo más simplistas, el tipo de concepción general de la realidad que hallamos en los historiadores *cuando hablan como filósofos* – es decir, cuando invocan alguna noción general del ser, o apelan a alguna teoría general de la verdad y la verificación, o extraen implicancias éticas de verdades establecidas por suposición, etc.³⁸

La intuición de White de que en toda obra histórica está supuesta una particular visión del mundo se sostiene sobre su percepción de que el discurso histórico no es tan cognoscitivamente responsable como el filosófico porque mientras éste explícitamente elabora una visión del mundo, el primero sólo la adopta o supone. Si aceptamos que una visión del mundo está presupuesta en toda obra histórica y en su modo de explicar los acontecimientos (ya sea conscientemente o no), entonces deberíamos indagar qué tipos de visiones podríamos hallar en los relatos históricos y qué consecuencias explicativas implican.

Ahora bien, corresponde detenernos un momento aquí ya que en este contexto aparece en una nota al pie una definición de “campo histórico”, concepto introducido previamente como uno de los cuatro elementos entre los que debe mediar el discurso histórico (v. gr., campo histórico, registro histórico sin pulir, otras narraciones históricas y público). La nota comienza de la siguiente manera:

He encontrado sumamente útil la terminología crítica de Kenneth Burke en mis intentos de caracterizar lo que he llamado “campo histórico” antes de su análisis y representación por el historiador. Burke sostiene que todas las representaciones literarias de la realidad pueden ser analizadas en términos de un quinteto de elementos “gramaticales” hipotéticos: escenario, agente, acto, agencia y propósito. El modo como están caracterizados esos elementos y los pesos relativos que se les acuerdan como fuerzas causales en el “drama” en que figuran revela la visión del mundo implícita en toda representación de la realidad.³⁹

Pero unas líneas más adelante, en la misma nota, agrega:

³⁷ *Ibíd.*, 25, n. 8.

³⁸ *Ibíd.*, 24, n. 7.

³⁹ *Ibíd.*, 25, n. 8. White trabaja con la obra de Burke *A Grammar of Motives* (Cfr. Burke, 1969).

Aunque útiles como mecanismo para caracterizar la concepción del “campo histórico” sin procesar de un historiador, las teorías de Burke no lo son tanto para caracterizar los que puede hacer de ese campo el historiador una vez que ha sido codificado “gramaticalmente”.⁴⁰

La cita, a la luz de los usos anteriores, nos permite entender que “campo histórico” es un término “primitivo” del análisis de White que remite a aquello que sea el ámbito acotado de ocurrencias del que dice “dar cuenta” el discurso histórico. Ahora bien, este ámbito de ocurrencias parece presentarse en modalidades previas y posteriores al “análisis y representación” por parte del historiador. En un momento se nos habla de “la concepción del campo histórico *sin procesar* de un historiador” –para lo cual White halla útil la apelación a Burke. Pero, luego, se nos habla del campo histórico “una vez que ha sido *codificado gramaticalmente*” –donde White prefiere apelar a los tres autores que mencionamos respecto de las tres estrategias explicativas, v. gr., Frye, Pepper, Mannheim. Junto a estos datos, no deja de ser llamativo también que las categorías a las que White recurre para caracterizar esta noción pertenezcan a una teoría de las “representaciones *literarias* de la realidad”, cuestión que se refuerza por la afirmación siguiente en la que se nos dice que “el modo como están caracterizados esos elementos y los pesos relativos que se les acuerdan como fuerzas causales en el ‘drama’ en que figuran revela la visión del mundo implícita en toda representación de la realidad.” No sólo los elementos del campo histórico son identificados por medio de categorías literarias –agente, acto, escenario, etc.– sino que su función en el “drama” que los incluya “revelará la visión del mundo implícita” en esa representación de la realidad. Si la constitución del relato histórico como un tipo de “drama” era la función que desempeñaba la elección de tramado por parte del historiador; si además los elementos del campo histórico son identificados de la misma manera que se identifican los “elementos” de un “drama”; si también la caracterización de esos “elementos” de acuerdo con sus funciones en el “drama” revela la visión del mundo implícita a la representación en cuestión y esa visión del mundo es el elemento que la explicación por argumentación formal utiliza para dar su efecto explicativo específico, podemos sospechar que exista alguna subordinación *de* la segunda estrategia explicativa *respecto de* la primera. La visión del mundo, ¿se desprende del modo en que se tramó el relato? Otro punto para señalar es la denominación de los elementos del campo histórico como “gramaticales” o su “análisis y representación” por parte del historiador como una “codificación”. Esto se comprenderá mejor cuando expongamos el concepto de prefiguración. Lo que podemos inferir en esta instancia es que el carácter *narrativo* y, por ende, *tramado* del discurso histórico, aunque se presenta como *una* modalidad explicativa

⁴⁰ Ídem nota anterior.

entre tres y *un* aspecto estético, entre aspectos de otro tipo, tiene en realidad un peso central en el análisis de White en *Metahistoria* (quizás, incluso más que el que White se permite reconocer en este texto).

Ahora bien, lo que claramente podemos establecer de la cita comentada es lo que no hemos realmente encontrado: una definición clara de qué sea el “campo histórico”. Más aún, dado que la cita termina justificando por qué White prefiere a Pepper sobre Burke para el modo de explicación que está abordando, no queda claro el vínculo entre el concepto, definido en términos tomados de Burke, y el análisis en progreso en el cuerpo del texto ligado a la noción de “visión del mundo” en Pepper. Para comprender cada “paradigma de explicación”, además de exponerlo tal como *Metahistoria* lo hace, prefiero apelar a la excelente presentación del mismo tema por parte de White en otro artículo contemporáneo a *Metahistoria*, “Interpretation in history”.⁴¹ En este texto, White afirma que:

podemos distinguir entre varias formas de explicación en la historiografía de dos maneras: sobre la base de la *dirección* que se presume que la operación analítica tomará (hacia la dispersión o integración) y sobre la base del *paradigma* del aspecto general que asumirá el conjunto de fenómenos explicados al final de dicha operación.⁴²

Para comprender la cita debemos anteriormente recordar cómo White concibe la tarea del historiador: éste se enfrenta ante una heterogeneidad de “datos”, ante lo que se le presenta como una percepción vaga e imprecisa de los objetos y relaciones entre objetos del campo de estudio dado. Ahora bien, el modo de transformar aquello en una percepción “clara y precisa” es el “propósito” de la explicación que el historiador pretende ofrecer.⁴³ Sin embargo, el modo de esa transformación, i.e., la noción de explicación histórica, no ha sido acordado en la disciplina. Por lo tanto, cómo se logra llegar a una percepción clara y precisa del campo histórico define qué idea de explicación maneja el historiador. Y es aquí donde White interpreta que hay dos direccionalidades de la explicación tendientes, por una parte, a la dispersión (lo que significa que el campo histórico será explicado cuando se lo transforme en una serie de entidades “discretas”, “un conjunto de particulares esencialmente autónomos no subsumibles bajo ninguna regla ni de causalidad ni de implicancia clasificatoria”), y

⁴¹ Si bien se trata de un artículo publicado originalmente en la revista *New Literary History* en 1972-3, fue publicado luego en *Tropics of discourse*. Creo que *Tropics* y *Metahistoria* son textos que deben leerse en paralelo, dado que en el primero se recogen artículos anteriores, contemporáneos y cercanamente posteriores a *Metahistoria* en los cuales White se concentra en las fuentes, recursos e influencias teóricas que informan su teoría formal de la obra histórica -así como *Metahistoria* ofrece los análisis textuales específicos en que se sustenta su propuesta teórica.

⁴² Cfr. White, (1978: 64).

⁴³ *Ibid.*, 63. Aquí sigo las expresiones utilizadas por White para caracterizar el material o evidencia al que se enfrenta el historiador.

tendientes a la integración, por otra parte (que implicará mostrar que lo que en un primer momento aparentan ser elementos particulares, individuales, desvinculados entre sí en el campo histórico en realidad son elementos que comparten cierto tipo de relaciones, ya sea del tipo causa-efecto o del tipo parte-todo). En palabras de White, para estos historiadores “un dominio histórico completamente explicado aparecerá como un campo de entidades integradas gobernado por una estructura de relaciones claramente especificable, o sintaxis”.⁴⁴ Mientras que la primera direccionalidad entendía la explicación como una operación *analítica*, la segunda la concibe como una operación de *síntesis*. Podríamos agregar que si el campo histórico en líneas generales nos presenta un ámbito en el cual distinguir objetos y relaciones entre objetos, las estrategias dispersivas parecerían priorizar o traer a primer plano los elementos-objeto del campo histórico, mientras que las estrategias integrativas ponen énfasis en el aspecto relacional, en los elementos-relaciones. A su vez, esa direccionalidad de la explicación es acompañada de un “paradigma” supuesto acerca del “aspecto” que asumirán los fenómenos en tanto “fenómenos explicados”. Las estrategias marcadas por una direccionalidad dispersiva y una explicación analítica serán las explicaciones formistas y contextualistas. Por su parte, las explicaciones mecanicistas y organicistas tenderán a la integración de los fenómenos y pretenderán explicaciones sintéticas acerca de ellos.

La primera forma de explicación dispersivo-analítica la constituye el formismo: su objetivo principal es “la identificación de las características exclusivas de los objetos que habitan el campo histórico”.⁴⁵ Frente a una primera percepción del campo histórico como un terreno indiferenciado, la tarea del historiador es establecer la “unicidad” de los objetos, diferenciarlos, determinar la “variedad” de fenómenos:

En consecuencia, el formista considera que una explicación es completa cuando determinado conjunto de objetos ha sido debidamente identificado, se le ha asignado una clase y atributos genéricos y pegado etiquetas referentes a su particularidad.⁴⁶

White continúa aclarando que el objeto de que se trate puede ser de cualquier tipo: particular, universal, concreto, abstracto, individual o colectivo. Sea como fuere, lo que distingue a la estrategia formista es su focalización en la caracterización del objeto en tanto único, diferenciado de los otros objetos (también únicos) disponibles en el campo histórico. La argumentación formista atiende a la similitud y diferencia, intentando ofrecer como campo histórico “explicado” una imagen clara y precisa de las diversas entidades u objetos que lo

⁴⁴ Ídem nota anterior.

⁴⁵ Cfr. White (1992: 24).

⁴⁶ Ídem nota anterior.

componen. Ejemplos de este tipo de argumentación formal según White se encuentran “en cualquier historiografía donde la descripción de la variedad, el color y la viveza del campo histórico es el objetivo central del trabajo del historiador”.⁴⁷ White enfatiza que este interés por la unicidad de los fenómenos no es secundario, sino central para el historiador ya que “concibe su trabajo como terminado cuando los fenómenos que ha observado han sido adecuadamente representados en prosa descriptiva precisa”.⁴⁸ A su vez, esto señala una cierta debilidad de esta modalidad de explicación, ya que el interés por realizar generalizaciones acerca del campo histórico mediante una estrategia dispersiva socavará las pretensiones de precisión conceptual de tales generalizaciones. Sin embargo, White afirma que “esos historiadores generalmente compensan la vacuidad de sus generalizaciones con la vida de sus reconstrucciones de agentes, agencias y actos particulares representados en sus narraciones.”⁴⁹ La segunda estrategia dispersivo-analítica es el contextualismo. A diferencia del formismo, no son los objetos del campo histórico sino la noción de contexto aquello de lo que se pretende señalar su carácter “particular” o “discreto”. Pero, dado que pretendemos seguir con la mayor fidelidad los pasos de White en *Metahistoria*, expondremos a continuación su caracterización de las estrategias integrativas.

Organicismo y mecanicismo compartirán la direccionalidad integrativa y la finalidad sintética de sus abordajes del campo histórico. Otras cualidades que compartirán serán la tendencia a la abstracción en la explicación y el interés centrado en el proceso integrativo mayor que en los elementos individuales o particulares del campo histórico. De esta forma, White observa que

El organicista intenta describir los particulares discernidos en el campo histórico como componentes de procesos sintéticos. En el corazón de la estrategia organicista hay un compromiso metafísico con el paradigma de la relación microcosmos-macrocosmos, y el historiador organicista tenderá a ser gobernado por el deseo de ver las entidades individuales como componentes de procesos que se resumen en totalidades que son mayores que, o cualitativamente diferentes de, la suma de sus partes.⁵⁰

Como la cita lo indica, el organicista comprende el campo histórico en términos de individualidades o particularidades que son “partes” de una “totalidad”, siendo la relación parte-todo entendida en términos microcosmos-macrocosmos. De esta manera, lo individual

⁴⁷ *Ibid.*, 24-25.

⁴⁸ Cfr. White (1978: 64). Aquí, White asocia este modo de explicación con la noción de método idiográfico de W. Windelband.

⁴⁹ Cfr. White (1992: 25).

⁵⁰ *Ibid.*, 26.

preanuncia las cualidades de la totalidad que lo abarca, siendo esta totalidad “más” que la mera suma de las partes. La tendencia a la abstracción que White atribuye a la estrategia organicista (tanto como a la mecanicista), se evidencia en el marcado interés del historiador por caracterizar el proceso total-integrativo en lugar de describir viva y detalladamente a sus partes-individuales. Más aún, si lo individual anuncia la totalidad es porque la relación parte-todo hace posible la búsqueda de los “principios” o “ideas” que “informan” los procesos históricos. Existiendo dichos principios, es coherente que el historiador pretenda determinar el “fin” o la “meta” a la que el proceso tiende, de acuerdo a ellos. El interés por “principios” y sus “fines” es otro elemento del carácter abstracto de este modo de explicación:

Los historiadores que trabajan dentro de esta estrategia de explicación (...) tienden a estructurar su narrativa de manera que presente la consolidación o cristalización, a partir de un conjunto de hechos aparentemente dispersos, de alguna entidad integrada cuya importancia es mayor que la de cualquiera de las entidades individuales analizadas o descritas en el curso de la narración.⁵¹

Es importante destacar que la relación principio-fines que guía la comprensión del proceso histórico no adquiere un carácter determinista fuerte, dado que se la lee en términos de orientación o tendencia –lo que habilita una interpretación del proceso histórico como compatible con la libertad de los agentes históricos⁵²– y no en términos de legalidad universal. Este último tipo de lectura será característico del mecanicismo:

La teoría mecanicista de la explicación gira en torno a la búsqueda de las leyes causales que determinan los desenlaces de procesos descubiertos en el campo histórico. Los objetos que se piensa habitan el campo histórico son construidos como existiendo en la modalidad de relaciones parte a parte, cuyas configuraciones específicas son determinadas por las leyes que se presume gobiernan sus interacciones.⁵³

La cita permite justificar las cualidades compartidas por el mecanicismo y el organicismo: a) su direccionalidad integrativa, b) el interés centrado en el proceso integrativo y no tanto en los elementos particulares, y c) la tendencia a la abstracción. A) y b) se sostienen en que es la legalidad que guía el proceso histórico el punto central de la

⁵¹ *Ibíd.*, 26. White agrega que esta modalidad explicativa puede observarse en autores idealistas en general y específicamente en pensadores dialécticos, como Hegel.

⁵² *Ídem* nota anterior: “Un historiador como Ranke, naturalmente, resistirá en forma consciente a la inclinación de especificar cuál podría ser el telos de todo el proceso histórico, y se contentará con esforzarse por determinar la naturaleza de algunos de los *teloi* provisionales, estructuras integrativas intermedias como el “folk”, la “nación” o la “cultura” que pretende discernir en el proceso histórico. La determinación del fin final de todo el proceso histórico sólo puede vislumbrarse, sostiene Ranke, en una visión religiosa.”

⁵³ *Ibíd.*, 27. Anteriormente, en la misma página, White reformulaba esto en términos de Burke: “(...) el mecanicismo se inclina a ver los ‘actos’ de los ‘agentes’ que habitan el campo histórico como manifestaciones de ‘agencias’ extrahistóricas que tienen su origen en el ‘escenario’ donde se desarrolla la ‘acción’ descrita por la narración.”

explicación, y el interés fundamental está en la ley que el proceso evidencia y no en los particulares subsumidos a ella; y c) en que la abstracción es esperable de un historiador más preocupado por dar cuenta de la legalidad del proceso estudiado que por describir en detalle y con precisión las entidades individuales del campo histórico. Ahora bien, lo que diferencia la estrategia mecanicista de la organicista es, en primer lugar, que el mecanicismo tiende a integrar en términos reductivos más que sintéticos; en segundo lugar, que la noción de relación parte-todo es distinta; y en tercer lugar, que el proceso histórico no se estudiará en términos de principios o ideas que lo orientan a un cierto fin, sino en términos más deterministas, bajo la noción de legalidad. Lo específico de la estrategia mecanicista está dado por el afán de reducir los fenómenos a clases de fenómenos, y éstas, a la legalidad que manifiestan. En directa oposición al formismo, el mecanicismo se interesa mayormente por las leyes, en menor medida por las clases de fenómenos, y en menor medida aún por los fenómenos particulares que las clases abarcan. La reducción está dada por estas operaciones que subsumen fenómeno a clase, y clase a ley, en última instancia. Estas progresivas reducciones hacen al carácter parte-parte de las relaciones entre fenómenos que diferencia al mecanicismo del organicismo: mientras éste pretendía leer en el fenómeno individual la estructura del proceso total que lo atravesaba, el mecanicista lee allí un elemento que se subsume a una categoría o clase que lo abarca.⁵⁴ Lo fundamental es encontrar la ley que guía esas relaciones entre partes-causa y partes-efecto, ley que hará comprensible los fenómenos particulares del campo histórico: “para el mecanicista, una explicación se considera completa sólo cuando ha descubierto las leyes que supuestamente gobiernan la historia del mismo modo que se supone que las leyes de la física gobiernan la naturaleza.”⁵⁵ Ahora bien, el mecanicismo también manifestará cierta abstracción en su modo de explicar por su privilegio de las legalidades por sobre los fenómenos particulares –aspecto en que el formismo claramente ofrece ventajas. Sin embargo, el mecanicismo contrarresta este defecto con la

⁵⁴ “El mecanicista, en resumen, no ve los elementos del campo histórico como relacionados en términos de relaciones parte-todo, sino más bien en términos parte-parte y en la modalidad de la causalidad. Esto significa, sin embargo, que el mecanicista debe distinguir entre las partes para identificar aquéllas que son “causas” y aquéllas que son “efectos”. Para el mecanicista, entonces, el campo histórico se considera que ha sido “explicado” cuando él (el historiador) ha distinguido satisfactoriamente entre agencias causales y los efectos de las operaciones de esas agencias, y luego ha provisto las condiciones necesarias y suficientes para sus configuraciones específicas en tiempos y espacios específicos al interior de todo el proceso.” Cfr. White (1978: 66).

⁵⁵ Cfr. White (1992: 27). La cita continúa ejemplificando esta cuestión en Tocqueville: “Así, en un historiador como Tocqueville, los atributos particulares de determinada institución, costumbre, ley, forma de arte u otra cosa, son menos importantes como evidencia que la especie, clase y tipificación genérica que por análisis se puede mostrar que ejemplifican. Y esas tipificaciones a su vez son consideradas por Tocqueville – y en realidad por Buckle, Marx y Taine – menos importantes que las leyes de la estructura y el proceso sociales que gobiernan el curso de la historia occidental, de cuyas operaciones dan fe.”

precisión conceptual que manifiestan sus explicaciones que puede inferirse de la importante tarea de clasificación de los fenómenos necesaria para este modo de explicación. Aquí encontramos un aspecto en que el mecanicismo supera la carencia de precisión que el formismo manifestaba como su defecto.

Finalmente, White expone la estrategia contextualista. Como dijimos, compartirá con el formismo la direccionalidad dispersivo-analítica de la explicación. Sin embargo, a diferencia del formismo, la dispersión no surgirá de la pretensión de unicidad de los elementos particulares del campo histórico sino de la unicidad del *contexto* en que tales elementos se encuentran. Esta característica parece ubicar al contextualismo en un cierto terreno intermedio entre el formismo y las otras dos estrategias integrativo-sintéticas dado que la noción de contexto será acorde a un impulso parcial de integración de los fenómenos, pero que no habilitará una búsqueda de síntesis ni de reducción de dichos fenómenos como el organicismo y el mecanicismo permitían. El punto clave de la noción de contexto será su rechazo a ser integrado en un proceso histórico más abarcador. White, entonces, caracteriza al contextualismo como un modo de explicación del significado de los acontecimientos del campo histórico en términos “funcionales”:

El presupuesto informante del contextualismo es que los acontecimientos pueden ser explicados colocándolos en el “contexto” de su ocurrencia. Por qué ocurrieron como lo hicieron se explicará por la revelación de las relaciones específicas que tenían con otros sucesos que ocurrían en su espacio histórico circundante.⁵⁶

En “Interpretation in history” White vincula este tipo de explicación con un tipo de historiografía:

Este procedimiento arroja aquéllas caracterizaciones en términos de “períodos”, “tendencias”, “eras”, “movimientos”, y otros semejantes que nos permiten concebir el proceso histórico total como una sucesión de estructuras y procesos discretos, cada uno con sus propios atributos únicos, el significado de los cuales se cree que reside en la “cualidad” o “atmósfera” de su textura ricamente variada.⁵⁷

En ambos textos, White afirma que la explicación del historiador se considera completa cuando su análisis ubicó el “acontecimiento” estudiado en su “contexto”. También, White alude en ambos al concepto de “coligación” de Walsh como el “método” por el cual tal contextualización se lleva a cabo. La operación de coligación implicaría especificar las “interrelaciones funcionales” que existen entre los fenómenos del campo histórico:

⁵⁶ Ibid., 28.

⁵⁷ Cfr. White (1978: 64).

El contextualista, nos dice Pepper, procede aislando algún (en realidad *cualquier*) elemento del campo histórico como tema de su estudio, ya sea un elemento tan grande como “la Revolución Francesa” o tan pequeño como un día en la vida de una persona específica. A continuación procede a recoger los “hilos” que unen el suceso a explicar con diferentes áreas del contexto. (...) El impulso no es a integrar todos los sucesos y tendencias que puedan identificarse en todo el campo histórico, sino más bien a vincularlos en una cadena de caracterizaciones provisionales y restringidas de provincias finitas del acontecer manifiestamente “significativo”.⁵⁸

Lo anterior permite entender aquello que afirmábamos acerca del terreno intermedio respecto de las demás estrategias en el que se ubicaría el contextualismo. Por una parte, lo acerca al formismo su direccionalidad dispersiva en dos sentidos: en primer lugar, respecto del mantener en cierto sentido dispersos los elementos del campo histórico, dado que la pretensión de contextualizarlos no permite integrarlos en una totalidad mayor ni subsumirlos a una ley; en segundo lugar, porque el concepto mismo de contexto es el concepto de una unidad discreta que no puede ser subsumida a un proceso mayor sin dejar de ser tal unidad. Por otra parte, dentro del contexto, sí puede decirse que hay cierta integración, pero “relativa”, “provisional”, “restringida” que no llega a ser ni una síntesis ni una reducción, y que sólo es aplicable “dentro de los límites” del contexto discreto del que se trata:

Como estrategia de explicación, el contextualismo busca evitar tanto la tendencia radicalmente dispersiva del formismo como las tendencias abstractivas del organicismo y el mecanicismo. Lucha en cambio por una *integración relativa* de los fenómenos discernidos en provincias finitas del acontecer histórico en términos de “tendencias” o fisonomías generales de períodos y épocas.⁵⁹

White habla de estas integraciones relativas como “reglas de combinación” que no son equivalentes ni a leyes universales ni a principios teleológicos, sino que solamente remiten a las “relaciones efectivas” entre los elementos del campo histórico.

1.4.4. Explicación por implicación ideológica

Hasta aquí, el proyecto de una poética de la historia ha permitido analizar dos dimensiones manifiestas de toda obra histórica: una dimensión estética, por medio de la cual el historiador trama de una determinada manera el relato de los acontecimientos para transformarlo en un relato de un tipo particular; y una dimensión epistemológica, aquella que determina el paradigma que el historiador utilizará para dar una explicación específicamente

⁵⁸ Cfr. White (1992: 29).

⁵⁹ *Ibid.*, 28.

histórica de tales acontecimientos. Sin embargo, queda una dimensión más por analizar, a la que White denomina “ética” o “moral”, cuya razón de ser es la siguiente:

Considero que el momento ético de una obra histórica se refleja en el modo de implicación ideológica por el cual una percepción *estética* (la trama) y una operación *cognoscitiva* (la argumentación) pueden combinarse de manera que derivan en afirmaciones prescriptivas de lo que podrían parecer afirmaciones puramente descriptivas o analíticas. (...) las implicaciones morales de determinado argumento histórico deben ser extraídas de la relación que el historiador presume que existió, *dentro* del conjunto de hechos en consideración *entre* la trama de la conceptualización narrativa por un lado y la forma de la argumentación ofrecida como explicación explícitamente “científica” (o “realista”) del conjunto de hechos, por el otro.⁶⁰

La explicación por implicación ideológica remite a ciertas “afirmaciones prescriptivas” que es posible leer como “implicadas” por el modo en que se “combinan” las otras dos formas de dar cuenta de los acontecimientos estudiados que constituían las dimensiones estética y epistemológica.

Antes de continuar, es necesario reconocer que el problema del sesgo ideológico en la explicación histórica es una cuestión largamente discutida. White señala que se ha tendido a interpretar el desacuerdo en la disciplina acerca de sus posibles objetos de estudio, método de investigación apropiado, modo de resolución de sus interrogantes, etc., como producto de desacuerdos ideológicos, incluso clasificando “escuelas” historiográficas en estos términos: liberales, conservadores, *whig*, *tory*, marxistas, etc. Sin embargo, no es esta interpretación la que White está proponiendo al introducir esta tercera dimensión explicativa, dado que no quiere reducir el desacuerdo entre historiadores a sus posibles posiciones ideológicas. No sólo no quiere esta reducción, sino que considera que, en realidad, el componente ideológico de una obra histórica no está dado tanto por la explícita posición ético-política que el historiador afirme sostener en un nivel explícito o consciente, sino que estará dado por las “implicancias ideológicas” del modo en que el historiador tramó y argumentó formalmente sobre los acontecimientos. Estas implicancias surgen en última instancia del *tono* o *actitud* que el historiador asume frente al tramado y la argumentación formal.⁶¹ Más aún, White considera que las implicaciones ideológicas implícitas identificables según su teoría formal pueden de hecho contradecir la posición ideológica reconocida de un historiador.⁶² De este modo, el componente ideológico de una obra histórica no será necesariamente la posición explícita y

⁶⁰ *Ibid.*, 36.

⁶¹ *Ibid.*, 37.

⁶² Esto es además coherente con el rechazo de un punto de vista biográfico o psicológico del análisis de los escritos de los historiadores: dado que lo que interesa es la obra en sí misma, su implicancia ideológica será la que se derive de su análisis formalista más que la que se supiera o sospechara que el historiador-autor sostenía en vida.

consciente que el historiador dice sostener respecto de lo socio-político sino la implicada por la interacción de los siguientes elementos:

1. el modo de tramado
2. el modo de explicación formal
3. el tono o actitud que el historiador asume frente al resultado ofrecido por los dos elementos anteriores en la obra histórica

El elemento nuevo es la cuestión del “tono” o “actitud” del historiador. Dejando este aspecto para más adelante, es importante entender que, según White, la “explicación ética” ofrecida por el historiador se comprende cuando reconocemos la posición particular que asumió de hecho, en su relato, “sobre el problema de la naturaleza del conocimiento histórico y las implicaciones que pueden derivarse del estudio de acontecimientos pasados para la comprensión de los hechos presentes.”⁶³ Es así que por “ideología” White entiende:

(...) un conjunto de prescripciones para tomar posición en el mundo presente de la praxis social y actuar sobre él (ya sea para cambiar el mundo o para mantenerlo en su estado actual); tales prescripciones van acompañadas por argumentaciones que afirman la autoridad de la “ciencia” o del “realismo”.⁶⁴

Para clasificar las distintas posibilidades de implicación ideológica, White recurre a la obra de Karl Mannheim sobre sociología del conocimiento. Las razones para ello son diversas. En primer lugar, White está intentando interpretar tendencias ideológicas en un ámbito específico: la historiografía. Por tanto, el interés está guiado por la búsqueda de las ideologías que permiten a los historiadores arribar a concepciones acerca de qué es (o debería ser) la “ciencia”, el “realismo”, la “estructura social”, etc. Por otra parte, dado que se trata de ideologías que permiten argumentar acerca de esas concepciones, White considera que debe admitir como opciones para el historiador sólo aquellas que sean, nuevamente, cognoscitivamente responsables, es decir, aquellas posiciones metapolíticas que además de ofrecer teorías específicas acerca de la sociedad y la historia, “consideran necesario establecer la autoridad de sus posiciones cognitivas sobre bases racionalistas o científicas”.⁶⁵ Esto implica no sólo sentirse obligadas a dialogar con sus críticos sino también a enfrentar controles de criterios lógicos de consistencia y coherencia respecto de sus interpretaciones de

⁶³ *Ibid.*, 32.

⁶⁴ *Ídem* nota anterior.

⁶⁵ *Ibid.*, 33.

los “datos” sobre los que reflexionan. De esta forma, White reconoce cuatro posiciones ideológicas básicas: anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo porque, cumpliendo con las condiciones establecidas,

(...) representan sistemas de valores que afirman la autoridad de la “razón”, la “ciencia” o el “realismo”. Esa afirmación las compromete tácitamente a la discusión pública con otros sistemas que afirman una autoridad similar; les da una conciencia de la epistemología que no tienen los representantes de sistemas “autoritarios”, y las compromete con el esfuerzo de encontrar un sentido a los “datos” descubiertos por investigadores del proceso social que trabajan partiendo de puntos de vista alternativos.⁶⁶

¿Cuáles son los aspectos que nos interesan de esos sistemas de valores para emplearlos como índices de las implicaciones ideológicas de las obras históricas? Fundamentalmente, sus afirmaciones acerca del cambio social, dado que estamos tratando de relacionar relatos históricos e implicaciones ideológicas, i.e., narraciones acerca de procesos de cambio y prescripciones para la vida social sustentadas en ellos. Más específicamente, si la noción de cambio en relación con el orden social del presente del historiador señalaría los aspectos de discontinuidad con ese pasado, lo hará en la misma medida en que posibilita el hallazgo de aspectos de continuidad. En torno a este eje discontinuidad-continuidad, le interesará a White indagar qué sostienen las ideologías en cuestión acerca de:

1. la deseabilidad del cambio
2. el ritmo óptimo que debe seguir
3. la orientación temporal de la ideología, i.e., dónde se ubica el ideal utópico al que el cambio debería conducirnos
4. el valor que se atribuye al estado social actual, i.e., el que se vería afectado por el cambio

La enumeración misma de estos aspectos del cambio social que se examinarán nos señala que el concepto co-implicado continuamente en el análisis será el del *statu quo*. En “Interpretation in history” encontramos una observación muy sugerente sobre este tema. White toma de Mannheim dos caracterizaciones generales de estas ideologías, su clasificación como, por una parte, “situacionalmente congruentes” o “situacionalmente trascendentes”; y,

⁶⁶ *Ibid.*, 33. Por esta ausencia de voluntad de argumentación es que White decide no considerar las ideologías autoritarias en esta modalidad explicativa. A su vez, White aclara, estos términos deben interpretarse como designando “preferencias ideológicas generales” y no como nomenclaturas de ningún partido político en particular.

por otra, como favoreciendo actitudes “contemplativas” o “manipulativas” de sus objetos de estudio. La primera clasificación alude a la posición respecto del *statu quo*: una ideología situacionalmente congruente será aquella que lo acepta generalmente, mientras que aquella que lo critique e intente transformarlo o disolverlo será una ideología situacionalmente trascendente. La distinción entre ideologías contemplativas y manipulativas pretende dar cuenta de la actitud que asumen respecto de su objeto de estudio como resultado de la noción de “ciencia social ideal” que presupongan.⁶⁷ Claramente, las ideologías situacionalmente congruentes tienden a ser contemplativas, mientras que la actitud manipulativa se vincula con ideologías situacionalmente trascendentes. White, siguiendo a Mannheim, afirma que la historiografía contemplativa “es al menos consonante con, cuando no es una proyección de, las posiciones ideológicas del liberal y el conservador, ya sea que sus practicantes estén conscientes de esto o no.”⁶⁸ En cambio, los radicales y anarquistas constituirían ideologías manipulativas de su objeto de estudio por el impulso crítico y transformador (trascendente) de ambas como programas políticos.

Claro que habrá diferencias entre liberalismo y conservadurismo: este último es situacionalmente congruente en mayor grado que el liberalismo. De la misma manera que el radicalismo y el anarquismo son ideologías situacionalmente trascendentes, pero el primero lo es en menor grado. De hecho, White afirmará que todas las ideologías combinan aspectos de congruencia y trascendencia social ya que todas asumen la perspectiva del cambio, siendo las diferencias entre unas y otras más de énfasis que dicotómicas. Así, si hubiéramos de ubicar en una escala de menor a mayor la trascendencia social, obtendríamos el siguiente orden:

1. Conservadurismo
2. Liberalismo
3. Radicalismo
4. Anarquismo

Que las cuatro ideologías básicas enfrenten la cuestión del cambio explica tanto su interés por el estudio de la historia como su responsabilidad cognitiva:

Todas toman en serio la perspectiva del cambio: eso es lo que explica su interés por la historia y su preocupación por dar una justificación histórica de sus programas. Es también lo que explica su

⁶⁷ Cfr. White (1978: 68).

⁶⁸ *Ibíd.*, 69.

disposición a debatir entre ellas, en términos cognoscitivamente responsables, asuntos tan secundarios como el ritmo del cambio social deseable y los medios a utilizar para efectuarlo.⁶⁹

Veamos entonces, cómo White define a cada una de acuerdo a los ítems y la doble clasificación que acabamos de mencionar.

Conservadurismo y liberalismo son ideologías situacionalmente congruentes. Respecto del cambio social, los conservadores son quienes más desconfianza y recelo manifiestan, por lo cual tenderán a favorecer, dada la inevitabilidad del cambio, un ritmo “natural”, lento - siendo además pensado como afectando aspectos particulares o secundarios del ámbito social y no sus relaciones estructurales. La convicción del conservador es que la estructura fundamental de la sociedad es sólida, lo que explica que sea una ideología situacionalmente congruente en un alto grado, rechazando cambios infraestructurales o profundos o siquiera un ritmo acelerado de cambio en lo supraestructural. En cambio, el liberal, que acuerda en que la estructura básica social no necesita modificaciones profundas ni aceleradas -razón por la cual es situacionalmente congruente en un grado menor- es en cambio más optimista respecto de los beneficios del cambio social: considera que ciertos “ajustes” o “afinaciones” son positivos y que el ritmo en que estos cambios ocurran debería ser un ritmo “social”, i.e., el relativo a los debates parlamentarios, elecciones o procesos educativos habilitados en el marco del sistema institucional en vigencia. Respecto de su orientación temporal, en ambas ideologías encontramos desalentado el esfuerzo por intervenir en la matriz social del momento, lo que constituye su carácter “contemplativo”. En el caso del conservadurismo, porque la estructura social actual es el mejor de los mundos posibles. Tal afirmación se justifica en la creencia de los conservadores de que la evolución histórica es “una elaboración progresiva de la estructura institucional que prevalece *actualmente*, estructura que consideran como una “utopía” -es decir, la mejor forma de sociedad que se puede esperar o a la que se puede legítimamente aspirar con “realismo” por el momento.”⁷⁰ Los liberales, en cambio, consideran que en el futuro habrá una estructura social mejor. Sin embargo, dado que ese futuro utópico es visto como remoto, esto redundará también en el desaliento respecto de la efectividad de intentos de intervención “radicales” o “precipitados”.

Radicalismo y anarquismo se encuentran en el extremo opuesto a las ideologías anteriores respecto de la deseabilidad del cambio social, lo que implica clasificarlos como situacionalmente trascendentes. Ambos coinciden en la necesidad de provocar transformaciones estructurales profundas del ámbito social, aunque con finalidades diversas:

⁶⁹ Cfr. White (1992: 35).

⁷⁰ *Ibid.*, 34.

“los primeros con el fin de reconstruir la sociedad sobre nuevas bases, los segundos con el objeto de abolir la “sociedad” y sustituirla por una “comunidad” de individuos que se mantengan unidos por el sentimiento compartido de una “humanidad” en común.”⁷¹ El anarquismo asume en un grado más extremo el interés por la trascendencia social. Esto se evidencia en el ritmo de cambio favorecido, siendo en ambos casos acelerado, de “transformaciones cataclísmicas”, pero con la diferencia de que el radical atenderá a los obstáculos que se oponen a dichas transformaciones –como la “fuerza de inercia de las instituciones heredadas”- por lo que se preocupará más que el anarquista por proveer los medios adecuados para que esas transformaciones sean efectivas. Esta preocupación del radical por los medios necesarios para llevar a cabo el cambio se explica por su orientación temporal: la condición utópica es vista como inminente. Por su parte, el anarquista también considera asequible con cierta inminencia el momento utópico, pero con la diferencia de que esa utopía no responde directamente a un futuro posible sino a una recuperación de un estado originario ideal ya dado en un pasado remoto cuya pérdida redundó en la situación de opresión, corrupción o “caída” actual. Esto implica que los anarquistas

proyectan esa utopía en lo que es efectivamente un plano intemporal viéndola como posibilidad de realización humana en *cualquier momento*, si los hombres tan sólo adquieren el dominio de su propia humanidad esencial, ya sea por un acto de voluntad o por un acto de la conciencia que destruya la creencia socialmente originada en la legitimidad del establecimiento social presente.⁷²

Si dijimos que la congruencia y trascendencia social se encuentra en todas las ideologías en grados distintos, la pregunta es cuál es el factor que refuerza la diferenciación. White responde con el análisis del cuarto ítem que mencionamos:

Es el *valor* atribuido al establecimiento social actual, sin embargo, lo que explica sus distintas concepciones tanto de la *forma* de la evolución histórica como de la *forma* que debe adoptar el conocimiento histórico. (...) Al mismo tiempo, las ideologías reconocen diferentes paradigmas de la forma que deben adoptar las argumentaciones destinadas a explicar “lo que ha pasado en la historia”. Esos diferentes paradigmas de explicación reflejan las orientaciones más o menos “científicas” de las diferentes ideologías.⁷³

Desde este punto de vista, White afirma que quienes consideran que es posible estudiar “racional” y “científicamente” la historia son los radicales y los liberales –que representan las versiones menos extremas de la trascendencia y congruencia situacional, respectivamente- aunque difieren en su interpretación de esos adverbios, dado que el radical

⁷¹ Ídem nota anterior.

⁷² *Ibid.*, 35.

⁷³ Ídem nota anterior.

pretende encontrar leyes en el acontecer histórico mientras que el liberal emprende una búsqueda más modesta o acotada de “tendencias generales” o “corrientes” más relevantes. Podríamos decir que, en términos de sus pretensiones cognitivas, el radical estaría interesado en encontrar regularidades en sentido fuerte –como el concepto de “ley” indica-, no así el liberal, dado que “tendencia” y “corriente” son conceptos débiles en comparación. Por su parte, conservadores y anarquistas también acuerdan que la historia puede ser estudiada con responsabilidad cognitiva, pero según White:

su concepción de un conocimiento distintivamente *histórico* requiere una fe en la “intuición” como base sobre la cual sería posible construir una presunta “ciencia” de la historia. El anarquista se inclina hacia las técnicas esencialmente empáticas del romanticismo en sus relaciones históricas, mientras que el conservador tiende a *integrar* sus varias intuiciones de los objetos del campo histórico en una visión general organicista del proceso entero.⁷⁴

La cita parecería adjudicar una finalidad de análisis dispersivo, para el caso del anarquista, en oposición al impulso integrador del conservadurismo. Ahora bien, cuando iniciamos este apartado, dijimos que estas posiciones metapolíticas eran tomadas por White como categorías de clasificación para dar cuenta de las diversas implicancias ideológicas que las obras históricas pueden poseer en virtud del interjuego del tramado, la argumentación formal y el tono o actitud con que el historiador reflexiona sobre los dos primeros. Veamos esto en un ejemplo que nos permitirá entender cómo el factor del “tono” contribuye a la explicación por implicación ideológica.

Burckhardt es un historiador que, según el análisis de nuestro autor, emplea en sus obras una argumentación contextualista como paradigma de explicación y asume una posición aparentemente antinarrativa en sus relatos acerca del pasado. Sin embargo, White afirma que sus relatos han sido tramados según el modo de la sátira. De esta forma, nos falta averiguar el tono con que Burckhardt se expresó respecto de estos dos modos de conceptualización para poder inferir las implicancias ideológicas de su obra. White nos dice que:

el tono o la actitud con que está modelada una narración satírica tienen implicancias ideológicas específicas, “liberales” si se expresa en tono optimista, “conservadoras” si lo hace en tono resignado. Por ejemplo, la concepción de Burckhardt del campo histórico como una “textura” de entidades individuales unidas por poco más que su calidad de integrantes del mismo campo y el brillo de sus varias manifestaciones, combinado con su escepticismo formal, es destructiva de cualquier esfuerzo de su público por utilizar la historia como medio para comprender el mundo presente en términos que no sean conservadores. El mismo pesimismo de Burckhardt con respecto al futuro tiene el efecto de promover en los lectores actitudes de “sálvese quien pueda” y “que el diablo se lleve al último”.⁷⁵

⁷⁴ *Ibid.*, 36.

⁷⁵ *Ibid.*, 38.

De esta manera, la interacción de los tres elementos –trama, argumentación y tono– redundan en una obra histórica cuya lectura deja a su público un mensaje conservador, al presentar el acontecer histórico como incapaz de darnos indicios para comprender el presente en el que nos encontramos. En similar forma White estudia en *Metahistoria* las implicancias ideológicas conservadoras de la historiografía de Ranke, anarquistas de Michelet (cuando explícitamente pretendía ser liberal) y la resistencia que Tocqueville manifiesta frente a las implicancias radicales de su utilización de un modo de tramado trágico y una argumentación mecanicista.⁷⁶

Un aspecto más a detallar respecto del modo de explicación por implicación ideológica nos vuelve a conducir a nuestro cuestionamiento acerca del vínculo entre las tres modalidades. Si bien White explícitamente niega que podamos reducir una modalidad a otra –basándose en que cada una responde a interrogantes de diverso tipo, i.e., estéticos, epistemológicos y morales, respectivamente– creo que en el caso de la implicación ideológica es clara la relación de dependencia respecto de las otras dos modalidades. Como mostré, del interjuego entre el tramado y el modo de argumentación formal utilizado por el historiador, más la variante del tono (que es el elemento propiamente nuevo en esta tercera modalidad) la implicación ideológica es “inferida”. Por lo tanto, en este caso, aunque no haya un vínculo de reducción hacia una u otra estrategia como más básica o fundamental, sí podemos postular un vínculo de dependencia: la implicación ideológica no puede entenderse más que sustentada en las modalidades de explicación del tramado y la argumentación formal. De todas maneras, aunque consideramos clara la dependencia señalada, debemos proseguir nuestro análisis para comprender con exactitud porque no podemos reducir una modalidad explicativa a ninguna de las otras dos: la respuesta estará dada por aquélla dimensión profunda postulada por White donde las tres dimensiones manifiestas analizadas encuentran su constitución infraestructural.

1.4.5. La prefiguración: homologías estructurales entre las estrategias explicativas, estilos historiográficos y metahistoria

Habiendo culminado el análisis de las dimensiones manifiestas del discurso histórico, White postula el concepto de *estilo historiográfico* para dar cuenta de las relaciones que pueden establecerse entre las tres estrategias explicativas presentadas. Para White, “un estilo

⁷⁶ Cfr. White (1978: 69).

historiográfico representa una *combinación* particular de modos de tramar, de argumentación y de implicación ideológica.⁷⁷ Postular estilos historiográficos, entonces, es postular diversas maneras en que las cuatro opciones de los tres modos de conceptualización pueden utilizarse para dar cuenta de los aspectos estéticos, cognitivos y éticos de un discurso histórico. Ahora bien, según White, esa combinación no puede ser indiscriminada, sino que encuentra *afinidades electivas* que se basan en “las homologías estructurales que pueden discernirse entre los posibles modos de tramar, de argumentación y de implicación ideológica.”⁷⁸ White representa dichas afinidades de la siguiente manera:

Tramado	Argumentación	Implicación Ideológica
Romántico	Formista	Anarquista
Trágico	Mecanicista	Radical
Cómico	Organicista	Conservador
Satírico	Contextualista	Liberal

Además de afinidades electivas, White postula algunas incompatibilidades entre las distintas modalidades. Una trama satírica, por ejemplo, no es compatible con una ideología radical ya que el rechazo de la sátira a integrar los datos del campo histórico más allá del contexto no le permitiría a Burckhardt, por ejemplo, obtener las “leyes” de la historia que una ideología radical parece necesitar para su programa político. También debe notarse que las afinidades sugieren combinaciones pero no las dictan, es decir, no se trata de combinaciones necesarias.⁷⁹ Una cuestión importante para White es, justamente, diferenciar grados de sofisticación en la composición de un discurso acerca del pasado entre historiadores que parecen quedar “atrapados” por las afinidades electivas entre las estrategias que emplean y aquéllos más hábiles que logran una cierta “tensión dialéctica” que surge de intentar “casar” una modalidad de estrategia con otra que no sea claramente afin. Aquí se manifiesta la utilidad de plantear una estructura ideal-típica: White propone una estructura-modelo que posibilita el análisis de diversas dimensiones de una obra histórica pero que, a su vez, reconoce que el análisis concreto de las obras históricas puede señalar convergencias tanto como desviaciones del modelo propuesto. Así, uno de los factores que acercará una obra a la estructura ideal-típica será el bajo grado de autoconciencia del historiador en su carácter de

⁷⁷ Cf. White (1992: 38).

⁷⁸ *Ibíd.*, 39.

⁷⁹ White destaca también en otros textos que se trata de una afinidad, no de una combinación necesaria, cfr. White (1978: 66).

“autor”. Por el contrario, a mayor autoconciencia (en particular, “lingüística”), el historiador se manejará con más libertad respecto de las elecciones de modalidades explicativas que efectúe.⁸⁰

Las homologías estructurales, entonces, le sugieren a White una explicación para las elecciones de conceptualización que realizan los historiadores. En el tratamiento de cada dimensión manifiesta afirmó que, por una parte, varias opciones de tramado, argumentación formal e implicación ideológica son accesibles al historiador en la medida en que no se ha acordado en la disciplina un único modo para cada una de esas dimensiones; y, por otra, que no hay tampoco criterio externo para preferir ninguna modalidad de cada dimensión. Ni el tramado puede decidirse por argumentos estéticos (aunque White reconoce cierto peso de la convención), ni la argumentación formal por un argumento epistemológico (por el desacuerdo disciplinar acerca del paradigma de explicación), ni la ideología por criterios éticos externos (dado que cada una de ellas pretende ser su propio criterio de qué debe entenderse por “ciencia” y “realismo”). Más aún, tampoco se nos ofrece en la teoría de White una subordinación entre las dimensiones: explícitamente se nos reitera que cada modo de explicación tiene su valor siendo ninguno de ellos el prioritario porque dan cuenta de distintos aspectos de la obra histórica.⁸¹ Ahora bien, aún teniendo en cuenta el caso de los historiadores que logran ajustar modalidades no afines entre sí, White encuentra que:

en todos los casos la tensión dialéctica evoluciona dentro del contexto de una visión coherente o imagen gobernante de la forma del campo histórico completo. Eso da a la concepción de ese campo particular del pensador el aspecto de una totalidad autoconsistente, y esa coherencia y consistencia dan a su obra sus atributos estilísticos distintivos. El problema aquí consiste en determinar la base de esa coherencia y consistencia. En mi opinión, esa base es de naturaleza poética, y específicamente lingüística.

La respuesta de White estará en la postulación de un necesario acto poético-lingüístico realizado por el historiador denominado “prefiguración”, que el siguiente párrafo describe:

Antes de poder aplicar a los datos del campo histórico el aparato conceptual que utilizará para representarlo y explicarlo, el historiador tiene que *prefigurar* el campo, es decir, constituirlo como objeto de percepción mental. Este acto poético es indistinguible del acto lingüístico en que se prepara el campo para la interpretación como dominio de un tipo particular, es decir, para que un dominio determinado pueda ser interpretado, primero tiene que ser construido como terreno habitado por figuras discernibles. Las figuras, a su vez, deben ser consideradas clasificables como

⁸⁰ Es importante destacar que White reconoce que la teoría que presenta esquematiza una estructura de análisis que luego se debe “especificar” de acuerdo a la obra que será estudiada. Una de las virtudes de su teoría es justamente un amplio alcance explicativo que, a su vez, ni clausura ni predetermina el análisis, ya que se adaptará a los detalles de los casos concretos bajo estudio. La lectura del análisis específico de las obras de historiadores y filósofos de la historia que encontramos en *Metahistoria* así lo demuestra.

⁸¹ Cfr. White (1992: 34); (1978: 70).

distintos órdenes, clases, género y especies de fenómenos. Además, debe entenderse que tiene ciertas clases de relaciones entre ellas, cuyas transformaciones constituirán los “problemas” a resolver por las “explicaciones” ofrecidas en los niveles del tramado y la argumentación en la narración.⁸²

Con el concepto de “prefiguración”, White alude a la necesidad de que, antes de que puedan aplicarse las estrategias explicativas del historiador al tema del que pretende dar cuenta, se constituya el “tema”, el “dominio” en cuestión. Ese “acto poético” –en tanto constitutivo del tema del discurso– es “indistinguible” del “acto lingüístico” por el que el campo en cuestión se prepara para que se le apliquen las tres estrategias explicativas. Esa preparación necesaria implica discernir “figuras”, clasificarlas, en líneas generales, determinar tipos de fenómenos y tipos de relaciones entre ellos. Una vez que tenemos estas distinciones, podemos preguntar por los fenómenos y sus relaciones y explicarlos, pero sólo una vez que tenemos un ámbito problemático delimitado: el campo histórico como tema del discurso histórico.

White compara en este aspecto la tarea del historiador frente al campo histórico con la tarea de un gramático frente a una nueva lengua:

Su primer problema es distinguir entre los elementos léxicos, gramaticales y sintácticos del campo. Sólo entonces puede emprender la interpretación de lo que significa cualquier configuración de elementos o transformación de sus relaciones. En suma, el problema del historiador consiste en construir un protocolo lingüístico completo⁸³ con dimensiones léxica, gramatical, sintáctica y semántica, por el cual caracterizar el campo y sus elementos *en sus propios términos* (antes que en los términos con que vienen calificados en los propios documentos), y así prepararlos para la explicación y la representación que después ofrecerá de ellos en su narración. Este protocolo lingüístico preconceptual a su vez será –en virtud de su naturaleza esencialmente *prefigurativa*– caracterizable en términos del modo tropológico dominante en que está expresado.⁸⁴

El campo histórico es comparable a una nueva lengua en tanto es, en un primer momento, un ámbito extraño, y en tanto se convierte en un objeto de estudio accesible al historiador-gramático en la medida en que los elementos estructurales fundamentales son determinados. Ahora bien, la pregunta crucial es por qué el historiador se ve en la necesidad de tal acto constitutivo del campo histórico. El problema surge frente a las pretensiones de la estructura

⁸² Cfr. White (1992: 39).

⁸³ White no ofrece una explicitación de qué entiende por “protocolo lingüístico”. La única referencia que encontramos se encuentra en su artículo “The Burden of History”, en *Tropics of Discourse*, en relación con Gombrich y el concepto de “estilo”: “El estilo por tanto funciona como lo que Gombrich denomina ‘sistema de notación’, como un protocolo o etiqueta provisional. Cuando observamos la obra de un artista – o, para el caso, de un científico – no preguntamos si él ve lo que nosotros veríamos en el mismo campo fenoménico general, sino si ha introducido o no en su representación del mismo algo que pudiera ser considerado falsa información para cualquiera que sea capaz de entender el sistema de notación usado”; cfr. White (1982: 47). El énfasis es de White.

⁸⁴ Cfr. White (1992: 40).

verbal que deseamos construir para dar cuenta del pasado como imagen coherente, consistente y completa. Ningún registro histórico puede ofrecer esa coherencia ni “dictar *la imagen*” que debe darse de aquellos acontecimientos del que es testimonio:

Los relatos históricos pretenden ser modelos verbales de segmentos específicos del proceso histórico. Pero tales modelos son necesarios porque el registro histórico documental no produce una imagen sin ambigüedades de la estructura de procesos de que da fe. Para figurarse “lo que *realmente* ocurrió” en el pasado, por lo tanto, el historiador tiene que *prefigurar* como posible objeto de conocimiento todo el conjunto de sucesos registrados en los documentos.⁸⁵

La prefiguración es entonces un acto de constitución del campo histórico de carácter *poético*:

Este acto prefigurativo es *poético* en la medida en que es precognoscitivo y precrítico en la economía de la propia conciencia del historiador. También es poético en la medida en que es constitutivo de la estructura que posteriormente será imaginada en el modelo verbal ofrecido por el historiador como representación y explicación de “lo que ocurrió *realmente*” en el pasado. Pero es constitutivo no sólo de un dominio que el historiador puede tratar como posible objeto de percepción (mental); también es constitutivo de los *conceptos* que utilizará para *identificar los objetos* que habitan ese dominio y para *caracterizar los tipos de relaciones* que pueden tener entre ellos. En el acto poético que precede al análisis formal del campo, el historiador a la vez crea el objeto de su análisis y predetermina la modalidad de las estrategias conceptuales que usará para explicarlo.⁸⁶

Las características por las que se afirma que la prefiguración es un acto poético son, entonces, las siguientes:

1. Por ser *precognoscitivo y precrítico* en la economía de la propia conciencia del historiador
2. Por ser *constitutivo* de la *estructura imaginada* en el modelo verbal como representación de los acontecimientos; o sea, del *dominio* y los *conceptos* por los cuales se identifican en él *objetos* y se caracterizan sus *relaciones*
3. Por ser *creativo* de su objeto de análisis y, de ese modo, *predeterminar* las modalidades de las estrategias explicativas manifiestas

Pero, además, previamente White afirmó que el acto poético es “*indistinguible del acto lingüístico* por el que se prepara el campo para la interpretación como dominio de un tipo particular”.⁸⁷ Porque el acto es poético y lingüístico, White considera que puede comprenderlo

⁸⁵ *Ibíd.*, 40.

⁸⁶ *Ídem* nota anterior.

⁸⁷ *Ibíd.*, 39.

a partir del análisis del lenguaje poético o figurativo y sus cuatro tropos básicos: lo que se conoce como la concepción tropológica del discurso.

Entonces, hasta aquí, hemos aceptado que el campo histórico necesita ser prefigurado identificando qué objetos o fenómenos abarca, de qué tipo y, por tanto, qué relaciones encontramos entre ellos. Como paso siguiente, White necesita dar cuenta de *cómo*, por qué medios, con qué recursos, se puede lograr esta caracterización y apela para ello a la *tropología*. Nuevamente en "Interpretation in History" encontramos un complemento altamente útil a este paso teórico de White. Allí se refiere a las estrategias explicativas manifiestas como "apuestas epistemológicas". Contra las interpretaciones que leerán en su teoría formal un formalismo rígido, cabe señalar que White diferencia entre los historiadores y filósofos de la historia que estudia en *Metahistoria* aquellos que fueron más conscientes del carácter opcional de las estrategias explicativas que eligieron, a diferencia de aquéllos que, al ser menos conscientes, al desarrollar su escritura prácticamente se limitaron a refinar *la compleja red de compromisos interpretativos que hicieron tempranamente en sus carreras*.⁸⁸ Es por eso que White puede afirmar que, con mayor o menor conciencia de las apuestas epistemológicas realizadas "toda historia propiamente dicha presupone una metahistoria que no es otra cosa que la red de compromisos que el historiador realiza en el curso de su interpretación en los niveles estético, cognitivo y ético".⁸⁹ Esto nos permite entender que la teoría formal que White postula como estructura ideal-típica de las obras históricas no lo compromete con una visión del historiador como *prisionero del lenguaje* que emplea. Sin embargo, si las posibilidades de las estrategias explicativas no han sido dadas ni sancionadas disciplinariamente, la pregunta que corresponde formular es si son absolutamente arbitrarias. White se autoformula esta pregunta en este artículo y responde que la recurrencia del patrón cuaternario en los niveles estético, epistemológico y ético (que le permitió postular estilos historiográficos decimonónicos) le sugiere que no se trata de una pura arbitrariedad. Entonces, la pregunta siguiente es si existe la posibilidad de fundamentar estos modos en algún nivel más básico de conciencia. Aquí se encuentra White con una fuerte dificultad, fundamentalmente porque se niega a reducir el problema al ámbito de la psicología, en el cual considera que existe una situación de escuelas de interpretación en competencia semejante a la de la historiografía. En otras palabras, White considera inútil explicar la anarquía conceptual de una disciplina en términos de otra en las mismas circunstancias. Por lo cual, decide evitar ese problema *optando por concentrarse en la base lingüística*, terreno previo,

⁸⁸ Cfr. White, 1978: 71.

⁸⁹ Ídem nota anterior.

según White, a lo emotivo, cognitivo y moral: “Este terreno (*ground*) es el del lenguaje mismo, que, en áreas de estudio como la historia, puede decirse que opera *tropológicamente* para prefigurar un campo de percepción en una modalidad particular de relaciones”.⁹⁰

Vemos aquí como en unas pocas líneas White concentra la tesis central de *Metahistoria*, aquella que Ankersmit leerá como el giro lingüístico que finalmente ocurre en la filosofía de la historia anglosajona pero bajo un ropaje narrativista. White continúa afirmando que en la historiografía las disputas son no solo acerca de los hechos sino también acerca de su significado. Y justamente la cuestión es cómo se produce el significado en historia: tropológicamente, es decir,

en términos de las modalidades posibles del lenguaje natural mismo, y específicamente, en términos de las estrategias tropológicas dominantes por las cuales fenómenos desconocidos o no familiares son provistos de significados mediante diferentes clases de apropiaciones metafóricas.⁹¹

Las estrategias tropológicas corresponden al *aspecto generativo o prepoético del lenguaje natural* y funcionan en el discurso histórico como:

paradigmas, proporcionados por el lenguaje mismo, de las operaciones por las cuales la conciencia puede prefigurar áreas de experiencia que son cognoscitivamente problemáticas a fin de someterlas después a análisis y explicación. Es decir, en el uso lingüístico mismo se provee al pensamiento de posibles paradigmas alternativos de explicación.⁹²

Volviendo a *Metahistoria*, White afirma que el número de estrategias explicativas posibles —aquella cuadrícula que presentamos al hablar de los estilos historiográficos— no es infinito y que pueden postularse cuatro tipos principales correspondientes a los cuatro tropos principales del lenguaje poético: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. De este modo, respecto del objetivo específico de análisis de los grandes narradores históricos decimonónicos, la tropología le proporciona “una base para clasificar las formas estructurales profundas de la imaginación histórica en determinado período de su evolución.”⁹³ Pero más importante aún, la utilidad de los tropos para dar cuenta del acto *poético* de prefiguración proviene de su capacidad para permitir “la caracterización de objetos en distintos tipos de discurso indirecto o figurativo.”⁹⁴ Si los tropos funcionan para dar cuenta de los estilos historiográficos, esto sucede porque dan cuenta de una capacidad del lenguaje: la capacidad

⁹⁰ Cfr. White (1978: 72).

⁹¹ Idem nota anterior.

⁹² Cfr. White (1992: 45).

⁹³ *Ibíd.*, 42.

⁹⁴ *Ibíd.*, 43.

poética en el sentido de generativa, creativa, productora de significado, es decir, la capacidad *figurativa* del lenguaje.

1.4.6 Los tropos del lenguaje figurativo

A partir de la teoría de los tropos del lenguaje poético o figurativo, entonces, White postula los siguientes modos básicos de caracterización de fenómenos del campo histórico:

1. relacionándolos en virtud de su semejanza con (y, por tanto, también su diferencia de) otros fenómenos
2. distinguiendo totalidades y partes. En este caso, la relación de la totalidad y la parte puede entenderse:
 - a. en términos reduccionistas-extrínsecos (por ejemplo, cuando se considera que un fenómeno es la manifestación de otro, o cuando un fenómeno y otro se relacionan en términos parte-parte)
 - b. en términos integrativos-intrínsecos (por ejemplo, cuando se considera que una característica particular de un fenómeno señala la cualidad esencial de la totalidad)
3. mediante oposición o negación.

Estos modos de caracterización de fenómenos White los adjudica a lo que considera cada uno de los cuatro tropos, respectivamente: la metáfora (1), la metonimia (2.a), la sinécdoque (2.b) y la ironía (3). Examinemos, entonces, cómo los cuatro tropos pueden funcionar como modalidades de prefiguración de acuerdo a White.

En primer lugar, encontramos la metáfora. Este tropo -que significa literalmente “transferencia” - permite caracterizar fenómenos estableciendo una relación de semejanza con otros. White considera que la metáfora implica una operación “representativa”. El ejemplo que ofrece es el de la expresión “mi amor, una rosa”: lo que esta metáfora busca es señalar una relación de semejanza entre “mi amor” y “una rosa”, semejanza que se enfatiza frente a las claras diferencias de dos objetos distintos. Esta semejanza por la que la rosa puede representar al ser amado se constata en un nivel figurativo, no literal, es decir, se pretende caracterizar al ser amado (que refiere a un individuo particular) no mediante los atributos de la rosa en su significado literal (como un tipo de ser vegetal), sino mediante las características de belleza y delicadeza, entre otras, que convencionalmente asociamos a la rosa en sentido

figurado. De esta manera, la metáfora permite “identificar” al ser amado y la rosa figurativamente: “El ser amado es identificado con la rosa, pero de tal manera que sostiene la particularidad del ser amado a la vez que se sugieren las cualidades de él o ella tiene en común con la rosa.”⁹⁵

Si recordamos ahora los tres modos ulteriores de caracterización que señalamos previamente, podemos marcar sus diferencias con la metáfora. El modo metonímico o 2.a, hubiera implicado una reducción del ser amado a una rosa como una de sus partes; el modo sinecdóquico o 2.b, hubiera afirmado que la esencia del ser amado es idéntica a la de una rosa; y el modo irónico o 3, implicaría leer la afirmación como una negación implícita, sugiriendo entonces que el ser amado posee los atributos opuestos a los representados por una rosa.

El modo 2.a sería producto de la metonimia (“cambio de nombre”) que implica una caracterización por reducción de un fenómeno a otro. La metonimia establece una relación de todo-parte reductiva suponiendo que la relación entre las partes del todo en cuestión es “extrínseca”. El ejemplo que White ofrece es el uso de la expresión “cincuenta velas” en lugar de “cincuenta barcos”. La reducción se observa en la acción de referir a una totalidad (los barcos) por medio de una de sus partes (las velas): se reduce la totalidad a la parte. Aquí también hay una relación de comparación semejante a la observada en la metáfora, pero la diferencia de tropo está dada porque se supone que entre uno y otro término de la comparación – velas/barco – hay una relación de parte a todo que no se suponía en el caso del tropo anterior: “En la metonimia, los fenómenos son aprehendidos implícitamente como si entre ellos hubiera relaciones del tipo parte-parte, con base en el cual es posible efectuar una *reducción* de una de las partes a la categoría de aspecto o función de la otra.”⁹⁶ Esto último permite entender por qué se trata de una relación extrínseca entre partes: las partes a las que se reduce el todo en la metonimia son “aspectos” o “funciones” del todo:

Considerar que cualquier conjunto dado de objetos existe en la modalidad de relaciones parte-parte (y no, como en la metáfora, de relaciones objeto-objeto) es darse a la tarea de distinguir entre las partes que son representativas del todo y las que son simplemente aspectos de él.⁹⁷

Lo anterior no sólo refuerza la diferencia entre metáfora (como una caracterización que se sostiene en la relación de un objeto con otro, i.e., entre objetos) y metonimia (como caracterizando un todo en términos de una de sus partes) sino que permite adelantar lo que constituirá la diferencia entre la última y la sinécdoque. Aquí es importante justificar por qué

⁹⁵ *Ibíd.*, 43.

⁹⁶ *Ibíd.*, 44.

⁹⁷ *Ídem* nota anterior.

consideramos metonimia y sinécdoque, cuando aún no habíamos nombrado estas modalidades de caracterización, como un mismo tipo de modalidad que se subdivide en dos posibilidades: se trata de un mismo tipo de modalidad porque ambas relacionan partes y todos; es necesario diferenciarlas porque mientras la metonimia reduce el todo a la parte suponiendo una relación extrínseca entre las partes del todo, la sinécdoque es integrativa y supone una relación intrínseca entre parte y todo. En palabras de White:

la relación esencialmente extrínseca que se presume caracteriza a los dos órdenes de fenómenos en todas las reducciones metonímicas puede ser interpretada por sinécdoque como una relación intrínseca de cualidades en común. (...) Por el tropo de la sinécdoque, sin embargo, es posible interpretar las dos partes a la manera de una integración en un todo que es cualitativamente diferente de la suma de las partes y de las cuales las partes no son sino réplicas microcósmicas.⁹⁸

El ejemplo de White ilumina la diferencia entre metonimia y sinécdoque: la expresión “es todo corazón” en referencia a una persona no se comprende correctamente si se interpreta como una metonimia. En esta interpretación, estaríamos pensando en una caracterización del individuo en tanto reducido a un aspecto de su anatomía: todo su cuerpo a la función central de una de sus partes, su corazón. Esta no es la finalidad de la expresión: interpretada correctamente como sinécdoque, la caracterización del individuo que se pretende hacer es la que señala como cualidad esencial a su persona aquella que figurativamente asociamos a “corazón”:

A diferencia de la expresión metonímica “cincuenta velas” utilizada como figura por “cincuenta barcos”, está puesta para señalar no simplemente un “cambio de nombre”, sino un cambio de nombre que designa a una totalidad (“él”) que posee alguna cualidad (generosidad, simpatía, etc.) que está presente y constituye la naturaleza esencial de todas las partes que lo forman.⁹⁹

En síntesis, la diferencia fundamental entre los tropos de la metonimia y la sinécdoque está dada por la pretensión de la sinécdoque de caracterizar un todo en términos de una parte que evidencia en forma “microcósmica” una cualidad esencial del todo.

Corresponde exponer ahora el cuarto tropo, la ironía. Sin embargo, previamente quiero destacar los comentarios importantes que White inserta en este análisis de metonimia y sinécdoque. Además, la ironía merece un tratamiento especial en tanto White le atribuye un rol “metatropológico”. Los comentarios a los que me refiero se encuentran en el contexto de la explicación del funcionamiento de la metonimia. White da un ejemplo más de este tropo: “el rugido del trueno”. Ilustrando su afirmación anterior de que al caracterizar objetos

⁹⁸ Ídem nota anterior.

⁹⁹ *Ibíd.*, p. 45.

considerando las relaciones entre sus partes se habilita la distinción entre partes representativas y partes que meramente constituyen aspectos del objeto, White explica la nueva metonimia de la siguiente manera: hay un proceso por el cual se produce el sonido del trueno; éste es dividido en dos “tipos de fenómenos”, la causa –el trueno– y el efecto –el rugido–; luego, se relaciona por medio de una reducción metonímica de causa-efecto el trueno con el rugido. La metonimia permite entonces comprender que “el trueno causa el rugido”. Es en función de este ejemplo que White introduce un comentario que resulta fundamental para entender la relevancia de la teoría de los tropos para la prefiguración:

Por la metonimia, entonces, es posible simultáneamente distinguir entre dos fenómenos y reducir uno a la condición de manifestación del otro. Esta reducción puede adoptar la forma de una relación agente-acto (“el trueno *ruge*”) o de una relación causa-efecto (“el rugido *del* trueno”). Y por esas reducciones, como lo han señalado Vico, Hegel y Nietzsche, el mundo de los fenómenos se puebla de una muchedumbre de agentes y agencias que supuestamente existen *detrás* de él. Una vez separado el mundo de los fenómenos en dos órdenes de seres (agentes y causas por un lado, actos y efectos, por el otro), la conciencia primitiva queda dotada sólo *por medios puramente lingüísticos* de las categorías conceptuales (agentes, causas, espíritus, esencias) necesarias para la teología, la ciencia y la filosofía de la reflexión civilizada.¹⁰⁰

Como vimos, White quiere dar cuenta de la necesaria prefiguración del campo histórico previa a su explicación, prefiguración que se volvía necesaria por dos razones: en primer lugar, porque el registro histórico, en su variedad y heterogeneidad, no llega al historiador *ya prefigurado*; en segundo lugar, porque el objetivo del historiador es proveer a su público una imagen coherente, consistente y completa de su objeto de estudio mediante una estructura verbal, el relato histórico. De esta forma, la necesidad de identificar y relacionar fenómenos, por un lado, y la construcción de una estructura verbal, por otro, le sugieren a White que la mejor explicación se encontrará en las operaciones lingüísticas de identificación y relación de fenómenos que la retórica ha estudiado como los tropos del lenguaje figurativo. Entonces, los tropos permiten entender cómo se produce, por medio lingüísticos, la prefiguración del campo histórico. Metáfora, metonimia y sinécdoque han mostrado ser giros, operaciones del lenguaje mismo por las cuales se discernen tipos de fenómenos y tipos de relaciones entre fenómenos –ya sea en virtud de semejanzas entre objetos, o en virtud de relaciones parte-todo, de distinto signo, en un mismo fenómeno. Lo novedoso en la teoría de White es que explique la posibilidad de establecer tales caracterizaciones en términos de las operaciones lingüísticas que permiten “figurar” un fenómeno de tal manera de “hallar detrás de él” ese tipo de relaciones. White reinterpreta lo que en previos debates epistemológicos representaban los

¹⁰⁰ *Ibíd.*, 44; cursiva del autor.

tradicionales problemas de conexión lógica entre evidencia y explicación como un problema de giros del lenguaje. Si bien este punto será indagado con profundidad en los próximos apartados, es importante destacar que White no está negando la presencia de teorías y conceptos para explicar el pasado, sino que nos llama la atención sobre el uso del lenguaje:

En historia, he sostenido, el campo histórico es constituido como un campo de análisis posible en un acto lingüístico de naturaleza tropológica. El tropo dominante en que se realice este acto constitutivo determinará el tipo de objetos a los que se permite aparecer en ese campo como datos y las posibles relaciones que se concebirán como existentes entre ellos. Las teorías que se elaboren posteriormente para explicar cambios que sucedan en el campo sólo pueden afirmar autoridad como explicaciones de “lo que pasó” en la medida en que estén de acuerdo con el modo lingüístico en que el campo fue prefigurado (...) ¹⁰¹

Por último, el tropo de la ironía permite caracterizar fenómenos (objetos, entidades) negando en el nivel figurativo lo que se afirma positivamente en el nivel literal. La ironía constituye una expresión que atribuye cualidades a un fenómeno de la siguiente manera: expresa en el nivel literal lo contrario a lo que desea comunicar, i.e., figurativamente adjudica cualidades que son las opuestas a las afirmadas literalmente: “La táctica figurativa básica de la ironía es la catacresis (literalmente “mal uso”), la metáfora manifiestamente absurda destinada a inspirar segundos pensamientos irónicos acerca de la naturaleza de la cosa caracterizada o la inadecuación de la caracterización misma.” ¹⁰² La utilización de la ironía apunta a afirmar tácitamente la negación o lo opuesto de lo que se afirmó en el nivel literal. White señala que para que la ironía sea comprendida por el oyente o lector, éste debe poder reconocer lo absurdo de la caracterización en su sentido literal (sea que esta asuma la forma de una metáfora, metonimia o sinécdoque). Usando nuevamente el ejemplo dado para ilustrar el funcionamiento de la sinécdoque, White afirma que expresar irónicamente “es todo corazón” implica caracterizar en términos opuestos a un individuo que el lector u oyente claramente no podrían reconocer como presentando esencialmente las cualidades que se predicarían si interpretáramos la expresión como sinécdoque. Ahora bien, en el análisis de White la ironía cuenta con una valoración especial: se la considera signo de un uso del lenguaje autoconsciente, autocrítico, escéptico respecto de las posibilidades mismas del lenguaje de caracterizar exitosamente la realidad. En cambio, los tropos anteriores serían “ingenuos” por funcionar bajo el supuesto de que el uso del lenguaje para esos fines es aproblemático. White afirma la naturaleza “metatropológica” de la ironía:

¹⁰¹ *Ibid.*, 409.

¹⁰² *Ibid.*, 45.

porque se despliega en la conciencia autoconsciente del posible mal uso del lenguaje figurativo. La ironía presupone la ocupación de un punto de vista "realista" sobre la realidad, desde el cual es posible ofrecer una representación no figurativa del mundo de la experiencia. Así, la ironía representa un estado de conciencia en que se ha llegado a reconocer la naturaleza problemática del lenguaje mismo. Señala la potencial futilidad de toda caracterización lingüística de la realidad tanto como el absurdo de la creencia que parodia. (...) En la ironía, el lenguaje figurativo se pliega sobre sí mismo y cuestiona sus propias posibilidades de distorsionar la percepción.¹⁰³

En síntesis, frente al uso ingenuo o acrítico del lenguaje que supondrían las prefiguraciones guiadas por los modos de caracterización dados por los tropos de la metáfora, metonimia y sinécdoque, la ironía no sólo constituye un modo de caracterización distinto sino que se diferencia de los demás tropos además por estar guiada por una sospecha o actitud crítica frente a todo uso del lenguaje para caracterizar adecuadamente los fenómenos.

Apelando a la tropología e identificando el tropo dominante en la prefiguración del campo histórico podemos dar cuenta de las afinidades electivas que relacionaban las modalidades elegidas por un historiador entre las opciones que cada estrategia explicativa ofrecía. Estas afinidades, como ya dijimos, no señalan una determinación férrea sino una cierta tendencia que se acrecienta, como veremos, en forma inversamente proporcional al grado de autoconciencia lingüística del historiador.¹⁰⁴ Si bien White no explicita las homologías estructurales que, como proyecciones del tropo dominante en la prefiguración, sostienen las afinidades electivas entre las modalidades explicativas, intentaré mostrar "en abstracto" cómo se detectan esas homologías.

Un campo histórico prefigurado predominantemente en el modo de la metáfora favorecerá un tramado romántico de los acontecimientos, un tipo de explicación formista e implicancias ideológicas anarquistas: la homología estructural de estas modalidades se observa en su privilegio de las individualidades y particularidades del ámbito al que se refieren. La trama romántica lo hace en la medida en que presenta agentes históricos capaces de mantenerse en su individualidad, de sobreponerse a las condiciones adversas que se les presentan; el formismo, en la medida en que considera explicado el campo histórico una vez que se han discriminado y descrito en forma detallada las diferentes entidades que lo forman; y el anarquismo, ya que el privilegio de lo individual está a la base del ideal utópico que desea eliminar el orden social perverso establecido que somete al hombre coartando su libertad. Si se plantea un retorno a una "comunidad de individuos", ésta no podría constituir una

¹⁰³ *Ibid.*, 46.

¹⁰⁴ "He sugerido que determinado historiador tenderá a elegir uno u otro de los diferentes modos de explicación, en el nivel del argumento, trama o implicación ideológica, en respuesta a los imperativos del tropo que informa el protocolo elegido por él para su investigación. He sugerido, en síntesis, una afinidad electiva entre el acto de prefiguración del campo histórico y las estrategias explicativas utilizadas por el historiador en una obra determinada." *Ibid.*, 405.

estructura mayor que limite sus libertades: en tanto “común-unidad de individuos”, son los átomos que la forman lo privilegiado.

El modo de la metonimia, por su parte, sanciona las modalidades de tramado trágico, de argumentación mecanicista y de radicalismo ideológico. Prefigurando el campo histórico desde un tropo que sanciona relaciones reduccionistas-extrínsecas, se comprende que se favorezca un tramado que intenta develar en el relato la legalidad (como condición adversa insuperable) que se opone a los agentes históricos que intentan trascenderla. A su vez, la explicación será mecanicista dado que considerará explicado el campo histórico cuando se hayan identificado causas y efectos, i.e., reducido un fenómeno-causa a un fenómeno-efecto, y la regularidad universal que sustenta esa relación. Ideológicamente se favorece el radicalismo, consecuente con un deseo de transformación del *statu quo* para lo cual es fundamental descifrar la legalidad que el curso de la historia manifiesta.

Las prefiguraciones en el modo de la sinécdoque sancionan modalidades homólogas en términos de su estructura integrativa que entiende las relaciones entre fenómenos en el modo macro-microcosmos. Tendremos un tramado cómico en la medida en que éste revela un relato de reconciliación-integración entre agentes y condiciones adversas. La explicación será organicista porque el historiador intentará ver en el campo histórico los principios o tendencias que guían las integraciones a las que arriba el proceso de ocurrencias. Finalmente, las implicancias serán conservadoras porque tiende a considerar que “lo integrado” no debe ser modificado ni manipulado sino que ha llegado a ser así por razones determinadas.

La ironía, por su parte, sanciona un tramado satírico, una argumentación contextualista y una ideología liberal. Tanto la sátira como el contextualismo se reconocen como homólogos en el espíritu del uso irónico del lenguaje: la negación de la posibilidad de caracterizar en forma exitosa los fenómenos. En el caso de la sátira, el carácter absurdo del actuar de los agentes ante la imposibilidad de trascender sus condiciones; en el contextualismo, la negación a integrar los fenómenos más allá del concepto discreto y provisional de “contexto”. Las consecuencias liberales que se extraen tienen que ver con que la ironía tiende a ser dispersiva en su figuración, por lo cual alienta una ideología que ve posible el cambio social pero que no necesariamente ve un lugar mejor al actual que debemos precipitarnos.

En síntesis, los tropos del lenguaje figurativo funcionan como la base de estas homologías estructurales de acuerdo con el predominio en la descripción del campo histórico de:

1. La identificación de fenómenos discretos (individualidades, particularidades, etc.)
–modo metafórico
2. La reducción de fenómenos en el modo de relación *parte extra parte* –modo metonímico
3. La integración de fenómenos en el modo macro-microcosmos –modo sinecdóquico
4. La identificación de fenómenos discretos desde un punto de vista negativo o autocrítico de su propia capacidad de describirlos correctamente –modo irónico

En conclusión, comprender el modo en que una obra histórica produce su particular efecto de conocimiento implica analizar su *metahistoria* conformada por la particular prefiguración que constituye el campo histórico al que pretende referir, producto de la identificación de los fenómenos (objetos y relaciones) que demandan explicación de acuerdo con un modo tropológico predominante. Ahora bien, el estatus de la teoría tropológica del lenguaje será una importante cuestión en el desarrollo de la obra de White y, especialmente, para la mirada de sus críticos y continuadores. Por lo cual, creo que es útil mencionar una pregunta más que White mismo se formula al final de “Interpretation in History” –pregunta con la cual, nos dice, no podrá lidiar en ese ensayo. Es la pregunta por la validez de la teoría tropológica del lenguaje poético, en otras palabras, por el carácter intrínseco de los tropos respecto del lenguaje natural. Y aún si lo fueran, restaría preguntar si es útil tomarlos como modelos de representación y explicación de un campo de estudio como la historia.¹⁰⁵ White dirá, primero, que estos interrogantes *deben esperar futuras investigaciones de los psicólogos y lingüistas respecto de los aspectos generativos del lenguaje y el discurso (speech)*. En otras palabras, White no tiene una respuesta definitiva a la pregunta por la validez de la teoría tropológica como teoría *del* lenguaje natural en su aspecto poético. Sin embargo, sí responde a la pregunta por la utilidad del modelo tropológico para dar cuenta del discurso histórico:

a mí me parece posible que lo que queremos decir con “interpretación” pueda ser clarificado significativamente mediante mayores análisis de las modalidades de discurso (*speech*) en las cuales un campo de percepción es vuelto provisionalmente comprensible al ser “captado” en el lenguaje.

Aquí, como en el resto de su obra, White presentará su mejor argumento a favor de la consideración tropológica del lenguaje en la historia: no se trata de reducir la historiografía a una teoría general del lenguaje ni a las tesis de otra disciplina, sino de mostrar qué puede ser

¹⁰⁵ Cfr. White (1978: 74).

iluminado de los problemas específicos —epistemológicos, estéticos y éticos - de la escritura de la historia mediante una perspectiva lingüística y tropológica. En esto consiste la tesis más importante de White en *Metahistoria* y también en *Tropics of Discourse*: en identificar el lenguaje histórico como el terreno en el cual revisar la consideración epistemológica y filosófica de la escritura de la historia.

1.5. Cuatro tesis sobre el escrito histórico y la emergencia de una Nueva filosofía de la historia

Hoy, a cuarenta años de la publicación de *Metahistoria*, es posible afirmar sin vacilación que la teoría formal de la obra histórica de White se ha convertido en un hito ineludible de la filosofía de la historia del siglo XX. (Cf. Ankersmit, Domanska, y Kellner, 2009; Doran, 2010 y 2013; Kansteiner, 2009; Korhonen, 2006; Paul, 2011; Tozzi, 2009 y 2010). Este es el dato del cual parte la presente investigación doctoral y como tal, demanda interpretación. Por tanto, a continuación presentaré las tesis que enuncian *mi interpretación y apropiación del legado whiteano*, aquellas que permiten entender, a mi criterio, por qué *Metahistoria* inaugura una verdadera Nueva filosofía de la historia. Ellas son las siguientes:

1. Tesis de la función *poética o figurativa* del lenguaje en la historiografía.
2. Tesis del *carácter narrativo* del discurso histórico.
3. Tesis del límite de la pretensión de representación *realista* de los procesos históricos.
4. Tesis del *doble carácter libre-condicionado* de la escritura de la historia

La primera tesis no requiere mayor explicitación, ya que constituye la tesis central de *Metahistoria* explicitada en las anteriores secciones.

La segunda tesis alude a la constatación de que la producción de un relato acerca del pasado implica el empleo de los mismos recursos figurativos hallables en la literatura y la ficción en la medida en que la historiografía también se presenta como un *modo de discurso narrativo*. En lo anteriormente expuesto, esto se evidenciaba tanto en la distinción crónica-relato como en la función del tramado para la representación histórica. Este aspecto de la teoría whiteana se profundizará en sus siguientes publicaciones, particularmente respecto de la consecuente caída de la distinción fuerte entre discurso narrativo histórico y literario y/o ficcional.

La tercera tesis sostiene que toda pretensión de representación realista en la historia debe reconocer su límite, en la medida en que se reconoce que el *realismo* de una representación es inseparable de la *elección* de un particular modo tropológico, entre otros, de caracterización del objeto de estudio. Por tanto, considero que esta tesis recoge las consecuencias críticas de lo postulado en las tesis anteriores: la teoría histórica debe *abandonar la pretensión de reducir representaciones históricas alternativas* sobre un mismo conjunto de acontecimientos *a una única representación realista* y aceptar, en cambio, que el conflicto entre las diferentes representaciones encuentra en el particular realismo de la representación un límite que el registro histórico no puede zanjar.

Como veremos en los próximos capítulos, estas primeras tres tesis definen el carácter de *figuración* de toda escritura histórica: porque es *creativo-constitutiva* de su objeto de estudio, porque lo representa *narrativizándolo*, y porque al ser constitutiva y narrativizadora supone un modo de figuración realista *entre otros*. Podríamos incluso agruparlas en *una tesis general acerca del carácter figurativo de la escritura histórica* en tres sentidos: 1) en tanto *lenguaje*; 2) en tanto *narración*; y 3) en tanto *representación realista*. Al aceptar esta tesis general del carácter figurativo de la historiografía, estoy intentando asumir (creo que al igual que White) una posición no ingenua acerca del lenguaje, la narración y la representación que no conduce necesariamente a una posición escéptica respecto del conocimiento histórico. Como veremos a lo largo de este tesis doctoral, la primera tesis acerca de la función poética del lenguaje en la historia se postula como adopción del modelo funcional del discurso de Jakobson que intenta ofrecer una concepción sofisticada de la referencialidad del discurso contra a) una concepción ingenua que reduce los discursos científicos al desempeño de una única función referencial; y b) una posición extrema que atribuye la referencialidad de la historia narrativa a una mera ilusión o efecto de realidad. La segunda tesis acerca de los recursos figurativos-literarios para la composición de relatos históricos, por su parte, permite dar cuenta de la irreductibilidad de la estructura de trama al registro histórico, mostrando la necesidad de un elemento creativo para hacer significativo el registro y evitando tanto 1) caer en una ingenua naturalización de la forma narrativa como modo de discurso “neutral” que “corresponde” a la estructura real del acontecer histórico; como 2) pensar la elección del modo narrativo como una “distorsión” de la “realidad” de los acontecimientos. La última tesis, finalmente, permite atender a diversos modos de representación “realista” que la historia ofrece de los acontecimientos pasados, como posición superadora de 1) teorías ingenuas acerca de la representación, que la entienden como mera “copia” o como “transparente” a aquello que es su modelo; y 2) teorías sobre la representación como inevitablemente “opaca”

u obstáculo a su pretensión representacional. Teniendo en mente estos extremos indeseados, la presente tesis pretende sostener una concepción del lenguaje donde la referencialidad es afirmada y no negada, pero reconociendo su complejidad; un reconocimiento del rol constructivo-imaginario de la presentación de sucesos históricos como una estructura narrativa; y una teoría sofisticada de la representación realista.

La cuarta tesis, finalmente, se refiere también a la escritura histórica para caracterizar la *agencia del historiador como usuario del lenguaje*. En otras palabras, da cuenta de los límites de su acción lingüística tanto como de sus potencialidades poéticas dentro de tales límites, en la medida en que toda *figuración histórica* (y, por tanto, su particular realismo) está tanto *limitada* por las posibilidades ofrecidas por lo culturalmente heredado o sancionado -las convenciones figurativo-literarias disponibles- como *habilitada* en virtud del carácter opcional e irreductible entre sí de esas convenciones. Esta última tesis da cuenta del doble carácter encontrado e impuesto, descubierto e inventado del modo de representación del campo histórico. Y aunque esto ya había sido señalado por White en su obra, mi interés reside en mostrar cómo una interpretación desde la perspectiva de la *concepción performativa de los actos de habla* puede dar cuenta más sofisticadamente de la relación entre la *agencia del historiador como usuario del lenguaje* y el *carácter figurativo del discurso histórico* -lo que significaría unificar las cuatro tesis enumeradas en una perspectiva que reúne la *historia*, la *figuración* y la *performatividad* bajo la conceptualización de la narración histórica como *figuración performativa*. Respecto de la relación entre agencia y lenguaje los extremos indeseados que deberemos evitar serán los del determinismo lingüístico, por una parte, y el voluntarismo ingenuo, por el otro. Será interesante corroborar como estos extremos responden a dos tipos de críticas dirigidas a White: será acusado de hacer del historiador un *prisionero del lenguaje* tanto como de *reducirlo a un escritor de literatura o ficción*. Aunque resulte paradójico, los críticos se resistirán tanto a que White reconozca demasiados *constreñimientos* como que le otorgue demasiada *libertad* al historiador. La reinterpretación explícitamente performativa del legado de White acerca de la figuración en historia que elaboraré buscará dar cuenta de la razón por la cual estas críticas contradictorias fueron formuladas así como rechazaré su pertinencia.

Esto nos obligará a relevar la fuerte polémica al interior de la filosofía de la historia que las tesis centrales de *Metahistoria* provocan inicialmente en la década de los 80's. A White y sus entusiastas defensores se los englobará como propulsores del *narrativismo*. Ahora bien, esta denominación en boca de Ankersmit y otros es celebratoria y refiere a la identificación de una novedosa serie de cuestiones para una filosofía de la historia

anglosajona que corría el riesgo de “convertirse en un extraño fósil positivista” (Ankersmit, 1986: 27). Pero no tendrá la misma connotación positiva para sus críticos. Más aún, el adjetivo “narrativista” será utilizado como nombre de una perspectiva de reflexión sobre la práctica histórica percibida como una amenaza relativista o nihilista (Cf. Pomper, 1980; Mandelbaum, 1980; Hobart, 1989; Norman, 1991).

Esta sensación de amenaza a la historia como práctica disciplinar, se debió a que la adopción por parte de White de la concepción tropológica del lenguaje, sumada a la crítica a las distinciones oposicionales tradicionales entre historia y filosofía de la historia, e historia y literatura/ficción, fue interpretada como un fuerte cuestionamiento a las pretensiones científicas de la disciplina. A su vez, la consideración de distintas modalidades “realistas” de los relatos históricos atacó directamente la pretensión disciplinar de que el testeado con el registro histórico pudiera decidir entre interpretaciones alternativas de los mismos acontecimientos. De este modo, White fue criticado fundamentalmente porque su teoría: soslayaría la fase de investigación sustentada en fuentes propia de la disciplina como consecuencia de la centralidad que le otorga a la escritura histórica; y redundaría en un determinismo o relativismo lingüístico. Esta crítica a su vez puede especificarse en tres objeciones subsidiarias, que señalan que White: a) negaría el correlato ontológico de los discursos históricos; b) colapsaría la distinción entre facticidad y ficción; y c) implicaría una posición impositivista respecto de la estructura narrativa de los relatos históricos.

Ahora bien, la rica e incuestionable polémica que White generó innegablemente inauguró un marco teórico distinto, un novedoso programa de investigación, una Nueva Filosofía de la Historia. Es Frank Ankersmit quien se posiciona, luego de White, como claro representante de esta perspectiva. Inicialmente, se presenta como un continuador entusiasta del narrativismo whiteano (Ankersmit, 1981 y 1986); luego, evoluciona hacia una perspectiva más crítica pero aún dentro del marco compartido narrativista (Ankersmit, 1994 y 2001); y finalmente, en sus últimas publicaciones, manifiesta un explícito interés de superación de la “caída en el lingualismo” que atribuye al enfoque narrativista (Ankersmit, 2005). Como continuador entusiasta, en su famoso artículo “The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History”, Ankersmit caracterizaba como una “revolución” los efectos de la polémica suscitada por *Metahistoria* (Ankersmit, 1986). Según Ankersmit, si bien en los debates de la primera parte del siglo XX algunos filósofos analíticos de la historia ya habían señalado la relevancia de atender al carácter narrativo y autónomo del conocimiento histórico, su modo de plantear las preguntas acerca del conocimiento histórico se concentraban exclusivamente en la cuestión epistemológica de la cientificidad de la disciplina y su

productividad estaba agotada. En cambio, considera que con White se produce un *giro lingüístico* análogo al que con Kuhn, Quine, Goodman y Rorty había ocurrido en la filosofía de la ciencia y del lenguaje. En sus propias palabras, “cuando la filosofía de la historia finalmente se sumó al giro lingüístico en la filosofía anglosajona, lo hizo bajo la apariencia del narrativismo.”¹⁰⁶ Es esta la significación fundamental que para Ankersmit tiene la obra de White y la emergencia de una filosofía de la historia narrativista o lingüística (caracterizaciones que son para él sinónimos). En otras palabras, hay una Nueva Filosofía de la Historia posible, como una renovación profunda de la discusión de la teoría histórica, en la medida en que con White la disciplina descubre como su nuevo objeto de estudio, *a través de* la indagación de la narración, la relación entre *lenguaje e historia*.

Originalmente, entonces, Ankersmit estuvo preocupado por mostrar la necesidad de continuar y profundizar el cambio de paradigma hacia una Nueva Filosofía de la Historia. Sin embargo, posteriormente, desarrolló su propia teoría histórica constituyéndose en crítico de White. Ankersmit sostiene que, en esta siguiente etapa, el modo más adecuado de profundizar el específico giro lingüístico iniciado por *Metahistoria* sería abandonando la teoría literaria incorporada por White y apelando, en cambio, a los recursos teóricos que el giro lingüístico propiamente dicho venía desarrollando en la filosofía de la ciencia y del lenguaje anglosajonas. Para Ankersmit es necesaria esta modificación ya que, si bien tanto el giro lingüístico como la teoría literaria coinciden en que todas nuestras representaciones de la realidad llevan las marcas del *medium* lingüístico en el que fueron formuladas, en su opinión, la teoría literaria adolece de un límite a su productividad para la teoría histórica porque no problematizaría la brecha entre lenguaje y realidad -lugar en que, según Ankersmit, todos los problemas acerca del significado, la referencia y la verdad se originan. Esto se complementa con un segundo elemento, la teoría estético-pictórica de Gombrich y Goodman, que permitiría analizar la relación entre narrativa histórica y pasado inspirándose en las investigaciones sobre la relación entre pintura y mundo. Con estas modificaciones Ankersmit pretende hallar un “justo medio” entre las fallidas pretensiones de fundar una historia científica y las supuestas consecuencias negativas del imposicionalismo whiteano. De este modo, Ankersmit propone abandonar no solo la teoría literaria, sino la noción misma de *narración histórica*, y reemplazarla por la de *representación*. La estrategia central de su teoría histórica, entonces, consiste en distinguir dos niveles radicalmente distintos del lenguaje: un nivel de descripción (ligado a la investigación histórica) y un nivel de representación (relativo al texto histórico).

¹⁰⁶ Cf. Ankersmit (1986:16).

En el primer nivel, podemos analizar la referencialidad de los enunciados existenciales singulares que constituyen al texto histórico y, por tanto, su valor de verdad en términos de correspondencia. En el segundo, la representación no puede ser evaluada en términos veritativos –i.e. no puede ser falsada en relación con los enunciados del nivel de la descripción– sino en términos de coherencia, alcance y propiedades estéticas. Para Verónica Tozzi esto implica un dualismo en el discurso histórico que Ankersmit intenta salvar por medio de un oscuro concepto de *sustancia narrativa*, un tercer nivel ontológico, que explicaría cómo se conectan los ámbitos radicalmente distinguidos de la descripción y la representación (Cf. Tozzi, 2009). *Ergo*, al intentar continuar un análisis profundo y complejo del discurso histórico buscando, a su vez, salvar las cuestiones supuestamente soslayadas por White, Ankersmit presenta un análisis dualista que encuentra dificultades para explicar la vinculación entre ambos niveles.

Cabe destacar que el aporte original de Ankersmit fue reconocido por el propio White.¹⁰⁷ Más aún, White admite la cercanía entre su posición *literariamente informada*¹⁰⁸ acerca del lenguaje en la historia y las posiciones de Quine, Searle, Goodman y Rorty.¹⁰⁹ Sin embargo, su preferencia por la teoría literaria contemporánea permaneció inalterable. Es así que, si bien White y Ankersmit coinciden en que el problema central de la filosofía de la historia debía ser el lenguaje histórico, existe un claro desacuerdo respecto de los desarrollos acerca del lenguaje a los que sería más prometedor apelar.

Finalmente, en las publicaciones más recientes de revistas especializadas en teoría histórica se observa, como señalé, una nueva crítica a la perspectiva narrativista que, con el objetivo de rehabilitar la indagación especulativa en la filosofía de la historia y alegando que el narrativismo nos ha encerrado en el lenguaje y el texto, propone su abandono a favor de la indagación de la *dimensión experiencial* de la conexión con el pasado. Este nuevo estilo de crítica ha sido formulado por Eelco Runia y otros, enrolándose Ankersmit mismo, en sus últimos trabajos, alrededor de la noción de experiencia histórica sublime. (Cf. Ankersmit, 2005 y Runia, 2006a). No es este el caso de White, dado que no formula ninguna proclama auto-anti-narrativista, como Ankersmit. Sin embargo, como veremos y como anuncié al inicio, también encontramos en las últimas publicaciones de White un cuestionamiento de los límites de la narración tradicional para dar cuenta de los acontecimientos más significativos del siglo XX, que contrasta con su original espíritu narrativista.

¹⁰⁷ Cfr. White (1999: 178 n.6)

¹⁰⁸ Debemos esta denominación a Tozzi (Cf. Tozzi, 2009: 106)

¹⁰⁹ Cfr. White (2003: 148)

Esta tesis doctoral, entonces, parece verse obligada a aceptar o rechazar el diagnóstico de *agotamiento de la productividad* del marco de la Nueva Filosofía de la Historia. Por tanto, en los próximos capítulos intentaré rechazar este diagnóstico proponiendo argumentos para *una lectura performativa de la figuración* del discurso histórico como una potencialidad inexplorada presente en la teoría de White (más que en la versión ankersmitiana) que nos permite continuar y profundizar el legado whiteano-narrativista.

2- Contexto problemático: crítica y paradoja de la narración histórica

La polémica generada por la obra de Hayden White dividió las aguas de la filosofía de la historia contemporánea en entusiastas seguidores, por una parte, y furiosos críticos, por la otra. Aunque al menos el nombre del debate fue un punto de acuerdo: lo que emergió fue el *narrativismo*, y las batallas por dar tendrían como objetivo, frente a su innegable existencia, defender su potencia prometedora para renovar las discusiones acerca de la historia y el conocimiento histórico, o defender a la historia -como disciplina con pretensiones científicas- de la potencia destructora del *narrativismo*.¹¹⁰

Entendida su intervención teórica no solo como origen de este contexto polémico sino como una parte integrante fundamental, White se dedicó en sus publicaciones tanto a detallar y ampliar los argumentos centrales de su propia teoría del escrito histórico como a responder a sus críticos. El artículo de 1988 “Literary Theory and Historical Writing”, que aparece en *Figural Realism, Studies in the Mimesis Effect* (White, 1999), es representativo de este doble movimiento de perfeccionamiento de sus argumentos a la luz de las críticas recibidas.¹¹¹ Justamente en este texto encontramos una afirmación de White que nos permite sostener la necesidad de contextualizar su obra respecto de la discusión más general acerca de la relación entre discurso narrativo y representación histórica. En sus propias palabras:

Me doy cuenta de que, al caracterizar el discurso histórico como interpretación y la interpretación histórica como narrativización, estoy situándome en el debate sobre la naturaleza del discurso histórico que sitúa a la narrativa en oposición a la teoría, en tanto oposición entre un pensamiento que es en gran medida literario y hasta mítico y otro que es o aspira a ser científico. Pero hay que subrayar que no estamos considerando aquí la cuestión de los métodos de investigación que deberían adoptarse para investigar el pasado, sino, más bien, la cuestión de la escritura histórica, el tipo de discurso efectivamente producido por los historiadores a través de la larga carrera de la historia como disciplina. Y la narrativa ha sido siempre, y continúa siendo, el modo predominante de escribir historia. El problema principal para cualquier teoría del escrito histórico no reside, por tanto, en la posibilidad o imposibilidad de una aproximación científica al estudio del pasado, sino, más bien, en explicar *la persistencia de la narrativa en la historiografía*. Una teoría del discurso histórico debe atender a la cuestión de la función de la narratividad en la producción del texto histórico.¹¹²

¹¹⁰ Cfr. Vann (1998); Ankersmit, (1986; 1994; 2001); Ricoeur (1995); Kansteiner (1993); Ankersmit, Domanska y Kellner (2009); Tozzi (2009); Doran (2013); entre otros.

¹¹¹ Creo que este artículo tiene un estatus de bisagra en la reflexión teórica de White; particularmente, enlaza su teoría del escrito histórico con sus ulteriores indagaciones acerca del realismo decimonónico y el modernismo literario, manifestando una influencia mayor del Roland Barthes post-estructuralista que se acentuará en sus últimas publicaciones. Esto se comprenderá mejor a lo largo de esta tesis. Citaré este artículo a partir de su traducción al castellano publicada en White (2003)

¹¹² Énfasis mío. Cfr. White (2003: 145). Jerzy Topolski acuerda con White en que la narrativa histórica es manifestación de la profesionalización de la disciplina. La narrativa es “típica de la historiografía académica profesional avanzada” y comienza a surgir entre los siglos XVI y XVIII pero toma “forma completa” en el siglo XIX. Cfr. Topolski (1987: 80-82).

Efectivamente, podríamos afirmar que White se dedicó centralmente a dar cuenta de la *persistencia de la narrativa en la historiografía*. Y esto significó posicionarse, como el mismo reseña, en el debate sobre la naturaleza del discurso histórico y su vínculo con la narración. De hecho, *Metahistoria* misma surge de su voluntad de “aportar un punto de vista nuevo sobre el actual debate acerca de la naturaleza y función del conocimiento histórico.”¹¹³ En la medida en que esta tesis se propone en su primera parte reconstruir la posición de White inauguradora de una Nueva Filosofía de la Historia, considero necesario reconstruir el contexto teórico del debate acerca de la naturaleza del discurso histórico en su relación con la narración. Esta reconstrucción es facilitada por el explícito relevamiento que White ha ofrecido en sus escritos sobre las diferentes formas de este debate. Presentar esas reseñas será relevante para identificar su propia posición. Sin embargo, ofreceré una reconstrucción guiada por una particular hipótesis interpretativa. Esta hipótesis pondera dos influencias como particularmente iluminadoras de la constitución de la posición de White. Me refiero a las críticas a la narración histórica efectuadas por Louis Mink y Roland Barthes. Si se me concede la plausibilidad de esta ponderación, propondré que la posición que White adopta en este debate se encuentra delineada por los extremos que Mink y Barthes representan. No se tratará de un justo medio entre ambos, sino de una posición compleja, sofisticada, que tomará de ambos sus vetas más críticas.

2.1. Crítica de la historia, crítica de la *narración* histórica: White, entre Mink y Barthes

Comencemos por *Metahistoria*. En las primeras líneas de la Introducción, White afirmaba que su objetivo era “contribuir a la actual discusión del *problema del conocimiento histórico*.”¹¹⁴ Según su relato, a lo largo del siglo XIX, historiadores, filósofos y teóricos sociales se habían ocupado de indagar el pensamiento histórico y su método específico, bajo el supuesto de que era posible arribar a respuestas “libres de ambigüedades”: “Se consideraba que la “historia” era un modo específico de existencia, la “conciencia histórica” un modo específico de pensamiento y el “conocimiento histórico” un dominio autónomo en el espectro de las ciencias físicas y humanas.” Ahora bien, en el siglo XX –recordemos que *Metahistoria* se publica en 1973–, la “discusión actual” presenta importantes diferencias. Como él mismo señala, “la consideración de estas cuestiones se ha emprendido en un estado de ánimo algo

¹¹³ Cfr. White (1992: 14).

¹¹⁴ *Ibid.*, 13.

menos confiado y frente a la aprehensión de que quizás no sea posible hallarles respuestas definitivas.” Y a continuación, White describe “dos líneas de indagación” que confluyen generando cierta sospecha acerca del conocimiento histórico. En primer lugar, afirma que desde la Europa Continental –a través del pensamiento de Valéry, Heidegger, Sartre, Lévi-Strauss y Foucault, entre otros- lo atacado es la idea misma de una “conciencia histórica”, denunciando el carácter ficticio de las reconstrucciones históricas y, por tanto, su validez “científica”. En segundo lugar, y simultáneamente, encuentra filósofos ingleses y norteamericanos que “han producido un volumen importante de literatura” –remitiendo a la reseña de este debate por parte de Louis Mink- acerca de la “situación epistemológica y la función cultural del pensamiento histórico” que “justifica serias dudas sobre la situación de la historia como ciencia rigurosa o como auténtico arte”. El “efecto” de ambos frentes críticos, de acuerdo con White, es

la impresión de que la conciencia histórica de que el hombre occidental se ha enorgullecido desde comienzos del siglo XIX podría no ser mucho más que una base teórica para la posición ideológica desde la cual la civilización occidental contempla su relación no sólo con otras culturas y civilizaciones que la precedieron sino con las que son sus contemporáneas en el tiempo y contiguas en el espacio. En suma, es posible ver la conciencia histórica como un prejuicio específicamente occidental por medio del cual se puede fundamentar en forma retroactiva la presunta superioridad de la sociedad industrial moderna.¹¹⁵

Frente a este contexto, White ofrece su teoría de la estructura profunda de la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX como un intento de “aportar un punto de vista nuevo” en este debate.

En *The Content of the Form* (compilación siguiente a *Metahistoria y Tropics of Discourse* –Cfr. White, 1987) White aborda la discusión actual del conocimiento histórico directamente como la cuestión de la relación entre discurso narrativo y representación histórica (como el subtítulo mismo del texto señala: “Narrative Discourse and Historical Representation”). En el Prefacio, White afirma que

esta relación se vuelve un problema para la teoría histórica ante el reconocimiento de que la narrativa no es meramente una forma discursiva neutral que puede o no ser usada para representar acontecimientos reales en su aspecto de procesos de desarrollo sino que más bien supone elecciones ontológicas y epistémicas con claras implicaciones ideológicas e incluso específicamente políticas.¹¹⁶

¹¹⁵ Ídem nota anterior.

¹¹⁶ Cfr. White (1987: ix).

Es en esta compilación que figura el artículo “The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory”, en el cual encontramos otra reseña del debate acerca de la narrativa y la historia. White identifica ahora cuatro líneas de indagación, dos de las cuales coinciden con las mencionadas en *Metahistoria*:

1. La línea representada por filósofos analíticos anglo-americanos –Walsh, Gardiner, Dray, Gallie, Morton White, Danto, Mink.
2. Otra, representada por historiadores “socio-científicamente orientados”, de los cuales considera al grupo de *Annales* como ejemplar.
3. Una tercera línea que incluye a teóricos literarios y filósofos “semiológicamente orientados” (Barthes, Foucault, Derrida, Todorov, Kristeva, Benveniste, Genette, Eco).
4. Y finalmente, la línea de filósofos “hermenéuticamente orientados”, como Gadamer y Ricoeur.

Para White, la discusión de la narrativa por parte de los filósofos analíticos se centraba en la posibilidad de defender su estatus epistémico en tanto una clase de explicación especialmente apropiada para dar cuenta de acontecimientos o procesos históricos, como distintos de los naturales. Este debate surge contra la pretensión de reducir el modo de explicación histórico a las exigencias del modelo nomológico-deductivo hempeliano, que resultaba en una caracterización negativa de la historia como “esbozo de explicación” ante la imposibilidad de establecer leyes históricas. Respecto de *Annales* (Braudel, Furet, Le Goff, Le Roy-Ladurie, entre otros), White encuentra directamente un rechazo de la narración histórica en tanto no científica e, incluso, ideológica, razón por la cual su “extirpación” de los estudios históricos sería un paso necesario para transformarlos en una “ciencia genuina”. La línea semiológica, por su parte, estudiaba la narrativa “en todas sus manifestaciones” en tanto un “código” discursivo entre otros, el cual podía o no ser apropiado para la representación de la realidad. Finalmente, la línea hermenéutica considera a la narrativa, según la lectura de White, como “una manifestación en el discurso de una clase específica de conciencia o estructura temporal”. Ahora bien, en el desarrollo del artículo White se dedica en realidad a tres de estas líneas, dado que el rechazo de la historiografía narrativa por parte de *Annales*, White lo considera

una reproducción estenográfica de un análisis y deconstrucción mucho más amplios de la narratividad que fue llevado a cabo por los estructuralistas y post-estructuralistas en los 1960s,

quienes pretendían haber demostrado que la narrativa era no solo un instrumento para la ideología sino también el paradigma mismo del discurso ideologizante en general.¹¹⁷

De este modo, nos encontramos con que, en realidad, son tres las perspectivas sobre la narración histórica relevantes para White: las dos líneas que mencionara originalmente en *Metahistoria*, más, ahora, la línea hermenéutica. Puntualmente, este artículo se concentra en la defensa analítica de la narración como modo de explicación y representación por parte de los filósofos angloamericanos; la crítica “hostil” y “deconstructora” de Roland Barthes en “El discurso de la historia”; y la novedosa (para el momento en que White está escribiendo) modalidad de defensa de la narración de corte fenomenológico-hermenéutico de Paul Ricoeur. Vale destacar que mientras White ofrecerá una lectura comparativa de los desarrollos analíticos y los provenientes del estructuralismo y postestructuralismo continental, se dedicará en cambio, al análisis de la posición ricoeuriana de modo más individual, dado que la obra de Ricoeur aparece posteriormente a su propia obra, cuando el debate narrativista ya está en marcha –en particular, White entiende a Ricoeur como una intervención provocada por ese debate, como una fuerte defensa de la narratividad para la historiografía (más aún, como una verdadera metafísica de la narratividad).¹¹⁸

Una tercera y última reseña que considero relevante citar la encontramos en el artículo de *Figural Realism* ya mencionado. Como señalé, se trata de un artículo central ya que en él White resume y responde a las principales críticas que se han dirigido a su teoría. En este contexto, vuelve a reseñar el debate acerca de la narración histórica con importantes coincidencias y algunas leves diferencias. La mayor semejanza que encontramos con “The Question...”, es que se destacan las mismas tres líneas de discusión. Lo diferente es que, en primer lugar, White las presenta ahora en un orden cronológico que historiza el debate, i.e., aparece su propio relato de la crítica del relato; y, en segundo lugar, que presenta ahora a Barthes y a Ricoeur como dos posiciones-extremos del debate frente a las cuales se diferenciará. White inicia la reseña contextualizando teóricamente el debate del siguiente modo:

Debido a que el discurso histórico utiliza las estructuras de producción de significado encontradas en sus formas más puras en las ficciones literarias, la teoría literaria moderna, y especialmente las perspectivas orientadas hacia las concepciones tropológicas del lenguaje, el discurso y la textualidad, adquiere relevancia inmediata para la teoría contemporánea del escrito histórico. Ésta se dirige hacia uno de los más importantes debates de la teoría histórica contemporánea: el del estatus epistémico de la narratividad.¹¹⁹

¹¹⁷ *Ibid.*, 33

¹¹⁸ *Ibid.*, 49 y ss; 169-184.

¹¹⁹ Cfr. White (2003; 173-174).

A continuación, White afirma que este debate surge contra el *background* de la discusión acerca del estatus científico de la historia que filósofos e historiadores desarrollaron a lo largo de cuarenta años, iniciada en los 40s y que terminaría en los 70s. La cuestión de la narrativa consistía entonces, como vimos, en si era o no apropiada para los objetivos del discurso científico. De acuerdo con White, hubo dos posiciones enfrentadas: por una parte, quienes consideraban que si los estudios históricos se debían transformar en una ciencia entonces el modo de discurso narrativo, al ser de naturaleza literaria, no era esencial para la historia; y, por otra, quienes pensaban que la narración no era solo un modo de discurso, sino también (y con mayor relevancia) un modo específico de explicación propio de la historia y su objeto de estudio, los acontecimientos históricos como cualitativamente distintos de los acontecimientos naturales. En este último caso, la explicación narrativa de la historia se señalaba como diferente pero no inferior al modelo nomológico-deductivo de explicación empleado en las ciencias físicas. Siempre según el relato de White, el debate concluyó en un acuerdo de compromiso, reconociendo la utilidad de la narración para algunos aspectos de la disciplina y no para otros.

Ahora bien, el debate acerca de la relación entre historia y narración resurge para White frente al cuestionamiento del estructuralismo y postestructuralismo, aunque bajo una perspectiva distinta y mayormente crítica. Si el debate anterior cuestionaba epistemológicamente la relación entre discurso narrativo y conocimiento científico, la nueva modalidad consiste en cuestionar a la narrativa en su función cultural, al asociarla al mito y la ideología. En otras palabras, surge la pregunta por el “contenido implícito del discurso narrativo en general”.¹²⁰ Aquí White vuelve a destacar a Barthes:

Así, por ejemplo, Barthes argumentó que la narratividad misma era el contenido efectivo del “mito moderno” (que Barthes entiende como ideología). Kristeva (siguiendo a Althusser) acusó a la narratividad de ser el instrumento por el que la sociedad produjo el sujeto auto-opresivo y complaciente a partir del originalmente individuo autónomo. Derrida citó a la narrativa como el privilegiado “género de la ley”.¹²¹

Finalmente, White menciona las repuestas en defensa de la narratividad. Si bien ubica aquí a historiadores como Laurence Stone, Dominick LaCapra, James Henretta y Bernard Bailyn, destacará nuevamente el aporte de Ricoeur, de quien afirma que ha ofrecido “una verdadera metafísica de la narratividad y defensa de su adecuación, no solo para la representación

¹²⁰ *Ibid.*, 175.

¹²¹ *Ídem* nota anterior.

histórica, sino también para la representación de las 'estructuras de la temporalidad' fundamentales."¹²² Así, en esta reseña historizada, encontramos un reconocimiento de White al debate sobre la historia en el terreno anglosajón, tanto como un cambio de interés. Por una parte, reconoce que el debate sobre el vínculo entre narración e historia en tanto disciplina con pretensiones científicas surge en el terreno de la filosofía anglosajona de la historia; pero, por otra, desplaza su interés hacia el resurgimiento del debate en el terreno de la teoría literaria. Por esta razón, la oposición que enfatizará en este artículo será la de Barthes versus Ricoeur, y se ubicará en otro lugar respecto de los extremos que ambos representan.

Luego del relevamiento de estas reseñas, creo que es posible entender por qué para White la crítica de la historia *es* la crítica de la *narración* histórica. Estas diversas líneas de indagación señalan para él la necesidad de pensar la relación entre historia y narración, específicamente, de someter a crítica esa relación que es percibida como naturalizada, neutral o aporética. Se trata de acordar con el mismo espíritu crítico que White encuentra en Louis Mink, desde la línea analítico-anglosajona, y Roland Barthes, desde la línea semiológica. En este sentido, aun cuando se trata de tradiciones diferentes encuentra cierta afinidad entre las discusiones epistemológicas acerca de la explicación o comprensión narrativa del pasado y los desarrollos críticos de la teoría literaria acerca del relato, provenientes del formalismo ruso y el estructuralismo y postestructuralismo. Para señalar meramente esta afinidad, es útil comparar dos citas de Mink y Barthes, correspondientes a textos frecuentemente citados por White.

Barthes en "El análisis estructural del relato" se pregunta por la aparente ubicuidad de la narración:

Innumerables son los relatos del mundo. Ante todo, hay una variedad prodigiosa de géneros, distribuidos entre sustancias diferentes, como si toda materia fuera buena para el hombre para confiarle sus relatos (...) Además, bajo todas estas formas casi infinitas, el relato está presente en todas las épocas, todos los lugares, todas las sociedades; el relato comienza con la historia misma de la humanidad; no existe, no existió nunca en ninguna parte, un pueblo sin relatos; todas las clases, todos los grupos humanos tienen sus relatos, y muy frecuentemente estos relatos son degustados en común por hombres de culturas diferentes, incluso opuestas: el relato se burla de la buena o mala literatura: internacional, transhistórico, transcultural, el relato está ahí, como la vida.¹²³

A continuación, Barthes formula la pregunta relevante: "¿Tal universalidad del relato tiene que llevar a la conclusión de su insignificancia?"¹²⁴ Esta cuestión encontrará una particular

¹²² Cfr. White (1999: 20).

¹²³ Cfr. Barthes (1990: 163).

¹²⁴ *Ibid.*, 164.

respuesta cuando Barthes problematice específicamente la narración histórica en “El discurso de la historia” y concluya, contra sus pretensiones de científicidad, su carácter ideológico-imaginario. Mink también irá de la narración en general a la narración histórica, como vemos en la siguiente cita de “Narrative form as a Cognitive Instrument”:

Hasta hace poco, el concepto de forma narrativa parecía simple y aproblemático (como parece todo lo de sentido común). Después de todo, aunque las *clases* de relatos varían amplia y significativamente de cultura en cultura, narrar (*storytelling*) es la más ubicua de las actividades humanas, y en cualquier cultura es la forma de discurso complejo que es más tempranamente accesible a los niños y por la cual son ampliamente aculturados. *Cómo* entendemos un relato nunca ha parecido ser un problema. Pero en los años recientes el concepto de narrativa ha sido sometido cada vez más a un sofisticado análisis, y con resultados menos que satisfactorios.¹²⁵

La coincidencia fundamental que ambas citan ilustran es el reconocimiento de que la ubicuidad de la narración debe ser pensada críticamente, pero en particular Mink y Barthes cuestionarán la relación entre forma narrativa e historia y efectuarán críticas admirables. Ahora bien, no persiguen los mismos objetivos: mientras Mink quiere defender la autonomía de la historia y su valor cognitivo no *a pesar de* sino *en virtud de* su carácter narrativo -ya que su enemigo es la pretensión de los defensores del modelo de explicación nomológica-deductiva de sancionar qué es y no ciencia como adecuación o no al modelo-, Barthes practica una crítica más virulenta, acusando a la narrativa histórica de ser ideológica. Por tanto, nos conducirán a conclusiones distintas: Mink defenderá el valor cognitivo de la narración histórica aún frente a las paradojas que su concepto mismo genera, mientras que Barthes propondrá su eliminación de la historia en tanto disciplina científica. La crítica de Mink lo conducirá a señalar que la forma narrativa no es sino una construcción imaginaria que, aunque se pretende representacional, es imposible de confirmar o disconfirmar. Sin embargo, cuando finalmente Mink encuentre que su indagación lo ha llevado a relativizar fuertemente la distinción entre historia y ficción, detendrá su crítica y concluirá que se trata de una distinción fundamental de nuestro sentido común a la que no podemos renunciar. Barthes, en cambio, sancionará que la narración histórica, por ser imaginaria, no es sino una construcción ideológica, dado que enmascara su producción de ilusiones referenciales y efectos de realidad. Barthes incluso augurará (fallidamente, sabemos ahora) el fin de la historia narrativa frente a los desarrollos de la Escuela de Annales. Es importante señalar que este artículo será considerado, incluso por los defensores del narrativismo, como un ataque desmedido a la narración histórica. Así, el mismo White en algunas ocasiones se diferenciará de Barthes por

¹²⁵ Cfr. Mink (1987: 187)

considerarlo un “deconstructor hostil” del relato histórico, aunque el francés reaparecerá continuamente a lo largo de su obra, y más aún en sus últimos escritos.

En síntesis, con diferencias valorativas, Mink y Barthes ofrecen un mismo trabajo de crítica de la relación entre narración e historia. Más aún, ambas críticas conducen a un mismo resultado: *el reconocimiento del carácter imaginario de la forma o estructura narrativa*. Mink despliega toda su crítica analítica a los supuestos de la narración histórica hasta llegar a un punto límite en el cual la distinción entre historia y ficción parece borrarse, pero finalmente concluye que se trata de una distinción tan vital para nuestra cultura que no podemos desecharla. Esto es consecuente con su consideración de la forma narrativa como *cognitiva* ya que la narración es una construcción imaginaria pero no pierde por eso su valor fundamental para comprender el devenir histórico-temporal. Y justamente la imposibilidad de olvidar lo que hemos aprendido marca simultáneamente su no neutralidad y su eficacia explicativa. En cambio, en el caso de Barthes, la sospecha sobre la narración es profundizada con todas las armas del análisis estructural para concluir que, cuándo es asociada a lo histórico, no puede sino producir efectos de realidad imponiendo significado narrativo a los acontecimientos reales. Así, si bien Mink y Barthes comparten el diagnóstico sobre la narración, Barthes entiende la dotación imaginaria de significado en un sentido negativo, ideológico, en la medida en que interpreta que la historiografía tradicional pretende ser un *discurso realista* (veremos posteriormente qué entiende Barthes por esto). Por ello, Barthes, a diferencia de Mink, da un paso más: profetiza el fin de la narración histórica y propugna por un discurso histórico que rechace toda narrativización.

Un diagnóstico compartido, una crítica similar que apunta al carácter imaginario de la narración frente a la pretensión representacional-realista de la historia pero con objetivos y conclusiones diversas. El recorrido por las críticas de Mink y Barthes nos ofrece un terreno en el cual ubicar la específica emergencia del narrativismo whiteano, tal como lo reconstruimos en el capítulo anterior. Las razones por las cuales considero que podemos entender este terreno de discusión teórica como delimitado por estos dos autores son las siguientes:

En primer lugar, porque son excelentes representantes de las dos líneas de crítica al conocimiento histórico –analítico-anglosajona y semiológico-continental- frente a las cuales White se propone, en *Metahistoria*, ofrecer un punto de vista nuevo.

En segundo lugar, porque de ambas líneas Mink y Barthes representan las vertientes más críticas y mi hipótesis interpretativa de la consolidación de la posición de White intuye

que su interés teórico está fuertemente guiado por el desafío a seguir promoviendo la narración de los acontecimientos pasados *a pesar de y a partir de* esas críticas.

En tercer lugar, porque ante el desafío que Mink y Barthes representan, White tomará productivamente muchos elementos de sus elaboraciones para consolidar el carácter *crítico* de su posición.

Y en cuarto y último lugar, porque considero que ambos autores representan dos actitudes teóricas diversas como respuesta a las conclusiones críticas de la narración histórica a las que arribarán, actitudes entre las cuales la propia posición whiteana oscilará a lo largo de su obra. Esta oscilación surge del interés doble de White por efectivamente poner en cuestión la “transparencia” de la relación entre historia y narración, por una parte, pretendiendo, simultáneamente, hacer de esa puesta en cuestión la base para una teoría del escrito histórico que promueva más y mejor narración histórica.

Yendo, entonces, a la cuestión teórica puntual que nos ocupa, considero que son tres los ejes críticos (íntimamente interrelacionados) en los que Mink y Barthes coincidirán, que White incorporará a su teoría histórica:

- 1) La diferenciación entre crónica (o cronología) y narrativa en virtud de la específica dotación de significado que la estructura narrativa implica.
- 2) La disolución del límite fuerte entre relato histórico y relato ficcional (o mítico, o literario) ante el reconocimiento del carácter imaginario de la estructura narrativa.
- 3) La demostración de que el uso de la narración en la historia implica la presuposición de que “lo que realmente sucedió” –como pretendido referente real del discurso histórico– tiene la forma de un “relato no contado”.

Corresponde ahora reconstruir cómo surgen estos ejes críticos en Mink y Barthes, respectivamente.

2.2 Crítica de Louis Mink a la narración histórica

Veamos en primer lugar como estas tres tesis críticas aparecen en la obra de Louis Mink.

Es importante destacar que la argumentación que Mink ofrece para diferenciar crónica y narración en "Narrative Form as a Cognitive Instrument" será no solo citada *in extenso*, sino también destacada por White como fundamental. Por "crónica", Mink entiende un mero ordenamiento cronológico de descripciones de acontecimientos o "hechos". Así, si la crónica vincula las descripciones exclusivamente mediante relaciones de sucesión o contigüidad temporal del tipo "y luego...,y luego...", estamos habilitados a asimilarla lógicamente a una conjunción de enunciados. De este modo, sería válido confirmar o refutar la verdad de una representación histórica entendida como *mera* crónica considerando el valor de verdad individual de sus enunciados: la identificación de al menos un enunciado de hecho falso haría a la conjunción total falsa. Pero si bien este modo de evaluación veritativa sería válido para la crónica, Mink lo rechaza porque sostiene que la representación histórica *es* narrativa.

De acuerdo con Mink, las narrativas, a diferencia de las crónicas, establecen entre los acontecimientos descritos una cantidad mayor y más compleja de relaciones, siendo sólo una de ellas la relación de sucesión temporal. Más aún, esos diversos tipos de relaciones se presentan combinados entre sí en la narrativa, constituyendo la coherencia total del relato. El principio ordenador de "los hechos" en la crónica sería sólo su ubicación temporal, i.e., el orden dictado por la datación de los acontecimientos. Pero Mink señala que la fecha de un acontecimiento le aporta al historiador un mínimo sentido de su posible relación con otros acontecimientos.¹²⁶ A medida que el historiador avanza en la *comprensión* de su campo de estudio, las acciones o sucesos se entienden como respuestas a, o consecuencias de, otros. Este tipo de relación no se deduce de la mera relación de anterioridad y posterioridad entre los sucesos sino que se trata de un vínculo que se percibe a través de la descripción de los acontecimientos como *elementos* de un relato (la anterioridad y posterioridad sería una condición necesaria, pero no suficiente). Es importante destacar que nos encontramos con la misma propiedad que White mencionaba en su diferenciación de crónica y relato en *Metahistoria*: en el nivel del relato nos encontramos con acontecimientos que adquieren significación y relevancia en tanto *funcionan como elementos del relato*. Y también en *Metahistoria* se consideraba el relato como un procedimiento de selección (en tanto inclusión y exclusión) y procesamiento del material del registro histórico *necesario* para que las preguntas que las diferentes estrategias explicativas intentarían responder pudieran ser formuladas.

¹²⁶ Cfr. Mink (1987: 57).

No es casual, entonces, que Mink explore el tipo de interrelación de acontecimientos que encontramos en las narrativas históricas en términos de un particular *modo de comprensión*.¹²⁷ Mink identifica la narrativa con el modo de comprensión que denomina “configuracional”. Este modo se caracteriza por permitir que un conjunto de objetos sea comprendido en un solo acto mental como elementos de un complejo único y concreto de relaciones.¹²⁸ Los relatos históricos, si concedemos que son instancias de este modo de comprensión, producen una particular configuración por medio de la cual hacen inteligibles los acontecimientos, configuración en la que intervienen distintos tipos de relaciones, incluida entre ellas el orden temporal pero no solamente, ya que

apuntan a producir y fortalecer el acto de comprensión en el cual acciones y acontecimientos, aunque son representados como si ocurrieran en el orden del tiempo, pueden ser inspeccionados como si fuera en una única mirada en tanto unidos entre sí en un orden de importancia, una representación del *totum simul* que no podemos alcanzar sino parcialmente.¹²⁹

De este modo, en la comprensión configuracional de un relato “el final está conectado con la promesa del comienzo de la misma manera que el comienzo, con la promesa del final,

¹²⁷ Incursionar en la teoría de los modos de comprensión de Mink en detalle excede los límites de esta investigación pero, más importante aún, no deseo comprometerme con sus postulados. Por lo tanto, sólo mencionaré las afirmaciones relativas a la historia y la narrativa. No me comprometo con su teoría ni con el supuesto de la serialidad de la experiencia que la misma parece suponer. De todos modos, es necesario comentar que Mink subsume la historiografía en la categoría de modo de comprensión “configuracional”, modo que, junto con el “teórico” y el “categorial”, serían los diferentes e irreductibles modos de comprensión humana, i.e., las distintas maneras en que un número de objetos puede ser comprendido en un solo acto mental. Estos modos de comprensión serían una instancia previa, una condición necesaria del conocimiento, dado que: “(...) toda teoría del conocimiento debe retrotraerse al simple hecho de que las experiencias nos llegan en forma serial en el tiempo y sin embargo deben ser capaces de ser captadas juntas en una imagen de la multiplicidad de los acontecimientos.” Cfr. Mink (1987: 36). Con esta finalidad, la totalidad de la experiencia humana puede ser objeto de cada modo de comprensión, con el siguiente resultado: el modo teórico comprenderá los objetos como instancias de una misma generalización; el modo categorial, como ejemplos de una misma categoría; y el modo configuracional, como elementos de un único y concreto complejo de relaciones. Dado que los modos teórico y categorial suelen ser confundidos, Mink aclara su diferencia señalando que mientras una teoría se relaciona con su objeto habilitando la inferencia de afirmaciones verdaderas sobre esa clase de objeto, la relación de las categorías con los suyos es que ellas *determinan* de qué clase son esos objetos. Mink afirma que estos tres modos de comprensión: “Se los puede asociar respectivamente, en forma grosera, con los tipos de entendimiento de las ciencias naturales, la filosofía y la historia. Pero esta asociación no es una identificación. Sus diferencias reales efectivamente exponen la naturaleza artificial de las clasificaciones académicas” (ibíd., 51). Al tomar cada uno la totalidad de la experiencia como su objeto se confirmaría su irreductibilidad: “No hay nada que en principio no se pueda subsumir dentro de cada modo, aunque por supuesto será modificado al ser comprendido en un modo en lugar de otro. Claro que sería un error tratar de entender las partículas subatómicas en un modo de comprensión configuracional; pero esto es porque las partículas subatómicas no son objetos de experiencia directa sino constructos hipotéticos cuyo significado mismo está dado dentro del modo de comprensión teórica.” (ibíd., 54). Es interesante como Mink comparte con Burker (respecto de los tropos maestros) y Pepper (respecto de las hipótesis de mundo) una perspectiva acerca del modo de comprender la “experiencia” o “lo real” que describe modos alternativos e irreductibles, aspecto que no es arriesgado afirmar que White traduce a su concepción de las modalidades de prefiguración del campo histórico.

¹²⁸ Ibíd., 52.

¹²⁹ Ibíd., 56.

y la necesidad de las referencias retrospectivas anulan, por así decir, la contingencia de la referencias prospectivas".¹³⁰ Esta organización interna de la narrativa, este modo de vincular acontecimientos como conformando una única configuración en la cual son elementos de un relato, le permite a Mink concluir que:

las acciones y los acontecimientos de un relato comprendido como un todo están conectados por una red de descripciones que se superponen. Y la superposición de descripciones puede no ser parte del relato (*story*) mismo (en tanto una cosa luego de otra) sino sólo de la comprensión de ella como un todo.¹³¹

De esta forma, la diferencia entre crónica y narrativa nos conduce a un resultado doble: en primer lugar, reconocemos que la validez de la narrativa no puede testarse solamente de acuerdo al valor de verdad de las descripciones de acontecimientos tomadas individualmente como "enunciados de hecho". Si la narrativa, como vemos, conforma una red de relaciones entre las supuestas descripciones que conecta, la validez de esa estructuración es distinta del valor de verdad de todas las descripciones en conjunción. Aún cuando todas fueran verdaderas individualmente, esto no nos dice nada de la estructura de relaciones que la narrativa implica. En segundo lugar, esta misma diferencia entre la totalidad de las descripciones y la estructura narrativa explicará el valor cognitivo de esta última. Ahora, entonces, debemos comprender por qué Mink habla de descripciones que se superponen y cómo esto conforma una red, un complejo de relaciones, una configuración.

El punto de Mink es que el discurso histórico no se comprende a partir de una dimensión de descripciones independientes de ocurrencias pasadas que otra dimensión, la narrativa, "agrega" o "reúne" en un relato, sino que es una estructuración narrativa total la que determina las descripciones que formarán parte de ella. Desde este punto de vista, las descripciones cumplen su función guiadas por una estructuración total del pasado del que se quiere dar cuenta.

Los "acontecimientos" (o más precisamente, las descripciones de los acontecimientos) no son el material en crudo a partir del cual las narrativas son construidas; en realidad un acontecimiento es una abstracción de una narrativa. Un acontecimiento puede durar cinco segundos o cinco meses, pero en cualquier caso que sea un acontecimiento o varios depende no de una definición de "acontecimiento" sino de una particular construcción narrativa que genera la descripción apropiada del acontecimiento. Esta concepción de "acontecimiento" no está alejada de nuestra respuesta ordinaria a los relatos: en ciertos relatos podemos aceptar que incluso algo como la Revolución Francesa es un acontecimiento simple, porque ésa es la manera en que está relacionado con los

¹³⁰ *Ibid.*, 57.

¹³¹ *Ibid.*, 58.

personajes y la trama, mientras que en otros relatos puede ser muy complicado describirlo como una totalidad singular.¹³²

Mink vincula esta *determinación intranarrativa* de las descripciones de los acontecimientos con la cuestión de la asimetría temporal del lenguaje histórico:

Mi tesis es que (...) al menos en el caso de las acciones y cambios humanos, conocer un acontecimiento por retrospectión es categóricamente, no incidentalmente, diferente de conocerlo por predicción o anticipación. Ni siquiera puede, en sentido estricto, ser llamado el "mismo" acontecimiento, porque en el caso anterior (retrospección) las descripciones bajo las cuales es conocido están gobernadas por un relato al cual pertenece, y no hay relatos acerca del futuro.¹³³

El carácter sintético de la actividad narrativa Mink lo aborda, como señalé anteriormente, en el marco de su teoría de la comprensión.¹³⁴ Mink afirma que la historia es una disciplina que guiada por un modo de comprensión configuracional, por medio del cual los objetos son comprendidos como elementos de un único y concreto complejo de relaciones. Específicamente, el historiador emite un "juicio sinóptico" acerca de los acontecimientos que pretende comprender a través del estudio de la evidencia relevante. El concepto de "juicio sinóptico" permite a Mink establecer el punto fundamental: que la narrativa no es una mera suma de enunciados descriptivos sino un cierto modo de relacionar "información" que excede lo que el mero orden cronológico podría "decirnos".¹³⁵ En "The Autonomy of Historical Understanding" Mink discute tanto contra quienes sostienen el carácter protocientífico de la historia frente al parámetro del modelo de cobertura legal hempeliano, como contra quienes, criticando esa postura, pretenden reducir las explicaciones históricas a elaboraciones semejantes a las del sentido común, aunque algo más sofisticadas. Básicamente la estrategia de Mink en este artículo consiste en enumerar una serie de características de la práctica histórica que se han señalado como evidencia de su carácter protocientífico y reinterpretarlas de tal manera que las transforma en evidencia a favor del carácter autónomo de la disciplina y en contra de su reducción al marco del modelo de explicación de las ciencias naturales. Así, tomando el concepto de "contexto" como una clave para dar cuenta de la tarea del historiador, Mink afirma:

La descripción mínima de la práctica histórica es que el historiador trata con acontecimientos complejos en términos de la interrelación de sus acontecimientos constitutivos (dejando abierta la

¹³² Ibid., 201.

¹³³ Ibid., 48.

¹³⁴ Cfr. Mink, 1987, específicamente: "Modes of Comprehension and the Unity of Knowledge" (35-41) y "History and Fiction as Modes of Comprehension" (42-60).

¹³⁵ Aunque parece imposible expresarse respecto de las interrelaciones que el juicio sinóptico establece sin aludir a ciertos elementos o información que es relacionada, a lo largo de la exposición de la posición de Mink se hará claro que estos "elementos" no son previos a las relaciones analizadas.

cuestión de si hay “acontecimientos-unidades” en historia). Aun suponiendo que todos los hechos del caso han sido establecidos, persiste el problema de comprenderlos en un acto de enjuiciamiento que logre captarlos juntos en lugar de revisarlos en forma serial.¹³⁶

En su análisis, el problema de comprender “los hechos” remite a un juicio reflexivo, no a una cuestión de “método”. Más aún, no es azaroso que Mink pase a analizar la relación de inseparabilidad¹³⁷ de las conclusiones de un historiador y el relato mismo que ha llevado a ellas. En historia, no sólo la validez sino también el significado de las conclusiones refiere retrospectivamente al ordenamiento que se ha dado a la evidencia en el relato:

Las conclusiones significativas, uno podría decir, son ingredientes en el argumento mismo, no simplemente en el sentido de que están diseminadas a través del texto sino en el sentido de que están representadas en el orden narrativo mismo. Como conclusiones ingredientes ellas son exhibidas más que demostradas.¹³⁸

Desde su punto de vista, los historiadores se leen mutuamente porque las conclusiones a las que llegan mediante su investigación están integradas en la totalidad del relato y no meramente resumidas al final del mismo. Más aún, si el relato es una totalidad, esto se debe al juicio sinóptico que vincula los “acontecimientos” en *un* relato. “Juicio sinóptico” es el nombre que recibe esta síntesis general o comprensiva cuyo alcance Mink considera el objetivo de la historia al estudiar los acontecimientos en sus interrelaciones. “Comprender la totalidad de los acontecimientos en un acto de juicio”, “captarlos conjuntamente”, “exhibirlos en un orden narrativo” son diferentes expresiones con las que Mink intenta mostrar su punto: que lo que caracteriza a la historia es que produce síntesis, que es dadora de sentido, punto que es coherente con la categorización de la disciplina dentro del modo de comprensión configuracional. Pero esta configuración, síntesis o sentido que la historia exhibe de su objeto de estudio no sería “extraíble” de su ordenamiento cronológico. Al analizar el modo configuracional, Mink estableció que es el sujeto quien necesita dotar de sentido lo que experimenta disociado en forma serial, es una necesidad del sujeto para comprender. Por tanto, ante los acontecimientos que se presentarían al historiador en el mero orden de sucesión cronológica antes-después, el historiador busca comprenderlos y lo hace al sintetizar, i.e., al emitir un juicio sinóptico sobre la mera sucesión, la dota de un sentido que excede el orden de lo anterior y lo posterior. Éste es el valor cognitivo de la narrativa para Louis Mink: permitirnos entender una mera sucesión dotándola de un sentido que la sucesión no manifestaría en sí misma. El valor de la narrativa como juicio sinóptico y, más generalmente,

¹³⁶ *Ibid.*, 77.

¹³⁷ Estamos traduciendo aquí el término *non detachable* en su forma sustantivada: *undetachability*.

¹³⁸ *Ibid.*, 79. El énfasis es del autor.

como modo de comprensión configuracional, consiste en dar cuenta de por qué la sucesión de acontecimientos consiste en un proceso histórico total específico. Podemos pensar que si la mera constatación de los “hechos” en tanto uno después de otro evidenciara directamente ese sentido de proceso total, coherente y completo, el discurso histórico no sería necesario.¹³⁹

Ahora bien, ¿cómo se llega a tal juicio sinóptico? Para explicar esto, Mink traza una analogía entre la tarea del historiador y la del intérprete de una afirmación, que también encontramos en White. Así como ante una emisión lingüística, su significado puede analizarse como una función de varios aspectos de la emisión -sus términos individuales (o componentes atómicos), más su sintaxis, más su énfasis, todo esto interpretado en relación con un particular contexto discursivo-, algo análogo ocurre en la historia:

El historiador trata de entender un proceso complejo como una función de sus acontecimientos componentes, más sus interrelaciones (inclusive, las relaciones causales), más su importancia, todo interpretado en un contexto de cambio mayor.¹⁴⁰

Más aún, Mink afirma que “Uno incluso podría decir que el objetivo del conocimiento histórico es descubrir la gramática de los acontecimientos.”¹⁴¹ Lo que la analogía nos permite entender es por qué recurrimos a adjetivos como “sintético”, “sinóptico”, “configuracional”, para explicar qué ofrece el conocimiento histórico: así como no interpretamos las oraciones o emisiones lingüísticas sólo determinando el significado de cada palabra que la compone, sino que debemos analizar también las interrelaciones establecidas entre ellas en la emisión como totalidad -así como las variantes de tono o énfasis y el contexto en que dicha emisión tuvo lugar- de la misma manera, el conocimiento histórico excede la determinación de los acontecimientos ocurridos en el pasado. Comprender el significado del pasado no implica determinar sus supuestos “componentes atómicos”, los acontecimientos: necesitamos determinar “la gramática” de los acontecimientos, las interrelaciones que los vinculan, aquello que los une porque los hace elementos de una cierta totalidad que los abarca (un proceso histórico, una etapa o época). Así “los hechos” aportan a la comprensión del pasado en tanto uno después de otro, pero con una relevancia de distinto grado y de acuerdo a lo que cada uno aporta diferentemente en la configuración de sentido que nos ocupa. Mink -al igual que White- extiende la analogía, comparando la discusión ante la ambigüedad de una emisión lingüística con el desacuerdo entre historiadores:

¹³⁹ Topolski también afirma que en la narrativa histórica “El grado de interconexión entre las distintas partes es bastante alto, y sería imposible aislar una afirmación de la narrativa total sin violar su integridad.” Cf. Topolski (1999: 202).

¹⁴⁰ Cfr. Mink, (1987: 80).

¹⁴¹ Ídem nota anterior.

(...) así como el significado de una afirmación puede ser dudoso por su ambigüedad semántica, su ambigüedad sintáctica, anfibología, o porque ha sido sacado fuera de contexto, así también puede haber desacuerdo histórico acerca de la correcta descripción de acontecimientos individuales, de sus interrelaciones, de su importancia relativa, o de la importancia del proceso como una parte de su historia mayor.¹⁴²

Creo que la analogía trazada por Mink ilustra particularmente el aspecto central que estamos discutiendo: que aquello que la historia ofrece como conocimiento del pasado no es una enumeración de acontecimientos en un orden cronológico, sino una configuración de sentido acerca de esos acontecimientos tomados como una totalidad conformada por una red de interrelaciones, una cierta “gramática del pasado”. Ahora bien, aunque se podría pensar que bajo esta descripción el historiador se dedica en un primer momento a determinar los acontecimientos a explicar, y que luego se ocupa de emitir un juicio sinóptico sobre ellos, esto sería entender equivocadamente las palabras de Mink:

sería erróneo sugerir que la indagación histórica consiste en la incansable colección de hechos y luego un gran golpe de síntesis. Las complicadas conexiones entre hechos e inferencia y las maneras en que la inferencia informa el proceso de ‘investigación factual’ han sido a menudo destacadas. Lo que aquí se llama ‘juicio sinóptico’ es, yo pienso, tanto una caracterización del tipo de pensamiento histórico en el proceso de investigación como también una descripción de su objetivo final.¹⁴³

Hasta aquí tenemos enumeradas todas las características que para Mink hacen de la forma narrativa un instrumento cognitivo en relación con su carácter de modo peculiar de comprensión que nos ofrece una configuración o síntesis de su objeto de estudio. En la medida en que la historia produce narrativas, Mink puede subsumirla al modo de comprensión configuracional. De este modo, además, Mink se enrola entre aquellos que en el debate acerca de la pertinencia del modelo nomológico-deductivo para la historia han rechazado su pertinencia, defendiendo el valor autónomo de la historia con su peculiaridad narrativa. Ahora bien, aunque Mink subsume la forma narrativa al modo de comprensión configuracional, a los fines de esta investigación podemos simplemente aceptar que aquello que Mink postula como modo configuracional describe lo que la forma narrativa aporta al conocimiento histórico.

Ahora bien, la caracterización de la historia como comprensión configuracional está mediada por la determinación del valor cognitivo de la forma narrativa. Son las propiedades de la forma narrativa para dar cuenta de determinada manera del objeto de estudio del

¹⁴² *Ibid.*, 80 y 81.

¹⁴³ *Ibid.*, 82.

historiador las que permiten entender el carácter configuracional o sintético de la comprensión específica que posibilita. Pero no es un dato menor señalar que hasta este punto de nuestra exposición lo dicho acerca de la forma narrativa *conviene por igual a la historia como a la ficción*. Por tanto, corresponde ahora abordar la pregunta por la diferencia entre historia y ficción, una vez que hemos aceptado que ambas comparten la forma narrativa.

Una forma de distinguir historia de ficción sería planteando nuevamente la pregunta por la evaluación de la verdad o validez de la narrativa histórica, porque nos resulta obvio que, como Mink bien señala, la narrativa *histórica* pretende veracidad para sí misma como totalidad, y no solo para sus enunciados-componentes.¹⁴⁴ La narrativa histórica sostiene su especificidad en su carácter de representación verdadera o realista del pasado, a diferencia de la narrativa ficcional, cuya especificidad consiste exactamente en lo contrario, en no pretender en principio ninguna correspondencia con lo real. Para Mink, esta distinción entre historia y ficción es un ítem del sentido común de la cultura occidental: mientras la historia pretende hacer afirmaciones verdaderas acerca del pasado, la ficción no pretende lo mismo, ni siquiera cuando hace alusión a personas, circunstancias o hechos que efectivamente sucedieron. Entre el escritor y el lector se establecen distintos tipos de acuerdo en historia y en ficción: en el primer caso, hay un acuerdo de veracidad; en el segundo, no -podría pensarse quizás un acuerdo de verosimilitud, pero aún esto no sería necesario. La historia intentaría “representar” los acontecimientos y acciones pasadas “tal como ocurrieron”. En síntesis, “hay por lo tanto algo acerca de lo cual sea la historiografía, no importa cuán falible, algo que la hace verdadera o falsa aunque nosotros no tengamos acceso a eso excepto a través de la reconstrucción historiográfica a partir de la evidencia presente.”¹⁴⁵ Y esta distinción entre historia y ficción es un ítem del sentido común de la cultura occidental al punto que necesitamos diferenciar la historia de la ficción para entender qué es la historia y viceversa.

Entonces, si el modelo de la conjunción lógica permite entender la verdad de una crónica, pero no de una narrativa, la pregunta correspondiente es cómo determinar la verdad de la narrativa como totalidad. Esto podría implicar que afirmemos que la red de descripciones superpuestas que constituye la forma narrativa “corresponda” o no a la “configuración real” de los acontecimientos pasados. Para ello, tendríamos que suponer que podemos determinar, con mayor o menor precisión, que el relato histórico bajo evaluación

¹⁴⁴ Aunque lógicamente se trata de propiedades distintas, aplicables respectivamente al enunciado y a la estructura lógica de un razonamiento, conservo sin embargo retóricamente la ambigüedad entre “ser veraz” o “verdadera” (como un enunciado) y “ser válida” (como un argumento) respecto de la narración histórica para mostrar la dificultad de entender qué es exactamente la narrativa —que, como mostrará esta tesis, no es ni un cosa ni la otra.

¹⁴⁵ *Ibid.*, 184.

“corresponde” al *relato no contado* que el pasado histórico en sí mismo es. Y es en este punto exacto en el que confluyen los dos últimas tesis críticas por los que estamos reconstruyendo la posición de Mink: (2) la disolución del límite fuerte entre relato histórico y relato ficcional (o mítico, o literario) ante el reconocimiento del carácter imaginario de la estructura narrativa; y (3) la demostración de que el uso de la narración en la historia implica la presuposición de que “lo que realmente sucedió” —como pretendido referente real del discurso histórico— tiene la forma de un “relato no contado” que solo debe ser “traducido” al lenguaje. Tenemos entonces dos supuestos que señalan el límite o marco de nuestras creencias acerca de la historiografía: por una parte, que la narrativa histórica difiere de la narrativa ficcional en tanto “hay algo acerca de lo cual sea la historiografía, no importa cuán falible, algo que la hace verdadera o falsa aunque nosotros no tengamos acceso a eso”; y por otra, que ese referente real es el “relato no contado” que el historiador tiene que descubrir:

Así como una presuposición conceptual del sentido común ha sido que la historiografía consiste en narrativas que pretenden ser verdaderas, mientras que la ficción consiste en narrativas imaginativas para las cuales la creencia y por tanto las pretensiones de verdad son suspendidas, otra presuposición ha sido que la realidad histórica tiene en sí misma forma narrativa, que el historiador no inventa sino que descubre, o intenta descubrir. La historia-tal-como-fue-vivida, es decir, es un relato no contado.¹⁴⁶

En este punto, el brillante análisis de Mink marca una diferencia entre estos supuestos. Mientras que la distinción entre historia y ficción nos parece obvia y aporoblemática cuando la enunciamos, nadie sostendría explícitamente la creencia en que el pasado sea un “relato no contado”. Pero justamente para Mink el problema conceptual radica en que la distinción de sentido común entre historia y ficción requiere la aceptación implícita de ese segundo supuesto. Para mostrar la íntima relación entre ambas creencias, Mink nos presente una serie de dilemas acerca de la narrativa histórica. Su propósito es generar perplejidad alrededor del concepto de narrativa mediante la contraposición de lo que debería suceder en tanto pretende ser “histórica”, que no es el caso en tanto es “narrativa”.

El primer dilema surge cuando nos preguntamos por la posibilidad de que dos narrativas distintas se combinen o “agreguen” para formar una única narrativa más compleja. Estamos suponiendo que se cumplen ciertos requerimientos de respeto por la cronología y coincidencia de actores y acontecimientos. Si pensamos en la narrativa de ficción, podemos decir que esto es posible, aunque no necesario. Por ejemplo, en el caso de *Edipo Rey* y *Antígona*, aunque son dos obras de una misma trilogía, no consideramos que Sófocles ha

¹⁴⁶ *Ibid.*, 188.

fracasado porque el Creonte convencional y sagaz de *Edipo Rey* no se condice con el Creonte voluntarioso y blasfemo de Antígona. Es más, en los casos en que las narrativas de ficción sí son agregadas en una unidad mayor, de acuerdo con Mink, la ficción pide prestadas las convenciones de la representación histórica. Y esto es así porque creemos que las narrativas históricas deberían agregarse, es decir, “en la medida en que tiene pretensiones de verdad sobre un segmento seleccionado de la realidad pasada, deben ser compatibles con, y complementarias de, otras narrativas que se superponen o son continuas con ellas.”¹⁴⁷ Y Mink añade, refiriéndose a una cita anterior de *Metahistoria*, que “aun si existen diferentes modo de tramar la misma crónica de acontecimientos, sigue siendo cierto que las narrativas históricas son capaces de desplazarse mutuamente”, mientras que no es el caso de las narrativas de ficción que no se desplazan mutuamente dado que “cada una, por así decirlo, crea el espacio único que ella sola ocupa más que competir con otras por el mismo espacio como pueden hacerlo las narrativas históricas.”¹⁴⁸

Ahora bien, esto ha sido la descripción de “lo que debería suceder”, en relación con los supuestos informantes de nuestra distinción de sentido común entre historia y ficción. Pero Mink inmediatamente afirma que de hecho, las narrativas históricas no se pueden agregar. Se ha explicado tradicionalmente esta dificultad apelando a la distinción entre subjetividad y objetividad: si las narrativas históricas alcanzaran un grado importante de objetividad, se combinarían en totalidades más abarcativas, pero esto no sucede por la tendencia de los historiadores a introducir elementos “subjetivos”, sus idiosincrasias individuales y valores, tanto en la selección como en la combinación de los hechos. Y es por esto que la narrativa de un historiador no puede compatibilizarse con la de otro. Frente a lo cual, Mink afirma que aún si dejamos sin decidir la cuestión de si la objetividad histórica es o no posible, podemos reconocer que la pretensión de que sea posible presupone lo que denomina la idea de Historia Universal, es decir, el supuesto de que la realidad pasada es un relato no contado y que hay una forma correcta de contarlo aunque sea solo en parte.

El problema reside en que la pretensión de objetividad no reconoce la diferencia entre crónica y narrativa. Como vimos, la forma de la crónica consiste solo en el orden cronológico y no postula más relaciones entre los acontecimientos a los que refiere que la relación temporal. Para una crónica acumulativa, la pretensión de objetividad podría tener sentido. No así para la narración, ya que si pretendemos combinar dos narrativas de forma meramente aditiva, el fin de la narrativa anterior a tal agregado ya no será un fin, y por tanto el principio

¹⁴⁷ *Ibíd.*, 196.

¹⁴⁸ *Ídem* nota anterior.

tampoco será *ese* principio, ni el medio *ese* medio. Tendríamos en la narrativa más abarcativa una unidad formal propia pero sería una nueva unidad, no un agregado de partes, sino el reemplazo de la coherencia independiente de cada una de ellas (en el caso de las obras de Sófocles, la trilogía sería una obra, y las obras, serían actos). Así nos explica Mink que las narrativas históricas, en oposición a las ficcionales, deberían poder agregarse en unidades más complejas en tanto “históricas”, pero no pueden serlo, en tanto “narrativas”. Y esto es porque en realidad este préstamo de convenciones ocurre en el orden inverso:

La historia narrativa toma prestada de la narrativa ficcional la convención por la cual un relato genera su propio espacio imaginativo, al interior del cual no depende de, ni puede desplazar otros relatos; pero presupone que la realidad pasada es un ámbito único y determinado, una presuposición que, una vez que la explicitamos, contradice la incomparabilidad de los relatos imaginarios.¹⁴⁹

Vinculado al supuesto de que los relatos históricos deberían poder agregarse en todos más abarcativos sin perder su unidad, encontramos el supuesto de que además pueden ser verdaderos o falsos. Mink señala que, para que esto sea plausible, debemos considerar que la narración histórica tiene propiedades holistas, es decir, que no solo sus afirmaciones individuales sobre hechos sino su forma misma representa algo que puede ser verdadero o falso. Como vimos anteriormente, esto no puede resolverse por la equiparación de la narrativa a una conjunción lógica dado que allí encontrábamos, en todo caso, un modelo para evaluar la verdad de una crónica pero no de la configuración narrativa en sí misma. La narrativa contiene una serie indefinida, según Mink, de relaciones de ordenamiento y de modos de combinación de esas relaciones, exactamente aquello que consideramos para evaluar si es o no coherente. Mink agrega que:

Es una tarea aún no resuelta de la teoría literaria la clasificación de las relaciones de ordenamiento de la forma narrativa; pero sea cual sea la clasificación, debe quedar claro que una narrativa histórica pretende verdad no meramente para cada una de sus afirmaciones individuales tomadas distributivamente, sino para la forma compleja misma de la narrativa. (...) Pero la forma narrativa, para parafrasear lo que Wittgenstein dijo de la forma lógica de una proposición, no puede ser “dicha” sino que debe ser “mostrada” -en la narrativa como un todo. Reconocemos que una narrativa no puede ser sintetizada, o reformulada como un inventario de conclusiones o “descubrimientos”; no es que no se puedan extraer conclusiones pero si uno pide razones para aceptarlas o rechazarla, la respuesta no es simplemente un recuento de pedazos de evidencia (del tipo que sería ofrecida para apoyar una generalización), sino la repetición de la manera en que la narrativa ha ordenado la evidencia.¹⁵⁰

¹⁴⁹ *Ibid.*, 197.

¹⁵⁰ *Ibid.*, 198.

Más aún, si hay una función cognitiva de la narrativa en la historia, como Mink no duda en afirmar, reside justamente en incorporar coherentemente un conjunto de interrelaciones de diferentes clases en un todo singular. Y mientras que en la narrativa de ficción pretender esta clase compleja de coherencia apunta a un gusto estético o emocional, si consideramos que la narrativa histórica es distinta es porque además pretende ser verdadera. Responderíamos inmediatamente que el análisis y crítica de la evidencia histórica puede resolver esta pretensión, pero en realidad nos permite decidir sobre cuestiones “de hecho”, y no sobre las posibles combinaciones de relaciones entre hechos que la narrativa produce. En otras palabras, el mismo acontecimiento, bajo la misma o diferente descripción, puede pertenecer a diferentes relatos, variando en cada uno su importancia particular. Más aún, así como la evidencia “no dicta” qué historia debe ser construida, tampoco permite decidir acerca de la preferencia entre una y otra. En este nivel de la forma narrativa misma, nos dice Mink:

Quando se trata del tratamiento narrativo de un conjunto de interrelaciones, damos crédito a la imaginación o sensibilidad del historiador individual. Esto debe ser así dado que no hay *reglas* para la construcción de una narrativa, como las hay para el análisis e interpretación de la evidencia, y los historiadores han reconocido esto al no hacer ningún intento en enseñar la construcción de narrativa como parte del aprendizaje profesional del gremio histórico.¹⁵¹

Lo que le permite concluir que, entonces, “la forma narrativa en la historia, como en la ficción, es un artificio, el producto de la imaginación individual”. Por tanto, tenemos un nuevo dilema:

la combinación narrativa de relaciones simplemente no está sujeta a confirmación o disconfirmación (...) Por tanto, tenemos un segundo dilema acerca de la narrativa histórica: en tanto histórica pretende representar, a través de su forma, parte de la complejidad real del pasado, pero como narrativa es un producto de la imaginación constructiva, que no puede defender su pretensión de representar por ningún procedimiento aceptado de argumentación o autenticación.¹⁵²

El carácter de “producto de la imaginación constructiva” de la narración histórica señala, simultáneamente, la imposibilidad de sostener la distinción tajante entre historia y ficción, por una parte; y la dificultad de comprometernos con el supuesto de que el pasado, aquello “acerca de lo cual” es la narración histórica, posea “en sí mismo” una estructura narrativa – como supone la idea de Historia Universal. Por tanto, concluir que la forma narrativa es una construcción imaginativa surge de la mostración de las incomodidades conceptuales que genera el supuesto de que el pasado es un relato no contado.

¹⁵¹ *Ibid.*, 199.

¹⁵² *Ídem* nota anterior.

Debemos destacar que aunque para Mink la forma narrativa es imprescindible para el conocimiento histórico y el sujeto de conocimiento tiene a su disponibilidad el modo configuracional como uno de los tres modos irreductibles de comprensión, esto no implica la tesis de que el modo de comprender lo real, la experiencia, “corresponda” al objeto mismo. Es decir, que comprendamos el pasado narrativamente no implica que el pasado mismo sea narrativo. Más aún, Mink sostiene que la experiencia nos llega *seriatim* y que cada uno de los modos de comprensión puede tener como su objeto la totalidad de la experiencia. Ahora bien, más allá del contexto de la propia teoría de la comprensión de Mink, su argumentación más convincente a mi criterio se encuentra en la crítica que efectúa al supuesto de que el pasado es un relato no contado, que sería un resto aún implícitamente presente de la antigua idea de una Historia Universal. Negar la “narratividad en sí” del pasado responde menos, en Mink, a una abstención preventiva del juicio sobre lo ontológico, que a su crítica de la idea misma de que el pasado sea un “relato aún no contado” como supuesto paradójico presente en el sentido común de la cultura occidental.¹⁵³

Así, Mink muestra a través de estos dilemas que la forma narrativa en la historia, al igual que en la ficción, no es más que una construcción imaginaria, por lo cual afirma que la forma narrativa es exportada desde el arte hacia nuestra comprensión del pasado, y no al revés:

Los relatos no son vividos, sino contados. La vida no tiene principios, medios o finales (...) No soñamos o recordamos en narrativas, creo, sino que contamos relatos que entretejen las imágenes separadas del recuerdo. (...) Por lo que parece más cierto decir que las cualidades narrativas son transferidas del arte a la vida.¹⁵⁴

Es evidente la afinidad entre su teoría de la comprensión –como modo de acceso cognitivo a lo real necesario para un sujeto que se enfrenta a una mera serialidad en la experiencia– y su tendencia a negar (más que suspender el juicio sobre) el carácter estructurado del pasado en sí mismo. Ahora bien, más allá del ámbito originario de la forma narrativa y más allá de los posibles problemas o críticas que la teoría de la comprensión de Mink pueda acarrear, resulta interesante su punto sobre el empleo de la misma estructura narrativa tanto en la historia como en la ficción. Justamente este descubrimiento de la afinidad estructural entre narración histórica y narración de ficción nos aporta más elementos para entender por qué Mink considera las narrativas como construcciones imaginativas.

¹⁵³ Para la completa argumentación de Mink al respecto, Cfr. *Ibid.*, 189 y ss.

¹⁵⁴ *Ibid.*, 60.

Es importante subrayar que la crítica a los supuestos relativos a nuestro modo de entender los relatos históricos no implica para Mink la recomendación de expurgar la narrativa de la historia. Más aún, según Mink, quienes sospecharan de este acercamiento entre historia y ficción por el uso compartido de la forma narrativa, considerarían una estrategia muy útil negar el carácter narrativo de la historiografía para no tener que enfrentar las incertidumbres que la filiación acarrea, diciendo, por ejemplo, que la historia profesional es fundamentalmente “analítica” y que, aunque esto no excluye el uso de construcciones narrativas para dar cuenta de sus investigaciones, lo narrativo sería un “arte literario” independiente de las habilidades profesionales de la “investigación efectiva”. La respuesta de Mink a esta objeción es doble: en primer lugar, señala que una parte importante de la historiografía ha sido y es aún narrativa en su forma. De esta manera, Mink parecería estar restringiendo el ámbito de aplicación de la objeción y sus afirmaciones acerca del carácter narrativo de la disciplina seguirían siendo pertinentes para la porción de historiadores que continúen presentando sus investigaciones en la forma de narrativas. Pero, en segundo lugar, Mink rechaza completamente la objeción en los siguientes términos:

Aún las historias que son estudios sincrónicos de la cultura de una época inevitablemente toman en cuenta los procesos de desarrollo o cambio más amplios en los que la época fue una etapa. (...) La monografía histórica más “analítica”, uno podría decir y podría mostrar, presupone la comprensión más general del historiador, narrativa en su forma, de patrones de cambio histórico, y es una contribución para la corrección o elaboración de esa comprensión narrativa. Eso es lo que frases como “sociedad preindustrial” o “declinación y caída” expresan a nuestra imaginación narrativa.¹⁵⁵

Por lo anteriormente citado comprendemos la fuerza con que Mink sostiene contra toda objeción el vínculo fundamental entre la comprensión del pasado que la historia pretende ofrecer y la narrativización. Más aún, Mink comenta que aún cuando tanto los historiadores como los escritores de ficción se enfrentan con dificultades para construir narrativas coherentes -independientemente de que unos partan de la evidencia histórica y otros no- lo que ambos deberían reconocer es que la narrativa como tal no se relaciona con problemas técnicos de escritura sino que constituye una “forma de comprensión humana primaria e irreductible, un elemento en la constitución del sentido común”.¹⁵⁶

Es verdad, he argumentado, que las narrativas son en un importante sentido primarias e irreductibles. No son sustitutos imperfectos para formas de explicación o entendimiento más sofisticadas, ni son los primeros pasos irreflexivos a lo largo del camino que conduce hacia la meta

¹⁵⁵ *Ibid.*, 184.

¹⁵⁶ *Ibid.*, 186.

del conocimiento científico y filosófico. La comprensión a la que apuntan las narrativas es un acto mental primario (...) ¹⁵⁷

Dado que Mink no quiere colapsar la diferencia entre narrativa histórica y narrativa de ficción, plantea como tarea la reformulación de los límites entre historia y ficción diciendo que no podemos abandonar esta distinción vital para nuestro sentido común pero debemos repensarla: “Sin embargo, la creencia de sentido común de que la historia es verdadera en un sentido en que la ficción no lo es de ninguna manera es derogada, aún cuando lo que ese sentido sea debe ser revisado.” ¹⁵⁸ Y la necesidad de revisar, en lugar de derogar, se sostiene nuevamente en ese carácter cognitivamente primario de la narración como instrumento:

Aún cuando la forma narrativa puede estar, para la mayoría de la gente, asociada con los cuentos de hadas, los mitos y el entretenimiento de la novela, sigue siendo cierto que la narrativa es un instrumento cognitivo primario –un instrumento con el que, de hecho, sólo la teoría y la metáfora compiten como formas irreducibles de hacer comprensible el flujo de la experiencia. ¹⁵⁹

Revisar, sí; derogar, no, la diferencia entre historia y ficción. Hasta aquí nos condujo Mink. Es momento ahora de reconstruir la crítica de Roland Barthes.

2.3. Crítica de Roland Barthes a la narración histórica

Considero que hay dos textos de Roland Barthes que nos permiten acceder a lo fundamental del aporte crítico sobre la narración histórica de la línea semiológica que White menciona. Ellos son la “Introducción al análisis estructural del relato” y “El discurso de la historia” (Barthes, 1990 y 1987). Del primero, obtenemos una contextualización teórica ineludible del trabajo hecho por el estructuralismo lingüístico sobre la narración como código discursivo en general. En particular, este primer texto se vuelve significativo porque además de situarnos en el idiolecto semiológico sobre la narración, nos ofrece una serie de caracterizaciones del discurso narrativo que en principio no conllevan valoración crítica alguna. En otras palabras, se trata de una descripción del sistema narrativo que pretende ser *teórica* en tanto *neutral*. Este primer texto puede leerse en paralelo con la indagación de la forma narrativa en general que Mink también realiza, de modo que nos reencontramos –ahora en el vocabulario de la lingüística y la teoría literaria continental- con otra perspectiva sobre la

¹⁵⁷ *Ibid.*, 59.

¹⁵⁸ *Ibid.*, 203.

¹⁵⁹ *Ibid.*, 185.

función configuradora de la narrativa. El segundo texto, que presupone la producción teórica que el primero sintetiza, es el que nos ofrece las tesis críticas e incluso “hostiles” porque ya no se trata de un análisis del relato *en general* sino de un particular uso del relato, o una especie del género narrativo, i.e., la narración *histórica*. “El discurso de la historia” presupone y emplea las caracterizaciones del análisis estructural *para* denunciar el uso *naturalizado* de la narración en la historiografía académica. De este modo, el recorrido por ambos textos nos permitirá mostrar bajo qué perspectiva de análisis la línea semiológica ofrece una fuerte crítica a la asociación entre historia y narración. Específicamente, este texto nos presentará el modo en que Barthes puede decirse que sostiene las dos últimas tesis críticas del uso de la narración en la historia.

“Introducción al análisis estructural del relato” encabezó originalmente un número de la revista *Communications* de 1966 en el cual se presentaban distintos aportes de Eco, Todorov, Genette, Greimas y otros al estudio del relato.¹⁶⁰ Roland Barthes ofrece una Introducción en la cual reseña a estos aportes pero que se convierte en sí misma en una contribución. Allí, Barthes comienza señalando cómo la pregunta por el relato emerge ante su carácter aparentemente transcultural, transhistórico, universal. Frente al relato en su rica diversidad de formas, como Sausurre frente a lo heterogéneo del lenguaje, la pretensión sistemática del análisis estructural demanda una teoría o modelo. Y la lingüística estructural se presenta como el mejor modelo a la mano para esta tarea. Si la lingüística propiamente dicha se ocupaba de la “lengua”, para el relato parece requerirse una lingüística *del discurso*, i.e., del “más allá de la frase”, ya que justamente la frase es la última unidad de análisis lingüístico. Barthes recuerda que antiguamente esta tarea correspondía a la retórica, y que ahora se trata de buscar una segunda lingüística o “translingüística”, como lingüística del discurso. Resulta llamativo, para esta tesis, que Barthes anuncie que este proyecto se propone ofrecer una tipología de discursos, de la que adelanta la posible distinción entre un discurso metafórico, metonímico y entimemático.¹⁶¹ Pero en primer lugar se requiere un modelo narrativo con el cual aproximarse a las instancias variadas y específicas de relatos. Este modelo se propone como deductivo, más que inductivo, y no solo con un valor heurístico. En la medida en que, apelando a lo desarrollado por la lingüística estructural, se toma como modelo el estudio de la lengua, el principio metodológico que se propone para el relato es su consideración como formalmente homólogo a la lengua. Esto supone, entonces, que además

¹⁶⁰ El número completo fue traducido al castellano y publicado en Barthes, Eco, Todorov y otros (1999).

¹⁶¹ Cfr. Barthes (1990: 167).

de una identificación metodológico-heurística, se hace una identificación más fuerte entre lenguaje y relato —típica estrategia teórica del estructuralismo lingüístico-saussureano.

Para nuestro análisis, este artículo desarrolla en detalle la cara semiológica del modo en que se sostiene la distinción entre cronología y relato (tesis 1 de este capítulo) cifrada en el aspecto configuracional o integrativo del último. Todo el esfuerzo de Barthes conduce a mostrar el carácter configurador del relato y, particularmente, el carácter inmanente-discursivo de las estrategias que hacen a los niveles de análisis posible de la estructura narrativa. Barthes señala una y otra vez cómo el sentido del relato “lo atraviesa”, afirmación que nos recuerda la inseparabilidad de las conclusiones del relato histórico en Mink; y cómo el análisis estructural, si bien pretende discernir niveles del relato, reencuentra una y otra vez la *trabazón estructural* de sus mecanismos significativos.

Barthes sostiene que el esfuerzo por pensar el relato de los distintos autores que reseña tiene como objetivo ofrecer un “modelo hipotético de descripción” o una “teoría”, en el sentido americano-pragmático del término, asumiendo que la realidad del objeto de estudio no es separable del método. Asumir una perspectiva lingüística le permite dar cuenta de “lo esencial en todo sistema de sentido, a saber, su organización” y a la vez esto permite afirmar que “el relato no es una simple suma de proposiciones”¹⁶². Esto conlleva la búsqueda de niveles que son entendidos como operaciones. Ahora bien, dice Barthes:

Comprender un relato no es solamente seguir el desarrollo de la historia, es también reconocer los “niveles”, proyectar los encadenamientos horizontales del “hilo” narrativo sobre un eje implícitamente vertical; leer (escuchar) un relato no es solamente pasar de una palabra a la otra, es también pasar de un nivel a otro (...) la “pesquisa” practicada sobre un conjunto horizontal de relaciones narrativas puede ser completa, pero para ser eficaz tiene que dirigirse también “verticalmente”: el sentido no se halla “en el extremo” del relato, lo atraviesa (...) ¹⁶³

Es así como Barthes propone tres niveles de análisis del relato: el nivel de las *funciones*, el de las *acciones* y el de la *narración*, de los que afirma que

están ligados entre sí según un modo de integración progresiva: una función no tiene sentido sino en la medida en que ocupa un lugar en la acción general de un actante; y esta acción misma recibe su sentido último por el hecho de ser narrada, confiada a un discurso que tiene su propio código. ¹⁶⁴

El primer nivel de análisis busca identificar las unidades narrativas mínimas, que Barthes denomina “funciones”, todo segmento de la historia que se presente como el término

¹⁶² *Ibíd.*, 168.

¹⁶³ *Ibíd.*, 170.

¹⁶⁴ *Ídem* nota anterior.

de una correlación: “El alma de toda función es (...) su germen, lo que le permite sembrar en el relato un elemento que madurará posteriormente” (sea en el mismo o en distinto nivel). Y aquí Barthes se pregunta si en un relato todo es funcional, si todo tiene sentido. Si bien hay diferentes tipos de funciones porque existen muchos tipos de correlaciones -funciones propiamente dichas e indicios; dentro de las primeras, funciones cardinales o núcleos, por una parte, y catálisis, por otra; y en la categoría de indicios, los propiamente dichos y las informaciones; e incluso funciones de carácter mixto-, responde que

Subsiste, sin embargo, el hecho de que un relato no está construido más que de funciones: todo, en diferente grado, es en él significativo. Esto no es una cuestión de arte (por parte del narrador), es una cuestión de estructura: en el orden del discurso, lo que aparece notado, es por definición, notable: aun cuando un detalle aparece irreductiblemente insignificante, rebelde a toda función, no dejará de tener el sentido mismo de lo absurdo o de lo inútil: todo tiene sentido o nada lo tiene.¹⁶⁵

Barthes continúa diciendo que el arte no conoce el ruido, en el sentido informacional de la palabra, aclarando en nota al pie que en esto es donde el arte no es “la vida”, que no conoce más que comunicaciones “turbias”. Es interesante la oposición que Barthes hace entre el relato como código y escritura (siendo esta última “fatalmente neta”)¹⁶⁶ y “la vida”, si recordamos que encontramos también en Mink una necesidad de diferenciar al relato como relativo a, u originado en, el arte y no la vida.

Ahora bien, mi intención no es desarrollar puntualmente el artículo de Barthes sino los aspectos de su perspectiva que nos permiten entender cómo piensa la narración de un modo que White continuará. Dentro del análisis del nivel de las funciones, la diferenciación entre crónica (como cronología) y relato se vuelve clara cuando Barthes explica la diferencia entre funciones cardinales y catálisis: básicamente la primera clase de funciones corresponde a una acción que inaugura o resuelve una incertidumbre, mientras que la segunda “llena” el espacio narrativo que separa a las anteriores funciones-bisagra. Se nos dice que las catálisis tienen una funcionalidad “atenuada, unilateral, parásita” porque se trata de una funcionalidad “puramente cronológica” –en tanto describe dos momentos de la historia. En cambio, las funciones cardinales tienen una “funcionalidad doble, cronológica y lógica a la vez”, dado que no son solo unidades consecutivas, como las catálisis, sino que son consecutivas y consecuentes. De este modo, las funciones cardinales producen un “aplastamiento” de la lógica y la temporalidad. Cito a Barthes:

¹⁶⁵ *Ibíd.*, 172.

¹⁶⁶ *Ibíd.*, 172, n. 19.

Todo permite pensar, en efecto, que el resorte de la actividad narrativa está en la confusión misma de la consecución y de la consecuencia; lo que viene *después* es leído en el relato como *causado por*; el relato sería en este caso una aplicación sistemática del error lógico denunciado por la escolástica mediante la fórmula *post hoc, ergo propter hoc*.¹⁶⁷

Ahora bien, no hay que confundir estas unidades narrativas con unidades lingüísticas: aunque pueden coincidir ocasionalmente, son “sustancialmente independientes” ya que pueden estar representadas tanto por unidades superiores como inferiores a la oración, es decir, pueden estar constituidas por grupos de oraciones tanto como por sintagmas o palabras. Citando un ejemplo de *Goldfinger*, en el cual Bond está de guardia en su escritorio del Servicio Secreto cuando suena el teléfono y se dice “Bond levantó uno de los cuatro auriculares”, Barthes explica que el monema *cuatro* constituye por sí mismo una unidad funcional “ya que remite a un concepto necesario para el conjunto de la historia”, el de una alta técnica burocrática, y continúa:

la unidad narrativa no es aquí la unidad lingüística (la palabra) sino solamente su valor connotado (lingüísticamente la palabra [*cuatro*] no quiere decir nunca «*cuatro*»; esto explica que algunas unidades funcionales pueden ser inferiores a la oración sin dejar de pertenecer al discurso: desbordan entonces no la oración, a la cual sigue siendo materialmente inferiores, sino el nivel de denotación, que pertenece, como la oración, a la lingüística propiamente dicha).¹⁶⁸

Previamente Barthes afirmaba que la “independencia” de la unidad narrativa respecto de la unidad lingüística se debía a que la «lengua» del relato no es la misma que la del lenguaje articulado “aunque muy frecuentemente esté sustentada por ella”. Es importante entender el uso no literal de *lengua* para hablar del relato: Barthes intenta describir un código que no por eso tiene el status del código lingüístico mismo, i.e., la lengua (castellano, francés, inglés, etc.) en la que el relato se expresa. El código narrativo es “código” en un sentido derivado, razón por la cual Barthes afirma tanto que se “sustenta” en la lengua pero a la vez sus unidades pueden desbordar el nivel de la denotación, pasando al nivel de la connotación.

Las unidades funcionales extraen su sentido del nivel siguiente superior de descripción del relato, el nivel de las acciones. En este nivel, Barthes busca establecer el estatuto estructural de los personajes, a los cuales el análisis estructural –según sus propias palabras– se resiste a tratar como esencias psicológicas. Siguiendo el impulso de la teorización de Propp, la noción de personaje le plantea al análisis estructural el problema de que, por una parte, constituyen un plano necesario de la descripción, si es que las acciones han de ser inteligibles; y por otra parte, los agentes del relato no pueden ser entendidos como *personas*,

¹⁶⁷ *Ibid.*, 176.

¹⁶⁸ *Ibid.*, 173.

ni *entes*. Se los piensa entonces como *participantes narrativos*, es decir, se los define en relación con su participación en la esfera de la acción, de manera de ser tipificables o clasificables. De este modo, el nivel de las acciones alude a las *grandes articulaciones de la praxis*. Ahora bien, como ya señaló, estas unidades del nivel accional no encuentran su sentido (su inteligibilidad) si no se los integra en el tercer nivel, el de la narración.

La comunicación narrativa, nos dice Barthes, supone un tú, un donador del relato y un destinatario que son significados a lo largo del relato. El narrador, tanto como los personajes, son “seres de papel”. El narrador no es el autor, razón por la cual el análisis estructural describe los signos del narrador inmanentes al relato y accesibles al análisis semiológico. En la narración o código del narrador, encontramos, como en el lenguaje, dos sistemas de signos: el personal y el apersonal. Volveremos a esto en el análisis del siguiente artículo de Barthes, pero aquí se nos presenta el modo tradicional del relato como “apersonal”, en tanto elimina el presente del habla y no “habla” propiamente nadie.

Esto fue trabajado ya por Gérard Genette, que muestra que el relato se ofrece como un modo de hablar *objetivo*, frente a la subjetividad del discurso. La producción de esta objetividad se debe al predominio de la tercera persona, en desmedro del uso de indicadores pronominales y adverbiales (como *yo/tú, aquí, ahora, ayer, mañana, etc.*) y la preferencia por ciertos tiempos verbales (como el pretérito indefinido y el pluscuamperfecto).¹⁶⁹ Así, el relato “es un modo particular (del lenguaje), definido por un cierto número de exclusiones y de condiciones restrictivas”¹⁷⁰, donde “los acontecimientos parecen narrarse a sí mismos”.¹⁷¹

Los elementos reunidos hasta aquí serán suficientes para pasar a la exposición del siguiente artículo relevante de Barthes. El análisis estructural, como vimos, se basa en una descripción de la narración por la cual se comprenden los diferentes niveles de análisis solo si se integran en otras unidades, ergo, la explicación de ese carácter configuracional, “inseparable”, de la forma narrativa se encuentra dada por el análisis estructural desde el punto de vista de una estructura discursiva, un código narrativo.

Como señalé al inicio de este apartado, el análisis general del relato que acabo de comentar es relevante para nuestra investigación en la medida en que provee el contexto teórico para abordar el rol de otro texto de Barthes en el debate sobre la narración y la historia. Me refiero a “El discurso de la historia”, polémico texto en el cual Barthes formula una pregunta hostil a la historia:

¹⁶⁹ Cfr. Genette (1999: 208).

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 211.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 208.

la narración de acontecimientos pasados, que en nuestra cultura, desde los Griegos, está sometida generalmente a la sanción de la «ciencia» histórica, situada bajo la imperiosa garantía de la «realidad», justificada por principios de exposición «racional», esa narración, ¿difiere realmente, por algún rasgo específico, por alguna indudable pertinencia, de la narración imaginaria, tal como la podemos encontrar en la epopeya, la novela, el drama?¹⁷²

Para responder a este interrogante, Barthes aplicará el análisis estructural al discurso de algunos historiadores clásicos, discriminando los planos de la enunciación, el enunciado y la significación y dictaminará que:

- 1) La pretensión de objetividad del historiador es el producto de una ilusión referencial
- 2) Los hechos históricos no tienen más que una existencia lingüística
- 3) El discurso histórico produce un “efecto de realidad”

Sigamos a Barthes. Respecto del plano de la enunciación identifica la presencia de *shifters*¹⁷³ de escucha, de organización del discurso y de emisor y receptor. Los *shifters* representan marcas presentes en el discurso del acto por el cual se lo profiere. Aquí Barthes encuentra que el discurso histórico se subsume a los casos en que el enunciante pretende “ausentarse”, ofreciendo un discurso que carece sistemáticamente de todo signo que remita al emisor del mensaje histórico. Esto tiene un efecto: “la historia parece estar contándose sola”. He aquí, nos dice Barthes, la pretensión de “objetividad” del historiador, donde el enunciante anula su persona “pasional” pero la sustituye por otra, la persona “objetiva. La objetividad que señala del discurso histórico es la “carencia de signos del enunciante”, a nivel del discurso aparece “como una forma particular del imaginario, como el producto de lo que podríamos llamar la ilusión referencial, ya que con ella el historiador pretende dejar que el referente hable por sí solo.”¹⁷⁴ Para Barthes, esto no es un rasgo específico de la historia, porque la ilusión referencial puede identificarse en novelistas realistas. Barthes entiende por “discurso realista”

¹⁷² Cfr. Barthes (1987: 163-164).

¹⁷³ *Shifter*: término técnico de la lingüística y la teoría literaria, perteneciente a las investigaciones de Roman Jakobson, que refiere a “aquellas clases gramaticales que implican en su significado general una referencia a aquel mensaje en el que aparecen”. Cf. Jakobson (1988, 102). Jakobson desarrolla su teoría de los *shifters* en Jakobson (1974).

¹⁷⁴ Cfr. Barthes (1987: 168).

—categoría que abarca tanto a la historia como a discursos literarios— todo discurso que acepte enunciaciones acreditadas tan sólo por su referente.¹⁷⁵

En el plano del enunciado, Barthes se pregunta por las unidades de contenido del enunciado histórico y encuentra que son las mismas que pueden hallarse en el discurso de ficción: índices, funciones, entimemas, etc. Sin embargo, lo que le interesa destacar es la peculiaridad del estatus asertivo, constatativo de manera uniforme, de los procesos históricos. El hecho histórico “está lingüísticamente ligado a un privilegio de ser: se cuenta lo que ha sido, no lo que no ha sido o lo que ha sido dudoso”. Rasgo curioso, para Barthes, porque acerca el discurso histórico al discurso esquizofrénico:

tanto en un caso como en otro, hay una censura radical de la enunciación, (...) reflujo masivo del discurso hacia el enunciado e, incluso (en el caso del historiador), hacia el referente: no queda nadie que asuma el enunciado.¹⁷⁶

Finalmente, Barthes indaga el aspecto de significación donde identifica la producción de significado del discurso histórico en virtud de su estructura narrativa. En primer lugar, nos señala que un discurso que presuponga que la Historia¹⁷⁷ no tiene significado debería limitarse a ser “una pura serie de anotaciones sin estructura”, como es el caso de las cronologías y los anales. Ahora bien, en el discurso histórico “académico”, “los hechos relatados funcionan irresistiblemente como índices o como núcleos cuya misma secuencia tiene un valor indicial”.¹⁷⁸ Para Barthes, incluso si los hechos fueran presentados de una manera anárquica, significarían al menos la anarquía, remitiendo a una idea negativa de la historia humana. Barthes, continúa diciendo que

En el discurso histórico de nuestra civilización, el proceso de significación intenta siempre «llenar» de sentido la Historia: el historiador recopila menos hechos que significantes y los relaciona, es decir, los organiza con el fin de establecer un sentido positivo y llenar el vacío de la pura serie.¹⁷⁹

Por esta razón, Barthes sanciona que el discurso histórico —“por su propia estructura y sin tener necesidad de invocar la sustancia del contenido”— es una elaboración ideológica, en el sentido de *imaginaria*. Dos son los elementos con que Barthes sostiene que esta elaboración es imaginaria: a) la definición tautológica de “hecho” y b) el efecto de realidad.

¹⁷⁵ Tomo la definición de “discurso realista” que Barthes propone en “El efecto de realidad”. Cfr. Barthes, (1987: 186).

¹⁷⁶ Cfr. Barthes (1987: 171).

¹⁷⁷ La mayúscula corresponde a Barthes.

¹⁷⁸ *Ibid.*, 173.

¹⁷⁹ *Ibid.*, 174.

En primer lugar, Barthes cree que desde su perspectiva se entiende la desconfianza que la noción de hecho ha suscitado en filósofos como Nietzsche, dado que su definición sólo puede ser tautológica: “lo anotado procede de lo observable pero lo observable no es más que lo que es digno de ser anotado”. Por tanto,

Se llega así a esa paradoja que regula toda la pertinencia del discurso histórico (en comparación con otros tipos de discurso): el hecho no tiene nunca una existencia que no sea lingüística (como término de un discurso), y, no obstante, todo sucede como si esa existencia no fuera más que la «copia» pura y simple de otra existencia, situada en un campo extraestructural, la «realidad». Este discurso es, sin duda, el único en que el referente se ve como exterior al discurso, sin que jamás, sin embargo, sea posible acercarse a él fuera de ese discurso.¹⁸⁰

Esta paradoja permite pensar la dinámica del discurso histórico como una doble operación (cuyos momentos sólo son distinguibles analíticamente). Primero, el referente es separado del discurso y convertido en algo exterior, fundador y regulador: es la *res gestae*, y el discurso se ofrece como simple *historia rerum gestarum*; pero en un segundo momento, lo rechazado es el significado, que se confunde con el referente. Así, el referente entra en relación directa con el significante, “y el discurso, encargado simplemente de expresar la realidad, cree estar economizando el término fundamental de las estructuras imaginarias, el significado.”¹⁸¹ Nuevamente, la historia no hace otra cosa que comportarse como un discurso realista, pretendiendo funcionar con un esquema semántico de dos términos, referente y significante. En otras palabras, Barthes está suscribiendo la crítica a la idea de que la historia, el pasado, sean un “relato no contado”. Barthes sintetiza el análisis diciendo que en la historia “objetiva”, la “realidad” no es nunca otra cosa que un significado informulado que se esconde detrás del referente. Este mecanismo del discurso histórico es denominado por Barthes “efecto de realidad” y su definición merece una cita en extenso:

La eliminación del significado, fuera del discurso «objetivo», permitiendo que, aparentemente, se enfrente la «realidad» con su expresión, nunca deja de producir un nuevo sentido, tan cierto es, una vez más, que en un sistema, toda carencia de elementos es en sí misma significante. Este nuevo sentido —extensivo a todo discurso histórico y que define, finalmente, su pertinencia— es la propia realidad, transformada subrepticamente en significado vergonzante: el discurso histórico no concuerda con la realidad, lo único que hace es significarla, no dejando de repetir *esto sucedió*, sin que esta aseveración llegue a ser jamás nada más que la cara del significado de toda la narración histórica.¹⁸²

¹⁸⁰ Ídem nota anterior.

¹⁸¹ *Ibid.*, 175.

¹⁸² *Ibid.*, 175-176.

En “El efecto de realidad”, texto que podemos considerar teóricamente complementario a “El discurso de la historia”, Barthes sigue explicando este mecanismo: el discurso histórico intenta eliminar de la enunciación el significado porque, como vimos, pretende denotar directamente lo real, que el referente “hable por sí mismo”. Pero en el mismo momento en que se pretende denotar directamente lo real no se hace otra cosa sino significarlo: lo que se está significando es la categoría de “lo real” (y no sus contenidos contingentes). Barthes dice que “la misma carencia de significado en provecho del simple referente se convierte en el significante mismo del realismo: se produce un efecto de realidad”¹⁸³, que no es sino una verosimilitud realista, producto de “la intención de alterar la naturaleza tripartita del signo para hacer de la anotación el mero encuentro entre un objeto y su expresión.”¹⁸⁴

Por tanto, la pregunta inicial de Barthes acerca de qué diferencia específica tiene el discurso histórico respecto del ficcional o literario se responde con una sola palabra: ninguna. Esto constituye otra versión de la tesis 2 que enunciamos al inicio del capítulo, i.e., la disolución del límite fuerte entre relato histórico y relato ficcional (o mítico, o literario) ante el reconocimiento del carácter imaginario de la estructura narrativa. Ahora bien, Barthes culmina el artículo que hemos comentado con dos afirmaciones sumamente relevantes para nuestra investigación: en primer lugar, el carácter histórico-contingente del interés *realista* de “nuestra civilización”, reflejado en la asociación entre historia y narración; y en segundo lugar, el pronóstico de que la narración “podrá desaparecer” de la ciencia histórica. Vayamos por partes. A continuación del señalamiento crítico del efecto de realidad buscado por la historia “objetiva”, Barthes sostiene:

El prestigio del *sucedío* tiene una importancia y una amplitud verdaderamente históricas. En toda nuestra civilización se da un gusto por el efecto de realidad, atestiguado por el desarrollo de géneros específicos como la novela realista, el diario íntimo, la literatura documental, el suceso, el museo histórico, la exposición de antigüedades, y sobre todo, el desarrollo masivo de la fotografía, cuyo único rasgo pertinente (...) es precisamente significar que el acontecimiento presentado ha tenido lugar *realmente*. (176)

Barthes continúa reflexionando acerca del concepto de “reliquia” y la “sacralidad” que detenta “ligada al enigma de lo que ha sido”, y afirma:

(...) la profanación de las reliquias es, de hecho, la destrucción de la misma realidad a partir de la intuición de que la realidad nunca es más que un sentido, revocable cuando la historia lo exige y reclama una auténtica subversión de los mismos fundamentos de la civilización.

¹⁸³ *Ibid.*, 186.

¹⁸⁴ *Ibid.*, 187.

Ahora bien, este comentario sobre el carácter histórico-revocable de la realidad como “un sentido”, tiene consecuencias inmediatas para su crítica de la narración *histórica*. Así, Barthes concluye:

Al negarse a asumir la realidad como significado (o incluso a separar el referente de su propia aserción) es comprensible que la historia, en el momento privilegiado en que intentó constituirse como género, es decir, en el siglo XIX, haya llegado a ver en la relación «pura y simple» de los hechos la mejor prueba de tales hechos, y a instituir la narración como significante privilegiado de la realidad. Agustín Thierry se convirtió en el teórico de esa historia narrativa, que extrae su «verdad» del mismo cuidado de la narración, de la arquitectura de sus articulaciones y la abundancia de sus expansiones (...).

Y así Barthes se encuentra, al igual que Mink, con una paradoja:

Queda así cerrado el círculo paradójico: la estructura narrativa, elaborada en el crisol de las ficciones (por medio de los mitos y las primeras epopeyas), se convierte en signo y, a la vez, prueba de la realidad. También es comprensible que la debilitación (cuando no la desaparición) de la narración en la ciencia histórica actual, que pretende hablar más de estructuras que de cronologías, implique algo más que un simple cambio de escuela: una auténtica transformación ideológica; la narración histórica muere porque, el signo de la Historia, de ahora en adelante, es mucho menos lo real que lo inteligible.¹⁸⁵

Revisión, no. Derogación, sí, de la distinción entre historia *narrativa* y ficción. Por tanto, augurio del fin de la historiografía narrativa en tanto elaboración ideológico-imaginaria y, por tanto, imposible de ser científica. Aquí es clara la diferencia de posición de Barthes y Mink.

2.4. White, entre Mink y Barthes: La paradoja de la narración histórica

Como señalé al inicio, Mink y Barthes arriban a un mismo resultado teórico, el reconocimiento del carácter imaginario de la estructura narrativa. Sin embargo, asumen frente a ese resultado actitudes distintas. La tensión entre las respuestas de Mink y de Barthes a la crítica de la narración revela un marco problemático que propongo denominar *la paradoja de la narración histórica*.

Lo que ambas críticas revelan es que la estructura narrativa que otorga sentido y significado a los procesos históricos es un producto cultural, histórico, contingente de concebir lo real-histórico. Para Mink se debe a la permanencia acrítica de la Idea de la Historia Universal que produce las incomodidades conceptuales que mostró detrás de nuestra

¹⁸⁵ Ibid., 176-177.

noción de narración histórica. Para Barthes, se debe a la emergencia del género de la historia como narración que tiene pretensiones realistas desconociendo la naturaleza tripartita del signo. En el lenguaje de los lingüistas y teóricos literarios del estructuralismo, así como lo es el signo lingüístico, el relato sería una estructura discursiva inmotivada respecto de su supuesto referente. Entonces, la narración no es un modo *natural* y menos aun *neutral* de representación, aunque se presenta a Barthes como modo *naturalizado*. Pero no es un modo de representación “necesario”: ni en un sentido lógico, ya que ninguna “estructura mental” o “cognitiva” hace necesario que los acontecimientos históricos sean comprendidos solo narrativamente –incluso en el caso de Mink, que considera a la forma narrativa como “irreductible”, producto de un “acto mental primario”, se trata de un modo de comprensión que no corresponde necesariamente a su objeto ya que la misma realidad puede ser comprendida por cualquiera de los tres modos postulados; ni en un sentido ontológico: tanto Mink como Barthes enfatizan que el relato no es “la vida”, que exportamos del arte estructuras de significación para dar cuenta de los aconteceres del pasado, pero que no hay *nada en los acontecimientos en sí mismos* que pida que sean narrados. Ahora bien, aunque ambos reconozcan que es un modo cultural-contingente de comprender lo real no deja de ser *nuestro modo occidental-moderno* de comprender lo real-histórico, comprensión que a su vez se vincula fuertemente con nuestros modos de actuar en el mundo. Por tanto, la *no necesidad lógica ni ontológica de la estructuración narrativa no menoscaba su necesidad pragmática*: en la misma crítica en que se devela su no naturalidad o no neutralidad, se devela su *pregnancia cultural*, su arraigo en nuestro modo de pensar la *realidad-como-histórica*, más aún su eficacia, su constatada utilidad como un modo de saber y de orientar el hacer en una existencia individual y/o colectiva que se comprende culturalmente como *histórica*. De este modo, la crítica que muestra la *naturalización cultural-contingente* de la estructura narrativa también muestra la *eficacia práctica* de esa naturalización, en tanto ese modo de comprensión que se presenta como *transparente* sigue siendo una herramienta necesaria implícitamente presupuesta en nuestro modo de pensar y actuar. En síntesis, nuestra paradoja es la siguiente: cuando la narración histórica *qua narración* se devela como no necesaria *ontológica* ni *epistémicamente* se revela, a su vez, como necesaria *pragmático-culturalmente*.

Antes esta paradoja a la que ambos arriban, las diferentes respuestas de Mink y Barthes ejemplifican dos posibles actitudes: lo que denominaré la *aceptación irónica* de la

narración histórica o su *rechazo romántico*.¹⁸⁶ La aceptación irónica implica el reconocimiento de que el vínculo entre narración e historia no es necesario en ninguno de los sentidos mencionados, de allí que se trata de una aceptación *irónica* en tanto *autocrítica*: porque no equivale a la propuesta del abandono de la producción de relatos, sino a la promoción de la escritura de la historia dada la eficacia, utilidad y pregnancia cultural de la narración. Como vimos, Mink afirma de la relación entre historia y narración que *no podemos olvidar lo que hemos aprendido* y que sigue siendo un modo de comprensión primario. En cambio, la actitud de rechazo romántico consistiría en la búsqueda de un modo de trascendencia o superación del modo de discurso narrativo para la historia, para explorar *nuevos* modos de dar cuenta de lo histórico. Barthes justamente pronosticaba la desaparición de la narración de la “ciencia histórica”, en la búsqueda del “signo de la Historia” como lo “inteligible”. Es más, como veremos más adelante, el rechazo del realismo y/o del objetivismo en la escritura (siendo la historiografía un *tipo* de escritura) adquirirá la forma de la postulación de la emergencia de una *nueva* escritura o escritura *en voz media* (Cfr. Barthes, 1987) que White tomará de Barthes para su propio aparente modo del rechazo romántico de la narración histórica.

Considero que estas opciones –aceptación irónica o rechazo romántico– pueden guiarnos en la historia del debate de la Nueva Filosofía de la Historia inaugurado por Hayden White. Como veremos en el próximo capítulo, la aceptación irónica resume la exhortación final *agenciadora* de White en *Metahistoria* y caracteriza gran parte de su labor crítica de la historiografía que se propone inicialmente no como una inhabilitación de la tarea del historiador, sino como un intento de liberarlo de un literalismo imposible, para que asuma el carácter poético-literario de su escritura y, de ese modo, la historiografía recupere su vínculo con la imaginación para producir más y mejores imágenes del pasado. Este espíritu autocrítico y propositivo es el núcleo de las alabanzas de Frank Ankersmit en los 80’s, cuando se declara continuador del narrativismo whiteano. El rechazo romántico, en cambio, lo encontraremos –aunque con diferencias no poco importantes– en el giro desde los 90’s de White hacia el estilo modernista anti/postnarrativo y en el giro experiencialista de Ankersmit, desde 2005.¹⁸⁷

Pero si hay una Nueva Filosofía de la Historia inaugurada como *narrativista*, esto es posible gracias al gesto fundacional whiteano que –mostrando una clara cercanía con la actitud de Mink a la paradoja de la narración histórica- *señala los límites* del discurso

¹⁸⁶ En realidad, una tercera actitud sería la negación de la paradoja o su desestimación. Pero se trataría de una actitud que decide no reconocer la paradoja. En cambio, las actitudes de aceptación o rechazo de la narración estarían respondiendo a ella y, por tanto, reconociéndola.

¹⁸⁷ Cf. White (1999; 2010b); Ankersmit (2005; 2006)

narrativo como modo de dar cuenta de lo histórico a la vez que *reafirma la utilidad* de la producción de relatos acerca del pasado. En otras palabras, White asume una posición irónica frente a la paradoja de la narración histórica. Más aun, White incluso creará poder diferenciar el *narrar* del *narrativizar*. Mientras *narrativizar* la realidad sería “imponerle la forma de un relato”, tal como la crítica de Mink y Barthes devela, White sostiene que debemos *narrar* sin *narrativizar*, i.e., distinguir “entre un discurso histórico que narra y un discurso que *narrativiza*, entre un discurso que adopta abiertamente una perspectiva que mira hacia el mundo y lo reporta y un discurso que finge hacer al mundo hablar por sí mismo y hablar por sí mismo como un relato.”¹⁸⁸ *Narrar* sin *narrativizar* será reconocer la producción de significado, la *figuración*, al representar lo histórico. Y este reconocimiento es posible porque White asume una concepción tropológica del lenguaje. A continuación, entonces, reconstruiremos la consolidación de una filosofía de la historia narrativista como *aceptación irónica* no solo ya de la narración histórica sino del *uso del lenguaje en la historiografía*, para explorar el núcleo teórico de esta ironía narrativista en virtud de la concepción tropológica del lenguaje en la que se sostiene.

¹⁸⁸ Cfr. White (1987: 2).

3- La aceptación irónica de la narración histórica: White y la teoría literaria; Ankersmit y el giro lingüístico

3.1 Hayden White frente a la paradoja de la narración histórica: su aceptación irónica *agenciadora*

En el capítulo anterior mencioné tres tesis críticas que Mink y Barthes comparten respecto de la narración histórica, a saber:

- 4) La diferenciación entre crónica (o cronología) y narrativa en virtud de la específica dotación de significado que la estructura narrativa implica
- 5) La disolución del límite fuerte entre relato histórico y relato ficcional (o mítico, o literario) ante el reconocimiento del carácter imaginario de la estructura narrativa
- 6) La demostración de que el uso de la narración en la historia implica la presuposición de que “lo que realmente sucedió” –como pretendido referente real del discurso histórico– tiene la forma de un “relato no contado”

Considero que White comparte estas tesis con Mink y Barthes. He propuesto a su vez la hipótesis de una paradoja de la narración histórica a la que esas tesis conducen. Continuando en esta línea, podemos interpretar la teoría formal de la obra histórica en *Metahistoria* como una respuesta de aceptación irónica semejante a la que encuentro en Mink. Más aún, White mismo dice estar escribiendo desde una perspectiva irónica a la vez que *Metahistoria* exhorta explícitamente a los historiadores a seguir escribiendo relatos acerca del pasado, razón por la cual White está claramente distanciado del rechazo romántico de Roland Barthes en este texto. Sin embargo, hay un matiz de esta aceptación irónica en White que marca una diferencia de énfasis con Mink fundamental para esta tesis. No solo White asume explícitamente que su perspectiva es irónica sino que también es explícito respecto de la finalidad de su ironía: White asume su posición irónica frente a la narración histórica de un modo que pretende ofrecer una perspectiva empoderadora, productiva, promocionadora de la escritura histórica. Este énfasis en el *agenciamiento del historiador como productor autoconsciente de relatos* es evidente en los párrafos finales de *Metahistoria* que considero relevante citar completos:

El difunto Collingwood gustaba de decir que el tipo de historia que uno escribe, o el modo en que uno piensa acerca de la historia, es finalmente una función del tipo de hombre que uno es. Pero también es cierto lo contrario. Colocado frente a las visiones alternativas que los intérpretes de la

historia ofrecen a nuestra consideración, y sin ninguna base teórica apodícticamente establecida, para preferir una a la otra, tenemos que regresar a razones morales y estéticas para la elección de una visión antes que de otra como la más "realista". En suma, el viejo Kant tenía razón: estamos en libertad para concebir la "historia" como queramos, así como estamos en libertad para hacer de ella lo que nos plazca. Y si queremos trascender el agnosticismo que nos impone una perspectiva irónica de la historia, que pasa por ser el único "realismo" y la única "objetividad" posibles a que podemos aspirar en los estudios históricos, no tenemos más que rechazar esa perspectiva irónica y querer mirar la historia desde otra perspectiva, antiirónica.

Esta recomendación, colocada al final de una obra que profesa ser axiológicamente neutral y formalista en su propia reflexión sobre el pensamiento histórico en su época clásica, puede parecer inconsistente con la ironía intrínseca de su propia caracterización de la historia de la conciencia histórica. No niego que el propio formalismo de mi enfoque de la historia del pensamiento histórico refleja la condición irónica desde dentro de la cual se genera la mayor parte de la historiografía académica moderna, pero sostengo que el reconocimiento de esa perspectiva irónica proporciona las bases para trascenderla. Si se puede demostrar que la ironía no es sino una de *una serie* de perspectivas posible de la historia, cada una de las cuales tiene sus buenas razones para existir en un nivel poético y moral de la conciencia, la actitud irónica habrá empezado a despojarse de su *status* como perspectiva *necesaria* para la contemplación del proceso histórico. Historiadores y filósofos de la historia quedarían entonces libres para conceptualizar la historia, percibir sus contenidos y construir relatos históricos de sus procesos en la modalidad de conciencia más consistente con sus propias aspiraciones morales y estéticas. Y la conciencia histórica estará abierta al restablecimiento de sus vínculos con las grandes preocupaciones poéticas, científicas y filosóficas que inspiraban a los grandes practicantes y teóricos de su edad de oro, en el siglo XIX.¹⁸⁹

Como puede observarse, White comparte la mirada irónica distanciada de Mink pero pretende que el reconocimiento de esa perspectiva irónica proporcione las bases para trascenderla. Veremos en este capítulo que esta ironía que busca trascenderse a sí misma le permite postular la posibilidad de un discurso histórico *no narrativizador*, es decir, *la posibilidad de producir narraciones históricas sin dejar de reconocer los límites de sus pretensiones representacionales ni su utilidad y eficacia*, que es exactamente aquello a lo que se refiere la exhortación final de *Metahistoria* a los historiadores: reconocer que *ninguna perspectiva tropológica es necesaria* para dar cuenta de lo histórico, y a *empuñar entonces la libertad de construir relatos históricos* en la modalidad figurativa más consistente con sus aspiraciones morales y estéticas.

Pero el final mismo de *Metahistoria* nos permite ver que en la aceptación irónica agenciadora de White aparece el gesto filosófico que inaugura el narrativismo y con él, una Nueva Filosofía de la Historia: el gesto por el cual *con White y a través de* la indagación de la narración, la filosofía de la historia puede adoptar como su nuevo objeto de estudio *el carácter tropológico o figurativo del lenguaje histórico*. Ahora bien, para entender este movimiento debemos prestar atención a la condición de posibilidad de la ironía whiteana: me refiero a su importación para la teoría histórica de los desarrollos de la teoría literaria contemporánea. Esto nos permitirá entender cómo el problema de la narración histórica

¹⁸⁹ Cfr. White (1992: 411-412).

conduce a una perspectiva irónica respecto del lenguaje en tanto figurativo o productor de significado (como mostraré a lo largo de este capítulo) para luego retornar al problema de la narración y la historia desde una nueva perspectiva (capítulo 6 y 7).

3.2 White y la teoría literaria: la narración, la trama y la tropología

Como señalé en el Capítulo 1, la focalización de la escritura de la historia le permite a White cruzar los problemas epistemológicos de la historiografía con su función cultural, he incluso reinterpretar cuestiones epistemológicas centrales de la tarea del historiador como problemas lingüísticos. Y el concepto que permite esa transición es justamente aquél en el que se concentraron tanto la propia tradición de la filosofía de la historia anglosajona como la teoría literaria contemporánea: la narración. En el capítulo anterior ejemplifiqué con Mink y Barthes el diverso modo en que ambas disciplinas indagaron las consecuencias críticas de la distinción entre crónica y relato que White adopta a lo largo de toda su obra. Ahora, quisiera destacar dos recursos teóricos fundamentales que importa específicamente de la teoría literaria y que nos permiten comprender mejor su aceptación irónica peculiar de la narración histórica. Ellos son:

- 1) la noción de trama o *tramado*; y
- 2) la concepción tropológica del lenguaje

Ahora bien, para entender la función que White le asigna a lo que denomina *tramado* en la producción de la narración histórica, debemos previamente analizar cómo la noción de trama es solidaria con la distinción entre crónica y relato. El resultado crítico de dicha distinción fue el reconocimiento de que crónica y relato son formas *distintas* de representación discursiva de ocurrencias espacio-temporales: mientras la crónica constituye la totalidad de acontecimientos como una serie ordenada cronológicamente, el relato se caracteriza, en cambio, por efectuar una organización de los acontecimientos que, en virtud de la atribución de funciones, valores y jerarquía, los constituye como una totalidad con principio, medio y fin, representándolos como un proceso dotado de sentido, coherencia y completitud –aquello que en *The Content of the Form* White tematizará como *clausura narrativa*.¹⁹⁰ Ahora bien, este plus del relato respecto del ordenamiento cronológico es

¹⁹⁰ Cf. White (1987, 21).

fundamental, dado que simultáneamente implica: a) el aporte *cognitivo* de la forma narrativa: lo que permite hacer comprensibles las ocurrencias narradas; y b) el aporte *imaginario*: lo que hace a la estructura total imposible de ser confirmada o refutada, como Mink señalaba. Por esta razón, el relato se presenta como un instrumento cognitivo a la vez que se revela como un producto de la imaginación constructiva y es justamente esta duplicidad señalada por Mink lo que representa un dilema para la historiografía, i.e., aquella narrativa que en tanto histórica pretende representar, a través de su forma, parte de la complejidad real del pasado. Como vimos, la estructuración compleja que hace a la narrativa no puede ser confirmada del modo que podría serlo la crónica considerada como una yuxtaposición de enunciados sobre acontecimientos (donde la verdad del todo sería la verdad de la puesta en conjunción lógica de tales enunciados). La estructura narrativa excede la organización en términos cronológicos, por lo que la posible conjunción lógica de sus “enunciados componentes” (si es que fuera posible “des-componer” la narración en enunciados individuales –Mink argumentó que no) no sería suficiente para confirmar ni falsear el relato como un todo. De este modo, inferimos que el problema epistemológico que nos plantea el *discurso narrativo historiográfico* a la luz de la distinción crónica-relato es su *hibridez*: por una parte, no puede ser evaluado exclusivamente en términos lógicos porque no es un enunciado simple ni uno compuesto; y siendo un conjunto de enunciados, tampoco puede ser reconstruido en términos de una inferencia lógica ya que su estructura -y, por tanto, su posible pretensión de validez- no es identificable en términos de aquella que se da entre premisas y conclusión; por otra parte, no es una pura ficción por lo que aún careciendo de validez de tipo lógico reclama para sí algún tipo de validez *fáctica* o *realista* (más adelante en este capítulo volveremos a esta necesidad de *revisar* el modo en que una narración histórica puede ser evaluada). En este sentido, Mink señalaba en “Narrative Form as a Cognitive Instrument” que es una tarea pendiente de la teoría literaria la clasificación de las relaciones de ordenamiento de la forma narrativa, pero que sea cual fuere, una narrativa histórica pretende verdad no meramente para cada una de sus afirmaciones individuales tomadas distributivamente, sino para su forma compleja misma. Paul Ricoeur entendió muy bien este movimiento teórico “pendiente” de Mink que White concluirá:

Con Louis O. Mink nos acercamos al argumento principal de la concepción “narrativista”, según la cual las narraciones son totalidades muy organizadas que exigen un acto específico de comprensión de la naturaleza del juicio. El argumento [de Mink] es tanto más interesante cuanto que no hace ningún uso del concepto de trama en la crítica literaria. En cambio, esta ausencia de

referencia a los recursos estructurales de la narración de ficción puede explicar cierta insuficiencia del análisis de Mink (...).¹⁹¹

Apelando a la teoría literaria, White completa la tarea pendiente de Mink:¹⁹² primero, con la importación de la noción de trama para el análisis de los diversos tipos de relatos, mediante la apelación a la tipología de tramas arquetípicas de *Anatomía de la Crítica* de Northrop Frye; y luego, con su apropiación de distintos desarrollos acerca del carácter tropológico del lenguaje. Dado que el uso específico de estos recursos de la teoría literaria en *Metahistoria* ya fue expuesto, a continuación propondré un análisis más detallado de su función teórica en la perspectiva whiteana. Para ello, en primer lugar, explicitaré la función del *tramado* como *operación figurativa* en la composición de narraciones históricas y, en segundo lugar, revisaré la apropiación de White de las nociones de discurso y código en su concepción tropológica del lenguaje, tal como las toma de Roman Jakobson y el estructuralismo lingüístico.

3.2.1 Las tramas y el *tramado*

Es momento de explicar por qué la distinción crónica/retrato es solidaria con la importación de recursos de la teoría literaria *para* responder a los problemas epistemológicos propios de la historiografía. Para ello, abordaré al *tramado* como *operación figurativa de transformación* de un mero ordenamiento cronológico en un relato coherente y completo. Como vimos en el primer capítulo, White emplea la tipología de tramas de Northrop Frye para dar cuenta de esto. Ahora bien, *emplotment* o *tramado* es de hecho un neologismo suyo: “Por *tramado* entiendo simplemente la codificación de los hechos contenidos en las crónicas como componentes de *tipos* específicos de estructuras de trama, precisamente en la forma en que Frye ha propuesto que sucede en el caso de las ficciones en general.”¹⁹³

El proceso de *tramado* da cuenta del modo en que el historiador presenta los resultados de su investigación en una narración como condición de posibilidad de las explicaciones que pretende ofrecer de su objeto de estudio. Nuevamente, es aquí donde la cuestión

¹⁹¹ Cfr. Ricoeur (1995: 260).

¹⁹² Quien lamentablemente fallece tempranamente, dejándonos a quienes hemos encontrado sus trabajos brillantes, perspicaces e iluminadores con la certeza de que Mink hubiera sido una figura fundamental de la filosofía de la historia contemporánea. White, amigo de Mink, le dedica *Figural Realism*; cfr. White, (1999: ix). Es lamentablemente interesante que también Roland Barthes nos haya abandonado demasiado temprano para la mente brillante que fue —en palabras de White, compartidas conmigo en una conversación personal, Barthes fue “Alguien que tenía antes del desayuno más ideas originales que la mayoría de la gente en toda su vida”. White señala la tristeza de su pérdida también en *The Content of the Form* —cfr. White (1987: 1).

¹⁹³ Cfr. White (2003: 112).

epistemológica relativa a cómo supuestamente el historiador “infiere” un relato a partir de un registro histórico se responde mediante un procedimiento de orden literario-figurativo: tramando los sucesos descritos según un específico tipo de relato. El problema epistemológico de la hibridez del relato historiográfico consistía en la identificación de lo afirmado por la tesis crítica 2 (en el capítulo anterior) que conducía a la paradoja de la narración histórica, i.e, el reconocimiento del carácter imaginario de la estructura narrativa que nos obligaba a cuestionar la distinción fuerte entre relato histórico y relato ficcional (o mítico, o literario). White ofrece una respuesta literariamente informada que resume su combinación de recursos de la filosofía de la historia anglosajona y la teoría literaria en la postulación de la operación de entramado como una *operación figurativa* -idéntica a la que podemos encontrar en un relato de ficción- que *empleando esos mismos recursos literarios posibilita al historiador explicar la ocurrencia de sucesos históricos mediante un relato*. Considero útil acudir a una cita de “Teoría literaria y escrito histórico” (White, 1999) que condensa los aspectos centrales de la respuesta de White a nuestra paradoja:

la transformación de una crónica de acontecimientos en un relato (...) requiere una elección entre los distintos tipos de estructura de trama que facilita la tradición cultural del historiador. Y aunque la convención puede limitar esta elección a la cantidad de tipos de estructura de trama reputados como apropiados para la representación de los tipos de acontecimientos de los que se ocupa, esta elección es al menos relativamente libre. No hay necesidad, lógica o natural, que gobierne la decisión de tramar una secuencia dada de acontecimientos como una tragedia más que como una comedia o un romance. ¿Hay acontecimientos intrínsecamente trágicos o eso depende de la perspectiva desde la que se contemplan? El tramar (*to emplot*) los acontecimientos reales como un relato de tipo específico (...) es tropologizar (*to trope*) esos acontecimientos. Ello se debe a que los relatos no son vividos; no hay relatos reales. Los relatos son contados o escritos, pero no encontrados. Y la noción de un relato verdadero es prácticamente una contradicción en sus términos.¹⁹⁴

Esta cita condensa todo el aporte que la noción de tramado hace a la posición de White. Iré especificando en detalle ese aporte para iluminar sus consecuencias teóricas.

El tramado, entonces, refiere a la operación por la que se efectúa una elección de estructura de trama que explica cómo una crónica es transformada en un relato. La pregunta sobre las formas de organizar una serie de acontecimientos en una totalidad con principio, medio y fin es respondida por White mediante su adopción de la tipología de tramas de la teoría literaria de Frye. Con este recurso, White obtiene (a) una *clasificación* para dar cuenta de los modos posibles de la *construcción imaginativa* en que consiste la forma narrativa para la producción de un relato *histórico* y (b) una *respuesta* al problema de la libertad o

¹⁹⁴ *Ibíd.*, 156.

arbitrariedad de ese “aporte imaginativo” del historiador, tal como la paradoja identificada en el capítulo anterior señalaba.

Comencemos por (a). White explicó la necesidad del tramado en la Introducción a *Metahistoria*, tal como la he reconstruido en el capítulo 1. Pero es importante destacar algunos aspectos más del doble rol imaginario-cognitivo del tramado. Cito a White:

En el tránsito desde el estudio de un archivo a la composición de un discurso para su traducción en forma escrita, los historiadores deben emplear las mismas estrategias de figuración lingüística que utilizan los escritores imaginativos, para dotar a sus discursos del tipo de significados latentes, secundarios o connotativos necesarios para que sus obras no sean sólo recibidas como mensajes sino leídas como estructuras simbólicas. El significado latente, secundario o connotativo que contienen los discursos históricos consiste en la interpretación de los acontecimientos que conforman su contenido manifiesto. El tipo de interpretación que produce el discurso histórico es aquella que proporciona, a la que de otro modo debería permanecer como una serie ordenada cronológicamente de acontecimientos, la coherencia formal de las estructuras de trama con las que nos encontramos en la narrativa de ficción. Esta dotación de estructura argumental a una crónica de acontecimientos, que yo llamo operación de tramar, es llevada a cabo a partir de técnicas discursivas que, en su naturaleza, son más tropológicas que lógicas.¹⁹⁵

Como la cita señala, la postulación del papel fundamental del tramado no se opone al reconocimiento de un proceso de investigación como parte de la tarea del historiador. Pero ese proceso por sí mismo no alcanza para explicar cómo se compone un discurso en el que se “expresan” los resultados de la investigación en la forma de un relato. En un artículo clave y contemporáneo a *Metahistoria*, “El texto histórico como artefacto literario”, White se expone sobre el procedimiento de tramado, de modo que nos permite entender en detalle cómo permite leer la obra histórica como una estructura simbólica otorgándole un significado “latente” o “connotativo” (como opuesto a “manifiesto” y “denotativo”, respectivamente). Cito a White:

Correctamente entendidas, las historias nunca deben ser leídas como signos no ambiguos de los acontecimientos de los que dan cuenta, sino más bien como estructuras simbólicas, metáforas extendidas, que “asemejan” los acontecimientos relatados en ella con alguna forma con la que ya nos hemos familiarizado en nuestra cultura literaria.¹⁹⁶

Que la narrativa histórica sea considerada como una “estructura simbólica” o “metáfora extendida” implica que “no reproduce los acontecimientos que describe”, sino que “nos dice en qué dirección pensar acerca de los acontecimientos y carga nuestro pensamiento sobre los acontecimientos de diferentes valencias emocionales”. En otras palabras, “no *refleja* las cosas que señala: *recuerda* imágenes de las cosas que indica, como lo hace la metáfora.”¹⁹⁷ Este

¹⁹⁵ *Ibid.*, 154-155.

¹⁹⁶ *Ibid.*, 125.

¹⁹⁷ Ídem nota anterior; cursivas de White.

efecto de cargar nuestro pensamiento de valencias emocionales o evocar (*call to mind*) imágenes es explicado por White considerando la narración histórica como un enunciado metafórico que sugiere una relación de similitud entre los acontecimientos de que trata y “los tipos de relatos convencionalmente usados para dotar a los acontecimientos de nuestras vidas de significados culturalmente reconocidos.”¹⁹⁸ De este modo, la narrativa histórica “como sistema de signos” apunta en dos direcciones: hacia los acontecimientos que describe y hacia el tipo de relato que el historiador ha elegido para que sirva como ícono de la estructura de esos acontecimientos. Ahora bien, no es la narrativa histórica en sí misma el ícono. En la siguiente aclaración de White volvemos a recordar que estamos lidiando con un interrogante epistemológico (y paradójico) acerca de la historiografía: la narrativa histórica describe los acontecimientos del registro histórico “de modo tal que informa al lector acerca de qué debe considerar como ícono de los acontecimientos para convertirlos en «familiares».” White interpreta esta operación de naturaleza ficcional o figurativa como una operación de mediación “entre los acontecimientos reportados en ella, por un lado, y la estructura de trama pregenérica convencionalmente usada en nuestra cultura para dotar de significados a los acontecimientos y situaciones no familiares, por otro.”¹⁹⁹ De este modo, la transformación de la crónica en un relato gracias a la dotación de coherencia estructural -que implica, simultáneamente, una dotación de significado narrativo en virtud de la asociación de los acontecimientos con un tipo de estructura de trama específica- es justificada por White como un procedimiento necesario porque solo de este modo el historiador logra volver comprensibles los acontecimientos históricos en la medida en que los *re-familiariza* para nosotros. Para que esto sea necesario, debe presuponerse que los acontecimientos investigados por el historiador se presentan como extraños. White justifica esta caracterización del objeto de estudio del historiador como “extraño” del mismo modo en que pretende justificar su caracterización de este componente de la narrativa histórica como “ficticio”:

Los historiadores buscan refamiliarizarnos con los acontecimientos que han sido olvidados, ya sea por accidente, desatención o represión. Más aún, los grandes historiadores se han ocupado siempre de aquellos acontecimientos de las historias de sus culturas por naturaleza más «traumáticos»; el significado de tales acontecimientos es problemático y está sobredeterminado en la significatividad que todavía tienen para la vida cotidiana, acontecimientos tales como revoluciones, guerras civiles, procesos de gran escala como la industrialización y la urbanización, o instituciones que han perdido su función original en una sociedad pero que continúan desempeñando un importante papel en la escena social actual.

¹⁹⁸ *Ibíd.*, 120.

¹⁹⁹ *Ibíd.*, 121.

E inmediatamente después, White explica el modo de refamiliarización mostrando cómo responde a la pregunta acerca del modo en que la historiografía produce *conocimiento histórico mediante operaciones ficcionales*:

Observando el modo en que tales estructuras tomaron forma o evolucionaron, los historiadores las refamiliarizan, no sólo aportando más información sobre ellas, sino también mostrando cómo su desarrollo se ajustó a alguno de los tipos de relato a los que convencionalmente apelamos para dar sentido a nuestras propias historias de vida.²⁰⁰

Ahora bien, ¿cuál es la condición de posibilidad para que este efecto explicativo de la narrativa histórica de hecho ocurra? White afirma que si aceptamos esta caracterización del *efecto explicativo* de las narrativas históricas, entendemos a su vez su aspecto *mimético*. De acuerdo con White,

El historiador comparte con su audiencia nociones generales de las formas que las situaciones humanas significativas deben adquirir en virtud de su participación en los procesos específicos de dotación de sentido que lo identifican como miembro de un cierto legado cultural. Cuando se enfrenta al proceso de estudio de un conjunto dado de acontecimientos, comienza a percibir la posible forma narrativa que tales acontecimientos pueden adoptar. En su relato acerca de cómo ese conjunto de acontecimientos adquirió la forma que percibe como inherente, el historiador trama su narración como un relato de un tipo particular. El lector, inmerso en el proceso de seguir la narración del historiador sobre tales acontecimientos, gradualmente se da cuenta de que el relato que está leyendo corresponden a un tipo determinado: novela, tragedia, sátira, comedia, épica o cualquier otro. Y cuando ha percibido la clase o el tipo al que pertenece el relato que está leyendo, experimenta el efecto de que los acontecimientos del relato le han sido explicados.

Comprensión de los acontecimientos históricos y refamiliarización convergen en el efecto explicativo:

En este punto el lector no sólo *ha seguido* exitosamente el relato, sino que ha captado su esencia, lo *ha comprendido*. La extrañeza original, el misterio, el exotismo de los acontecimientos, desaparece, y éstos toman un aspecto familiar, no en cuanto a sus detalles, pero sí en sus funciones como elementos de un tipo familiar de configuración. Se vuelven comprensibles al ser subsumidos bajo las categorías de la estructura de trama en la cual son codificados como un relato de un tipo particular. Son familiarizados, pero solamente porque el lector tiene ahora más *información* sobre los acontecimientos, sino también porque se le ha mostrado cómo los datos se ajustan a un *ícono* de un proceso comprensible terminado, una estructura de trama con la que está familiarizado en la medida en que forma parte de su propio legado cultural.²⁰¹

Esta última cita nos conduce al segundo aspecto (b) que la noción de trama le aporta a White. Hasta aquí podemos reconocer el carácter imaginario de la forma narrativa para explicar cómo contribuye a la producción de conocimiento histórico en la forma de relatos. Pero nos queda

²⁰⁰ *Ibid.*, 119.

²⁰¹ *Ibid.*, 116-117.

pendiente respecto de nuestra paradoja el dar una *respuesta* al problema de la libertad o arbitrariedad de ese “aporte imaginativo” del historiador. Y la respuesta está dada por algo que White reitera hasta el cansancio en el artículo citado: por la postulación de que las estructuras de trama son facilitadas por la tradición cultural del historiador. Así, la arbitrariedad como *creatio ex nihilo* de la forma del relato es desestimada en tanto se acepta la tesis whiteana de que la tradición cultural ofrece al historiador un conjunto de opciones relativas al modo de presentar un proceso histórico como una narración:

solo pensamos en las situaciones como trágicas o cómicas porque esos conceptos son parte de nuestra herencia, cultural en general y, en particular, literaria. *Cómo* debe ser configurada una situación histórica dada depende de la sutileza del historiador para relacionar una estructura de trama específica con un conjunto de acontecimientos históricos a los que desea dotar de un tipo especial de significado. Esto es esencialmente una operación literaria, es decir, productora de ficción. Y llamarla así en ninguna forma invalida el estatus de las narrativas históricas como proveedoras de un tipo de conocimiento. Porque no sólo son limitadas en número las estructuras pregenéricas de trama con las que los conjuntos de acontecimientos pueden ser constituidos como relatos de un tipo particular (...) sino que la codificación de los acontecimientos en términos de tales estructuras de trama es una de las formas que posee una cultura para dotar de sentido a los pasados tanto personales como públicos.²⁰²

Aquí aparece la misma cuestión que motivará a los críticos de White a cuestionarlo porque hace del historiador un “prisionero del lenguaje” o “un mero escritor literario”. Esta tesis respecto del carácter libre y limitado a la vez de la elección de trama por parte del historiador será interpretada como conducente a un determinismo lingüístico o a una subestimación de las pretensiones científicas de la disciplina en virtud de un *laissez faire* o pura invención ficcional que White le endilgaría al historiador. Ahora bien, White reconoce que, junto con estas opciones, la convención puede limitar esa elección y *Metahistoria* específicamente argumenta acerca del privilegio en la práctica historiográfica académica de cierto tipo de entramado frente a otros. Sin embargo, aunque la tradición ofrece un conjunto de tramas y la convención sanciona cuáles son preferibles, White enfatiza que esta elección es *relativamente* libre. White oponelo “cultural” a lo determinado “lógica” o “naturalmente”. Si los modos de tramado tradicionalmente disponibles responden a formas convencionales de dar sentido a procesos históricos, es porque esos relatos heredados son “contados”, no “vividos”. De este modo, White sigue a Mink y Barthes en su afirmación de que las cualidades narrativas son transferidas del arte a la vida, y no al revés, afirmación que a White no le impide reconocer el valor cognitivo-cultural de la narración. *Así, la pura arbitrariedad de la imaginación histórica es delimitada por el reconocimiento de la inserción cultural de la práctica de narrar*

²⁰² *Ibíd.*, 115.

historiográfica en la práctica cultural general de narrar. Pero esta circunscripción de las opciones de entramado permanece relativamente libre al interior de esa delimitación. Y esta relativa libertad se explica en los mismos términos en que se explica la delimitación: por el origen cultural y, por tanto, histórico-contingente-convencional, de las opciones de entramado.

La idea de que los relatos son contados pero no vividos debe comprenderse adecuadamente. En primer lugar, parece que esta tesis no alude exclusivamente al historiador sino a la comprensión narrativa de la vida, la experiencia o la realidad en general. Vayamos por partes. Respecto de la historiografía –y aquí estamos lidiando con la cuestión paradójica de la narrativa *histórica*, con la hibridez cognitivo-imaginaria del *discurso histórico*– White afirma que “lo que el historiador incorpora a su consideración del registro histórico es una noción de los *tipos* de configuraciones de acontecimientos que pueden ser reconocidos como relatos por el público para el que está escribiendo”²⁰³. Sin embargo, “la cuestión central es que la mayoría de las secuencias históricas pueden ser tramadas de diferentes maneras, proporcionando diferentes interpretaciones de los acontecimientos y otorgándoles diferentes significados.”²⁰⁴ Como White señala, ya Collingwood había tematizado la figura del historiador como narrador que emplea frente al registro histórico la “imaginación constructiva”.²⁰⁵ Pero le critica a Collingwood no haber visto que “ningún conjunto dado de acontecimientos históricos casualmente registrados puede por sí mismo constituir un relato; lo máximo que podría ofrecer al historiador son *elementos* del relato”. Y la explicación está dada, nuevamente, por lo que la operación de tramado implica: porque los acontecimientos son incorporados en un relato

mediante la supresión y subordinación de algunos de ellos y el énfasis en otros, la caracterización, la repetición de motivos, la variación de tono y punto de vista, las estrategias descriptivas alternativas y similares; en suma, mediante todas las técnicas que normalmente esperaríamos encontrar en el tramado de una novela o una obra.²⁰⁶

En consecuencia, White sostiene que:

Ningún acontecimiento histórico es *intrínsecamente trágico*; puede ser concebido como tal sólo desde un punto de vista particular o dentro del contexto de un conjunto estructurado de acontecimientos (...) Porque, en la historia, lo que es trágico desde una perspectiva resulta cómico desde otra (...) Considerados como elementos potenciales de un relato, los acontecimientos

²⁰³ Ibid., 114.

²⁰⁴ Ídem nota anterior.

²⁰⁵ Ibid., 112.

²⁰⁶ Ibid., 113.

históricos tienen un valor neutral. Que encuentren su lugar finalmente en un relato que es trágico, cómico, romántico o irónico —para usar las categorías de Frye— depende de la decisión del historiador de configurarlos de acuerdo con los imperativos de determinada estructura de trama, o *mythos*, en lugar de otra.²⁰⁷

Pero como White está hablando de la dotación cultural, agrega que solo pensamos en situaciones como trágicas o cómicas “porque esos conceptos son parte de nuestra herencia, cultural en general y, en particular, literaria”²⁰⁸ y extiende esta tesis a lo extra-historiográfico:

A menudo se olvida —o cuando se recuerda, se desestima— que ningún conjunto dado de acontecimientos atestiguados por el registro histórico comprende un relato manifiestamente terminado y completo. Esto es tan verdadero para los acontecimientos que comprenden la vida de un individuo como para una institución, una nación o todo un pueblo. No vivimos relatos, ni siquiera cuando damos significado a nuestras vidas retrospectivamente, disponiéndolas de forma de relatos.²⁰⁹

Así podemos entender por qué White sostendría la tesis 3 de Mink y Barthes que nos conducía a la paradoja de la narración histórica, i.e., la demostración de que el uso de la narración en la historia implica la presuposición de que “lo que realmente sucedió” —como pretendido referente real del discurso histórico— tiene la forma de un “relato no contado”. Vimos cómo White hace suyas las palabras exactas de Mink. Ahora bien, la perspectiva irónica que White está asumiendo le permite reconocer el carácter “no transparente” de la relación entre representación histórica y narración sin necesidad de desestimar la utilidad de la narrativa para componer un discurso que haga comprensibles los acontecimientos históricos. La perspectiva irónico-crítica se combina con su interés de promoción de la escritura histórica en la propuesta de distinguir entre *narrar* y *narrativizar*.

White traza esta distinción en “The Value of Narrativity in the Representation of Reality” donde sostiene que narrativizar la realidad es “imponerle la forma de un relato”.²¹⁰ En nuestros términos, sería desconocer (o deliberadamente ocultar) el aspecto imaginario-creativo que la estructura narrativa implica, según los análisis de Mink y Barthes nos mostraron. Se trataría de un discurso donde se presentara su referente como si “los acontecimientos se relataran a sí mismos”.²¹¹ Este modo de uso de la narración la acercaría claramente al uso ideológico denunciado por Barthes. En “The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory”, White sostiene que si la ideología es el tratamiento de la forma de una cosa como un contenido o esencia, cabe esta caracterización de la historiografía

²⁰⁷ Ídem nota anterior.

²⁰⁸ *Ibid.*, 115.

²⁰⁹ *Ibid.*, 123.

²¹⁰ Cfr. White (1987: 2).

²¹¹ *Ibid.*, 3.

decimonónica “en la medida en que toma la forma característica de su discurso, la narrativa, como un contenido, a saber, la narratividad, y trata la “narratividad” como una esencia compartida tanto por el discurso como el conjunto de acontecimientos por igual.”²¹² Ahora bien, contra el rechazo romántico de Barthes, White propone distinguir “entre un discurso histórico que narra y un discurso que narrativiza, entre un discurso que adopta abiertamente una perspectiva que mira hacia el mundo y lo reporta y un discurso que finge hacer al mundo hablar por sí mismo y hablar por sí mismo como un relato.”²¹³

Afirmar la posibilidad de un discurso histórico *no narrativizador* resume el modo en que la reflexión a partir de la teoría literaria sobre la noción de tramado permite entender por qué caracterizo la posición de White como una aceptación irónica de la narración histórica, frente a la paradoja señalada. Se trata de pensar un uso de la narración para la representación histórica que eluda la narrativización en este sentido ideológico señalado -si esto no fuera posible, la única opción sería el rechazo romántica barthesiano. A su vez, aunque lo veremos mejor en el capítulo próximo, quisiera adelantar dos consecuencias de orden epistemológico que se siguen de la aceptación irónica de la narración histórica de White: por una parte, (a) el reconocimiento de un límite a las consideraciones veritativas para la evaluación de los relatos históricos; y (b) el reconocimiento del ineliminable carácter imaginario-convencional de las representaciones narrativas de los procesos históricos, por otra. Ambas consecuencias le han merecido a White fuertes críticas, asociadas al uso peyorativo del calificativo *narrativista* o incluso *posmoderno*. Aunque reseñaré esas críticas en el próximo capítulo, considero necesario adelantar brevemente mi interpretación de esas consecuencias.

Respecto de las consideraciones veritativas (a), es fundamental entender que nos referimos al reconocimiento de un *límite* ya que White no sostiene que *toda* consideración veritativa sea imposible o innecesaria, sino que la evaluación de las afirmaciones de hechos en términos veritativos *no alcanza para decidir acerca de la validez de la interpretación total dada por el tramado de los acontecimientos relatados*. Más aún, bajo la hipótesis de dos relatos cuya adecuación fáctica es equivalente, lo que los diferencia excede el marco del análisis en términos de verdad.²¹⁴ Esto implica que la pretensión de validez de un relato *qua* relato es irreductible a la pretensión de verdad individual de las afirmaciones fácticas que contiene. Por otra parte, la identificación de los aspectos imaginarios y convencionales de toda representación narrativa (b) le valió a White la acusación de disolver la distinción entre

²¹² *Ibid.*, 30.

²¹³ *Ibid.*, 2.

²¹⁴ Esta consecuencia teórica de las tesis de White ha sido excelentemente reconstruida y profundizada en su propuesta de una apropiación pragmatista-heurística de la teoría whiteana por Verónica Tozzi en Tozzi, 2009.

historia y ficción o literatura. Postular que el historiador efectúa un tramado de los acontecimientos implicó un movimiento por el cual se remitió la construcción imaginativa de la narración histórica a la inserción cultural del historiador. Pero este movimiento fue posible porque White propuso, en primer término, una equivalencia metafórica entre discurso histórico y literatura o, en sus propias palabras, analizó el texto histórico *como un artefacto literario*. Este modo de caracterización del discurso histórico no implica necesariamente su identificación con la literatura, sino la propuesta de iluminar las implicancias epistémicas, éticas y estéticas de la escritura de la historia a través de una equivalencia metafórica (no identidad literal) con la literatura autorizada por su común empleo del modo de discurso narrativo. Ahora bien, la operación imaginario-convencional que permite componer relatos responde no solo al procedimiento de tramado, sino también a la *prefiguración* del campo histórico, que nos conduce al tercer y último recurso teórico, la concepción tropológica del lenguaje, donde la alianza *non sancta* entre filosofía de la historia y teoría literaria muestra su cara más polémica.

3.2.2 La concepción tropológica del lenguaje

He presentado el tramado como un proceso de “codificación”. Nuevamente en “El texto histórico...”, White enfatiza que su análisis nos conduce a entender que las historias no versan sólo sobre acontecimientos, sino también sobre los posibles conjuntos de relaciones que puede demostrarse que esos acontecimientos representan (i.e., lo que el tramado produce). Pero esas relaciones, sigue White, no son inmanentes a los acontecimientos mismos, sino “al mismo lenguaje que el historiador debe usar para *describir* los acontecimientos con anterioridad a un análisis científico o un tramado ficcional de los mismos.” (130) Es esto lo que White denominó “prefiguración”, en *Metahistoria*. A continuación agrega que:

El instrumento característico de los historiadores de codificación, comunicación e intercambio es el discurso ordinario culto. Esto implica que los únicos instrumentos que tienen para otorgar significados a sus datos, volviendo familiar lo extraño, transformando el pasado misterioso en comprensible, son las técnicas del lenguaje *figurativo*.²¹⁵

Como vimos en el primer capítulo, dado que las estrategias de figuración de los relatos históricos son analizadas en términos de modos lingüísticos White afirma que esta producción de significado es posible gracias a los *recursos tropológicos* del lenguaje ordinario -

²¹⁵ Cfr. White (2003: 130).

metafóricos, metonímicos, sinecdóquicos e irónicos- que posibilitan la caracterización de objetos, relaciones entre objetos y procesos. De este modo, si en un primer movimiento White remitía la construcción narrativa imaginaria a las opciones de tramado provistas por la tradición cultural-literaria del historiador, gracias a un segundo y último movimiento retrotrae esas opciones a *las posibilidades figurativas del lenguaje ordinario*. En palabras de White:

Todas las narrativas históricas presuponen caracterizaciones figurativas de los acontecimientos que pretenden representar y explicar. Y esto significa que las narrativas históricas, consideradas puramente como artefactos verbales, pueden ser caracterizadas por el modo de discurso figurativo en el que son presentadas.²¹⁶

Es este ulterior giro -más que el debate en términos de los límites del criterio de verdad o de la distinción entre historia y ficción/literatura, que son consecuencias de él- lo que explica el punto de desacuerdo central entre White y sus críticos: el debate suscitado manifiesta la resistencia de sus detractores a la modificación de la perspectiva acerca del lenguaje que constituye el corazón del narrativismo: *el reconocimiento del carácter poético o figurativo del lenguaje histórico*.

Para dar cuenta del carácter poético del lenguaje histórico, White adopta lo que denomina *concepción tropológica del lenguaje* fusionando teorizaciones de Roman Jakobson, Émile Benveniste, Kenneth Burke, e incluso Giambattista Vico, que le permiten clasificar las posibilidades figurativas en términos de los cuatro tropos maestros. Ahora bien, si la concepción tropológica del lenguaje le permite a White dar cuenta del acto poético-lingüístico de prefiguración como una estrategia representacional fundamental de todo relato histórico es porque en virtud de esa adopción *la unidad de análisis se ha desplazado*: lo que se ha vuelto objeto de estudio de la filosofía de la historia a través de la problematización del carácter narrativo de la historiografía son *los modos de producción de significado del lenguaje histórico*. Más aún, esta aceptación irónica en tanto propuesta de *aceptar críticamente* las posibilidades figurativas del lenguaje *para promover* la producción de relatos históricos es un aspecto fundamental sistemáticamente desconocido por los críticos que, como veremos, interpretan las posiciones de White como conducentes a un debilitante determinismo lingüístico. Contra esto argumentaré que es éste el punto central que hace al distanciamiento irónico fundacional del narrativismo de White *solidario con su espíritu productivo*: si bien asumir una perspectiva tropológica implica reconocer que *no se puede evitar la figuración en el discurso*, al tratarse de una *aceptación irónica* del uso del lenguaje en la historiografía

²¹⁶ Ibid., 130-131.

simultáneamente conduce al *reconocimiento productivo* de que *toda representación (histórica) es un modo de figuración*. White insistirá una y otra vez en que el *carácter limitado* de las modalidades de figuración tiene como contraparte posibilidades de combinación en un discurso *prácticamente ilimitadas*.²¹⁷ Por lo tanto, podemos afirmar que el desafío que inaugura el narrativismo ha sido el de combinar el reconocimiento de que toda representación es un modo de figuración con la aceptación auto-crítica de sus consecuencias para *explorar y elegir* entre los modos de figuración disponibles —o, como vimos, *para narrar sin narrativizar*.

Considero que este *doble carácter libre-condicionado* de la escritura histórica es un aspecto central de la aceptación irónica agenciadora de la narración histórica por parte de White que, vía la concepción tropológica del lenguaje, se vuelve una aceptación irónica agenciadora de *los recursos figurativos mismos* del lenguaje en general, para la historia en particular. Específicamente, considero que este aspecto fundamental de la posición whiteana se manifiesta en su uso de la noción de “código” para referirse al modo en que la prefiguración funciona en las narraciones históricas. Tal noción proviene de una de las fuentes de su concepción tropológica: el estructuralismo lingüístico. A continuación presentaré una reconstrucción de los aspectos más relevantes de la noción estructuralista de código para explicitar cómo su uso por parte de White explica *tanto el carácter condicionado de la escritura histórica como sus potencialidades poéticas*, que se siguen de su particular modo de aceptación irónica del lenguaje.

3.2.3 La historia como discurso y codificación: el modelo funcional de la comunicación de Roman Jakobson

Si nos interesa examinar cómo White adopta la concepción tropológica del lenguaje *Metahistoria* no es nuestra mejor guía. Allí la justificación o explicitación de su adopción tropológica es meramente referida a una larga nota al pie —que aún cuando es fundamental, no le permite a White explayarse argumentalmente sobre su adopción y uso de la concepción tropológica.²¹⁸ Tampoco es un dato menor que la producción teórica de White ha conjugado una diversidad de influencias y fuentes teóricas, entre las cuales se encuentran tanto el estructuralismo lingüístico y la teoría literaria continental —siendo Roman Jakobson y Roland Barthes las figuras prominentes— como la filosofía analítica de la historia de Arthur Danto y

²¹⁷ *Ibíd.*, 49.

²¹⁸ Cfr. White (1992: 40, n.13).

Louis Mink, pasando también por el estructuralismo antropológico de Claude Lévi-Strauss, la filosofía de la historia de Giambattista vico y de R. G. Collingwood, y la teoría literaria de Northrop Frye y Kenneth Burke.²¹⁹ Esta riqueza de recursos vuelve compleja la contextualización necesaria para formular la pregunta por “la” concepción tropológica del lenguaje de White: cualquier selección será ineludiblemente parcial y redundará en la pérdida de matices interesantes que el eclecticismo tropológico de White puede aportar en distintos momentos de su obra. Es por esta razón que la explicitación de los aspectos específicamente estructuralistas que indagaré a continuación se justifican más en el recorte de esta tesis que en un criterio de exhaustividad interpretativa. La pregunta que guía la reconstrucción siguiente es entonces: *¿qué aspectos de la posición whiteana frente a la paradoja de la narración histórica pueden ser iluminados mediante el análisis de su uso de la noción de “código” o “codificación”?*

Desde este punto de partida, entonces, tomaré como contexto relevante para mi interrogante el primer volumen de ensayos que nos ofrece la oportunidad de indagar en profundidad los recursos teóricos acerca del lenguaje que informan la teoría histórica de White: *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*.²²⁰ Se trata de una selección de artículos que explicita el *background* teórico implícito o, al menos, no tan desarrollado en *Metahistoria*, que reúne artículos de White anteriores, contemporáneos y apenas posteriores a *Metahistoria*. En particular, me centraré en su introducción, el artículo “Tropología, discurso y modos de conciencia humana”,²²¹ en el cual podemos apreciar la autoreconocida influencia estructuralista y posestructuralista en White.²²²

“Tropología, discurso y modos de conciencia humana” comienza situando al lector en un particular contexto problemático:

Quando buscamos comprender asuntos tan problemáticos como la naturaleza humana, la cultura, la sociedad y la historia, nunca decimos exactamente lo que deseamos decir o queremos decir exactamente lo que decimos. Nuestro discurso siempre tiende a escabullirse desde nuestros datos hacia las estructuras de la conciencia con las que estamos tratando de aprehenderlos; o, lo que es lo mismo, los datos siempre se resisten a la coherencia de la imagen con la que estamos tratando de organizarlos. Más aún, en asuntos como éstos, existen siempre fundamentos legítimos para las diferencias de opinión en torno a *qué* son, o a *cómo* se debería hablar de ellos o incluso acerca de los *tipos* de conocimiento que podemos obtener a partir de los mismos.²²³

²¹⁹ En una conversación personal, White me indicó que en su opinión, Northrop Frye fue el estructuralista canadiense, mientras que Kenneth Burke, el estructuralista americano.

²²⁰ Cfr. White (1978).

²²¹ Cfr. White (2003: 63-105).

²²² White explícitamente reconoce sus influencias “estructuralistas”. Cfr. White (1994: 92 y 2000: 391)

²²³ Cfr. White (2003: 63).

En realidad, este punto de partida es a la vez problemático y aproblemático: en la medida en que White nos sitúa en las dificultades propias de todo discurso acerca de los tópicos que señala, inicia su artículo planteando un problema pero a la vez se presentan como conocidos de antemano los “términos” del problema: hay algo que se da por sentado, algo tan claro que White no considera necesario más que una nota al pie –la primera nota al pie– para mencionarlo. White remite este estado de la cuestión acerca del discurso a lo que presenta como “un principio fundamental de las modernas teorías estructuralistas y posestructuralistas en torno al texto”: “la disparidad entre habla (*speech*), lexis o modo de emisión, por un lado, y significado (*meaning*), por otro.” Este postulado se origina a su vez, según White, “a partir de la idea de arbitrariedad de la unión entre significante (*signifier*) y significado (*signified*) en el signo, tal como postuló Saussure”.²²⁴ En el terreno específico en el que se focaliza el interés de White –las ciencias humanas– esto redundará en el siguiente escenario:

Todo discurso genuino se hace cargo de estas diferencias de opinión ante las dudas que se plantean respecto a su propia autoridad, que es sistemáticamente desplegada sobre su propia superficie. En particular éste es el caso cuando nos enfrentamos al problema de demarcar lo que parece ser una nueva área de experiencia humana para su análisis preliminar, para *definir* sus contornos, *identificar* los elementos de su campo y *discernir* los tipos de relación que se establecen entre ellos. Es en estos casos donde el discurso mismo debe sentar la adecuación del lenguaje usado al análisis del campo para que los objetos que aparezcan puedan ocupar su lugar. Y el discurso efectúa esta adecuación a través de un movimiento *prefigurativo* que es más trópico que lógico.²²⁵

Con lo dicho hasta aquí podemos prever algunas de las cuestiones que surgen como problemas para una filosofía de la historia que concibe su objeto como un “discurso”:

- 1) La no necesaria coincidencia entre las supuestas “intenciones” del historiador y el discurso efectivamente emitido: porque el discurso acerca de “asuntos tan problemáticos” como la historia plantea para White, en principio, una disparidad entre “lo que queremos decir” y “lo que se dice”.
- 2) La puesta en cuestión de la autoridad o legitimidad de los relatos históricos: el discurso “si es genuino” reconoce que su autoridad o legitimidad se establece simultáneamente a su emisión o, en otras palabras, es “efectuado” por el discurso mismo al pretender ser “adecuado” a su supuesto tema.
- 3) La aceptación de que temas como “la historia” admiten siempre “diferencias de opinión” parece implicar que un discurso siempre se enfrenta a, o compite con, “otros” discursos, así como es recepcionado por un público.

²²⁴ *Ibid.*, 63, n. 1.

²²⁵ *Ibid.*, 64.

En este artículo, entonces, el problema de la narración histórica y el lenguaje figurativo se presenta bajo la categoría de “discurso”. Si aceptamos que el relato histórico es “discurso”, debemos reconocer, cuatro “otros” del discurso frente a los cuales debe ser analizado:

- 1) el hablante o emisor –cuyas intenciones en principio no transparentaría;
- 2) el tema o “referente” –frente al cual debe afirmar su “adecuación” a la vez que reconoce que puede ser cuestionada;
- 3) otros discursos sobre el “mismo” tema que pretenden ser “modos de hablar” más “adecuados”.
- 4) un receptor o público al que el mensaje se dirige

Como vemos, aquí también resuena la afirmación de White en *Metahistoria* de la necesidad del relato histórico de lidiar con el campo histórico, el registro sin pulir, otras narraciones y un público.

A continuación, White define “discurso” (*discourse*) en los siguientes términos: “forma de composición verbal que, para distinguirla de la demostración lógica por un lado y de la pura ficción por otro, llamamos discurso.”²²⁶ Esta definición manifiesta aquello que denominé *hibridez del discurso historiográfico*. Ahora bien, considero necesario relacionar esta definición del discurso como “ni demostración lógica, ni ficción”, con otra particularmente estructuralista que White utilizará en textos posteriores: “unidad de emisión mayor que la oración (compleja)”.²²⁷ Esta definición es la que ofrece el estructuralismo lingüístico cuando denomina “discurso” al nivel lingüístico superior a la oración o frase.²²⁸ Combinado ambas definiciones encontramos que el discurso (histórico):

- 1) es una “composición verbal” o emisión lingüística que supera el nivel de la frase u oración;
- 2) no es una demostración lógica o una inferencia, por lo tanto podemos afirmar que ni su estructuración ni, por tanto, su pretensión de validez, será del tipo esperable entre premisas o axiomas y conclusiones o teoremas que se derivan lógicamente;

²²⁶ *Ibid.*, 65.

²²⁷ Cfr. White (1987: 39).

²²⁸ Cfr. Benveniste (1971: 129) y Barthes (1990: 166).

- 3) no es una pura ficción aunque pretende algún tipo de validez -si el término opuesto es “ficción”, podemos pensar que será del tipo “fáctico” o “realista”.

Y es justamente lo problemático de esa pretensión de “validez” de la narración histórica lo que reencontramos ahora en su caracterización como discurso. Nuevamente, un problema específicamente epistemológico de la historiografía que White decide pensar desde una perspectiva lingüística:

La técnica convencional para evaluar la validez de los discursos en prosa (...) consiste en someterlos a examen, primero, por su fidelidad a los hechos del tema que se discute y, luego, por su adhesión a los criterios de consistencia lógica (...) Esta técnica crítica va manifiestamente en contra de la práctica del discurso, si no en contra de alguna teoría acerca de esa práctica, porque el discurso es proyectado para *constituir* el fundamento sobre el cual decidir *qué contará como un hecho* en las cuestiones bajo consideración y determinar *qué modo de comprensión* es más adecuado para la comprensión de los hechos así constituidos.”²²⁹

La dilucidación del carácter discursivo de los relatos históricos es necesaria a los fines epistemológicos de la teoría whiteana ya que solamente si podemos entender su naturaleza discursiva podemos pensar en el modo adecuado de evaluar relatos históricos en competencia. Con este fin, White presenta una serie de características del discurso que dan cuenta de su esencial naturaleza mediadora o, como dirá con mayor precisión, “diatáctica”. El carácter mediador-diatáctico del discurso le concedería una serie de atributos dobles, que lo hacen tanto antilógico como prelógico, tanto interpretativo como preinterpretativo, tanto crítico como autocrítico. Dependiendo de la característica a señalar, los “términos” entre los que el discurso “media” vuelven a ser sus “otros”: su tema, otros discursos y su emisor. En primer lugar, el discurso es “antilógico” porque se propone deconstruir algún modo de conceptualizar un área de experiencia que se ha anquilosado –“que ha llegado a compactarse en una hipóstasis que bloquea la percepción o que niega, en aras de la formalización, lo que nuestra voluntad o nuestras emociones nos dicen que debería ser el caso en una circunscripción dada de la vida”.²³⁰ Pero a su vez es “prelógico” porque pretende “demarcar un área de experiencia para el subsiguiente análisis por parte de un pensamiento guiado por la lógica”.²³¹ Aquí el discurso media entre otros discursos o conceptualizaciones, anteriores o contemporáneos a él, y el “mismo” tema, pretendiendo redelimitar el “área de experiencia” que es su tema. Hablar de “conceptualizaciones de áreas de experiencia” puede resultarnos un tanto vago.

²²⁹ Cfr. White (2003: 68)

²³⁰ Ídem nota anterior.

²³¹ Ídem nota anterior.

Probablemente por esta razón, White explicita su idea tomando la noción que estamos rastreando: “codificación.” Así, nos dice que el discurso media, por una parte, “entre codificaciones recibidas de la experiencia y el conjunto (*clutter*) de los fenómenos que rehúsan incorporarse a las nociones convencionales de ‘realidad’, ‘verdad’ o ‘posibilidad’”; y, por otra parte, entre “formas alternativas de codificar la realidad”. Entre estas formas alternativas, White considera que: “algunas (...) pueden ser suministradas por las tradiciones del discurso prevalecientes en un dominio dado de investigación y otras pueden ser idiolectos del autor, que busca establecer su autoridad.”²³² Vemos aquí la continuidad entre lo trabajado en los apartados anteriores sobre el tramado y las opciones de tramas como provenientes de la tradición cultura-literaria del historiador, y la noción de *discurso histórico* que ahora está desarrollando.

El discurso pretende ser una nueva “codificación” de su tema (el “área de experiencia”, la “realidad”) frente tanto a “otras codificaciones” (otros discursos) como a los fenómenos en cuestión (su tema). Pero aquí interviene también el emisor del discurso en la medida en que las formas alternativas de codificación pueden haberle sido proporcionadas por las “tradiciones discursivas” en las que se encuentra inserto como pueden ser “idiolectos” del emisor mismo. Merece un comentario el término “idiolecto” que en la lingüística estructuralista remite al lenguaje en tanto hablado por un solo individuo o también el juego completo de los hábitos de un solo individuo en un momento dado. Esta noción ha sido altamente discutida al interior de la lingüística, pero Roland Barthes la consideró útil para designar, entre otros fenómenos lingüísticos, el “estilo” de un escritor, “por más que el estilo esté siempre impregnado de modelos verbales surgidos de la tradición, es decir de la colectividad.”²³³ “Idiolecto” y “estilo” recogen sucintamente la idea de White de la interrelación entre lo que condiciona y habilita el uso del lenguaje por parte del historiador. De hecho, White ya había adelantado en el presente artículo que el concepto de “estilo” le parece “especialmente adecuado” para dar cuenta de su concepto de discurso, habiendo vinculado “estilo” previamente con los diversos sentidos que condensa la palabra “tropo” (*tropus*).²³⁴

La segunda caracterización del discurso, como interpretativo y preinterpretativo, implica que no sólo versará sobre aquello que sea su tema, sino también sobre “la naturaleza de la interpretación misma.” Esto significa que el discurso no sólo se ofrece como *una*

²³² *Ibid.*, 69.

²³³ Cfr. Barthes (1990: 27).

²³⁴ Cfr. White (2003: 65).

interpretación posible de aquello que constituye su tema o problemática, sino que además manifestaría su propia posición acerca de qué y cómo debe ser una “interpretación” en general. Esta simultaneidad de atributos parece resumirse en la última caracterización del discurso como crítico y autocrítico: porque su propia pretensión de discurso válido se erige como crítica de otros discursos (como sucede cuando pretende deconstruir modos anquilosados de codificar lo real) a la vez que es autocrítico, ya que se presenta a sí mismo como *una* interpretación y un *modo* de interpretar posibles.

Habiendo llegado a este punto, White especifica la naturaleza mediadora del discurso, su movimiento dinámico, denominándola “diatáctica”. Es interesante señalar que White está intentando no hablar del discurso como “dialéctico” para evitar que las características del discurso sean asociadas a algún supuesto de un “sujeto trascendental o ego narrativo que se sitúa sobre las interpretaciones en conflicto acerca de la realidad y que arbitra entre ellas.”²³⁵ Esto significaría pensar la mediación como un instrumentalismo ingenuo del discurso, donde un “Sujeto” externo a él digita “arbitrariamente” la elección de interpretaciones. Evitando esto, White nos habla de “diataxis”. Este concepto le permitiría señalar una diferente relación entre el discurso, su tema y las interpretaciones en conflicto:

Con ello no estoy afirmando que los discursos acerca de la realidad puedan ser clasificados en hipotáticos (conceptualmente sobredeterminados), por un lado, y paratáticos (conceptualmente subdeterminados), por el otro, con el discurso mismo ocupando el terreno medio (del pensamiento propiamente sintáctico) que cada uno busca. Por el contrario, el discurso, si es un discurso genuino —esto es, tanto *autocrítico* como crítico respecto a otros discursos—, desafiará de forma radical la noción misma de soporte medio sintáctico. Pone en duda toda regla “táctica”, incluso aquellas que originalmente gobiernan su propia formación. Precisamente porque es aporético o irónico respecto a su propia adecuación, el discurso no puede estar gobernado sólo por la lógica. Puesto que está siempre escapando a ser atrapado por la lógica, preguntando constantemente si la lógica resulta adecuada para captar la esencia de su tema, el discurso siempre tiende hacia la reflexión metadiscursiva. Por ello todo discurso trata siempre acerca del discurso mismo tanto como acerca de los objetos que conforman su tema.²³⁶

Finalmente, White afirma que el análisis del discurso como “género” debe distinguir tres niveles:

- 1) Descripción (*mimesis*)
- 2) Argumento o narrativa (*diégesis*)
- 3) Diataxis

²³⁵ *Ibid.*, 69.

²³⁶ *Ídem* nota anterior.

El primer nivel refiere a la descripción de los “datos” del campo de investigación “en el que se está trabajando o que está preparado para el análisis”; el segundo nivel involucra un argumento o narrativa que “discurre junto con los materiales descriptivos o entremezclado con ellos”; y finalmente el tercer nivel, la diataxis, remite a la combinación “que se efectúa” entre los niveles anteriores. White agrega:

Las reglas que cristalizan en este último nivel del discurso –diatáctico- determinan los objetos posibles de discurso, las formas en que se deben combinar descripción u argumento, las fases a través de las cuales debe pasar el discurso para ganarse su derecho de clausura y la modalidad de la metalógica usada para unir la conclusión del discurso con sus gestos inaugurales.²³⁷

En adelante, el artículo se dedica a justificar por qué White considera que es la tropología el recurso adecuado para entender cómo se producen esa combinación diatáctica entre lo mimético y lo diegético en el discurso. Ahora bien, habiendo llegado a la explicitación del carácter mediador-diatáctico del discurso, considero necesario focalizar el uso de White del concepto introducido pero no definido: “código” o “codificación”. Es aquí donde podemos situar una influencia estructuralista de White no sólo innegable sino explícita: los desarrollos de Roman Jakobson acerca del lenguaje, donde encontramos una idea de “código” que nos permite echar luz sobre la noción de discurso que White está utilizando. La presencia de Jakobson en los escritos de White es permanente. No sólo en *Metahistoria* refiere su adopción de la concepción tropológica del lenguaje a él,²³⁸ en “The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory” White afirma directamente que emplea el modelo funcional de la comunicación de Jakobson *como base para una teoría general del discurso* no sólo más adecuada sino superadora de las antinomias planteadas en los debates acerca de la narrativa en la historiografía.²³⁹ Junto con el modelo funcional de la comunicación verbal que reconstruiré someramente a continuación, White toma críticamente de Jakobson su famosa tesis de la bipolaridad metafórico-metonímica del lenguaje como inspiración respecto del tipo de abordaje que el lenguaje merece más que como una adopción fiel a la letra. De hecho, White criticará la bipolaridad y sostendrá el carácter cuaternario de los tropos provenientes de su lectura de Vico y Burke a lo largo de toda su obra.²⁴⁰

²³⁷ *Ibid.*, 70-71.

²³⁸ Literalmente, White refiere la concepción tropológica del lenguaje a Jakobson y Lévi-Strauss en White (1992: 40, n.13). Sin embargo, en *Tropics of discourse* afirma que Lévi-Strauss tomó la teoría de la bipolaridad del lenguaje de Jakobson y otros estructuralistas y “la extendió a una teoría del conocimiento”, cfr. White (1982: 102).

²³⁹ Cfr. White (1987: 40).

²⁴⁰ Cfr. White (1992: 40-46).

Jakobson presenta su modelo funcional en su famoso "Lingüística y poética".²⁴¹ Allí afirma que todo acto de habla debe ser caracterizado mediante la identificación de los seis elementos, aspectos o factores intrínsecos y siempre presentes ("indisolublemente implicados") en todo intento de comunicación, y, por otra, las funciones lingüísticas correspondientes a cada uno de esos elementos. La intuición de Jakobson es que el lenguaje debe ser indagado en toda la variedad de sus funciones, afirmación que nos pone inmediatamente sobre aviso de que no será una única función "referencial" lo que caracterizará al lenguaje. En este sentido, Jakobson nos dirá que:

A decir verdad, toda conducta verbal se orienta a un fin, por más que los fines sean diferentes y la conformidad de los medios empleados con el efecto buscado sea un problema que preocupa cada día más a los investigadores de los diversos tipos de comunicación verbal.²⁴²

Este modelo funcional nos sitúa en una perspectiva en la cual todo acto de habla debe ser pensado y analizado en términos de la/s posible/s función/es que pretende cumplir. Esas funciones corresponden al rol y/o preeminencia que cumple en el acto de habla concreto alguno de sus "factores". Según Jakobson, en todo acto de habla intervienen:

- 1) destinador (o también "locutor", "hablante", "codificador", "emitenente", "poeta", "autor", "narrador")
- 2) destinatario (o "alocutario", "decodificador", "oyente", "lector", "intérprete")
- 3) contexto de referencia (o "referente")
- 4) mensaje (o "*parole* semelfactiva", "el discurso dado", "el texto")
- 5) código (o "sistema", "*langue*")
- 6) contacto²⁴³

que se relacionan de la siguiente manera:

El DESTINADOR manda un MENSAJE al DESTINATARIO. Para que sea operante, el mensaje requiere un CONTEXTO de referencia (un "referente", según otra terminología, un tanto ambigua), que el destinatario pueda captar, ya verbal ya susceptible de verbalización; un CÓDIGO del todo, o en parte en cuando menos, común a destinador y destinatario (o, en otras palabras, al codificador y al descodificador del mensaje); y, por fin, un CONTACTO, un canal físico y una

²⁴¹ Cfr. Jakobson (1974).

²⁴² *Ibid.*, 349.

²⁴³ Sigo el vocabulario utilizado en Jakobson (1974) pero es útil complementarlo con términos sinónimos que nos ofrece Linda R. Waugh, co-autora con Jakobson de *La forma sonora de la lengua* en un artículo escrito en ocasión del cumpleaños número ochenta y cuatro de Jakobson. Cfr. Waugh, (1980: 195-196)

conexión psicológica entre el destinador y el destinatario, que permite tanto al uno como al otro esclarecer y mantener una comunicación.²⁴⁴

El concepto de “código” aparece como un factor de todo acto de habla, ligado por equivalencia en Jakobson a la noción saussuriana de “lengua” (*langue*). A su vez, los hablantes implicados en la comunicación son identificados como usuarios de un código, i.e., “codificador” y “decodificador”. Las funciones correspondientes a cada factor son, respectivamente: la función emotiva (o “expresiva”), conativa (o “apelativa”), referencial (o también “denotativa”, “cognoscitiva”, “ideativa”), poética (o “estética”), metalingüística (o “metalingual”, “glosante”); y finalmente la función fática. La función “emotiva” se centra en el emisor al intentar expresar la actitud del hablante ante aquello de lo que habla y producir la impresión de una emoción determinada; en el caso de una comunicación orientada hacia el destinatario –función “conativa”– como el caso paradigmático del modo imperativo, lo que se persigue es provocar en él la voluntad de actuar de determinada forma; la función “referencial” enfatiza el contexto de referencia porque pretende comunicar información acerca de aquello de lo que trata el mensaje; si la comunicación se orienta hacia el mensaje en cuanto tal, “el mensaje por el mensaje”, nos encontramos frente a la función “poética”; cuando el emisor y el destinatario quieren confirmar que utilizan el mismo código, se realiza la función “metalingüística”; y la función “fática” se observa cuando la comunicación se ordena hacia el contacto en casos donde el mensaje busca “establecer, prolongar o interrumpir la comunicación, para cerciorarse de que el canal de comunicación funciona”.²⁴⁵

Ahora bien, en Jakobson, en primer lugar, la posibilidad de identificar una función no implica que necesariamente sea sólo una la función que el acto de habla pretende desempeñar; y, en segundo lugar, dado que no será sólo una la función relevante debemos atender a aquella que, sin negar a las demás, adquiere preeminencia:

Aunque distingamos seis aspectos básicos del lenguaje, nos sería sin embargo difícil hallar mensajes verbales que satisficieran una única función. La diversidad no está en un monopolio por parte de alguna de estas varias funciones, sino en un orden jerárquico de funciones diferentes. La estructura verbal de un mensaje depende, primariamente, de la función predominante. Pero incluso si una ordenación (*Einstellung*) hacia el referente, una orientación hacia el CONTEXTO – en una palabra, la llamada función REFERENCIAL (...) – es el hilo conductor de varios mensajes, el lingüista atento no puede menos que tomar en cuenta la integración accesoria de las demás funciones en tales mensajes.²⁴⁶

²⁴⁴ Cfr. Jakobson (1974: 352)

²⁴⁵ *Ibid.*, 356.

²⁴⁶ *Ibid.*, 353.

Es un dato importante que este vocabulario jakobsoniano acompañará a White a lo largo de toda su obra. A modo de ilustración, en el importante “Teoría literaria y escrito histórico”, White se defiende de las críticas recibidas a las consecuencias de su adopción de la concepción tropológica del siguiente modo:

(...) la tropología no niega la existencia de entidades extradiscursivas o nuestra capacidad para referirnos a ellas y para representarlas en el habla. No sugiere que todo es lenguaje, habla, discurso o texto; sólo apunta que la referencialidad y la representación lingüísticas son cuestiones mucho más complicadas que las implicadas en las más viejas nociones literalistas de lenguaje y discurso. *La tropología subraya lo metalingüístico por encima de la función referencial del discurso porque se ocupa más de los códigos que de cualquier mensaje contingente que pueda ser transmitido mediante los usos específicos de tales códigos.* En la medida en que los códigos son en sí mismos mensaje-contenidos por propio derecho, la tropología expande la noción del mensaje mismo y nos alerta de los aspectos performativos y comunicativos del discurso.²⁴⁷

Volviendo a Jakobson, hasta aquí nos encontramos con una descripción del acto de comunicación verbal que atiende a ciertos caracteres del fenómeno visualizado desde una perspectiva estática. Jakobson nos ha explicado cuáles son los factores presentes y, a partir de ellos, su multifuncionalidad, pero todos los elementos de un acto de habla son presentados con un mismo nivel de importancia. En otras palabras, el concepto de “código” aparece como un elemento más aunque vinculado a una función específica. El espíritu del texto de Jakobson es justamente mostrar que comprender adecuadamente el fenómeno de la comunicación verbal implica reconocer el funcionamiento de todos estos elementos, y no meramente el contexto y la función referencial, por lo cual se parte del acto de habla en el caso de un mensaje ya emitido. Ahora bien, cabe preguntar por la dinámica de producción de un mensaje. Jakobson nos responde en otro famoso artículo: “Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia”.²⁴⁸ Citaremos a continuación el modo en que da cuenta de esta dinámica:

Hablar implica la selección de ciertas entidades lingüísticas y su combinación en unidades lingüísticas de un grado mayor de complejidad. Esto aparece enseguida a nivel de léxico: el locutor elige las palabras y las combina en frases de acuerdo con el sistema sintáctico de la lengua que utiliza; las frases a su vez se combinan en enunciados. Pero el locutor no es en modo alguno un agente completamente libre en la elección de palabras: la selección (excepción hecha de los raros casos de verdaderos neologismos) debe hacerse a partir del tesoro léxico que tanto él como el destinatario del lenguaje poseen en común. El ingeniero de comunicaciones aproxima con la mayor justeza la esencia del acto de habla cuando sostiene que en el intercambio óptimo de información, el sujeto parlante y el interlocutor tienen a su disposición más o menos el mismo “repertorio de representaciones *prefabricadas*”: el dador de un mensaje verbal elige una de estas “posibilidades preconcebidas” y el destinatario se supone que hace una elección idéntica entre el mismo conjunto de “posibilidades ya previstas y preparadas”. Así, para ser eficiente, el acto de habla exige la utilización de un código común entre aquéllos que en él participan.²⁴⁹

²⁴⁷ Cfr. White (2003: 171)

²⁴⁸ Cfr. Jakobson (1973).

²⁴⁹ *Ibid.*, 24-25.

Al explicitar la dinámica de la comunicación lingüística, Jakobson se ve obligado a introducir una diferencia jerárquica entre los seis factores dado que el código desempeña un papel fundamental: aparece como condición de posibilidad de la comunicación. No sólo comunicarse “exige la utilización de un código común” sino que esta exigencia se traduce en una cierta limitación o condicionamiento para emisor y receptor, en la medida en que no son “agentes libres” ni para la selección de las palabras ni para la decisión de cómo combinar las palabras seleccionadas: estas posibilidades vienen “dadas” por el código. Y esta determinación relativa al código es lo que constituye la condición misma de posibilidad de la comunicación, ya que “El destinatario percibe que el enunciado dado (mensaje) es una combinación de partes constituyentes (frases, palabras, fonemas, etc.) seleccionadas en el repertorio de todas las partes constituyentes posibles (código).”²⁵⁰

Es necesario aquí detectar y subrayar un aspecto que nos adelanta qué idea del lenguaje está adoptando White si acepta la descripción del acto de comunicación que Jakobson ofrece: el lenguaje no es meramente una cuestión de palabras usadas para denotar objetos, sino también e indisolublemente, un lidiar con códigos preexistentes. Esto remitirá a su vez a cierto contexto social previo que posibilite el contacto con los códigos a aprender o seguir. Y fundamentalmente nos conducirá a reconocer la necesidad conceptual de la preexistencia de los códigos para su uso por parte de los sujetos hablantes. Como vimos, estas afirmaciones coinciden punto por punto con lo que White tematizó al nivel de la trama como recurso productor de significación compartido entre el historiador y su audiencia.

Esta precedencia del código respecto a los sujetos hablantes es relevante en la teoría histórica de White porque si hablamos del pasado mediante un código necesario previo a la situación específica de habla, no puede suceder que el habla respecto de “lo histórico” no esté afectada tanto por lo que quiere ser dicho como por lo que “ya se ha dicho” o las maneras previas en que “se dice algo” implicadas en el código que estamos utilizando —aquí la noción de “estilo” adquiere su sentido específico. La visión del lenguaje en su relación con el usuario no es la de un simple instrumentalismo, i.e., el emisor no emplea en absoluta libertad los sonidos para decir algo: el usuario está condicionado por el modo en que el código habilita lo que puede o no ser dicho. Esto no implica una negación absoluta de la libertad del hablante. Jakobson es el primer en aclarar que hay una escala ascendente de libertad que se observa a medida que el hablante se propone emitir mensajes más complejos:²⁵¹

²⁵⁰ *Ibid.*, 31.

²⁵¹ *Ibid.*, 28.

En la combinación de rasgos distintivos en fonemas, la libertad del locutor individual es nula; el código ya ha establecido todas las posibilidades que pueden utilizarse en la lengua en cuestión. La libertad de combinar fonemas en palabras está circunscripta; se ve limitada a la situación marginal de la creación de palabras. En la formación de frases a partir de palabras, la sujeción que sufre el locutor es menor. En fin, en la combinación de frases en enunciados, la acción de las reglas constrictivas de la sintaxis se detiene y la libertad de todo locutor particular se acrecienta totalmente, aunque pueda no subestimarse la cantidad de enunciados estereotipados.²⁵²

En el nivel del discurso (“unidad mayor a la oración”) las posibilidades del hablante se multiplican. Es importante desatacar aquí que lo que Jakobson está diciendo de la libertad relativa del locutor es exactamente lo que White dirá una y otra vez acerca de la libertad relativa del historiador respecto de las posibilidades figurativas del lenguaje. Tal como vimos respecto de la exhortación final de *Metahistoria* y como quedó claro previamente respecto de las cuatro tesis en que resumí su teoría en el capítulo 1, White destaca simultáneamente tanto el aspecto limitado o condicionado de la escritura histórica a los recursos figurativo-literarios y, agregaríamos ahora, *lingüísticos* de los que dispone el historiador como la opcionalidad o libertad relativa de que dispone para elegir *entre* esos recursos limitados. Porque cuando estos recursos lingüísticos son

1. ineludibles para producir un relato histórico;
2. irreductibles entre sí: ninguno de los modos tropológicos puede reclamar mayor “realismo” frente a las demás –es más, constituyen diferentes “modos” de realismo;
3. e irreductibles al registro histórico: es decir, que existe una opción entre las modalidades tropológicas que no viene dictada, ni sancionada, ni determinada por el estudio de la evidencia y las fuentes

esto significa que, con mayor o menos consciencia de esto, el historiador, al producir una representación histórica está figurando su objeto de estudio mediante el empleo de recursos de producción de significado, entre los cuales ha preferido unas modalidades a otras, preferencia que conlleva implicancias de distinto tipos. Ahora bien, ante el carácter ineludible e irreductible de las caracterizaciones tropológicas, White había concluido que el lenguaje utilizado por el historiador para dar cuenta de su objeto de estudio debe ser el terreno en el cual comience y termine el análisis de las representaciones históricas dado que es siguiendo al historiador en esta serie de opciones tropológicas y en el modo en que se interrelacionan en su

²⁵² *Ibid.*, 29.

relato como podemos captar mejor el modo en que pretende producir conocimiento histórico. Pero es momento de preguntarnos ahora: ¿cómo podemos dar cuenta del carácter ineludible e irreductible de las modalidades tropológicas pero, aún así, opcional en cierta medida para el historiador? Más específicamente, ¿qué aporta la reconstrucción de las raíces estructuralistas de la noción de discurso histórico como código a nuestra comprensión de lo que denominé *tesis general acerca del carácter figurativo de la escritura histórica* en el primer capítulo? ¿Qué perspectiva sobre el lenguaje presupone esta caracterización de sus modalidades tropológicas como codificaciones? En el mismo artículo que estoy reseñando, White nos da la respuesta, a la vez que resume el objetivo de *Tropics of Discourse*:

Los ensayos de esta recopilación versan de una manera u otra sobre el elemento trópico presente en todo discurso, ya sea realista o imaginativo. Este elemento, creo, no puede eliminarse del discurso en las ciencias humanas, no importa cuán realistas puedan éstas aspirar a ser. La trópica [*tropic*] es la sombra de la que todo discurso realista huye. Sin embargo, resulta imposible huir de ella, ya que la trópica es el proceso gracias al cual todo discurso constituye los objetos que sólo pretende descubrir de modo realista y analizar objetivamente.²⁵³

Ahora, entonces, para entender la relación entre prefiguración e irreductibilidad de los tropos, corresponde volver a la nota al pie con la que se inició “Tropología, discurso y modos de conciencia”, i.e., a la tesis saussureana de la arbitrariedad del signo lingüístico.

3.2.4 Discurso, código, tropología e inmotivación del signo lingüístico

En el capítulo que dedica a la semiología estructuralista francesa en *Lo mismo y lo otro. Cuarenta y cinco años de filosofía francesa (1933-1978)*, Vincent Descombes explicita la concepción del lenguaje que se sigue de asimilarlo a un código de comunicación.²⁵⁴ Según Descombes, esta asimilación del problema del lenguaje a la teoría de la comunicación conduce a pensar que las características de “todo” código deben ser características de “todo” lenguaje. Para asegurar la transmisión de mensajes y, por tanto, lograr la comunicación, un código debe poseer las siguientes propiedades: 1) preceder al mensaje; 2) ser independiente del mensaje; y 3) ser independiente del emisor. La precedencia al mensaje se justifica en que sólo si el código ya existe pueden sus usuarios utilizarlo para transmitir una información exitosamente, lo que en cambio no ocurriría si los usuarios crearan el código en el mismo momento en que intentan comunicarse. Así, el código precede a sus utilizaciones eventuales, y define todas las situaciones en que puede ser utilizado. Respecto de la propiedad de ser

²⁵³ Cfr. White (2003: 64).

²⁵⁴ Descombes (1998).

independiente del mensaje se nos enfrenta con una tesis importante a la vez que difícil de aceptar: “un mensaje inesperado es imposible”. Descombes considera que esto refleja una consecuencia directa del punto de partida radicado en la teoría de la comunicación:

el fenómeno de la comunicación se estudia *desde el punto de vista del destinatario*; es muy natural, pues, en definitiva, lo que le importa al ingeniero de la comunicación no es tanto lo que se puede hacer en la entrada del canal, como lo que resultará de la salida. (...) Decir que una producción cualquiera de señales está codificada significa, pues, lo siguiente (...): el receptor, al grabar una serie de señales, es capaz de comparar lo recibido y lo que habría podido recibir, *lo que se ha dicho y lo que se habría podido decir.*²⁵⁵

En este sentido, todo mensaje emitido tiene un “valor”, el cual consiste en la relación de ese mensaje con todos los que eran posibles en el mismo código. Si ese valor es medible para el destinatario, es porque al manejar el código “sabe” de antemano todos los mensajes que es posible emitir mediante el código. Finalmente, el código es independiente del emisor porque todo código fija lo que se puede decir, “define y recorta las situaciones susceptibles de ser señaladas y en consecuencia impide presentar otros aspectos que el código no habría retenido.” Esto significa que para el emisor usar el código es aceptar sus límites:

Sería inexacto decir que el emisor de las señales se expresa, que lleva a la palabra su experiencia. Si llamamos “experiencia” a la fuente de las informaciones (...) y “lenguaje” al código, salta a la vista que los separa un hiato. Mientras que la fuente pasa por todos los estados posibles, el código retiene de antemano ciertas situaciones que fija como señalizables.²⁵⁶

Para entender estas propiedades, Descombes ejemplifica mediante el caso de un código no lingüístico relativo a un indicador luminoso que se encuentra en un tablero de mandos de un automóvil, que se enciende si el nivel de aceite del automóvil está por debajo de cierto punto crítico que se ha fijado de antemano. Descombes explica:

La comunicación que se instaura cada vez que el conductor pone en marcha su motor aquí se hace mediante un *código*, cuyo vocabulario se reduce a dos *símbolos* (*encendido y apagado*) que permite emitir sólo dos mensajes. El valor de cada señal susceptible de ser emitida es, como pretendía Saussure, “puramente diferencial”. Podríamos imaginar, efectivamente, que el indicador en posición de “encendido” quiera decir “no hay novedad”, en lugar de dar la alerta.²⁵⁷

Ahora bien, el ejemplo permite reconocer lo siguiente:

Nada dice que el estado de esta fuente se preste a las exigencias del código. Naturalmente, los códigos artificiales están contruidos de tal manera que dan un conocimiento suficiente de lo que

²⁵⁵ *Ibid.*, 127.

²⁵⁶ *Ibid.*, 127-128.

²⁵⁷ *Ibid.*, 126.

ocurre en la fuente. Pero, ya que ignoramos quién es el autor de las lenguas “naturales”, nada nos permite prejuzgar una armonía preestablecida entre el lenguaje y la experiencia. El código y no el emisor decide acerca de lo que es pertinente y de lo que no lo es. Si la lengua es un código, es ella la que habla cada vez que el sujeto hablante profiere algo. La palabra no es un gesto que llevaría a la expresión verbal el sentido de la experiencia “aún muda”, pues la experiencia muda no tiene sentido alguno por sí misma. El sentido aparece con el significante, es decir, con la primera oposición entre “sí” y “no”, entre “algo” y “nada”. El sentido del mensaje no es el sentido de la experiencia, el sentido que tendría la experiencia antes de toda expresión que pudiéramos expresar... Es el sentido que la experiencia puede *recibir* en un discurso que la articulará según cierto código (...).²⁵⁸

El análisis de Descombes de la asimilación del lenguaje a un código de comunicación lo conduce a concluir que el sentido de un mensaje lingüístico no puede ser identificado ni con lo que el emisor-historiador afirma que quiso decir ni con el “modo de ser” del referente-objeto de estudio “mudo”, sino con el sentido que nuestro referente puede “recibir en un discurso que lo articulará según cierto código.” Esta conclusión es equivalente a los problemas que White señaló como *proprios de todo discurso* en “Tropología...”. Esta coincidencia no menor se terminará de confirmar explicitando una característica ulterior, y fundamental, detrás de la comprensión del discurso como código: su “arbitrariedad”.

Cuando Jakobson pensaba el lenguaje como código de comunicación observamos que este concepto es sinónimo de “lengua”, lo que nos remite a la tesis fundamental acerca de la lengua en el contexto de la lingüística estructural: la “arbitrariedad” del signo lingüístico. Según Ferdinand de Saussure en su *Curso de Lingüística General*, el signo lingüístico es arbitrario. Esta tesis surge del interés de Saussure por rechazar concepciones simplificadoras del fenómeno del lenguaje que lo consideran una mera nomenclatura: “Lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica.”²⁵⁹ Ésta última no es el sonido material (que sería una “cosa puramente física”), sino su huella psíquica, “la representación que de él nos da el testimonio de nuestros sentidos”. Saussure especifica que es una imagen sensorial para diferenciarlo y oponerlo al concepto con el que va asociado intrínsecamente, al que considera de carácter “generalmente más abstracto”. En síntesis, “el signo lingüístico es, pues, una entidad psíquica de dos caras (...) dos elementos (que) están íntimamente unidos y que se reclaman recíprocamente.”²⁶⁰

La definición de signo lingüístico le permite, entonces, dar cuenta de la complejidad del vínculo entre un “signo” y su referente que la concepción de la lengua como nomenclatura no permitía reconocer porque sería considerarla como “una lista de términos que

²⁵⁸ *Ibid.*, 133.

²⁵⁹ Cfr. Saussure (1945: 142)

²⁶⁰ *Ibid.*, 143.

corresponden a otras tantas cosas.”²⁶¹ Saussure rechaza esta concepción porque: a) supone que las ideas están completamente hechas y preexisten a las palabras; b) no nos dice si el nombre (el “signo”) es de naturaleza vocal o psíquica, cuestión que considera necesario determinar; y c) simplifica la operación por la cual se considera que existe un vínculo que une un nombre a una cosa.

El signo para Saussure es “la combinación del concepto y la imagen acústica”.²⁶² Este vínculo es, como dijimos, íntimo y de un reclamo recíproco, a la vez que implica una oposición. Para evitar ambigüedades, por una parte, y para marcar la relación recíproca a la vez que oposicional entre el concepto y la imagen acústica, por otra, Saussure introduce una nueva terminología y propone denominar “signo” al conjunto, “significado” al concepto y “significante” a la imagen acústica. De esta forma, redefine el signo lingüístico como “el total resultante de la asociación de un significante con un significado.”²⁶³ Ahora bien, al momento de caracterizar al signo lingüístico Saussure afirma que “el lazo que une el significante al significado es arbitrario” y justifica este principio de su lingüística de dos maneras: en primer lugar, mostrando que los significados —como la idea de *soeur* (“hermana”, en francés)— no tienen ninguna relación intrínseca con la sucesión de sonidos del significante —en ese caso, *s-ö-r*.²⁶⁴ En segundo lugar, se nos ofrece como prueba la existencia de lenguas distintas: dado que el mismo concepto/significado que asociamos a la idea de “buey” está unido en distintas lenguas a distintos significantes —por ejemplo: *bwei*, *böf*, *oks*— concluye que el vínculo entre significante y significado es arbitrario.

Para Saussure esto no debería sorprendernos dado que “todo medio de expresión recibido de una sociedad se apoya en principio en un hábito colectivo o, lo que viene a ser lo mismo, la convención.”²⁶⁵ Más aún, la arbitrariedad del signo lingüístico garantiza la comunicación ya que para Saussure “los signos enteramente arbitrarios son los que mejor realizan el ideal del procedimiento semiológico; por eso la lengua, el más complejo y el más extendido de los sistemas de expresión, es también el característico de todos.”²⁶⁶ Aquí se cumple enteramente el análisis de Descombes acerca del lenguaje como un código. Más aún, Saussure iguala el lenguaje a un código en el Capítulo III de la Introducción al *Curso*, titulado “Objeto de la lingüística”. Se trata del capítulo en el que define el concepto de lengua. En el §2 dedicado a determinar el lugar de la lengua en los hechos del lenguaje, presenta su famosa

²⁶¹ *Ibid.*, 141.

²⁶² *Ídem* nota anterior.

²⁶³ *Ibid.*, 144.

²⁶⁴ *Sigo* el comentario de Benveniste en Benveniste (1971: 49).

²⁶⁵ *Cfr.* Saussure (1945: 145)

²⁶⁶ *Ídem* nota anterior.

distinción de la lengua (*langue*) y el habla (*parole*) y afirma que, mientras la lengua reúne los aspectos sociales y esenciales del lenguaje, el habla “es, por el contrario, un acto individual de voluntad e inteligencia, en el cual conviene distinguir: 1º las combinaciones por las que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento; 2º el mecanismo psicofísico que le permite exteriorizar esas combinaciones.”²⁶⁷

Ahora bien, Saussure especifica el sentido en que afirma que el signo es “arbitrario”. En primer lugar, no debe interpretarse como “libre elección del hablante”:²⁶⁸ los significantes no son una mera elección de los hablantes porque el individuo no puede cambiar nada de un signo una vez que está establecido por el grupo lingüístico. Saussure afirma que la lengua no es un “contrato”, está fuera del alcance de nuestra voluntad porque es siempre una herencia. En segundo lugar, Saussure restringe el sentido de “arbitrario” a “inmotivado”: esto quiere decir que el significante es arbitrario en relación con el significado porque con él “no guarda en la realidad ningún lazo natural.”²⁶⁹ La arbitrariedad-inmotivación del signo lingüístico junto con el carácter lineal del significante (que por razones de espacio no expondré aquí), constituyen los dos principios generales de la lingüística saussureana. El enfoque de Saussure, recordemos, opera un recorte en el fenómeno total del lenguaje, diferenciando en él “lengua” y “habla”, y determinando que puede haber una disciplina científica sólo de la “lengua” como el “conjunto de los hábitos lingüísticos que permiten a un sujeto comprender y hacerse comprender.”²⁷⁰ Estudiar la lengua es para Saussure indisoluble de la identificación de una “masa hablante”, sin la cual no habría lengua: “Contra toda apariencia, en momento alguno existe la lengua fuera del hecho social, porque es un fenómeno semiológico. Su naturaleza social es uno de sus caracteres internos.”²⁷¹ La lengua es una “cosa irreal” si no se la sitúa en su realidad social. A su vez, aún cuando consideremos la lengua y la comunidad lingüística, faltaría un factor que la vuelva “viviente”:

Como el signo lingüístico es arbitrario, parecería que la lengua, así definida, es un sistema libre, organizable a voluntad, dependiente únicamente de un principio racional. Su carácter social, considerado en sí mismo, no se opone precisamente a este punto de vista. (...) lo que nos impide ver la lengua como una simple convención, modificable a voluntad de los interesados: es la acción del tiempo, que se combina con la fuerza social; fuera del tiempo, la realidad lingüística no es completa y ninguna conclusión es posible.²⁷²

²⁶⁷ *Ibid.*, 63.

²⁶⁸ *Ibid.*, 145.

²⁶⁹ *Ibid.*, 146.

²⁷⁰ *Ibid.*, 157.

²⁷¹ *Ibid.*, 158.

²⁷² *Ibid.*, 158-159.

Dado que mi interés era recordar brevemente el principio saussureano del carácter “arbitrario-inmotivado” del signo para pensar qué implicancias puede tener como influencia del modo en que White piensa el discurso histórico, es importante mencionar una conocida e importante crítica que Émile Benveniste dirigió a la presentación del principio por parte de Saussure. Para Benveniste, el razonamiento que lo conduce a establecer el carácter arbitrario del signo

está falseado por el recurso inconsciente y subrepticio a un tercer término, que no estaba comprendido en la definición inicial. Este tercer término es la cosa misma, la realidad. Ya puede decir Saussure que la idea de “soeur” no está ligada al significante s-ø-r; no por ello deja de pensar en la *realidad* de la noción. Cuando habla de la diferencia entre b-ø-f y o-k-s, se refiere a pesar suyo al hecho de que estos dos términos se aplican a la misma *realidad*. (...) sólo si se piensa en el animal “boeuf” en su particularidad concreta y “sustancial” se tiene fundamento para juzgar “arbitraria” la relación entre *bøf* por una parte, *oks* por la otra, y una misma realidad. Hay así una contradicción entre la manera como Saussure define el signo lingüístico y la naturaleza fundamental que le atribuye.”²⁷³

Benveniste, en realidad, formula esta crítica para mostrar cómo, a pesar de que Saussure omite reconocer que en su razonamiento hay un tercer término implícito, cuando lo admitimos y corregimos la formulación, se puede concluir que, mientras el signo como totalidad es “arbitrario-inmotivado” en relación con su referente, la relación intrínseca de significante y significado se muestra como necesaria, cuestión que paradójicamente “afianza, más allá de Saussure, el rigor del pensamiento saussureano.”²⁷⁴ No nos interesa en este momento desarrollar la argumentación de Benveniste. Lo que consideramos fundamental es resaltar que la “inmotivación” del signo lingüístico –una vez que consideramos la formulación del principio de acuerdo con la crítica de Benveniste– se postula frente al referente, y no en el vínculo interno de significante-significado. En este sentido, Roland Barthes reseñando el principio saussureano y la crítica de Benveniste dirá que la relación intrínseca de significante y significado está “naturalizada”:

Benveniste ha cuestionado el término; lo arbitrario es la relación entre el significante y la “cosa” significada (entre el sonido buey y el animal buey); pero, como se ha visto, para el propio Saussure, el significado no es “la cosa”, sino la representación psíquica de la cosa (concepto); la asociación del sonido y de la representación es el fruto de una educación colectiva (por ejemplo, el aprendizaje de la lengua francesa); esta asociación –que es la significación– no es de ninguna manera arbitraria (ningún francés es libre de modificarla), sino muy al contrario, es necesaria. Se ha propuesto, por ello, decir que en la lingüística la significación es inmotivada; (...) Se dirá, pues, de manera general, que en la lengua el vínculo del significante y del significado es contractual originariamente, pero que este contrato es colectivo y está inscrito en una temporalidad larga (Saussure dice que “la lengua es siempre una herencia”) y por consiguiente está en cierta forma naturalizado (...).²⁷⁵

²⁷³ Cfr. Benveniste (1971: 50).

²⁷⁴ *Ibid.*, 55.

²⁷⁵ Cfr. Barthes (1990: 47-48).

Hemos transitado desde la noción de historiografía como discurso, pasando por la especificación de cómo podemos interpretar el discurso como codificación, hasta llegar, a través de Jakobson y del mismo White al principio de la arbitrariedad-inmotivación del signo lingüístico de Saussure. Creo que ahora puede entenderse por qué en “Tropología...” White afirmaba que el discurso mismo “debe sentar la adecuación del lenguaje usado al análisis del campo para que los objetos que aparezcan puedan ocupar su lugar” y que “el discurso efectúa esta adecuación a través de un movimiento *prefigurativo* que es más trópico que lógico”.²⁷⁶ Esta adecuación del lenguaje usado al análisis del campo, que desde *Metahistoria* denominamos *prefiguración*, debe su carácter irreductible a la vez que optativo a la decisión de White de pensar la narración histórica como “discurso”, como acto de comunicación que involucra el desempeño simultáneo de varias funciones, de las cuales White está focalizando su aspecto de codificación porque ha prefigurado su propio objeto —el texto histórico— como artefacto verbal con fines representacionales. La inmotivación del signo lingüístico le permite a White afirmar la irreductibilidad y opcionalidad de la figuración, en tanto uso de los códigos heredados y disponibles culturalmente para producir relatos históricos. No es tanto porque el campo de estudio “motive” el uso de determinada codificación de los procesos históricos, sino porque contamos de hecho con codificaciones heredadas que se constituyen en condiciones de posibilidad para tornar comprensibles (o familiares) los acontecimientos cuya ocurrencia el registro histórico, las fuentes o restos, pretenden atestiguar. Pero esas codificaciones son alternativas y mutuamente excluyentes, y sin embargo, igualmente plausibles, porque permiten prefigurar y tramar los acontecimientos que pretenden representar de diferentes maneras sin violar los imperativos del orden cronológico de los acontecimientos.

Considero fundamental rechazar de plano la interpretación de que el *background* estructuralista de White lo conduzca a afirmar que todos los relatos históricos son igualmente válidos frente a la “misma” realidad. Esta idea es absurda ya que White no sostiene que cualquier relato histórico *per se* es válido. Más aún, afirma que podemos distinguir entre “buena y mala historiografía, dado que siempre podemos acudir a criterios tales como la responsabilidad para con las reglas de evidencia, la relativa plenitud del detalle narrativo, la coherencia lógica y criterios similares a la hora de clarificar la cuestión.”²⁷⁷ En *Metahistoria*, White había aclarado que su teoría histórica pretende dar cuenta de la imposibilidad de reducir entre sí los cuatro modos de *prefiguración* cuando el debate gira en torno de

²⁷⁶ Cfr. White (2003: 64).

²⁷⁷ *Ibid.*, 136.

“interpretaciones alternativas elaboradas por historiadores de formación y complejidad conceptual realmente equivalentes.”²⁷⁸ En otras palabras, la teoría de White, lejos de anular la evaluación de discursos históricos en competencia ofrece una explicación del límite de ciertos criterios útiles y necesarios: si el manejo del registro histórico es irreprochable, si el relato ofrecido es coherente, completo y plausible, si la erudición o autoridad del historiador no es cuestionada, la evaluación alcanza un límite. Ahora bien, en lugar de recomendar que el debate culmine, White ofrece una teoría que pretende indagar *lo que sucede en ese límite*: en este sentido se nos sugiere que pensemos la prefiguración del objeto de estudio como una “codificación” del registro histórico y que desentrañemos esa codificación para examinar cómo el discurso histórico intenta así referir al objeto de estudio y constituirse en un discurso válido. Aquí es donde el reconocimiento del rol diatáctico del discurso cobra sentido: *cuando indagamos al discurso histórico en su dimensión prefigurativa indagamos el modo mismo en que pretende estar efectuando su adecuación al referente*. Justamente, cobra relevancia aquí nuevamente el análisis de White de los diferentes tipos de trama que puede emplear el historiador para producir un relato, cuya elección no es dictada por “los acontecimientos mismos”, sino por el específico mensaje narrativo que produce el historiador al presentar su objeto de estudio como un tipo específico de relato. Esto es continuo con que White esté analizando la historiografía en el nivel del discurso que, como señalé, constituye el mayor nivel de libertad de elección del hablante frente a la lengua: de hecho, la noción de discurso nos conduce de la lengua al habla, en sentido saussureano estricto. Sin embargo, a la luz de la insistencia de White en definir y pensar el “discurso histórico” como un “código” o “codificación” y, la constatación de que Saussure y Jakobson consideran que la lengua es un código, cabe preguntarse: ¿en qué sentido White asocia el discurso histórico a un “código”?

Claramente White no está afirmando que el historiador al prefigurar su objeto de estudio “inventa” un código por medio del cual habilitar qué puede y qué no puede decirse acerca de él, porque si cada discurso histórico producido por un historiador se relaciona con su referente como la instauración de una lengua “nueva” *ex nihilo*, la comunicación será imposible: vimos con Descombes que un código es útil en la medida en que es compartido por los hablantes. Lo absurdo de esta idea permite entender que tiene sentido decir que el discurso histórico es un código cuando comprendemos que sostiene su comunicabilidad en el empleo

²⁷⁸ *Ibid.*, 136; y en *Metahistoria*: “No hace falta decir que no estoy hablando aquí del tipo de disputa que surge en las páginas de reseñas de las revistas profesionales, en que puede cuestionarse la erudición o la precisión de determinado historiador. Estoy hablando del tipo de cuestiones que surgen cuando dos o más estudiosos, de erudición y refinamiento teórico aproximadamente iguales; llegan a interpretaciones alternativas, aunque no por fuerza excluyentes entre sí, del mismo conjunto de hechos históricos (...)”. Cfr. White (1992: 24)

por parte del hablante de un código compartido con su público, para White, los tipos de tramas heredados a través de la tradición cultural-literaria en la que se inserta el historiador.²⁷⁹ Por eso, es importante entender qué quiere iluminar White al relacionar comprender el discurso histórico como código. Podemos decir, en primer lugar, que a la luz del modelo funcional de Jakobson nos permite redefinir el problema de la evaluación de la validez del discurso histórico -una vez que otros criterios han sido descartados- como el problema de desentrañar el complejo mecanismo mediante el cual cumple su función referencial simultáneamente con otras funciones comunicativas que pueden afectar al modo en que se habla del objeto de estudio. En segundo lugar, siendo todo código una condición de posibilidad para habilitar un modo de hablar acerca de un referente a la vez que un condicionamiento de lo que puede ser dicho, pensar el discurso histórico como una codificación permite identificar con mayor precisión cómo funciona la prefiguración del objeto de estudio. Teniendo en cuenta que la constitución del objeto de estudio es necesaria, según White, porque el historiador siempre debe lidiar con un registro histórico heterogéneo, insuficiente o excesivo -es decir, se ve obligado a aplicar criterios de selección y exclusión de qué será relevante para la explicación que pretende ofrecer- pensar el relato producido como una codificación permite mostrar, analizando el modo en que se codificó-prefiguró lingüísticamente el objeto, qué fue habilitado como significativo y qué fue excluido como no significativo dada la codificación efectuada, y en su diferencia con otras codificaciones posibles -White mismo señala que nuestras explicaciones de procesos históricos pueden estar determinadas más por lo que dejamos fuera de nuestra representación que por lo que incluimos. Finalmente, permite indagar en el relato efectivamente ofrecido por un historiador los recursos lingüísticos que pueden considerarse heredados de una "tradición discursiva" en la que estaría inserto, o aquéllos que pueden identificarse como revelando una apropiación particular, un "estilo" o "idiolecto". De este modo, podemos volver a la narración para comprenderla como código de comunicación, como discurso, cuya evaluación, como White señalaba, no puede reducirse a sus aspectos referenciales.

Si recordamos que White está preocupado en *Metahistoria* al igual que en *Tropics of Discourse* por indagar el estatus de la narrativa histórica como un artefacto verbal o ficción verbal, que pretende representar estructuras y procesos pasados apelando a operaciones

²⁷⁹ Existe de todos modos un sentido obvio en que el discurso histórico nos remite a un código: todo conocimiento se emite en alguna lengua natural. Y aquí el problema de la arbitrariedad de la lengua se vuelve irrelevante porque es tan cierto como irresoluble: no podemos comunicarnos sino es en "alguna" lengua. Ahora bien, si esto fuera un problema, sería un problema para todo discurso y/o comunicación, no un problema propio de la historiografía.

figurativas (lingüísticas y literarias) por las cuales el historiador constituye su tema como posible objeto de representación narrativa mediante *el lenguaje mismo que usa para describirlo*, entendemos por qué White considera los contenidos de las narraciones históricas *tanto inventados como encontrados*: porque bajo la noción de discurso y codificación White concibe el funcionamiento tropológico –poético o figurativo– del lenguaje, como simultáneamente productor de significación e inmanente al uso mismo del lenguaje. La inmotivación del signo lingüístico como “dato” o tesis central de la lingüística moderna es la contracara, en White, de la producción de significado como aspecto *imaginario y cognitivo* de la narración histórica. Esta apuesta teórica de White será indagada en el resto de esta tesis bajo la noción de *figuración*.

Ahora bien, el interés de los anteriores apartados fue señalar cómo la aceptación irónica de la narración histórica en White es posible gracias a los recursos teóricos que importa de la teoría literaria. En esa apropiación teórica White introduce también una perspectiva particular sobre el lenguaje, la tropología, y es esa perspectiva la que da cuenta de la opción de White por promover críticamente la producción de narraciones históricas: *porque detrás de su aceptación irónica de la narración histórica funciona la tropología como una perspectiva irónica acerca del lenguaje en general*.

Con esto quiero decir que si hay una Nueva Filosofía de la Historia inaugurada como *narrativista*, esto es posible gracias al gesto fundacional whiteano que –mostrando una clara cercanía con la actitud de Mink a la paradoja de la narración histórica– *señala los límites* del discurso narrativo como modo de dar cuenta de lo histórico a la vez que *reafirma la utilidad* de la producción de relatos acerca del pasado. Considero que este espíritu fundacional del narrativismo whiteano puede ser caracterizado como una aceptación irónica *del uso del lenguaje en la historiografía*. Explicaré esta caracterización, que será central para el resto de la tesis, en el próximo capítulo. Previamente y a continuación, considero útil completar mi argumento presentando algunos aspectos de la posición de Frank Ankersmit.

3.3 Frank Ankersmit y el giro lingüístico

Frank Ankersmit captó el productivo impulso irónico de White y se incorporó en 1986 a la polémica narrativista para promocionar lo que consideró como la *perspectiva revolucionaria* inaugurada por *Metahistoria* (Ankersmit, 1986). Su propia interpretación lo condujo a afirmar que con White y bajo un ropaje narrativista se había producido en la

filosofía de la historia anglosajona un necesario *giro lingüístico* semejante al que con Kuhn, Quine, Goodman y Rorty había ocurrido en la filosofía de la ciencia y del lenguaje. Este verdadero “cambio de paradigma” para la filosofía de la historia contemporánea debía ser profundizado porque, de lo contrario, la disciplina corría el riesgo de “convertirse en un extraño fósil positivista” (Ankersmit, 1986, p. 27). Entender qué efectos tiene teóricamente la adopción de la tropología en White es entender por qué Ankersmit acierta en parte al caracterizar su impacto en la filosofía de la historia como un *giro lingüístico*. Específicamente Ankersmit me permite mostrar:

- 1) que *Metahistoria* fue interpretada como un acontecimiento fundacional de una Nueva Filosofía de la Historia;
- 2) cómo esta “revolución” de White fue interpretada como un “giro lingüístico” por quien se posicionará claramente como un característico teórico de la filosofía de la historia narrativista;
- 3) cómo Ankersmit acepta y refuerza las dos consecuencias epistemológicas centrales que se siguen de la posición de White -a saber: (a) el reconocimiento de un límite a las consideraciones veritativas para la evaluación de los relatos históricos; y (b) el reconocimiento del ineliminable carácter imaginario-figurativo de las representaciones narrativas de los procesos históricos- a la vez que apuesta también por la utilidad de representar los acontecimientos históricos narrativamente.

Como indiqué, presentaré algunos aspectos de su posición y no un desarrollo exhaustivo dado que, aunque la teoría histórica de Ankersmit bien merecería un análisis detallado y profundo, mi interés se centrará en la producción de Hayden White. Por tanto, Ankersmit será útil en este capítulo como testigo-continuador del impacto de la obra de White y, posteriormente, como interlocutor crítico (capítulo 5).

3.3.1 *Metahistoria* como origen del dilema de la filosofía de la historia contemporánea

Ankersmit celebra la irrupción de la obra “revolucionaria” de Hayden White, en su famoso artículo de 1986 “The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History” donde afirma con entusiasmo que “bajo la apariencia del narrativismo”²⁸⁰ la filosofía

²⁸⁰ Cfr. Ankersmit (1994: 61).

de la historia ha dado un *giro lingüístico* continuo con el ocurrido en la filosofía del lenguaje y de la ciencia contemporáneas que debe ser continuado y profundizado:

si los filósofos de la historia tienen el coraje de sacudirse su propio pasado y abrigan un deseo sincero de contribuir a una mejor comprensión no solo de la historiografía sino también de los problemas actuales en debate en otras disciplinas filosóficas, [la filosofía de la historia] no puede evitar volverse narrativista.²⁸¹

Ankersmit afirma que el narrativismo consolidado vía White *es* una filosofía de la historia *lingüística*, ya que nos permite comprender que

la narrativa histórica es una estructura lingüística compleja especialmente construida con el propósito de mostrar parte del pasado. En otras palabras, el lenguaje del historiador no es un medio transparente, pasivo *a través* del cual podemos ver el pasado, como percibimos lo que está escrito en una carta a través del pisapapeles de vidrio que yace sobre ella.²⁸²

Contra la concepción del lenguaje como *un medio a través del cual vemos el pasado*, Ankersmit nos presenta la metáfora del belvedere como una posición ventajosa *desde* la cual dar cuenta del pasado. Este “ver desde” daría cuenta del carácter *esencialmente metafórico* o *tropológico* del lenguaje histórico porque “nos muestra una cosa en términos de otra”, nos ofrece guías que indican cómo ver el pasado. Más aún, recurriendo a la comparación de Danto entre metáfora y contextos intensionales, Ankersmit afirma que la narrativa histórica “despliega esta naturaleza intensional y por tanto tiene un elemento de autorreferencialidad” ya que, junto con la metáfora, “refieren a sí mismas en la medida en que la manera precisa en que son formuladas tiene que ser tenida en cuenta también si hemos de evaluar su verdad o plausibilidad.”²⁸³ De este modo, Ankersmit afirma que “combinando la fuerza de los argumentos de White y Danto” puede dar por demostrado que tanto la narrativa histórica como la metáfora “tienen la densidad y opacidad que comúnmente asociamos solamente con las cosas u objetos; en un sentido, *son cosas*.”²⁸⁴ Esta conclusión revelaría el carácter insostenible de la creencia en la transparencia del lenguaje que Ankersmit adjudica a lo que denomina la filosofía de la historia epistemológica pre-whiteana. En cambio, gracias al énfasis de White en la función creativa o poética de la narración, Ankersmit puede afirmar que la tarea del historiador es “el desarrollo de un instrumento más o menos autónomo que puede ser usado para entender el pasado.”²⁸⁵

²⁸¹ Ibid., 74.

²⁸² Ibid., 65.

²⁸³ Ídem nota anterior.

²⁸⁴ Ídem nota anterior.

²⁸⁵ Ibid., 66.

Creo que encontramos de un modo casi explícito en este artículo una adopción irónica de la narración histórica ahora en Frank Ankersmit. El giro lingüístico que White habilita en la filosofía de la historia contemporánea conduce a un distanciamiento crítico respecto de la narración histórica por el cual se asume que no puede ser entendida como “espejo del pasado;”²⁸⁶ pero simultáneamente permite revelar su capacidad de funcionar como “un instrumento más o menos autónomo” para comprenderlo. Porque la narración histórica es vista así *como un instrumento*, Ankersmit la acepta críticamente. Más aún, no concluye que el historiador debe dejar de narrar. Todo lo contrario. Ankersmit también abrazará las consecuencias críticas relativas al límite de las consideraciones veritativas en la evaluación de narraciones históricas en competencia y a la irreductibilidad de los distintos puntos de vistas topológicos ya que sostiene que cada narrativa, en tanto se postula como una interpretación histórica, es en sí misma un criterio de éxito interpretativo: “cada interpretación histórica es esencialmente la propuesta de un criterio acerca de cuáles requerimientos deben cumplirse si queremos entender parte del pasado.”²⁸⁷ Por tanto, las diversas narrativas se definen mutuamente y “deben su identidad a sus relaciones intertextuales”²⁸⁸. En otras palabras, “todo lo que tenemos es el interjuego *intertextual* entre las narrativas históricas que de hecho tenemos sobre un tópico”. Esto significa, para Ankersmit, que es solo en el conjunto de narrativas históricas efectivamente escritas de donde pueden surgir los criterios de validez interesantes. Más aún, es coherente con lo anterior que Ankersmit afirme que la historiografía no obtiene mayor claridad sobre sus objetos de estudio al intentar reducir las interpretaciones históricas distintas sino gracias a su *proliferación*. Siguiendo a Jonathan Culler, sostiene que las interpretaciones más poderosas y autorizadas no son las que clausuran el debate histórico sino las que estimulan la producción de *más* escritura.²⁸⁹ En este alegato final a favor de la proliferación de escritura e interpretaciones históricas, Ankersmit revela el mismo tono agenciador que encontramos en White.

Sintetizando, entonces, podemos afirmar que en aquel primer texto en que celebra el acontecimiento de *Metahistoria* como causa de un “dilema” sobre el modo en que debe reflexionarse acerca de la historiografía, Ankersmit sostiene también una aceptación irónica de la narración histórica: se distancia críticamente de la narración afirmando que no puede ser entendida como *espejo del pasado* pero destaca simultáneamente la capacidad del relato histórico *qua* estructura discursiva para funcionar como un instrumento *más o menos*

²⁸⁶ Ídem nota anterior.

²⁸⁷ *Ibid.*, 73.

²⁸⁸ *Ibid.*, 72.

²⁸⁹ *Ibid.*, 71.

autónomo para comprender el pasado. Su distanciamiento irónico *es acompañado por una actitud de aceptación agenciadora* del carácter tropológico o figurativo del lenguaje.

Originalmente, entonces, Ankersmit sostuvo la necesidad de continuar y profundizar el cambio de paradigma hacia una Nueva Filosofía de la Historia. Sin embargo, posteriormente su propia teoría histórica evolucionó hacia una posición más crítica de White. Ankersmit sostendrá en *Historical Representation* (Ankersmit, 2001) que el modo más adecuado de profundizar el giro lingüístico en la filosofía de la historia requiere el abandono de la teoría literaria incorporada por White en pos de los recursos teóricos del giro lingüístico *propriadamente dicho* en la filosofía de la ciencia y del lenguaje anglosajonas. Para Ankersmit es necesaria esta modificación ya que, si bien tanto el giro lingüístico como la teoría literaria coinciden en que “todas nuestras representaciones de la realidad llevan las marcas del *medium* lingüístico en el que fueron formuladas”, la teoría literaria adolecería de un límite a su productividad para la teoría histórica porque no problematizaría la brecha entre lenguaje y realidad -lugar en que, según Ankersmit, todos los problemas acerca del significado, la referencia y la verdad se originan. En particular, Ankersmit dice que es necesario hallar un “justo medio” entre las fallidas pretensiones de fundar una historia científica y las supuestas consecuencias negativas del deconstruccionismo derrideano, que es presentado como el peligro latente de continuar por la vía de la teoría literaria. Más aún, en un texto posterior Ankersmit directamente propondrá abandonar la noción misma de *narración* y reemplazarla por la de *representación (histórica)*, sosteniendo que “Aunque podemos contar narrativas acerca de lo que nunca sucedió, no hay representación sin un representado”.²⁹⁰ Hablar de representación histórica nos recordaría que el texto del historiador es un texto acerca de un pasado al que debe hacer justicia de la mejor forma posible, dado que –aludiendo a la etimología de la palabra– Ankersmit enfatiza que solo podemos hacer presente de nuevo algo “que no está presente ahora (por la razón que sea)”.

En lo que sigue, aunque no efectuaré una reconstrucción exhaustiva de su teoría histórica, apelaré a la distinción propuesta por Ankersmit entre describir y representar para mostrar cómo, aún en el momento de su explícita diferenciación de White respecto de su apelación a la teoría literaria para la teoría histórica, conserva las dos consecuencias epistemológicas para la historiografía que mencioné como parte de la aceptación irónica de la narración histórica que originalmente compartió y celebró. De este modo, concluiré este capítulo afirmando que si pudo considerarse a *Metahistoria* como obra fundante de una Nueva Filosofía de la Historia, es porque la aceptación irónica de la narración histórica que White nos

²⁹⁰ Cfr. Ankersmit (2005: xiv).

propuso devino en *un productivo distanciamiento crítico respecto del uso lenguaje en la historiografía*.

3.3.2 Descripción versus representación

En “El giro lingüístico: teoría literaria y teoría histórica”, Ankersmit presenta un balance entre lo que se logró y lo que no se logró luego del punto de inflexión en la historia de la teoría histórica que significó la obra de White.²⁹¹ El balance consiste en sopesar los méritos del giro lingüístico y la teoría literaria como recursos teóricos útiles para comprender la escritura de la historia. Y resolverá que *si bien comparten una tesis fundamental*, hay una asimetría entre sus postulados y debe optarse por el giro lingüístico para lidiar con las cuestiones específicas de la teoría histórica, relegando la teoría literaria meramente a la historia de la escritura histórica.

Ahora bien, Ankersmit reconoce que la revolución de White fue asociada al giro lingüístico en virtud de su tesis de que nuestra comprensión del pasado está determinada no solo por cómo el pasado ha sido, sino *también* por el lenguaje usado por los historiadores para hablar acerca de él. En otras palabras, su tesis del carácter tanto construido como descubierto del conocimiento histórico. Sin embargo, Ankersmit considera que no es exactamente lo mismo lo que White sostiene y lo que los filósofos del giro lingüístico han afirmado. Para Ankersmit, el giro lingüístico tiene claras consecuencias antiempiristas que se siguen de la caída de la distinción fuerte y exhaustiva entre dos tipos de verdades, analíticas y sintéticas (o empíricas), tal como se sigue del famoso artículo de Quine “Two Dogmas of Empiricism” (Quine, 1951). Mientras el empirista pretendería poder seguir distinguiendo entre dos fuentes de verdades: verdades sintéticas o “fundadas en los hechos” y verdades analíticas o “fundadas en significados independientes de los hechos”, Quine habría demostrado que esa distinción no puede ser trazada en todo caso e inequívocamente, razón por la cual debe ser entendida en realidad como un “dogma” del empirismo.²⁹² Ankersmit, siguiendo la lectura de Rorty del texto de Quine, sostiene que la imposibilidad de distinguir certeramente entre verdades sintéticas y verdades analíticas corresponde a la imposibilidad de distinguir entre el nivel del “hablar” y el de “hablar acerca de hablar”, distinciones que el empirista tomaría como equivalentes. Cito a Ankersmit:

²⁹¹ Cfr. Ankersmit, 2011.

²⁹² Siempre de acuerdo a la reconstrucción de Ankersmit que estoy presentando.

Por tanto, la implicancia crucial es que no siempre podemos estar seguros de si nuestras creencias tienen su origen en la «compulsión de la experiencia» -en lo que la realidad empírica nos demuestra- o en la «compulsión del lenguaje», en lo que creemos sobre la base de un argumento a priori analítico o filosófico. Es también por esto que se habla del giro lingüístico: contrariamente a la convicción empirista, lo que nosotros creemos verdad puede, por lo menos a veces, ser interpretado como un enunciado acerca de la realidad y como un enunciado acerca del significado del lenguaje y de las palabras que usamos en el lenguaje. De este modo, el lenguaje puede ser creador de verdad en igual medida que la realidad.²⁹³

A partir de esta presentación del giro lingüístico, Ankersmit sostiene que un argumento antiempirista similar puede sostenerse en relación con la escritura histórica -incluso afirma que la importancia del giro lingüístico es mucho mayor para las humanidades que para las ciencias. Los historiadores lidian con el problema de definir términos como “revolución”, “clase social”, “Renacimiento” o “Ilustración”, en cuya definición “las cuestiones de significado y las cuestiones de hechos empíricos tienden a volverse indistinguibles”²⁹⁴ porque sistematizar fenómenos tales como revoluciones parece depender tanto de lo que se encuentra en el pasado como en el modo en que se decide definir el término.

Hasta aquí, acuerdo con Ankersmit en que hay una clara afinidad entre los postulados del giro lingüístico y la perspectiva acerca del lenguaje que podríamos atribuir a White. Más aún, en Verónica Tozzi, por ejemplo, encontramos una excelente apropiación pragmatista-heurística de la teoría histórica de White heredera del giro lingüístico que se revelará muy útil a los fines de esta investigación (Tozzi, 2009). En otras palabras, acuerdo con Ankersmit en que el tipo de crítica a supuestos ingenuos acerca del lenguaje que el giro lingüístico efectuó en el siglo XX de la mano de Ludwig Wittgenstein, Willard Van Orman Quine, Nelson Goodman, etc. es afín a la mirada irónica *para la historiografía* que White posibilita. Sin embargo, en el modo específico en que Ankersmit se apropia de estas teorizaciones, que comentaré a continuación, no coincido. Por mor de la claridad expositiva, dejaré el comentario de mi diferencia con Ankersmit (respecto de lo que presento a continuación) para más adelante.

Ahora bien, volviendo estrictamente a Ankersmit, el holandés afirma que tomando las lecciones del giro lingüístico para la teoría histórica y considerando central el modo en que se decide definir estos típicos términos históricos, podemos entender que distintas representaciones de diferentes historiadores del Renacimiento o la Ilustración serán todas *analíticamente verdaderas* ya que lo que han dicho acerca de esos procesos históricos puede ser derivado analíticamente del significado que ellos quieren darle a los términos “renacimiento” o “ilustración”:

²⁹³ Cfr. Ankersmit (2011: 53).

²⁹⁴ *Ibid.*, 55.

a veces, en la escritura histórica (queramos o no) podríamos ser incapaces de distinguir entre verdades *de dicto* y verdades *de re*. En este punto, se toman decisiones que determinarán en gran medida cómo veremos el pasado. El tipo de criterios que son decisivos aquí no son reductibles a cuestiones de verdad o falsedad, dado que se trata, esencialmente, de una decisión acerca de qué serie de verdades preferiremos a otras cuando estamos buscando el mejor relato de la(s) parte(s) relevante(s) del pasado. La verdad no es aquí el árbitro del juego sino lo que está en juego, por así decirlo.²⁹⁵

Ankersmit afirma que es una superstición empirista creer que si no podemos apelar al criterio de verdad caemos en el prejuicio, la irracionalidad y la arbitrariedad. En cambio, sostiene que podemos apelar a otros criterios como los relativos al alcance, poder explicativo, coherencia, consistencia y que el debate histórico es prueba suficiente de que hay criterios racionales para argumentar a favor de una u otra representación histórica, distintos del criterio de verdad. Contra el prejuicio empirista, nuevamente, Ankersmit sostiene que no debe interpretarse el giro lingüístico como una атаque a la verdad y una licencia para el relativismo dado que lo específicamente atacado es el estándar empirista que sostiene la distinción entre la verdad sintética/empírica y la verdad analítica. Al contrario, sostiene que la única inferencia legítima que podemos hacer gracias al giro lingüístico en el terreno de la teoría histórica es que “en la historia la verdad puede tener sus orígenes en las compulsiones del lenguaje no menos que en las de la experiencia” (37 inglés buscar cast). Retomando la cuestión de los diferentes modos de definir términos como “Renacimiento”, Ankersmit afirma que la perspectiva del giro lingüístico nos permite entender que el debate histórico será principalmente un debate sobre cómo se ha definido mejor el renacimiento y lo que se dice a partir de esa definición es “verdadero *por definición*, pero *verdadero* al fin.” En otras palabras, cada relato histórico sobre el renacimiento es verdadero, dado que “puede ser derivado lógicamente del modo en que el historiador en cuestión propuso definir el renacimiento.” (37 idem) Y ante el desacuerdo respecto de tales definiciones lo que está en juego no es cuál es la verdadera, sino qué verdades son “más útiles” que otras para captar la naturaleza del período en cuestión, es decir, qué definición del Renacimiento es más exitosa en interrelacionar significativamente la mayor cantidad de aspectos distintos del período en cuestión. Y esto, para Ankersmit, de ningún modo excluye la posibilidad de un debate histórico racional en la medida en que pueden ofrecerse argumentos convincentes para preferir una definición a otra.

Ankersmit propone, entonces, una distinción fundamental para su teoría histórica: la distinción entre “descripción” y “representación”. Se trata de dos niveles radicalmente distintos del lenguaje: el nivel de descripción está ligado a la investigación histórica y el nivel

²⁹⁵ Ibid., 57.

de representación, al texto histórico o escritura histórica. En el primer nivel, podemos analizar la referencialidad de los enunciados existenciales singulares que constituyen al texto histórico y, por tanto, su valor de verdad en términos de correspondencia. En el segundo, la representación no puede ser evaluada en términos veritativos –i.e. no puede ser falsada en relación con los enunciados del nivel de la descripción– sino en términos de coherencia, alcance y propiedades estéticas. Ankersmit distingue estos niveles en virtud de lo que concibe como una diferencia *lógica* de la siguiente manera. Nos ofrece como ejemplo de descripción el enunciado “Este gato es negro” para afirmar que en una descripción *siempre* podemos distinguir una parte que refiere (“este gato”) y una parte que atribuye una propiedad al objeto al que se refiere (“es negro”). En cambio, esta distinción no es posible en una representación del gato negro, como la que podríamos hallar en una imagen, como un cuadro o una fotografía, de ese gato. Cito:

No podemos identificar con absoluta precisión aquellas partes de la imagen que refieren exclusivamente al gato negro (como lo hace el término-sujeto en la descripción) y aquellas partes de la imagen que le atribuyen determinadas propiedades –como ser negro– como lo hace la parte predicativa de la descripción. Ambas cosas, tanto la referencia como la predicación, se dan en la imagen al mismo tiempo.²⁹⁶

E inmediatamente agrega que “lo mismo ocurre con la escritura histórica”. Ankersmit sostiene que “por una cuestión de principio” y no porque la historia sea una “ciencia inexacta en la cual la precisión absoluta respecto de la referencia es inasequible”, en la escritura de la historia (y en el texto histórico) la referencia y la atribución siempre van juntas. Pero para refinar la distinción, Ankersmit propone que restrinjamos el uso de “referir” al nivel de la descripción y, en cambio, denominemos a la relación entre la representación (histórica) y la realidad como “ser acerca de” (*being about*). Ahora bien, esta decisión teórica no se basa en que haya una “vaguedad lamentable en la representación” en contraste con su contraparte más sofisticada, la descripción. Ankersmit sostiene que la representación “es mucho más que una mera estación intermedia, tentativa e imperfecta, entre un encuentro no estructurado con la realidad y las certezas de la descripción verdadera.”²⁹⁷ La distinción propuesta, entonces, adquiere las siguientes características:

- 1) Tanto la descripción como la representación “están en relación con la realidad”; pero

²⁹⁶ *Ibíd.*, 62.

²⁹⁷ *Ibíd.*, 63.

- 2) la descripción *refiere* (*refer to*) a la realidad por medio de su término-sujeto; mientras que
- 3) la representación “como un todo” *es acerca de* (*being about*) la realidad. Además,
- 4) la referencia se fija objetivamente, es decir, “por un objeto en la realidad denotado por el término-sujeto de la descripción”; mientras que
- 5) “ser acerca de” es esencialmente inestable y no fijo porque es definido diferentemente por las descripciones contenidas en el texto de cada representación.

En la medida en que Ankersmit está resaltando la diferencia entre referir y “ser acerca de” como una diferencia en virtud del carácter inestable, impreciso, indeterminado de la representación, se ve obligado de aclarar que “la ausencia de las certezas de la descripción y la referencia” no debe ser motivo de lamento ya que el “ser acerca de” nos da el “espacio lógico” en el cual el pensamiento y la discusión históricos son posibles. Es más, agrega que en el momento en que la referencia reemplaza al “ser acerca de” se “esfuma” la comprensión histórica, que es relevada por la ciencia: el terreno específico de la comprensión histórica es el de la discusión sobre qué serie de descripciones en tanto incorporadas a una representación *representan mejor una parte de la realidad*; cuando nos movemos hacia la referencia, la discusión se transforma en aquella acerca de qué predicados son verdaderos de la realidad – que, para Ankersmit parece, es el terreno de la ciencia.²⁹⁸ De este modo, Ankersmit concluye que es el giro lingüístico el que le ofrece mejores herramientas para entender que en la escritura histórica el nivel del “hablar”, que corresponde a la descripción, y el de “hablar acerca de hablar”, la representación, se “entremezclan”, se “fusionan”, del modo en que Quine se refería al ascenso semántico. Cito a Ankersmit:

Como hemos visto, es en la fusión de estos dos niveles donde se anuncia la indiferenciación de la «compulsión del lenguaje» y la «compulsión de la experiencia» que tanto interesa a los defensores del giro lingüístico. Y es precisamente en la fusión del «hablar» y el «hablar acerca de» donde deberían ubicarse la comprensión y el debate históricos.

El texto histórico, entonces, contiene *tanto* el nivel del “hablar”, nivel en el que el historiador describe el pasado en términos de enunciados individuales acerca de los acontecimientos históricos, *como* el nivel “hablar acerca de hablar” “donde tiene lugar la discusión acerca de qué fragmento del lenguaje (i.e., qué texto histórico) representa mejor o se

²⁹⁸ *Ibid.*, 65.

corresponde mejor con algún fragmento de la realidad pasada”,²⁹⁹ el mismo nivel en el que se discute qué definición de “Renacimiento”, por ejemplo, permite una óptima comprensión de cierta parte del pasado. Ahora bien, Ankersmit se asegura de afirmar que, respecto de los enunciados individuales del nivel de la descripción, el texto histórico debe ser inobjetable porque considera que la determinación de la verdad de los enunciados individuales es “objetiva” y “precisa”. Es más, en un texto posterior no teme sostener que

uno puede bien ser (como ocurre que soy) un adherente a concepciones positivistas o empiristas de la escritura histórica para lo que sucede en el texto histórico al nivel de los enunciados, mientras es, al mismo tiempo, un adherente de una teoría de la representación histórica para el texto como todo.³⁰⁰

Este dualismo, tal como lo comprende Tozzi (Tozzi, 2009), responde al interés de Ankersmit de hallar el punto medio entre la pretensión empirista de desconocer los aspectos representacionales (en el sentido ankersmitiano) de la historiografía y el supuesto peligro del deconstruccionismo derrideano en la teoría literaria preservando un criterio de verdad por correspondencia para los enunciados individuales en tanto son el producto de la investigación histórica –pero, este criterio correspondentista no debe ser aplicado al texto histórico como un todo, es decir, en tanto representación. De este modo, el justo medio de Ankersmit consiste en darle al empirista la investigación histórica como el lugar en el cual la verdad de los enunciados singulares sobre los acontecimientos históricos puede ser determinada con precisión y objetividad; mientras que la escritura histórica, como la producción de textos históricos “como totalidades”, es el terreno de la representación. Y aquí, no es la teoría literaria, sino el giro lingüístico el que permitiría entender cómo no la verdad, sino el alcance, el poder explicativo, la coherencia, son los criterios *racionales* de decisión frente a distintas definiciones de períodos históricos que son todas *analíticamente verdaderas*. La utilidad del giro lingüístico para dar cuenta de la escritura histórica y el debate historiográfico residiría en que nos permite comprender la indeterminación de la compulsión del lenguaje y la compulsión de la experiencia, es decir, la fusión del nivel del “hablar” con el nivel del “hablar acerca de hablar” que es “donde la comprensión histórica y el debate histórico deben ser localizados.”³⁰¹

Ankersmit entiende el giro lingüístico como un método filosófico por el cual se interpreta que muchos (si no todos) los problemas filosóficos pueden resolverse (o disolverse) mediante un análisis detallado del lenguaje en el que esos problemas se afirman, ya que el

²⁹⁹ *Ibid.*, 64.

³⁰⁰ Cf. Ankersmit (2005: xiv).

³⁰¹ *Ibid.*, 64.

lenguaje puede engañarnos o hacernos equivocar y es el filósofo quien puede detectarlo. Ankersmit ejemplifica con la comparación entre el enunciado descriptivo “El gato es negro” y el enunciado, más complejo en su clase, “El Renacimiento es el nacimiento de la mente moderna”. El error empirista consistiría en creer que porque gramaticalmente estos enunciados son similares su análisis lógico debe ser idéntico, cuando en realidad la lógica del segundo enunciado es altamente compleja dado que bien puede suceder que este enunciado sea una síntesis de una específica representación del Renacimiento. Siendo su afirmación para Ankersmit el reflejo del acuerdo del hablante con esa representación específica. De este modo, el enunciado debe ser situado en el nivel del “hablar acerca de hablar”, porque no es otra cosa que un pronunciamiento implícito acerca del modo en que deberíamos hablar de la realidad, acerca de qué pedazo de lenguaje “emparejar mejor” con qué pedazo de realidad. Ahora bien, Ankersmit aclara que esto solo puede ser *justificado* sobre la base de lo que se dice del pasado en el nivel del “hablar”, el nivel de las descripciones individuales que esa representación contiene. Por lo que, finalmente, el análisis lógico y el método del giro lingüístico le permitirían explicar que la consideración de ese enunciado involucra tanto aspectos relativos a la representación —es decir, el nivel del “ser acerca de”, del texto histórico específico al que *se refiere* el término-sujeto “Renacimiento” del enunciado— como aspectos de descripción —es decir, la referencia, *tanto* en la medida en que el término-sujeto *refiere* a una representación *como* en la medida en que la referencia se hace a la *realidad pasada* por medio del término-sujeto de las descripciones contenidas en la representación.

Más allá de cómo ponderemos el análisis de Ankersmit, no deja de resultar llamativo que ahora hable de “referir a una representación”. Esto se debe a que Ankersmit sostiene desde sus inicios como teórico narrativista de la historia que las representaciones históricas son “sustancias narrativas”, cosas en el mundo. Términos como “Renacimiento” son los nombres propios de sustancias narrativas, es decir, de perspectivas o representaciones del pasado, el denominador común de un grupo de representaciones comparables a grandes rasgos. Cito a Ankersmit:

Por lo tanto, no existen *sólo* dos niveles, uno, el del pasado propiamente dicho y otro, en el cual el pasado es descrito en términos de propiedades que son atribuidas a objetos en el pasado, denominadas y referidas mediante los nombres propios mencionados en estas descripciones. (...) Deberíamos adoptar, en cambio, un modelo de *tres* niveles para dar cuenta de cómo la realidad histórica y el lenguaje del historiador se relacionan entre sí. Primero está el pasado propiamente dicho; luego tenemos el nivel de las descripciones (...); y tercero, el de la representación (histórica). Y toda vez que la descripción y las representaciones son lógicamente diferentes (...), deberíamos resistir el esfuerzo descriptivista por reducir toda representación a descripción.³⁰²

³⁰² *Ibid.*, 84.

Resistir el esfuerzo permite discutir los méritos de la representación apelando a criterios distintos del criterio de verdad que, como vimos, no se aplican en este nivel. Así, este modelo de tres niveles le permitiría usar las enseñanzas del giro lingüístico para mostrar cómo la discusión acerca del pasado puede suscitarse sobre la base de que un nombre propio como “Renacimiento” puede aparecer tanto en el segundo como en el tercer nivel, refiriendo tanto a un objeto en el pasado (segundo nivel) como a una representación del pasado (tercer nivel). El mismo nombre puede “hacer ambas cosas”.

Ankersmit culmina su caracterización del nivel de representación que los empiristas desean ignorar refiriéndose al aspecto “peculiarmente idealista” de la representación. Entiende que “existe una correspondencia entre el representado y su representación que no tiene su contraparte o equivalente en la descripción”.³⁰³ existen restricciones de coherencia y consistencia ajenas a la descripción, porque el modo en que se decide conceptualizar la realidad al nivel de la representación determina lo que encontraremos en el nivel del representado (es decir, la realidad en sí misma).³⁰⁴ Inmediatamente afirma que no está diciendo que la representación “cree” la realidad -afirmación que atribuye a los extremistas deconstruccionistas o narrativistas de los que busca diferenciarse- sino solamente que una decisión en el nivel de la representación determinará lo que encontremos en el nivel de lo representado porque la realidad permanecerá caótica hasta que no se tome alguna decisión y no haya sido elegido ningún nivel de representación para ordenar el caos. Ankersmit sostiene que “los contornos de la realidad, aunque no la realidad *en sí misma*, sólo pueden ser definidos si son representados por una representación.” Y continúa: “El forzar una decisión sobre si estos contornos tienen su origen en la realidad o en la mente es tan inútil y engañoso como la pregunta acerca de si América existía antes de que la gente comenzara a usar el nombre propio «América». En cierto sentido sí, pero en otro no; y deberíamos conformarnos con esta ambigüedad.”³⁰⁵

También sostiene que la representación penetra más profundamente la realidad que la descripción, que constituye la “superficie” del pasado, de lo que es dado intersubjetivamente. En el nivel profundo de la representación, “la realidad se vuelve opaca y multiestratificada” y no nos brinda criterios para la consistencia representativa. La representación, entonces, hace que la realidad misma “se despliegue en esta infinidad de estratos diferentes” y la realidad se

³⁰³ *Ibid.*, 68.

³⁰⁴ *Ibid.*, 69.

³⁰⁵ *Ídem* nota anterior.

adaptaría en consecuencia. Los criterios de alcance, coherencia y consistencia que la representación debe acatar “viven exclusivamente en el mundo de la representación y no en el del representado”, de modo que no tiene sentido hablar de una “realidad coherente”, para Ankersmit, ya que ese predicado solo se aplica a las representaciones. Aunque un texto histórico sea como suma de descripciones inobjetable, esto no es suficiente. Es el nivel de la representación (el de la escritura histórica) aquel en el que el texto histórico nos da “la personalidad” de un período. Estas últimas afirmaciones aluden a teorizaciones de Ankersmit anteriores a *Historical Representation*, donde ha propuesto una concepción pictórica del texto histórico, a diferencia de la concepción literaria whiteana. Me refiero específicamente a “Statements...”, donde Ankersmit toma la caracterización de la densidad y repleción de la obra de arte pictórica de Goodman como características del “lenguaje del arte”. Así, el nivel de la representación, como nivel del texto como totalidad, es mejor entendido según Ankersmit como semejante a una imagen pictórica, que como semejante al enunciado (nivel de la descripción).

Cuando más adelante aborde las críticas de Ankersmit al uso de la teoría literaria por parte de White (capítulo 4), veremos que no teme hablar de la representación como “forma lingüística” que da “forma y significado” al pasado, siendo los conceptos (“Renacimiento”, “Ilustración”, por ejemplo, o sea, los nombres propios de las sustancias narrativas) las *contrapartes lingüísticas de las formas en la realidad*. Sin embargo, habiendo presentado simplemente hasta aquí algunos aspectos de su posición como *otro modo* de aceptación irónica de la narración histórica, es momento de presentar las conclusiones correspondientes.

3.4 White, la Nueva Filosofía de la Historia y el giro tropológico: de la narración a la figuración

En la anterior exposición de algunas tesis de Ankersmit intenté mostrar que este filósofo de la historia también asume una perspectiva acerca de la narración histórica que podemos hacer dialogar con la paradoja que señalamos en el capítulo anterior y que, entonces, puede ser interpretada como una aceptación irónica de la narración histórica. Si recordamos “El Dilema...”, Ankersmit describe su punto de partida problemático de un modo casi idéntico al que nos presentaba White: entendemos la narrativa histórica como una “estructura lingüística compleja especialmente construida con el propósito de mostrar parte del pasado”. Ahora bien, el análisis de esa estructura lingüística conduce inmediatamente a rechazar la interpretación de “mostrar el pasado” como conducente a una concepción del lenguaje que

también ve *rechazada* por White y, por tanto, lo considera el autor intelectual del giro lingüístico en la filosofía de la historia anglosajona contemporánea: que “el lenguaje del historiador es un medio transparente, pasivo *a través* del cual podemos ver el pasado”. Rechazar esta concepción conduce a Ankersmit exactamente a donde White nos llevó: a pensar el lenguaje en la historiografía en sus aspectos poéticos, tropológicos, figurativos. Y es exactamente esta tesis afirmativa acerca del lenguaje la que Ankersmit considera idéntica a los postulados del giro lingüístico que, formulada como tesis acerca de la historiografía, conduce a afirmar que nuestra comprensión del pasado está determinada no solo por cómo el pasado ha sido, sino *también* por el lenguaje usado por los historiadores para hablar acerca de él.

Si bien White y Ankersmit acuerdan en que la narrativa histórica es una estructura lingüística compleja y que, entonces, el problema central de la filosofía de la historia debe ser el lenguaje histórico, existe un claro desacuerdo respecto de los desarrollos acerca del lenguaje a los que apelar. White mismo señalará su acuerdo con Ankersmit respecto de la cercanía entre el giro lingüístico (entendido específicamente como los desarrollos en filosofía del lenguaje y de la ciencia anglosajonas) y los postulados de la teoría literaria a los que él reúne bajo la categoría de *concepción tropológica* del lenguaje:

filósofos tales como Quine, Searle, Goodman y Rorty ya estaban demostrando la dificultad de distinguir lo dicho frente a cómo era dicho incluso en los discursos de las ciencias físicas y, por supuesto, en discursos no formalizados como la historia. Sus trabajos confirmaron lo que había sido un presupuesto básico de la lingüística moderna. Esto es, que el lenguaje nunca es un conjunto de formas vacías que esperan ser colmadas con un contenido fáctico y conceptual o que irían asociadas a referentes preexistentes en el mundo, sino que está en sí mismo en el mundo como una cosa «entre cosas» y que, ya antes de formalizarse en una preferencia, incluye contenidos figurativos, tropológicos y genéricos. Todo esto condujo a que las distinciones entre escritura imaginativa y realista y entre discurso ficcional y fáctico, que habían sentado las bases para el análisis del escrito historiográfico (...) tuvieran que ser reconsideradas y reconceptualizadas.³⁰⁶

Pero si bien White reconoció el significativo aporte de Ankersmit a la indagación de la narrativa histórica e incluso admitió cierta cercanía entre su posición y el giro lingüístico anglosajón, su preferencia por la teoría literaria permaneció inalterable.³⁰⁷ Más aún, no solo difieren en los recursos que consideran más apropiados para dar cuenta de la representación histórica sino que desarrollan concepciones filosóficas acerca del lenguaje muy distintas. Mientras para White adquiere relevancia la perspectiva de la historiografía como “discurso” y “narrativización” -tal como se evidenciará posteriormente en *The Content of the Form* y *Figural Realism-*, Ankersmit abandonará la idea de narración por la noción de *representación*

³⁰⁶ Cf. White (2003: 148-149).

³⁰⁷ Cf. White (1999: 178 n.6) y (2003: 148).

y más tarde renegará radicalmente de su pasado narrativista sosteniendo la necesidad de pensar la *experiencia* histórica (Ankersmit, 2005).

Ahora bien, más allá de las derivas teóricas específicas de White y Ankersmit, considero que la aceptación irónica de la narración histórica que reconstruí en White, más el modo en que considero que Ankersmit también asume esta posición bajo la interpretación de la intervención whiteana en la filosofía de la historia como un tipo de giro lingüístico, me permiten proponer una caracterización general del efecto teórico de *Metahistoria*: denominaré *giro tropológico* a la perspectiva de indagación del lenguaje y la narración en la historiografía que parte del rechazo del supuesto que hace del lenguaje un medio transparente a través del cual se reflejaría el pasado. Contra esta perspectiva, se concibe al lenguaje histórico *tropológico* o *figurativamente* al focalizar su carácter poético o productor de significado. Dicho en pocas palabras, el giro tropológico que White habilita nos conduce a sostener que *toda representación es un modo de figuración*. Asumir una perspectiva tropológica del lenguaje histórico implica, en palabras de White, que no se puede evitar la figuración en el discurso. Es exactamente en este posicionamiento respecto del lenguaje que Ankersmit, en primer lugar, coincide y en segundo lugar, acierta al ver una cercanía entre el movimiento producido por el narrativismo whiteano y el giro lingüístico, en la medida en que la imposibilidad de distinguir lo que se dice del modo en que se dice es el punto de coincidencia entre ambos.

Ahora bien, hay tres aspectos de lo que tomo como perspectiva tropológica que es necesario identificar y, aunque estén íntimamente relacionados, diferenciar: en primer lugar, el giro tropológico es posible en virtud del rechazo de una consideración del lenguaje como “transparente”, “medio pasivo”, “espejo de lo real”, “forma vacía” y todas aquellas metáforas que lo describen como neutral y aproblemático en tanto recurso representacional. En segundo lugar, a partir de este rechazo es posible proponer otra perspectiva, a saber, la concepción tropológica que mínimamente afirmaría que el lenguaje usado para dar cuenta del pasado contribuye *significativamente* al modo de representarlo, en el doble sentido de “ser relevante” y “productor de significado”. Y en tercer lugar, de qué se trate esa “contribución” del lenguaje a la representación histórica constituye tanto un problema como una línea de investigación para la filosofía de la historia.

En síntesis, si hablamos de una Nueva Filosofía de la Historia, entonces, hablamos de la habilitación, gracias a White, de nuevas cuestiones a indagar acerca de la producción de conocimiento histórico tanto como de nuevos interrogantes a responder. En particular, este *giro tropológico* fue insistentemente criticado por conducirnos a una prisión del lenguaje. Si

no es la pertinencia, es la insistencia de esta crítica la que atraviesa el debate narrativista. Debe reconocerse que la objeción de determinismo lingüístico dirigida a White encuentra una cierta plausibilidad cuando presenta la concepción tropológica del lenguaje *stricto sensu* como los cuatro *Master Tropes* que reaparecen recurrentemente en el discurso y se presentan como un sistema de figuración cerrado, incluso con una lógica interna de derivación (donde una aprehensión metafórica del campo histórico conduce a una metonímica; ésta a una sinecdótica; luego a una aprehensión irónica, retornando -circular o dialécticamente, depende la interpretación- a la metáfora y reiniciándose el ciclo tropológico). Es cierto también que en algunos pasajes de *Tropics of Discourse* White se refiere a que “no hay escapatoria al poder determinativo del lenguaje”³⁰⁸ e incluso aparecen expresiones ambiguas acerca de los tropos como “estructuras de la conciencia”.³⁰⁹ White, a lo largo de su obra, fue debilitando esas afirmaciones más susceptibles de ser interpretadas deterministamente, explícitamente rechazó sostener un determinismo lingüístico, aunque no renunció a la utilidad de la cuádruple clasificación de los recursos tropológicos del lenguaje. También encontramos una oportunidad para esa objeción cuando en algunos pasajes White, pero más aún Ankersmit, se deslizan *desde* la caracterización figurativa o poética (incluso, autorreferencial) del lenguaje histórico como opuesta a la metáfora de la transparencia, *hacia* la caracterización del lenguaje como *opaco*. Este desliz -que fue un lugar común de las tesis más provocativas de muchos autores que hoy vemos como parte del giro lingüístico en general en la filosofía (y fuera de ella) del siglo XX- puede reiterar o meramente invertir la misma lógica de la metáfora de la transparencia, i.e., una consideración visual-perceptiva del lenguaje que correspondería en realidad desechar directamente si *damos* coherentemente el *giro tropológico*. O quizás, en lugar de interpretar que es la misma consideración del lenguaje pero ahora de signo contrario y con consecuencias negativas o incluso escépticas, podemos aventurar otra interpretación de la afirmación más polémica con la que se identifica en general al giro lingüístico. Me refiero a “El lenguaje es una *cosa* entre las cosas”: podemos pensar que esta expresión no es sino una catacresis, táctica figurativa básica de la ironía, ya que: ¿no es acaso “giro lingüístico” el modo de denominar a la perspectiva sobre el lenguaje que se abre productivamente a partir de esta metáfora “manifiestamente absurda destinada a inspirar segundos pensamientos irónicos acerca de la naturaleza de la cosa caracterizada”?³¹⁰ A esto me refiero cuando considero que la Nueva Filosofía de la Historia por White inaugurada hace

³⁰⁸ Cfr. White (1978:105).

³⁰⁹ Cfr. White (2003: 63).

³¹⁰ Cfr. White (1992: 45).

del lenguaje una *cuestión*, es decir, tanto un nuevo problema como una línea de investigación; o, en otras palabras, el nuevo *objeto* de estudio. En el próximo capítulo explicitaré por qué considero el giro tropológico de White como una *perspectiva irónica* respecto del lenguaje en la historia.

Finalmente, existe un cuarto aspecto de la perspectiva tropológica que considero fundamentalmente afirmado en White (continuado en parte por el primer Ankersmit): la finalidad agenciadora respecto del uso del lenguaje que el giro tropológico pretende tener. White buscó explícitamente combinar el reconocimiento de que *toda representación es un modo de figuración* –lo que hace al carácter irónico de su reflexión– con la empoderadora exhortación a aceptar las consecuencias de ese reconocimiento *auto-críticamente*, de modo de *explorar y elegir* entre los modos de figuración disponibles:

Un punto que intenté tratar en *Metahistoria* era que, debido a que el lenguaje ofrece diversas formas de construir un objeto y fijarlo en una imagen o concepto, los historiadores tienen una elección entre las modalidades de figuración que pueden usar para tramar las series de acontecimientos manifestando diferentes significados. No hay nada de determinista acerca de esto. Los modos de figuración y de explicación pueden ser limitados, pero las posibilidades de combinación en un discurso dado son prácticamente ilimitadas.³¹¹

Este último aspecto hace posible pensar en *narrar sin narrativizar*, i.e., reconocer la inevitable producción de significado, la *figuración*, al representar lo histórico –es por esta razón también que esta tesis doctoral sigue el giro tropológico a partir de White como una reflexión *desde* la paradoja de la narración histórica *hacia* una perspectiva tropológica sobre el lenguaje *para retornar*, como veremos, a una *refiguración* de la narración histórica. La distinción misma entre narrar y narrativizar es posible porque se asume una concepción tropológica del lenguaje y se desplaza, de este modo, una perspectiva literalista-fundacionista sustentada en la creencia (o *root-metaphor*, siguiendo a Pepper) en la transparencia del lenguaje. He aquí la tarea señalada por White (y Mink, recordemos) de reconsiderar y reconceptualizar las distinciones heredadas para asumir la complejidad de la delimitación entre lo literal y lo figurativo, lo fáctico y lo ficcional, lo real y lo imaginario en la representación histórica. He aquí el narrativismo, despojado de toda aceptación peyorativa, constituido en una Nueva filosofía de la historia.

³¹¹ Cfr. White (2003: 49).

4- El giro tropológico de la Nueva Filosofía de la Historia

4.1 El giro tropológico de White: la figuración como perspectiva irónica del uso del lenguaje en la historiografía

En el primer capítulo de esta tesis afirmé que es plausible resumir en cuatro tesis por qué *Metahistoria* inaugura una Nueva filosofía de la historia, tesis que a su vez resumen mi interpretación y apropiación del legado whiteano. A saber:

5. Tesis de la función *poética* o *figurativa* del lenguaje en la historiografía.
6. Tesis del *carácter narrativo* del discurso histórico.
7. Tesis del límite de la pretensión de representación *realista* de los procesos históricos.
8. Tesis del *doble carácter libre-condicionado* de la *escritura* de la historia

Quisiera concentrarme en este capítulo en las primeras tres tesis que considero que hemos transitado en detalle hasta aquí en virtud de lo reconstruido en los capítulos 2 y 3. Como adelanté al inicio de esta investigación, estas primeras tres tesis definen el carácter de *figuración* de toda escritura histórica: porque es *creativo-constitutiva* de su objeto de estudio, porque lo representa *narrativizándolo*, y porque al ser constitutiva y narrativizadora supone *un* modo de representación realista *entre otros*. Propuse también agrupar estas tres tesis en *una tesis general acerca del carácter figurativo de la escritura histórica* en tres sentidos: 1) en tanto *lenguaje*; 2) en tanto *narración*; y 3) en tanto *representación realista*. Al aceptar esta tesis general del carácter figurativo de la historiografía estoy intentando asumir al igual que White una posición no ingenua acerca del lenguaje, la narración y la representación histórica que no conduce necesariamente a una posición escéptica respecto del conocimiento histórico. En este capítulo, entonces, considero necesario transitar algunas críticas que White ha recibido que atacan esta tesis general acerca de la figuración y la historia, o bien desconfían de sus consecuencias. Ahora bien, quisiera en primer lugar mostrar por qué considero que el *giro tropológico* de White al permitirnos pensar la historiografía (o representación histórica, o narración histórica, que asumimos como sinónimos) como *figuración* nos conduce a una *perspectiva irónica* sobre el uso del lenguaje.

Denominé *giro tropológico* a la perspectiva de indagación de la historiografía que parte del rechazo del supuesto que hace del lenguaje un medio transparente a través del cual

se reflejaría el pasado. Contra esta perspectiva, se concibe al lenguaje histórico *tropológica* o *figurativamente* al focalizar su carácter poético o productor de significado. Dicho en pocas palabras, el giro tropológico que White habilita nos conduce a sostener que *toda representación es un modo de figuración*. A su vez, en el capítulo anterior especificué tres aspectos del giro tropológico:

1) que parte del rechazo de una consideración del lenguaje como neutral y apromblemático en tanto recurso representacional (i.e., presentado a través de las metáforas de “transparente”, “medio pasivo”, “espejo de lo real”, “forma vacía” etc.);

2) que el rechazo de ese supuesto habilita una concepción tropológica que afirma que el lenguaje contribuye *significativamente* al modo de representar los procesos históricos —en el doble sentido de “ser relevante” y “productor de significado”; y

3) que fue un problema tanto como una nueva línea de investigación para la filosofía de la historia dar cuenta de esa “contribución” del lenguaje a la representación histórica.

Considero que si el giro tropológico nos conduce a indagar la narración histórica como figuración es porque supone asumir una *perspectiva irónica* sobre el uso del lenguaje para representar realísimamente el pasado. Empleo el adjetivo *irónica* para esta perspectiva —siguiendo la caracterización de la ironía de White en *Metahistoria*— porque considero que tiene como condición de posibilidad un distanciamiento crítico, efecto propio de la enunciación irónica respecto de aquello a lo que se refiere por el cual se focaliza al lenguaje como un *objeto* de estudio. Ahora bien, por “objeto” no es necesario entender *cosa* u *opacidad*, sino simplemente una entidad teórica que demanda indagación. A esto me refería cuando afirmé que la enunciación polémica de que el lenguaje “es una *cosa* entre las cosas” puede ser mejor pensada como una catacresis o *táctica irónica* para denominar a la perspectiva sobre el lenguaje que se abre productivamente a partir de esta metáfora manifiestamente absurda que intenta problematizar, cuestionar o incluso *desnaturalizar* lo así caracterizado. Nuevamente, a esto me refiero cuando considero que el giro tropológico de White hace del lenguaje *en la historia* una *cuestión*.³¹² Justamente, intentaré rechazar en este capítulo la interpretación de la caracterización figurativa o poética del lenguaje histórico que, para oponerla a la metáfora de la transparencia, lo describe como *opaco*. No se trata de invertir la lógica de la metáfora visual-perceptiva del lenguaje, sino de pensar la figuración fuera de los extremos

³¹² Lo mismo sostiene Tozzi en Tozzi (2009: 193).

transparencia-opacidad, o medio-cosa. Para ello, tomo también de White la caracterización de la ironía como *metatropológica* en tanto “representa un estado de conciencia en que se ha llegado a reconocer la naturaleza problemática del lenguaje mismo”.³¹³ Ahora bien, aquello de lo que predico la cualidad de *irónica* es de la clasificación de esta perspectiva como una actitud de *aceptación* del uso del lenguaje porque considero que White propone reconocer este carácter problemático del lenguaje y sus posibilidades figurativas para *hacer uso cognitivamente responsable* de ellas en la representación de los acontecimientos históricos. White opone la ironía a la ingenuidad de los demás tropos por ser esta un uso lingüístico *autoconsciente* y *autocrítico* respecto de las posibilidades mismas del lenguaje de caracterizar exitosamente la realidad. Entonces, interpreto en White una *aceptación irónica* en tanto *autocrítica* porque -tal como sostuve cuando me refería a su actitud teórica frente a la paradoja de la narración histórica- simultáneamente reafirma la utilidad de la producción de relatos acerca de lo pasado y señala los límites del discurso narrativo como modo de dar cuenta de lo histórico -a lo que podemos agregar ahora: *en tanto discurso*. Efectivamente, si recordamos lo transitado en el capítulo anterior acerca del tramado, la concepción tropológica del lenguaje y la noción de código o codificación, podemos ahora ver que la noción de discurso allí presentada resume lo que denomino *figuración*, i.e., el triple carácter lingüístico, narrativo y representacional de la historiografía. Por otra parte, es en el nivel del discurso donde la mayor libertad *relativa* del hablante se hace manifiesta -lo que nos conduce a la cuarta tesis de *Metahistoria*, a la que me dedicaré más adelante. En síntesis, si hablamos de la historiografía como discurso -tal como White nos propone- la entendemos como figuración y, por tanto, asumimos una perspectiva irónica acerca del *uso* del lenguaje para dar cuenta del pasado.

La insistencia en las aclaraciones acerca de la caracterización de la narración histórica como discurso y, por tanto, figuración, sostenidas en una perspectiva irónica acerca del uso del lenguaje, se debe a que estoy intentando allanar el terreno teórico para la discusión de dos objeciones interesantes y desafiantes para esta tesis, más aún si pensamos la contradicción que encierra endilgarle a White que la misma teoría conduce o bien, a un determinismo lingüístico que hace del historiador un prisionero del lenguaje, o bien, a un libre arbitrio *arbitrario* -si se me permite la cacofonía- que lo caricaturiza como un mero escritor literario. Transitaremos también otras críticas u objeciones subsidiarias, pero querría ya mismo presentar una cita textual de White acerca de qué entiende por “tropología”, a la que volveré una y otra vez para responder a ambas objeciones:

³¹³ Cfr. White (1992: 46).

La tropología es una teoría del discurso, no de la mente o de la conciencia. Aunque supone que no se puede evitar la figuración en el discurso, la teoría, lejos de implicar un determinismo lingüístico, busca proporcionar el conocimiento necesario para una libre elección entre diferentes estrategias de figuración.³¹⁴

Es en atención a la tropología como teoría del discurso que tematiza la figuración como *inevitable* a la vez que *sustentada en una elección de estrategia representacional* que responderé en favor de White a las críticas reseñadas. Un relevamiento completo de las críticas efectuadas a White o la perspectiva de la Nueva Filosofía de la Historia en general es una tarea demasiado extensa para esta tesis. Por tanto, he seleccionado las críticas que considero más pertinentes para el tema de esta investigación, aquellas que se dirigen en particular al nivel de relevancia adjudicado por White a la escritura histórica y a las supuestas consecuencias para la práctica historiográfica de su adopción de la teoría literaria en general y la tropología, en particular. De este modo, White es criticado porque su teoría del escrito histórico:

1. Soslayaría la fase de investigación sustentada en fuentes propia de la disciplina como consecuencia de la centralidad otorgada a la escritura histórica.
2. Redundaría en un determinismo o relativismo lingüístico.

Fruto de dar por válidas las objeciones anteriores o en acuerdo con ellas, también se la ha criticado a White las siguientes consecuencias teóricas negativas:

- a. la negación del correlato ontológico de los discursos históricos
- b. el colapso de la distinción entre historia y ficción
- c. la asunción de una posición imposicionalista respecto de la estructura narrativa utilizada por el historiador para dar cuenta de su objeto de estudio

Esta serie de críticas ataca la perspectiva whiteana en particular, pero también su carácter fundante de una Nueva Filosofía de la Historia. Evaluaré esos cuestionamientos como desafíos a la perspectiva que esta tesis pretende continuar.

³¹⁴ Cfr. White (2003: 171).

4.2 “El historiador no es un mero escritor literario”: crítica al soslayamiento de la investigación histórica

Dado que White centra su atención en la producción de textos históricos se le ha criticado que la importancia que da a la escritura de la historia soslaya la centralidad de la investigación en fuentes, registros, archivos, reliquias, etc., llevada a cabo por el historiador y necesaria para cualquier intento de realizar afirmaciones legítimas acerca del pasado. Aunque no se niega que el historiador compone un discurso, una estructura verbal concreta para comunicar el resultado de sus investigaciones, el crítico pone en duda que esta composición modifique o influya en los resultados que debe simplemente comunicar. De este modo, el objetivo de esta crítica fundamentalmente es defender el aspecto de investigación empírica en que consiste la historia y que se considera soslayado por White.

Es Arthur Marwick en su artículo “Two Approaches to Historical Study: The Metaphysical (Including “Postmodernism”) and the Historical”³¹⁵ de 1995, quien ofrece un ejemplo paradigmático de este tipo de crítica. Además de tratarse de una evaluación de la posición whiteana desde el punto de vista de un historiador, el artículo resulta pertinente dado que contamos con una directa respuesta de White publicada posteriormente en la misma revista. Sin embargo, responderé a la objeción primordialmente a partir de la perspectiva de esta tesis y sólo parcialmente apelaré a la respuesta efectiva de White. Las objeciones de Marwick son una excelente oportunidad para observar qué aspectos de la idea que el historiador académico se hace de su quehacer son puestos en cuestión por White, razón por la cual su teoría generó tan fuerte polémica. También es interesante como ejemplo de la identificación crítica o peyorativa de White como “posmoderno”.

La primera objeción de Arthur Marwick se dirige a lo que considera una distinción radical en White entre la fase de investigación y la fase de composición de un discurso que comunica los resultados de esa investigación; en segundo lugar, critica las afirmaciones de White acerca de la relación entre el historiador y el lenguaje que utiliza. La perspectiva de White acerca de la discursividad de la historia soslayaría un rasgo fundamental de la empresa histórica: su sustento en la investigación de fuentes. A lo largo de todo el artículo Marwick insiste en que la disciplina ha desarrollado “principios y métodos” para el estudio “serio” de las fuentes y que el enfoque whiteano no sólo los desconoce sino que atenta contra ellos al presentar al historiador como un mero escritor y a su empresa como una rama de la literatura.

³¹⁵ Cfr. Marwick (1995).

La estrategia de Marwick para revalidar el rol de la investigación no es negar el aspecto de escritura propio de la historia –aspecto que reconoce, aunque desestima, como veremos– sino argumentar que ambos elementos de la tarea del historiador están mutuamente implicados, que constituyen una tarea “iterativa”³¹⁶, de ida y vuelta de las fuentes a la escritura y viceversa. Marwick acentúa constantemente cómo el historiador investiga en las fuentes hasta necesitar traducir esos resultados en forma escrita, cómo puede también abandonar la escritura para volver a las fuentes cuando una cuestión no le es clara, donde el ejercicio de escritura mismo puede revelar inconsistencias en las conclusiones arribadas, y retomar la escritura, modificándola, a partir de los nuevos resultados del análisis:

Al avanzar la investigación, el historiador comienza a sentir que algunas respuestas a las cuestiones que él o ella se propuso contestar, aunque sólo sean preliminares, están comenzando a surgir, que ciertas relaciones, ciertas cadenas de explicación, se están volviendo insistentes, que nuevos problemas están surgiendo y los viejos se redefinen. No hay fórmula, ni horario, para esto, pero en un cierto punto el historiador sentirá la necesidad de convertir las notas en prosa continua, de comenzar a bosquejar un artículo o libro, o escribir una sección de un capítulo de un libro.

Marwick luego afirma que es posible pensar en algún “genio” que no necesitara de la “prosa continua” porque pudiera “unir en su cabeza” todas las respuestas, aspectos, asuntos y relaciones, e inmediatamente agrega:

Pero para la mayoría de nosotros, escribir es absolutamente esencial para articular, e incluso formular, los relatos³¹⁷ complejos, interrelacionados que la escritura de la historia es. Si una pieza de análisis o explicación no funciona en la página, entonces rápidamente se vuelve claro que debe estar mal. Muy probablemente nueva investigación deberá ser hecha o, como mínimo, deberá haber mucho más pensamiento y rumiar sobre las notas.³¹⁸

El objetivo de Marwick es convencer a su lector de que White se equivoca en su caracterización del rol de la escritura histórica dado que el historiador no se dedica primero a investigar y luego a escribir sino que ambos aspectos de su quehacer se encuentran sumamente interrelacionados, incluso afectando lo que pueda “aparecer” en lo escrito a lo investigado y viceversa. La crítica de Marwick objeta la supuesta distinción tajante que White haría entre investigación y escritura como fases independientes de la práctica de la disciplina y propone, en su lugar, una descripción en términos iterativos de un mismo proceso de ida y vuelta de las fuentes al texto, que respetaría la complejidad de la tarea del historiador.

³¹⁶ *Ibid.*, 22. Debe señalarse que este uso de “iterativo” es completamente distinto al que reconstruiré como aporte de Judith Butler a la tematización de la performatividad en el capítulo 7.

³¹⁷ Traduzco “relato” por no encontrar una mejor acepción, pero Marwick emplea el término más general “*account*”.

³¹⁸ *Ibid.*, 22.

Mi primera respuesta para la objeción de Marwick se limita a señalar la mala interpretación que hace de la relación entre investigación y escritura en White. No se trata de una distinción de tareas anteriores y posteriores, de fases desconectadas entre sí: no afecta el punto de White que reconozcamos como plausible la descripción de la tarea del historiador que nos presenta Marwick, dado que White no negaría ese carácter iterativo del proceso de investigación y la escritura. El punto es que no es eso lo que está analizando: White aborda la obra histórica como estructura o artefacto verbal. Por lo tanto, para su análisis poco puede servirnos el detalle de las peripecias individuales de su composición. Cuando White habla de la composición de una obra histórica no se refiere a los momentos más continuos o discontinuos de su escritura efectiva, sino a las operaciones lingüístico-figurativas que podemos identificar en la narración histórica como artefacto verbal que hacen al modo en que el lenguaje usado por el historiador constituye su objeto de estudio. Desde este punto de vista, cuánto tiempo, borradores, correcciones o remisiones de fuentes a texto o viceversa hayan sido necesarios no son relevantes y no arrojan ninguna luz sobre el problema de la obra histórica como estructura verbal. Más aún, podría pensarse que la descripción de Marwick es irrelevante porque remite a las peripecias en el manejo de fuentes y en la “traducción” a la escritura de la investigación sin dar cuenta de qué aporta específicamente la escritura a la explicación que el historiador ofrece. Marwick a lo sumo reconoce “ciertas peripecias” desde la perspectiva individual del historiador, pero como vimos en el primer capítulo, White explícitamente se diferencia de una perspectiva psicologicista o biográfica para dar cuenta del discurso histórico porque está interesado en indagar los mecanismos figurativos que constituyen la representación del pasado que ofrecen los textos históricos cuando los abordamos como estructuras verbales. Además, en todo caso, la única prueba de la veracidad o adecuación de esa descripción del proceso iterativo entre investigación y escritura sería su enunciación por parte del historiador. Esto implicaría que, para comprender cabalmente una obra histórica, deberíamos tener a disposición no sólo la obra sino la manifestación del historiador mismo de las etapas y peripecias del proceso (¿mental?) que culminó en la obra. Como White mismo señaló: “cuando nos ocupamos de la historia del escrito histórico, son las intenciones del texto las que deberían interesarnos, no las intenciones del escritor”.³¹⁹

Pero existe una contraobjeción más que podemos tomar de White mismo, que reaparece una y otra vez en sus textos y que citaré de uno de sus últimos escritos. En la reciente compilación *Philosophy of History After Hayden White*, editada por Robert Doran,

³¹⁹ Cfr. White, 2003, p. 61.

White retoma y sintetiza su permanente crítica al modo de concebir el vínculo entre investigación y composición de un discurso en historia, que nada tiene que ver con las peripecias a las que alude Marwick. Justamente, White critica una distinción radical entre investigación y escritura que funciona como supuesto de la práctica historiográfica en la “perspectiva convencional” no en tanto una actividad sea anterior o no a la otra –que es la distinción equivocada que Marwick atribuye a White-, sino en tanto

la forma del discurso del historiador (su forma como relato) fue concebida como contingente y separable (*detachable*) de sus contenidos (información y argumento) sin pérdida conceptual o informacional significativa. Y esto por dos posibles razones: o bien el relato contado en el discurso era una imagen mimética de una concatenación de acontecimientos que, una vez establecidos como hechos, podía mostrarse que efectivamente manifestaban la misma forma que el relato contado acerca de ellos; o bien el relato contado acerca de los acontecimientos era simplemente un instrumento o medio de comunicación usado por el historiador para transmitir información acerca de un tema extraño a una audiencia leiga considerada incapaz de comprenderlo en su forma historiológicamente procesada.³²⁰

Es White quien critica una distinción radical errónea entre investigación y composición de un discurso en virtud de reducir la forma narrativa del relato histórico o bien a ser una “mera copia” de la forma de los acontecimientos mismos –lo que redundaría en una visión ingenua de la narrativa como “forma misma” de la realidad representada- o bien a ser un instrumento o medio de comunicación “transparente” o “neutral” que solo se limitaría a transmitir información a una audiencia leiga. La primera forma de la distinción naturaliza la forma narrativa como estructura de lo real-histórico; la segunda, es deudora de una consideración del lenguaje como mera forma o medio transparente, que en realidad recae en la misma naturalización de la primera versión de la distinción, suponiendo, a su vez, un instrumentalismo ingenuo entre el hablante y el código de comunicación. Ambas versiones de la distinción criticada por White son inaceptables una vez que hemos dado el *giro tropológico*. Justamente, White en este mismo texto alude a la imposibilidad de sostener estas visiones ingenuas de la relación entre la forma narrativa y sus supuestos referentes en virtud del *giro discursivo* dado por las ciencias humanas que desplazó la atención del objeto o referente de la investigación histórica hacia “los productos de esa investigación, los textos escritos en los cuales los historiadores presentaban sus descubrimientos”.³²¹ Es este *giro discursivo* el que cambia el foco de interés hacia la escritura que, sin negar que la historiografía implica investigación en fuentes, registros, etc., problematiza la función del

³²⁰ Cfr. White (2013: 38-39). Es interesante que White esté retomando, voluntariamente o no, la tesis de Mink de la inseparabilidad (*undetachability*) de las conclusiones del historiador de su forma narrativa.

³²¹ *Ibid*, 38.

lenguaje en la producción de conocimiento histórico en la medida en que atiende a las operaciones figurativas que la representación narrativa de los acontecimientos históricos supone. Y esta problematización es, como ya he señalado, un cambio en la perspectiva acerca del lenguaje.

Justamente, el punto de disenso entre White y Marwick es más profundo porque remite a la concepción del lenguaje supuesta por cada uno. Esto se observa en una ulterior crítica de Marwick donde recae exactamente en el instrumentalismo ingenuo que White critica. Cito a Marwick:

El lenguaje *es* importante: es la única herramienta con la cual los historiadores pueden escribir y comunicar sus resultados. Pero dada la experiencia y la disciplina, los historiadores pueden asegurar que el lenguaje de hecho permanezca una herramienta.³²²

Para Marwick, los historiadores son plenamente conscientes de que utilizan el lenguaje y que deben cuidarse de sus “trucos” (los tropos o figuras del habla) o sus “defectos” (la ambigüedad, la imprecisión, etc.). De modo que “Si el historiador se encuentra a sí mismo recurriendo a la metáfora o al cliché, eso bien puede ser una advertencia de que las cosas no han sido suficientemente trabajadas y sustentadas para transmitirlos en prosa llana y simple.³²³ Por lo tanto, se reduce toda la problemática del lenguaje a una cuestión de precaución, cuidado, control, de no caer ni en la vaguedad, ambigüedad o imprecisión, por un lado, ni en la tentación de llenar huecos argumentativos por medio de recursos retóricos. Marwick reconoce que en la práctica se recurre secundariamente a figuras del habla pero sólo con la finalidad de no ser reiterativos o para “iluminar” o “establecer un punto”. Pero de todas maneras, sostiene que el historiador que sigue los “principios y métodos estrictos”³²⁴ de la disciplina —que Marwick nunca enuncia— no debe caer en la tentación de tapar con retórica lo que no se puede sostener en investigación. De esta forma, no sólo se niega que en la escritura histórica haya nada relevante para comprender cómo el historiador logra representar los sucesos investigados sino que se intenta objetar la apelación a los tropos por parte de White sancionando que los historiadores que recurren a ellos evidenciarían así la falta de sustento de sus afirmaciones: por el contrario, lo probado en las fuentes puede ser transmitido en prosa llana y simple.

White ha criticado directamente esta posibilidad de traducción neutral o despojada de los resultados de la investigación a la escritura. Los tropos no aparecen en algún uso del lenguaje con la finalidad de “llenar huecos” de argumentación: los tropos —la figuración— son

³²² Cfr. Marwick (1995: 29).

³²³ *Ibid.*, 22.

³²⁴ *Ibid.*, 12.

intrínsecos al uso del lenguaje ordinario. Éste es el punto que Marwick no ha comprendido o prefiere eludir. Cito a White:

La preocupación de la mayoría de los historiadores con el lenguaje se extiende sólo hasta el esfuerzo por hablar llanamente, evitar las figuras del habla floridas, asegurar que la persona del autor no aparezca en ninguna parte identificable en el texto, y en dejar en claro lo que los términos técnicos significan, cuando se atreven a usarlos.³²⁵

Marwick no hace más que representar esta concepción instrumental ingenua del lenguaje donde el historiador o bien domina completamente el lenguaje o, en todo caso, puede “cuidarse” y “estar prevenido” de sus “trucos”. Marwick no puede captar el *insight* fundamental del enfoque de White: que en tanto la historia produce textos, obras, estructuras verbales para representar el pasado, los mecanismos figurativos del lenguaje que White ha estudiado a través del tramado y la prefiguración son un aspecto central a considerar. Más aún, el instrumentalismo o, podríamos decir, voluntarismo ingenuo de las expresiones de Marwick acerca de la relación entre el historiador y su lenguaje lo conducen a referirse a los recursos figurativos como “peligrosos”. Este tabú acerca del lenguaje figurativo será cuestionado por White y esta tesis pretende continuarlo en este aspecto.

Maurice Mandelbaum, también en un artículo crítico de White, hace alusión a la “responsabilidad que los historiadores aceptan de documentar sus afirmaciones”, su “compromiso de no excluir de su consideración cualquier evidencia que pueda ser relevante”, su “reconocimiento de la obligación de considerar el criticismo de quienes no comparten sus presuposiciones”, entre los escrúpulos propios de los historiadores que otros —para Mandelbaum, los filósofos de la historia como Hegel o Marx— no manifiestan.³²⁶ Lo que Mandelbaum y Marwick no logran comprender es que el señalamiento de White acerca de las operaciones figurativas implicadas en el uso del lenguaje y en la composición de una narración no se contradice con las intenciones de los historiadores de absoluta seriedad en su desempeño, pero esas declaraciones de intenciones del usuario del lenguaje sólo pueden explicar un aspecto de dicho uso que no está siendo discutido aquí. Vuelvo a reiterar que White no niega la relevancia de la investigación en la práctica histórica. Pero atendiendo a otro aspecto innegable, i.e., la composición de un discurso, White niega que podamos reducir el carácter topológico del lenguaje a la consideración de los tropos como meros recursos retóricos —en el sentido peyorativo de “mero ornamento” o “intención persuasiva” que Marwick supone— disponibles para “embellecer”, “iluminar” o “destacar” aspectos de la

³²⁵ Cfr. White (1978: 127).

³²⁶ Cfr. Mandelbaum (1980).

escritura. En cambio, argumenta que el lenguaje figurativo no se ofrece como un conjunto de estructuras vacías o meramente formales que se llenan con el “contenido” de la investigación: hay una serie de transformaciones tropológicas que resultan en una estructura verbal particular, de modo no necesariamente voluntario o autoconsciente para el historiador como usuario del lenguaje. Más aún, en atención a la demanda ética del historiador de ser responsable respecto de sus afirmaciones que Marwick y Mandelbaum comparten, podemos interpretar que White los exhorta a asumir su responsabilidad también por las opciones figurativas que la escritura histórica supone en lugar de reducirla a mero vehículo pasivo de comunicación o, eventualmente, a una presentación discursiva que meramente “ornamenta” para su transmisión a un público lego el contenido a transmitir, i.e., los resultados de la investigación. Ahora bien, como Marwick sabe que la condición discursiva de la historia no puede sino remitirnos al estudio de su estructura lingüística, intenta una ulterior estrategia para esquivar las implicancias de la teoría whiteana diciendo que en realidad los historiadores producen monografías y artículos más que textos completos, que trabajan sobre temas puntuales, acotados, desdeñando así la relevancia de la producción de textos. En una respuesta tan clara como provocadora, White afirma que dado que su interés es presentar una historia de la escritura histórica, y dada la importancia que las “fuentes primarias” poseen para la disciplina según Marwick, éste debe reconocer que:

las fuentes primarias de una historia de la escritura histórica son los escritos que los historiadores han efectivamente producido, no las afirmaciones de buenas intenciones acerca de ser objetivos o los reportes de lo que ellos hicieron en los archivos antes de poner sus pensamientos por escrito.³²⁷

Más aún, Marwick intenta refutar el supuesto relativismo de White diciendo que la historia, como la ciencia, tiene “logros objetivos”: ellos son los “libros con autoridad sobre una extensión asombrosa de períodos y culturas”.³²⁸ Ahora bien, si los “logros objetivos” de la historia son los “libros con autoridad” que produce, no podemos sino dar la razón a White y tomarlos como la unidad de análisis privilegiado para dar cuenta del tipo de conocimiento que la historia ofrece. De esta forma, la fallida objeción de Marwick resulta favorable a White y, contra sus objetivos, eleva a unidad de análisis los textos que produce: ¿qué mejor modo de entender cómo la historia ofrece conocimiento que examinado sus “logros objetivos”? Como White mismo agrega, en última instancia, son esos libros —en tanto versión escrita del resultado de su investigación— los que constituyen la “intervención” del historiador en los

³²⁷ Cfr. White (1995: 242).

³²⁸ Cfr. Marwick (1995: 18).

debates de la disciplina, i.e., la despiadada y fuertemente crítica discusión entre pares que para Marwick constituye un rasgo fundamental de la historia.³²⁹

Respecto de la idea de los textos históricos autorizados como “logros objetivos” de la disciplina, obtenemos otra confirmación no intencionada de las perspectiva de White por parte de Marwick cuando se reconoce que esos textos no han clausurado el debate historiográfico ni el desacuerdo en la disciplina. Justamente la cuestión que la teoría de White pretende explicar es cómo ciertas obras producidas por historiadores de igual erudición y reconocimiento, cuyo manejo de las fuentes no puede ser objetado pueden presentar visiones alternativas e incluso mutuamente excluyentes del mismo ámbito de ocurrencias pasadas. Sólo la indagación del diferente modo de prefiguración del campo histórico y elección de estrategias explicativas puede dar cuenta de esta discrepancia si el cumplimiento con los requisitos disciplinarios de investigación no puede ser cuestionado. Como ejemplo de este tipo de casos en “El texto histórico como artefacto literario” White aludía a diferentes obras históricas sobre la Revolución Francesa:

los historiadores *constituyen* sus temas como posibles objetos de representación narrativa a partir del mismo lenguaje que usan para *describirlos*. Y si éste es el caso, eso significa que los diferentes tipos de interpretaciones históricas que poseemos para el mismo conjunto de acontecimientos, como por ejemplo, la Revolución Francesa interpretada por Michelet, Tocqueville, Taine y otros, son poco más que proyecciones de los protocolos lingüísticos que esos historiadores usaron para *pre-figurar* ese conjunto de acontecimientos antes de escribir sus narrativas sobre el mismo.³³⁰

Finalmente, White culmina su respuesta a la crítica de Marwick de soslayar la investigación histórica de la siguiente manera:

Ahora, ésta es la razón por la cual es responsabilidad de cualquiera que desee conceptualizar una historia de la profesión comenzar no por lo que los historiadores informan que han hecho en la “fase de investigación” de su trabajo, sino por lo que ellos han efectivamente *escrito* acerca de sus objetos de estudio. Ya que, como Marwick insiste, la historia es “nuestro conocimiento del pasado... encontrado en las obras de los historiadores, (no es) aprehendido directamente”. Si, sin embargo, la “historia” es, según él (y yo estoy de acuerdo), una construcción de los historiadores, compuesta a partir de datos o evidencia contenida en las fuentes primarias, es importante poder identificar las maneras en que el lenguaje del historiador transforma el “objeto” de estudio en un “tema” de un discurso específicamente histórico. Esto significa que cualquier discusión sobre su forma o contenido debe comenzar con alguna caracterización de él en términos lingüísticos y discursivos.³³¹

Si White nos convence de que no es examinando lo que los historiadores informan que han hecho en la fase de investigación sino considerando lo que efectivamente han escrito que

³²⁹ Cfr. White (1995: 243).

³³⁰ Cfr. White (1978: 132).

³³¹ Cfr. White (1995: 243).

podemos mostrar cómo el lenguaje usado para describir su objeto lo *constituye*, la siguiente objeción que debemos enfrentar es la diametralmente opuesta: ahora nuestro problema no es que la teoría de White haga del historiador alguien tan libre en su escritura que sea asimilado a un escritor de literatura o ficción: ahora el problema es que sea *prisionero del lenguaje*.

4.3 “El historiador no es un prisionero del lenguaje”: Crítica al determinismo o relativismo lingüístico

También se ha objetado que el enfoque de White nos conduce a un determinismo o relativismo lingüístico. Varias denominaciones se han propuesto para señalar este aspecto problemático: “determinismo lingüístico”,³³² “relativismo”,³³³ “relativismo ilimitado”,³³⁴ “construccionismo retórico”³³⁵ e incluso “nihilismo”.³³⁶ Para ordenar la discusión, propongo distinguir entre las objeciones ligadas al determinismo lingüístico y aquéllas vinculadas con el relativismo. Aunque es difícil diferenciarlas, dado que están íntimamente vinculadas, será útil identificar en cada caso a qué aspecto de la teoría de White se aplicarían. Considero que la crítica de determinismo lingüístico se dirige directamente a la concepción tropológica del lenguaje. En cambio, la crítica de relativismo –si bien también refiere a lo anterior– se aplicaría más específicamente a la supuesta carencia en White de criterios de decisión (comparación, evaluación, selección) entre discursos históricos en competencia. Comencemos entonces por el supuesto determinismo lingüístico. Dada la persistencia de esta objeción, White mismo la reconstruye en “Teoría literaria...”:

La primera objeción a la teoría es que parece comprometernos con un determinismo lingüístico o, lo que significa lo mismo para las mentes de algunos críticos, un relativismo lingüístico. Según este punto de vista, el historiador parece ser un prisionero del modo lingüístico en que inicialmente describe o caracteriza su objeto de estudio: sólo puede ver lo que el lenguaje le permite conceptualizar. Esta circunstancia parece poner límites a lo que se puede aprender en el proceso de investigación de la evidencia y no tiene en cuenta el hecho de que los historiadores innegablemente cambian sus percepciones de las cosas en el curso de su investigación y revisan sus concepciones de los significados de estas cosas a partir de las pruebas.³³⁷

Como el final de la cita muestra, esta objeción está también muy vinculada a la primera crítica que relevamos. Más aún, en las líneas siguientes, White ofrece otra formulación de la

³³² Cfr. Pomper (1980: 33).

³³³ Cfr. Mandelbaum (1980: 49).

³³⁴ Cfr. Golob, (1980: 108).

³³⁵ Cfr. Hobart (1989: 43).

³³⁶ Cfr. Golob (1980: 58).

³³⁷ Cfr. White (2003: 165-166).

objeción que la transforma directamente en la crítica al soslayamiento de la fase de investigación:

La sugerencia de que las conexiones entre los diversos elementos, planos y dimensiones del discurso en los que el argumento es establecido son tropológicas y no lógicas o racionalmente deliberativas, priva al discurso histórico de sus pretensiones de veracidad y lo relaja al antojadizo dominio de la ficción.³³⁸

White reseña que ambas críticas –determinismo lingüístico y caracterización del trabajo del historiador como indistinguible del escritor literario o de ficción- suelen presentarse juntos para objetarle que reduce la historiografía a “poco más que un ejercicio retórico”, socavando sus pretensiones veritativas y cognitivas. Ahora bien, quisiera detener un momento el relevamiento de las críticas para señalar lo sorprendente de este “dato” respecto de la polémica despertada por White. En otras palabras, ¿cómo se explica que la misma teoría de la obra histórica sea criticada tanto por hacer del historiador un *prisionero* de su lenguaje como por hacer de él un usuario *demasiado libre*, semejante a un escritor de ficción? De hecho, en el apartado anterior Marwick le criticaba a White, primero, que soslayaba el sustento de los relatos históricos en la investigación en fuentes haciendo de la historiografía “una rama de la literatura”; pero luego, al sostener que el historiador puede garantizar que el lenguaje “permanezca como un mero instrumento” está respondiendo implícitamente al temor de “ser hablado por el lenguaje”. ¿Cómo es posible temerle a ser un usuario “demasiado libre” del lenguaje tanto como a ser uno “demasiado condicionado”? Reaparece aquí de modo interesante el doble carácter libre-condicionado del uso del lenguaje que White sostiene desde *Metahistoria*. Si la respuesta a que da “demasiada” libertad al discurso del historiador está dada por pretender –como Marwick y Mandelbaum- que la investigación histórica constriña el modo de componerlo, veremos ahora que estar “demasiado” constreñido por su discurso también se vuelve un problema.

Nuestra preocupación ahora es analizar si efectivamente White deja a los historiadores “prisioneros del lenguaje”. En “Teoría literaria...”, White responde con las afirmaciones que ya hemos comentado acerca de que la tropología es una teoría exclusivamente lingüística o discursiva.³³⁹ Por lo tanto, White nos dice que no hay aquí ningún determinismo lingüístico en la medida en que la tropología, i.e., la teoría por medio de la cual damos cuenta de la prefiguración del campo histórico, no es una teoría ni de la mente, ni de la conciencia, ni de la percepción. Nuestro modo de “ver” el pasado no queda “reducido” a las modalidades

³³⁸ Ibid., 166.

³³⁹ Ibid., 171.

tropológicas porque la tropología no tiene nada que decir acerca de la percepción del mundo exterior, ni de los procesos conscientes involucrados, ni de la forma en que mente y mundo en general se relacionan. White subraya sin ambigüedad –al menos en este texto– que la tropología solo pretende dar cuenta del discurso, del modo de representación del pasado en la escritura histórica, y de nada más. Queda, ahora sí, establecido qué es lo que la tropología *no es*. Dado que no nos habla de ninguna modalidad “mental” de captación o “percepción” de la realidad externa, la fuerza de la objeción disminuye. White nos ofrece ahora una caracterización de lo que entiende por tropología más precisa a la luz de las críticas a las que tuvo que enfrentarse y subraya dos aspectos fundamentales: la tropología, por una parte, “supone que no se puede evitar la figuración en el discurso”; y, por otra, “busca proporcionar el conocimiento necesario para una libre elección entre diferentes estrategias de figuración”.³⁴⁰ Considero que son estas dos características centrales de la tropología según White lo que resume mi caracterización de su posicionamiento de aceptación irónica frente al lenguaje y la narración para la historiografía. Y es esta caracterización la que elude las implicancias de la metáfora visual-perceptiva para caracterizar al lenguaje, ya que esa contribución significativa del lenguaje para la comprensión del pasado que señalé como tesis central de giro tropológico es ahora definida como “estrategia”, es decir, como un modo de *hacer* o *actuar* mediante el lenguaje para representar el pasado. A su vez, es importante destacar que White siempre contrapone las opciones figurativas del historiador a la necesidad de interpretación del registro histórico. Es porque, como ya nos dijo, el registro histórico “no dicta la imagen” del pasado de manera, que la prefiguración del campo histórico es necesaria. En este sentido, el recurso a la tropología está motivado por el interés de White de dar cuenta cómo un aspecto de la práctica que considera desestimado o reprimido, i.e., la escritura, la composición de un discurso, responde a otro aspecto de la práctica tomado como dato consensuado: la necesidad de producir una interpretación del registro histórico.

Ahora bien, la opción de una estrategia figurativa está indisolublemente ligada a la inevitabilidad de la figuración en el discurso. Es en este aspecto “condicionante” de la figuración que la crítica al determinismo lingüístico sigue considerando tener sustento. White intenta distinguir condicionamiento de determinismo, del siguiente modo:

Se piensa algunas veces que esta noción tropológica del discurso histórico conduce al “determinismo lingüístico”. No creo ser un determinista lingüístico, pero sostengo que cualquier análisis de cualquier tipo de escrito debe tener en cuenta las formas en que el uso de los diversos

³⁴⁰ Ídem nota anterior.

códigos, de los cuales el lenguaje en sí mismo es un paradigma, capacita tanto como limita aquello que puede decirse acerca del mundo.³⁴¹

Como vimos en el capítulo anterior, White sostiene que son esos códigos utilizados para hacer comprensible el registro histórico combinando la transmisión de información con la producción de un relato como estructura simbólica lo que hace al efecto explicativo de las narraciones históricas -ya que el historiador y su audiencia comparten los códigos utilizados, i.e., nociones generales de las formas que las situaciones humanas significativas deben adquirir en virtud de su participación en los procesos específicos de dotación de sentido que lo identifican como miembro de un cierto legado cultural. La tipología de tramas de Frye la aportaba a White una clasificación posible para las convenciones literarias heredadas por el historiador en virtud de su inserción cultural que, al usarlas para componer un discurso, le permitían hacer comprensible a su audiencia los acontecimientos históricos atestiguados en el registro. White explicó este proceso de tramado como denotativo a la vez que connotativo, como producción de una coherencia formal del relato que carga nuestros pensamientos de valencias emocionales para sugerir una relación de similitud entre los acontecimientos representados y un tipo de relato específico. White señaló que la producción de un relato a partir de un registro histórico “depende de la sutileza del historiador” para relacionar una estructura de trama específica con el conjunto de acontecimientos de que trata para dotarlos de un tipo específico de significado. Ahora bien, ¿por qué deberíamos tomar como un determinismo lingüístico esta descripción del modo en que el procesamiento discursivo-narrativo de los resultados de su investigación, al hacer de su objeto de estudio el tema de un discurso, vuelve comprensible los acontecimientos que relata? ¿No se trata acaso de una descripción de un *hacer* del historiador, de una operación discursiva que puede ser analizada para seguir al historiador en las opciones de interpretación -o, como White también las llama, “apuestas epistemológicas”- que dan cuenta del modo en que logró ofrecernos mayor información y comprensión de los sucesos pasados? El problema aparece cuando nos remitimos a los “límites” o “condicionamientos” que la perspectiva discursiva afirma. Como señalé en el capítulo anterior, White remite la posibilidad del historiador de hacer comprensible los sucesos investigados a través de la composición de un relato a las opciones de tramado disponibles en virtud de la inserción cultural de la práctica historiográfica de narrar en la práctica cultural general (y literaria en particular) de narrar. En este sentido, el condicionamiento de apelar a algunas de las formas de trama convencionales es

³⁴¹ Ibid., 46.

simultáneamente la condición de posibilidad de la comunicación con su audiencia, tal como entendimos por la comprensión del entramado como una codificación, como un código compartido empleado para procesar narrativamente su objeto de estudio y constituirlo en tema de un discurso. Ante el temor a este condicionamiento que White identifica detrás de la objeción de determinismo lingüístico, su respuesta es que el análisis que ofrece se refiere, en primer lugar, *exclusivamente al modo en que un discurso hace comprensible acontecimientos atestiguados en un registro al constituirlos en el tema de un relato específico*. Es decir, se distancia de cualquier interpretación de su análisis discursivo como relativo a la percepción del pasado o al funcionamiento de nuestras mentes. Más aún, debe enfatizarse que White parte siempre del análisis de la composición de un discurso a partir de un registro histórico, es decir que intenta dar cuenta de la producción de la coherencia formal de un relato a partir de las decisiones de selección, inclusión y exclusión, énfasis, etc. que el historiador está obligado a tomar si aceptamos que su investigación surge de un registro histórico. Nuevamente, es un “dato” de las consideraciones epistemológicas e incluso metodológicas de la práctica histórica que la existencia y caracterización de sus objetos de estudio son inferidos a partir de un registro histórico (por el cual entendemos fuentes, textos, monumentos, restos, etc.) que, por tratar acerca de entidades y procesos pasados, adolece de mayor o menor heterogeneidad, fragmentariedad, escasez, o incluso las fuentes posibles pueden estar perdidas o no existir – esto último, típicamente en el caso del pasado remoto, como la edad antigua o medieval. Nuevamente, los registros históricos no dictan *la* imagen del pasado porque su determinación como evidencia o testimonio de sucesos pasados conlleva una gran medida de interpretación, selección, jerarquización. Típicamente esto remitía al carácter pasado de las ocurrencias y a la posibilidad de que el registro sea escaso o cercano a nulo respecto de las ocurrencias investigadas. Pero en la actualidad, White agrega un aspecto novedoso de este carácter interpretativo-constructivo del registro histórico. El problema no es solo (o tanto) qué incluir en la composición de un relato, sino qué excluir:

Para cualquiera que trabaja en la historia tardomoderna o contemporánea, el problema reside precisamente en qué excluir de la consideración. Ya no se trata del problema de buscar en oscuros archivos aquél nuevo documento que autorizará la admisión de al menos un hecho anteriormente desconocido a la consideración narrativa rectora de la historia de una comunidad. Cualquiera que abra un tópico cualquiera en Google encontrará una intimidantemente larga lista de fuentes, secundarias y primarias, que podría tomar una vida entera examinar, más aún analizar o interpretar.³⁴²

³⁴² Cfr. White (2010^a: 173-174).

También debe señalarse que White enfatiza que el condicionamiento a optar entre formas de tramar convencionales es simultáneamente una opción, una elección “entre” posibilidades de tramado limitadas, pero alternativas. Justamente, aquello mismo que limita la elección del historiador es lo que lo habilita a producir un relato: solo porque el código compartido, las estructuras de trama convencionales, producen significados narrativos específicos es por lo que está simultáneamente habilitado a otorgar significado narrativo a su objeto de estudio como tema de un relato. Reforzando la apelación a su *background* estructuralista, White sostiene que si “cualquier análisis de cualquier tipo de escrito debe tener en cuenta las formas en que el uso de los diversos códigos capacita tanto como limita aquello que puede decirse acerca del mundo”,³⁴³ es porque justamente “el lenguaje en sí mismo es un paradigma” del modo en que toda comunicación implica el uso de un código compartido. Y es importante señalar cómo el énfasis en la opcionalidad de la elección de una estructura de trama, por la que White rechaza la interpretación del carácter condicionante de los códigos lingüísticos-literarios como un determinismo, es exactamente aquello que despierta en sus críticos el temor contrario: que el historiador sea reducido a un escritor literario. White responderá que el tramado es una operación literaria y productora de ficción, pero que llamarla de ese modo “no invalida el estatus de las narrativas históricas como proveedoras de un tipo de conocimiento” ya que –y lo siguiente resume el aporte teórico más interesante de White– “la codificación de los acontecimientos en términos de tales estructuras de trama es una de las formas que posee una cultura para dotar de sentido a los pasados tanto personales como públicos.”³⁴⁴

Si el énfasis en la idea de códigos compartidos –que nos conduce simultáneamente a su condicionamiento y a su uso libre– no fuera argumento suficiente para convencer a quienes temen que el historiador permanezca “preso del lenguaje”, puede ser útil recordar los niveles de complejidad en el uso del lenguaje eran directamente proporcionales al grado de libertad posible en ese uso. En otras palabras, al nivel del discurso –que es el nivel en cuestión en el caso de la historiografía– nos encontramos con el mayor grado posible de libertad del usuario para emitir un mensaje. Finalmente, podríamos entender que el crítico teme que el lenguaje, tal como White lo caracteriza, aparezca como un sistema que condiciona la acción (lingüística) humana. Pero, en ese caso, deberíamos recordar que es *un sistema entre otros*. Si hemos aceptado en la reflexión teórica contemporánea que la acción humana en general se desenvuelve dentro de ciertos sistemas o estructuras sociales, políticos, culturales, en general,

³⁴³ Cfr. White (2003: 46).

³⁴⁴ *Ibid.*, 115.

que no sólo implican restricciones de la libertad sino también normativas que dan sentido a, o posibilitan, la acción misma, ¿por qué no podríamos aceptar esto mismo en relación con *uno más* de esos sistemas? En su respuesta a Marwick, White rechaza la objeción de determinismo lingüístico trazando exactamente esta analogía entre el lenguaje como sistema y otros sistemas que condicionan nuestra acción refiriéndose a la necesidad de estudiar las caracterizaciones lingüísticas y discursivas de objeto de estudio del historiador:

Esto no es “determinismo lingüístico”, y no implica que los historiadores más que cualquier otro, son “hablados por el lenguaje”. Es sólo decir que cualquier modo de dar cuenta de un historiador de su tema está constreñido por las *convenciones* del lenguaje, género, modo (por ejemplo, narrativo), argumento y una multiplicidad de otras consideraciones culturales y sociales contextuales. Tampoco es decir que, porque el lenguaje es usado para constituir un acontecimiento o entidad como un objeto de una investigación específicamente histórica, no hay límites establecidos sobre lo que puede subsecuentemente decirse acerca de él. No es decir que no hay algo así como un “acontecimiento” histórico, que no hay posibilidad de distinguir entre “hechos” y “ficción”, o que todo es “ideología” o, más allá de eso, “todo vale”, todo es “relativo” y nada es “objetivo”. Lo que sí significa es que lo que cuenta como un acontecimiento, como un hecho, y como una adecuada representación o explicación de un fenómeno histórico debe ser juzgado como siendo “relativo” a las condiciones temporales, espaciales y culturales de su formulación.³⁴⁵

Hablar de condicionamientos temporales, espaciales y culturales y de prácticas contingentes nos conduce a sospechar que, si hemos refutado el determinismo, esa misma refutación nos haya dejado en el terreno también problemático del relativismo. La crítica que señala que la teoría debe ser rechazada por sus implicancias relativistas pretende sostenerse en que White no ofrecería criterios de decisión entre discursos históricos en competencia. Eugene Golob lo expresa de la siguiente manera, reconstruyendo su interpretación de la posición de White:

que la historia no puede contar la verdad acerca de lo que pasó en el pasado, que los relatos que sí cuenta son formados a partir de patrones preconcebidos, y que la elección entre ellos debe por lo tanto ser realizada no de acuerdo a la relativa adecuación de los patrones, el grado en que se acercan a la verdad, sino en cambio de acuerdo a predisposiciones morales y estéticas. Los patrones, por supuesto, no pueden ser testeados de acuerdo a su adecuación, porque son formas en blanco que toman cuerpo con los relatos estructurados por ellos; y los relatos no pueden ser comparados por su adecuación porque pueden diferir con respecto no a algún criterio objetivo, sino con respecto a alguno de los diferentes patrones. Por lo tanto, White afirma que —y si esta afirmación es justa, también lo es su conclusión— cómo uno escribe la historia es una cuestión de predisposiciones morales y estéticas, y que la verdad no es un concepto relevante. Una fuerte afirmación, y una conclusión nihilista.³⁴⁶

Mandelbaum ofrece una crítica semejante a la de Golob agregando que el enfoque relativista es tanto una consecuencia como un punto de partida, ya que considera que en la medida en que White desea analizar la obra histórica sólo como una estructura lingüística, su relativismo

³⁴⁵ Cfr. White (1995, 244).

³⁴⁶ Cfr. Golob (1980: 58).

es menos un resultado indeseado que una posición inicial asumida. Para responder a estas críticas considero necesario tener en cuenta que White reconoce cierto “relativismo inexpugnable” del discurso histórico:

En realidad, lo que sí sostengo es que hay una relatividad inexpugnable en toda representación de los fenómenos históricos. La relatividad de la representación es una función del lenguaje usado para describir y, de ese modo, constituir acontecimientos pasados como posibles objetos de explicación y comprensión.

Sin embargo, esto no redundaría en una absoluta arbitrariedad o ausencia de responsabilidad cognitiva de la disciplina. White continúa:

Esto es obvio cuando, como en las ciencias sociales, un lenguaje técnico es utilizado de esa manera. ¡Las explicaciones históricas pretenden abiertamente responsabilizarse sólo de aquellos aspectos de los acontecimientos –por ejemplo, los aspectos cuantitativos y, por consiguiente, mensurables– que pueden ser denotados por los protocolos lingüísticos usados para describirlos!³⁴⁷

Esta obviedad para White es difícil de reconocer por la concepción ingenua con la que se analizan las narrativas históricas que él pretende refutar:

Resulta menos obvio en las narrativas tradicionales de los fenómenos históricos porque: primero, la narrativa es considerada como un “contenedor” neutral de hechos históricos, un modo de discurso que es naturalmente adecuado para representar los acontecimientos históricos directamente; segundo, las historias narrativas generalmente emplean los lenguajes llamados naturales u ordinarios, más que los técnicos, tanto para describir sus contenidos como para, acto seguido, narrar el relato; y tercero, se supone que los acontecimientos históricos consisten –o manifiestan– cúmulos de relatos reales o vívidos que tienen tan sólo que ser descubiertos u obtenidos a partir de las pistas y exhibidos ante el lector para reconocer la verdad inmediata e intuitivamente.

Obviamente, considero que esta concepción de la relación entre la narración histórica y la realidad histórica es ingenua o, al menos, está mal concebida. Los relatos, como los enunciados fácticos, son entidades lingüísticas y pertenecen al orden del discurso.³⁴⁸

Mandelbaum objeta que el relativismo de White es un punto de partida pero en realidad, de acuerdo a la lectura que propongo en esta tesis, el punto de partida de White es responder a la paradoja de la narración histórica, i.e., dar un punto de vista sobre el conocimiento histórico que recoja productivamente los señalamientos críticos de los cuales Mink y Barthes fueron los casos más desafiantes. Por tanto, sería más adecuado pensar que el tipo de relativismo que White admite es una punto de llegada, es el resultado de un análisis que no sólo –como correctamente Mandelbaum señala– recorta como unidad de análisis la obra histórica como estructura lingüística, sino que, más importante aún, por medio de ese recorte teórico intenta

³⁴⁷ Cfr. White (2003: 189).

³⁴⁸ *Ibid.*, p. 190.

señalar las consecuencias ineludibles de nuestros usos del lenguaje para dar cuenta del pasado. Esos usos no deben pensarse en términos ingenuos, como si la descripción fuera una simple traducción o reflejo transparente de “lo real” a “lo lingüístico”. Como señalé en el capítulo 2 y 3, si hay una decisión relevante en el punto de partida de White es la de ofrecer una perspectiva sobre la narración histórica que asuma las tesis críticas que Mink y Barthes le heredaron. En mi respuesta a Golob, que White halla reconocido que el carácter lingüístico de las estructuras que diseñamos para referir al pasado inevitablemente conlleva un cierto relativismo –en la medida en que las modalidades tropológicas son irreductibles, i.e., que no podemos apelar a una dimensión no lingüística para decidir entre ellas (y, además, que en la dimensión lingüística, la disciplina no ha sancionado un modo de descripción estándar único)– no significa que la disciplina carece de todo criterio de comparación y decisión, ni que todas las decisiones del historiador en su modo de dar cuenta del pasado sean arbitrarias. Justamente al dar cuenta de la infraestructura lingüística de todo discurso acerca del pasado White explica qué motiva las decisiones del historiador en las dimensiones manifiestas del tramado, la argumentación formal y la implicación ideológica. La teoría de White permite una comparación entre obras históricas cuando identifica tipos de estrategias explicativas y sus posibles modalidades. Cada dimensión de la obra puede ser comparada con su dimensión análoga en otra, y de esta manera podemos analizar cómo diferentes tramados, diferentes modos de argumentación y diferentes implicancias ideológicas pueden ofrecerse de un mismo supuesto ámbito de ocurrencias. Ahora bien, el problema que atormenta a Golob y Mandelbaum es la desestimación por parte de White de criterios lógicos o epistemológicos como criterios *últimos* de evaluación de la obra histórica. Pero considero que no hay una desestimación completa de esos criterios en favor de criterios morales y estéticos: lo que White ofrece es justamente una ampliación, un reconocimiento de que no son sólo, ni en última instancia, factores lógico-epistemológicos los que están en juego en nuestra evaluación de los discursos históricos. Ni el modo de tramado ni las implicancias ideológicas de una obra histórica pueden ser comparadas, cuestionadas ni evaluadas en términos estrictamente epistemológicos –o quizás, mejor aún, la relevancia de estos aspectos estéticos y éticos en la producción de relatos históricos nos desafíe a ampliar la consideración estrecha de una perspectiva epistemológica y a reformular sus límites –Tozzi (2009) me parece un excelente ejemplo de respuesta propositiva a este desafío. Por lo tanto, White no sólo no abandona todo criterio de comparación, sino que amplía el espectro de aspectos y, por ende criterios, que necesitamos identificar para dar cuenta cabalmente del modo en que la obra histórica como totalidad pretende dar cuenta del pasado. Parafraseando a Golob contra él mismo, de lo que se

trata es de asumir críticamente que cómo uno escribe la historia es *también* una cuestión de predisposiciones morales y estéticas, y que la verdad es un concepto *relevante* pero, ni el único relevante ni el pertinente en todo nivel de evaluación de relatos en disputa. Por esta razón, en el capítulo anterior adelanté que respecto de las consideraciones veritativas era fundamental entender que White establece un *límite* pero que no sostiene que *toda* consideración veritativa sea imposible o innecesaria, sino que la evaluación de las afirmaciones de hechos en términos veritativos *no alcanza para decidir acerca de la validez de la interpretación total dada por el tramado de los acontecimientos relatados*. Más aún, bajo la hipótesis de dos relatos cuya adecuación fáctica es equivalente, lo que los diferencia excede el marco del análisis en términos de verdad. Esto implica que la pretensión de validez de un relato *qua* relato es irreductible a la pretensión de verdad individual de las afirmaciones fácticas que contiene. En esto acuerdan *qua* narrativistas White y Ankersmit –y ya lo había argumentado en detalle Mink. Ahora bien, para reforzar esta interpretación, quiero apelar al análisis de Verónica Tozzi respecto de la distinción fáctico/figurativo en White.

En *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Verónica Tozzi propone una lectura pragmatista-heurística de la teoría histórica de White con el objetivo de reconstruir a partir de ella las polémicas historiográficas de manera razonable.³⁴⁹ Tozzi sostiene que tanto White como Ankersmit consideran ineliminable el componente informacional-fáctico de las obras históricas, a la vez que reconocen sus aspectos constructivo-creativos. Tozzi interpreta que la crítica de White a un realismo robusto o ingenuo no debe ser leída como conducente a una mera ficcionalización que sería igual de ingenua. Los aspectos constructivos del discurso histórico que White estudia –a su entender, mejor que nadie– son destacados como valoración del esfuerzo realizado por los grandes historiadores y filósofos de la historia del siglo XIX ante las dificultades inherente a la conciliación de sus diferentes apuestas epistemológicas en los aspectos estéticos, éticos y epistemológicos de sus obras. Tozzi también considera que White no sostiene un determinismo lingüístico, ni niega los referentes del discurso histórico, ni decreta que “todo es ficción”: “Cuando White afirma que los hechos históricos son inventados sólo quiere advertirnos de que asumamos seriamente (y no retóricamente) que los hechos no nos vienen “dados” ni están ya almacenados como “hechos” en el registro documental.”³⁵⁰ Por tanto, Tozzi propone no leer a White como apuntando al carácter ficticio

³⁴⁹ Tozzi (2009: 32). Desarrollaré en más detalle la posición de Tozzi como antecedente relevante de esta tesis en el capítulo 6.

³⁵⁰ *Ibíd.*, 110.

de la historiografía, sino como mostrando que “aquello que sea una representación realista del pasado es algo a hacer de acuerdo con las convenciones lingüísticas disponibles”.³⁵¹

Tozzi reconstruye, entonces, la distinción hecho/figuración en White caracterizándola como una *dualidad*. Toma esta noción de Anthony Giddens, quien distingue *dualidad* de *dualismo* refiriéndose a la relación entre agencia y estructura en un sistema social. Para Giddens, el dualismo supone la existencia de dos elementos incompatibles y consecuentemente la necesidad de mostrar la reductibilidad de uno a otro, o la prioridad de uno sobre otro —en su contexto teórico, esto implicaría la necesidad de priorizar a la estructura o al individuo como motores de producción o reproducción social. En cambio, explica Tozzi, pensar en términos de dualidad remite a un interjuego complejo que no involucra reducción ni priorización, sino constitución o estructuración entre ambas dimensiones. Tozzi aplica esta noción de dualidad a la distinción problematizada por White: fáctico-figurativo, o informativo-interpretativo respecto del discurso histórico. Según su interpretación pragmática, White no rechaza ni colapsa la distinción porque la asume como una distinción de la práctica historiográfica, tomada por los historiadores. No se asume como una distinción lógica, ni esencial entre un nivel no procesado o dado y otro, producto de la construcción imaginativa. White toma la distinción para “dilucidar los componentes figurativos que subyacen a cada nivel y a la distinción en sí; la distinción se constituye en un punto de partida del análisis”.³⁵² Tozzi señala que White rechaza que lo fáctico-informacional sea entendido como lo específicamente histórico, en tanto la historiografía pretende ofrecer interpretaciones de los acontecimientos pasados en forma de relatos que exceden su dimensión estrictamente informacional. Pero esto no significa que White niegue este aspecto del discurso histórico. Según Tozzi, White nos muestra que estas dos dimensiones son “dos formas de codificación que interjuegan en el discurso histórico o, en otras palabras, discrimina dos diferentes convenciones de codificación, la que contribuye a la información y la que contribuye a la interpretación.”³⁵³ Es así que deben leerse las afirmaciones whiteanas de que el significado de un discurso histórico está contenido tanto en la retórica de la descripción del campo como en la lógica de cualquier argumento que pueda ser ofrecido como su explicación. Tozzi considera que develar la retórica común a ambas dimensiones no implica colapsar la distinción entre lo fáctico y lo figurativo, sino que

³⁵¹ Ídem nota anterior.

³⁵² *Ibid.*, 113.

³⁵³ *Ibid.*, 114.

lo que sostiene White es la dificultad de trazar un límite preciso de ambas dimensiones al interior de un único discurso, pero ello no significa que el contenido informativo desaparezca o se desvanezca en la pura figuración. Seguimos siendo informados por el discurso histórico, sólo que al mismo tiempo somos receptores de un mensaje que nos lleva a procesar la información de determinados modos y no de otros sin que sea posible separar la información de su modo de procesamiento.³⁵⁴

Por tanto, Tozzi concluye que no se trata de separar información de interpretación ni de señalar que “todo es interpretación” en el discurso histórico, sino de concebirlo como información codificada, reforzando su lectura en palabras de White:

En la mayor parte de las discusiones sobre el discurso histórico, los dos niveles convencionalmente distinguidos son aquellos de los *hechos* (datos o información) por un lado y la *interpretación* (explicación o relato contado acerca de los hechos) por el otro. Lo que esta distinción convencional oscurece es la dificultad de discriminar dentro del discurso entre estos dos niveles. No es el caso en que un hecho es una cosa y su interpretación otra. El hecho es presentado dónde y cómo está en el discurso para sancionar la interpretación a la cual se trata de contribuir.³⁵⁵

En relación con lo señalado por Tozzi, encontramos que en “The Question of Narrative in Contemporary Historical Theory” White vuelve sobre el panorama de debate acerca de la narración que reseñé en el capítulo 2. Frente a este panorama, sostiene que lo que está en discusión respecto de la narrativa histórica son diferentes concepciones sobre “la naturaleza del discurso en general”. Para discutir este punto, retorna a la teoría literaria y lingüística contemporánea y a su definición de discurso como unidad de emisión mayor que la oración compleja” y se pregunta por los “principios” o “reglas” de su formación –que no pueden ser meramente gramaticales dado que la construcción de cadenas de oraciones gramaticalmente correctas no equivale a la producción de un discurso. Y encuentra la respuesta en el modelo funcional del discurso de Jakobson, que reconstruí en el capítulo pasado. Específicamente, White quiere rechazar una distinción tripartita de modos de discurso científico, poético y retórico como desempeñando cada uno exclusivamente las funciones comunicativa (referencial), expresiva (emotiva) y conativa, respectivamente. Por el contrario, siguiendo a Jakobson, White quiere sostener que “puede mostrarse que todo discurso posee aspectos de las tres funciones”, sea fáctico o ficcional. El modelo jakobsoniano le permitiría indagar cómo el discurso narrativo utiliza las tres funciones y, por tanto, mostrar cómo “las discusiones contemporáneas acerca de la naturaleza de la narrativa histórica han tendido a ignorar una y otra de estas funciones ya sea para salvar la narrativa histórica para la “ciencia”

³⁵⁴ *Ibid.*, 115.

³⁵⁵ Cfr. White (1978: 107).

o consignarla a la categoría de “ideología”.³⁵⁶ Contra estas interpretaciones limitadas y problemáticas de la narrativa histórica, White propone entender el discurso en su compleja multiestratificación y su “consecuente capacidad para portar una amplia variedad de interpretaciones de su significado que el modelo performativo (*performance model*) del discurso busca iluminar”. Con *modelo performativo* se está refiriendo al modelo funcional del Jakobson, dado que le provee una perspectiva que considera al discurso como un “dispositivo (*apparatus*) para la producción de significado más que solo como un vehículo para la transmisión de información acerca de un referente extrínseco”.³⁵⁷ Así considerado, el contenido del discurso consiste tanto en su forma como en cualquiera sea la información que puede ser extraída de él, exactamente aquello que Tozzi tematizaba como dualidad fáctico-figurativa. Es más, White agrega que dos relatos pueden tener el mismo contenido fáctico pero “performar” distinto. La producción de significado en este caso puede ser considerada como una *performance* porque cualquier conjunto de acontecimientos reales puede ser tramado en una cantidad diversa de maneras, puede llevar el peso de ser narrado de acuerdo con varios tipos de relatos diferentes.

Más aún, si retomamos brevemente la teoría funcional del discurso de Jakobson – ahora presentada por White como un modelo performativo- recordaremos que su principal corolario era que todo mensaje ofrece una particular interacción entre las distintas funciones y aspectos del acto de comunicación. Así como era incorrecto reducir tipos de discursos a funciones únicas, White argumentó que es incorrecto reducir la función de la obra histórica como acto de comunicación a su relación entre mensaje y contexto (o referente). Mientras ese enfoque restringe el análisis a la función referencial de la comunicación como única relevante para analizar (y, en el contexto de nuestra discusión, evaluar) en discursos fácticos o realistas, White esta reclama el reconocimiento de cómo las demás funciones son también desempeñadas por la obra histórica- nuevamente, contra Golob, no se trata de eliminar *todo* criterio de evaluación, sino de ampliar los aspectos a considerar relevantes al momento de evaluar la producción de conocimiento histórico mediante narraciones. Si bien White mismo no lo ha explicitado de este modo, podríamos considerar que se sigue de su apelación permanente a Jakobson que la explicación por implicación ideológica, por ejemplo, en la medida en que constituye el aspecto ético del texto histórico puede vincularse con la función conativa, mientras que la explicación por la trama, como aspecto estético, puede ser relacionada con la función expresiva o emotiva –de hecho, White mismo afirmó que el

³⁵⁶ Cfr. White (1987: 40).

³⁵⁷ *Ibid.*, 42.

tramado “carga de valencias emocionales” los acontecimientos que relata en tanto constituye el relato en una estructura simbólica. Más aún, el proyecto de una *poética* de la historia es continuo con un interés en el “mensaje mismo” en el discurso histórico.³⁵⁸ Y porque una poética de la historia nos hace patente el mensaje en sí mismo, nos remite a la consideración de lo metalingüístico, como focalización del código en el que el mensaje/retrato histórico se emite. Es porque finalmente White repara en el código mismo del discurso histórico, que llegamos a la consideración de los recursos figurativos del lenguaje ordinario y, solo en este sentido, a ese “relativismo inexpugnable”. Nuevamente, este es el punto de llegada de la crítica a una concepción ingenua del lenguaje histórico y, como vimos con Tozzi, de la representación realista. En la medida en que la crítica es acertada, este relativismo no es un defecto sino un resultado del análisis y la carga de la prueba pasa a quienes pretenden seguir sosteniendo una posición ingenua o un realismo robusto.

Afirmé que el relativismo de White es un resultado del análisis. De esta forma, desestimo la crítica de Mandelbaum de que White ha decidido la cuestión de antemano. Sin embargo, encontramos en Mandelbaum otro argumento crítico de White, que atañe a la estrategia analítica. Mandelbaum considera el análisis mismo presentado en *Metahistoria* favorece el relativismo dado que no estudia obras históricas que se hayan dedicado al mismo segmento del proceso histórico -y que aún donde puede apreciarse cierto solapamiento, es muy limitado. De esta forma, White habría renunciado *ab initio* a la comparación de diferentes prefiguraciones del mismo campo histórico. Es cierto que White indica en las primeras líneas de su obra que su enfoque formalista no pretende juzgar acerca de la corrección de ninguno de los relatos analizados.³⁵⁹ En opinión de Mandelbaum, si White hubiera seleccionado obras históricas con un solapamiento manifiesto, esto lo hubiera obligado a ofrecer criterios de comparación.³⁶⁰ Esto sería lo que lleva a White a concluir que los estilos historiográficos que implican diferentes constituciones del objeto de estudio del historiador sólo podrían explicarse en términos morales o estéticos pero no epistemológicos. Además, Mandelbaum sostiene que, en realidad, *Metahistoria* no tiene en cuenta la frecuente situación de obras históricas dedicadas a criticar y corregir escritos anteriores, en cuyos casos, en su opinión, no es cierto que cada historiador visualice el mismo proceso histórico de diferente manera: “No es que ellos están viendo el mismo segmento del pasado en una manera

³⁵⁸ Recuerdo que señalé en el capítulo 1 los distintos sentidos jakobsonianos en que podemos entender la “poética” del escrito histórico.

³⁵⁹ Cfr. White (1992: 14): “Mi método, en suma, es formalista. No trataré de decidir si la obra de determinado historiador es un relato mejor, o más correcto, de determinado conjunto de acontecimiento o segmento histórico que el de algún otro historiador; más bien trataré de identificar los componentes estructurales de esos relatos.”

³⁶⁰ Cfr. Mandelbaum (1980: 50).

diferente: ellos están discutiendo que su predecesor representó erróneamente el proceso con el que dijo estar tratando.³⁶¹ Nuevamente, White no habría analizado estos casos porque no eran los casos de los historiadores que él seleccionó para su análisis en *Metahistoria*. Más allá de que esta posible falla en la selección de casos para el análisis pueda considerarse justificada o no, puede responderse que no es White sino Mandelbaum quien debe demostrar que los historiadores que critican las obras de sus predecesores están realmente ocupándose del “mismo” proceso histórico. Más aún, incluso si lo hicieran, incluso si pudiéramos decir que ambos están abarcando exactamente el mismo período, no era éste el punto de discusión. White admite que dos historiadores pueden querer referir a un mismo segmento espaciotemporal –por denominar de algún modo el supuesto ámbito ontológico del que se pretende dar cuenta- pero el problema está en cuál es el campo histórico prefigurado por la obra histórica: i.e., la concreta prefiguración lingüística que constituye la infraestructura de la obra en cuestión. De hecho es Mandelbaum quien señala que cuando un historiador pretende criticar a otro, está cuestionando su “errónea representación” del proceso en cuestión. White da cuenta de por qué un historiador puede considerar que ofrece una “mejor representación” del período en cuestión: porque adopta otra modalidad prefigurativa del mismo supuesto ámbito de ocurrencias y opta por modalidades diferentes de explicación en las dimensiones manifiestas. La pregunta que Mandelbaum debería responder es de qué otra forma puede entenderse la afirmación de estar “representando mejor” el mismo segmento histórico.

4.4 Críticas a (a) la negación del referente del discurso histórico, (b) el colapso de la distinción entre historia y ficción y (c) el imposicionalismo de la estructura de trama

Nos quedan tres críticas relacionadas con las anteriores: en primer lugar, que White negaría el correlato ontológico de los discursos históricos. Debe decirse que en ningún momento de su obra White adopta una posición escéptica respecto de la existencia de las ocurrencias espaciotemporales a las que pretende referir un discurso. Por lo tanto, es plausible interpretar que quienes formulan esta objeción en realidad infieran de la negación de White de un papel normativo fuerte del referente, como *el* criterio objetivo externo de decisión entre obras históricas, la negación de su existencia. Claramente se trata de dos cuestiones muy distintas: negar que el referente “dicte” su modo de descripción apropiada no implica negar su existencia. En palabras de White:

³⁶¹ *Ibid.*, 51.

Yo sé que “el Imperio Romano”, “el papado”, “el Renacimiento”, “el feudalismo”, “el Tercer Estado”, “los puritanos”, “Oliver Cromwell”, “Napoleón”, “Ben Franklin”, “la Revolución francesa”, etc. – o al menos entidades a las que estos términos refieren – preexistieron a cualquier interés por ellos de algún historiador. Pero una cosa es creer que una entidad alguna vez existió y otra completamente distinta constituirla como un posible objeto de un tipo específico de conocimiento.³⁶²

Más aún, White tampoco pone en cuestión nuestra capacidad de referir a dichas entidades:

la tropología no niega la existencia de entidades extradiscursivas o nuestra capacidad para referirnos a ellos y para representarlas en el habla. No sugiere que todo es lenguaje, habla, discurso o texto; sólo apunta que la referencialidad y la representación lingüística son cuestiones mucho más complicadas que las implicadas en las más viejas nociones literalistas del lenguaje y del discurso.³⁶³

No se niega la existencia de entidades extradiscursivas pasadas ni nuestra capacidad de referir a ellas, pero la multiplicidad funcional de la comunicación debe ser reconocida para dar cuenta del discurso histórico. White enfatiza que su giro tropológico revela “que la referencialidad y la representación lingüística son cuestiones mucho más complicadas que las implicadas en las más viejas nociones literalistas del lenguaje y del discurso”. Justamente esta crítica a las “viejas nociones literalistas” también ha sido interpretada como conduciendo al colapso de la distinción entre historia y ficción. White efectivamente ha sostenido que:

La cuestión es que la narrativización de la realidad es una ficcionalización en cuanto la narrativización le impone a la realidad la forma y la sustancia del tipo de significado encontrado sólo en los relatos. Y en cuanto la historia involucra el relatar, involucra la ficcionalización de los hechos que ha encontrado en la fase de investigación de sus operaciones.³⁶⁴

Pero en 2003, White matizó su uso de “ficcionalización” del siguiente modo:

Es verdad que he hablado de las historias como productos de un proceso de invención más literario o poético que científico y conceptual, y he hablado de las historias como ficcionalizaciones del hecho y de la realidad pasada. Pero (...) propuse la noción de ficción para ser comprendida (...) como un constructo hipotético y una consideración “como si” de una realidad que, debido a que ya no está presente a la percepción, sólo podía ser, más que simplemente referida o postulada, imaginada.³⁶⁵

³⁶² H. White, “Hecho y figuración en el discurso histórico”, p. 52.

³⁶³ Cfr. White (2003: 171).

³⁶⁴ *Ibid.*, 55.

³⁶⁵ *Ibid.* 54-55.

El concepto de “ficción” para explicar las operaciones tropológicas remite al carácter de “construcción hipotética”, y no a la idea de “libre invención arbitraria”, del discurso histórico. White nos está diciendo que la factualización de los sucesos pasados es a su vez una ficcionalización: no está diciendo que debemos “crear” o “inventar” los “hechos” de los que nos ocuparemos, sino que la determinación del ámbito de ocurrencias que consideramos que demanda explicación, el reconocimiento de un conjunto de fenómenos que, en tanto mantienen relaciones entre sí y son considerados partes de un todo, conforman una totalidad específica, sólo es posible en la medida en que presuponemos que allí hay un campo histórico determinado, no una serie aleatoria de ocurrencias, sino una totalidad que demanda explicación. Para ello, describimos el campo histórico y, al hacerlo, estamos proponiendo una construcción hipotética bajo la cual el conjunto de ocurrencias se muestra como un particular objeto de estudio, como un dominio problemático. Esto no es una mera invención arbitraria: aquí “ficcionalizar” es construir una hipótesis. Factualizar y ficcionalizar son dos aspectos de un mismo movimiento descriptivo por el cual el historiador determina lo que ocurrió, cuál es el campo histórico del que se ocupa, no tanto como un acto arbitrario imaginativo-conceptual sino en virtud de la figuración inevitable de uso del lenguaje. Sólo mediante la presentación de la indagación en un discurso escrito es que el campo histórico, como la hipótesis constitutiva del ámbito problemático, del *objeto de estudio* propiamente dicho, adquiere su formulación definitiva mediante el empleo de las caracterizaciones figurativas que los usos tropológicos del lenguaje hacen posible. Es así que, si pensamos el campo histórico como constructo lingüístico-ficcional-hipotético es porque seguimos a White en su demostración de que no son aspectos meramente conceptuales los que hacen a la hipótesis de trabajo que guía la investigación histórica, sino que son también aspectos lingüístico-figurativos.

Sin embargo, estas aclaraciones de White parecerían no ser satisfactorias para algunos lectores críticos. Golob considera que la pretensión de hacer afirmaciones verdaderas acerca del pasado es el objetivo central de la historia y el atributo fundamental que la distingue de la ficción. En sus palabras, la historia:

(...) difiere de la ficción histórica en que trata con un tema distinto, un pasado “real” en lugar de un pasado “ficcional”, sino porque es inferida de evidencia real presente aquí, y está sujeta a esa evidencia. La ficción no está sujeta de esa manera.³⁶⁶

White reconoce que la pretensión de veracidad de la historia informa nuestro concepto de la disciplina, así como reconoce que las funciones que un discurso histórico y un discurso

³⁶⁶ Cfr. Golob (1980: 61).

ficcional intentan desempeñar son distintas. No es la intención de White colapsar la distinción entre historia y ficción, pero sí lo es matizar la dicotomía fuerte que se supone entre ambos conceptos. En realidad, White considera que la renuencia a problematizar estas distinciones tradicionalmente pensadas en términos dicotómicos no es sino el espíritu general de todas las objeciones que ha recibido:

Estas objeciones resultarán más o menos apremiantes según el grado de confianza que se tenga en las distinciones convencionales entre lenguaje literal y figurativo, discurso referencial y no referencial, prosa fáctica y ficcional, contenido y forma de un tipo dado de discurso, etc. Cuando se confía plenamente en ellas, las formulaciones alternativas de las distinciones que ofrecen la teoría literaria y del lenguaje modernas parecerán innecesarias, y su utilidad para la comprensión del discurso histórico, inconsecuente.³⁶⁷

Ahora bien, el rechazo de la problematización se escuda, según White, en la acusación dirigida a él (y a las teorías de que se sirve) de intentar colapsar las distinciones mencionadas. Sin embargo:

Debería subrayarse, sin embargo, que las teorías tropológicas del discurso no anulan esas distinciones, sino más bien las reconceptualizan. Mientras la teoría crítica tradicional ve las dimensiones literal y figurativa, ficcional y fáctica, referencia e intencional como opuestas y, más aún, como alternativas mutuamente excluyentes para todo discurso serio, la teoría literaria y del lenguaje modernas tienden a visualizarlas como los polos de un *continuum* lingüístico, entre los cuales debe moverse el habla para la articulación de cualquier discurso, serio o frívolo. En la medida en que ese movimiento dentro del discurso es en sí mismo de naturaleza tropológica, necesitamos una teoría tropológica que guíe el análisis del mismo.³⁶⁸

Estas citas señalan que no hay un interés en White por colapsar distinciones útiles para delimitar ámbitos discursivos, pero una mirada crítica, en lugar de ingenua, no puede sino asumir el “*continuum* lingüístico” en el que todo acto de habla halla su condición de posibilidad. Admitiendo esto, debemos reconceptualizar nuestras distinciones. Por lo tanto, White no nos demanda la anulación de toda distinción, sino que nos exhorta a repensar su sentido —exactamente el mismo *desideratum* con el que Mink culminaba su argumentación acerca del carácter paradójico de la narrativa histórica.

Entender el camino teórico abierto a partir de White como una reconceptualización de las categorías con las que pensamos el discurso histórico y sus opuestos —la literatura y la ficción— implicará enriquecer nuestra comprensión acerca de los recursos que utilizamos para ofrecer imágenes verbales del pasado. Un claro ejemplo lo constituye la vinculación trazada entre literatura e historia a partir de su mutuo empleo de estructuras de tramado para componer relatos. De hecho, una posición tan crítica como la de Mandelbaum no pudo dejar

³⁶⁷ Cfr. White (2003: 170).

³⁶⁸ Ídem nota anterior.

de destacar este aporte como uno de los más originales de White a la teoría de la historiografía. Fue así que observamos que postular que el historiador efectúa un tramado de los acontecimientos implicó un movimiento por el cual se remitió la construcción imaginativa de la narración histórica a la inserción cultural del historiador en tanto White propuso una equivalencia metafórica entre discurso histórico y literatura: analizó el texto histórico *como* un artefacto literario. Este modo de caracterización del discurso histórico no implica necesariamente su identificación con la literatura, sino la propuesta de iluminar las implicancias epistémicas, éticas y estéticas de la escritura de la historia en tanto, como la literatura, hace uso del modo de discurso narrativo. Ahora bien, la tesis de White acerca de la relación no transparente entre estructura de trama y el supuesto referente del relato también ha sido criticada, denominando a su posición “imposicionalista”. Esto nos conduce a la tercer y última crítica de este apartado (c).

En primer lugar, aunque White utiliza el término “imposición” para caracterizar la elección del tramado por parte del historiador, debemos la denominación de “imposicionalismo” a su teoría a Andrew Norman.³⁶⁹ Norman discute las supuestas consecuencias escépticas que se siguen de la postura de White ya que interpreta que, si la estructura narrativa implica la imposición de una forma a los acontecimientos que ellos mismos no poseen, entonces White está afirmando que la narrativa es incapaz de representar adecuadamente el pasado. De acuerdo con Norman, no sólo es problemática la caída en el escepticismo, sino que se originaría en una errónea o injustificada concepción de la experiencia histórica supuesta implícitamente por White.

Siempre de acuerdo con Norman, White no puede adoptar sino un imposicionalismo respecto de la trama porque subyace a su teoría del discurso histórico una concepción de la experiencia como informe, discordante, confusa, como una mera secuencia de acontecimientos. Es cierto que en uno de sus artículos más críticos de la relación narratividad-historia, White no tiene reparos en afirmar que creer que la realidad tiene forma narrativa “surge del deseo de que los acontecimientos reales revelen la coherencia, integridad, plenitud y cierre de una imagen de la vida que es y sólo puede ser imaginaria”.³⁷⁰ En afirmaciones de este tipo, Norman cree percibir un “prejuicio atomista” de White, en tanto afirmaría que el pasado es dado a nosotros como un conjunto de incidentes aislados. De esta forma, el imposicionalismo sería la contraparte necesaria de una noción de experiencia como carente de la estructura y coherencia que encontramos en los relatos. Norman opina que esa concepción

³⁶⁹ Cfr. Norman (1991).

³⁷⁰ Cfr. White (1987: 24).

atomista de la experiencia histórica es asumida arbitrariamente, ya que en historia las partes, los incidentes aislados, son tan problemáticos como el todo, de tal manera que la Segunda Guerra Mundial sería tan real o tan ficticia como el Día D. Es decir, si la individuación de acontecimientos es tan problemática como la comprensión del proceso histórico más abarcativo, nada nos habilita a conceder al “hecho atómico” prioridad epistémica por sobre la estructura histórica en la que se los inscribe. En conclusión, la objeción de Norman consiste en señalar que una concepción no justificada de experiencia histórica subyace implícitamente a la teoría de White y lo conduce al escepticismo acerca de la capacidad de la narrativa para representar el pasado.

En su exposición, Norman hace alusión a otras maneras de pensar la estructura narrativa, entre las que encontramos los partidarios de la “reificación de la trama”.³⁷¹ David Carr constituye un ejemplo de esta perspectiva sobre la narrativa histórica y también se enrola entre los críticos al imposicionalismo whiteano. En realidad, Carr se refiere a la teoría de White como una teoría acerca de la discontinuidad entre estructura narrativa y experiencia. A partir de un análisis fenomenológico en el que apela a la concepción husserliana de la experiencia temporal constituida por un horizonte de retenciones y protensiones y a los desarrollos de Merleau Ponty del esquema figura-fondo como básico para la percepción espacial, Carr argumenta que la verdadera ficción teórica es la noción de experiencia humana como secuencia de acontecimientos discordantes. Tal como los encontramos, aún en nuestra máxima pasividad, los acontecimientos según Carr están cargados con el significado que derivan de nuestras retenciones y protensiones. Además, Carr afirma que si esto es cierto de nuestra experiencia pasiva, es más cierto todavía de nuestra vida práctica en la que casi explícitamente consultamos a la experiencia pasada, concebimos el futuro y vemos el presente como un pasaje entre los dos. Ahora bien, Carr reconoce que esa estructura de la experiencia no es necesariamente narrativa, pero que es posible hallar un “parentesco” entre la estructura medio-fines de la acción y la estructura comienzo-medio-fin de la narrativa. Dado que en nuestras actividades individuales habría momentos de inauguración, tanto como de desarrollo y clausura, Carr afirma que la estructura medio-fines de la acción despliega algunos de los rasgos de la estructura comienzo-medio-fin propia de los relatos. Y, si bien admite que la narrativa une muchas acciones en una trama en la que la totalidad resultante es de escala mucho mayor que nuestras acciones a corto plazo, insiste en que la estructura de la acción es común al arte y a la vida, y que es desde dentro de la acción misma, formando parte de una

³⁷¹ Cfr. Norman (1991: 133). Aquí incluye también a Alasdair MacIntyre y Frederick Olafson.

estructura compleja de configuraciones temporales, cómo los acontecimientos reciben su definición.

Como podemos observar tanto en la crítica de Norman como en la de Carr, White es acusado de sostener implícitamente una noción de experiencia atomista o informe que ~~redunda en su imposicionalismo, i.e., dado que niega que la experiencia misma posea alguna~~ estructuración, cualquier estructura que se quiera utilizar para dar cuenta de ella le será impuesta. Respecto de esta crítica, considero prioritario señalar que White no ofrece una teorización de experiencia histórica a la que podamos apelar para confirmar o rechazar esta acusación. Y aunque White, al igual que Mink –como vimos en los capítulos 2 y 3-, afirma que los relatos son contados o escritos pero no vividos, esta tesis no es el resultado de una reflexión acerca de la relación entre experiencia y conocimiento histórico, como señalé, sino un resultado de la crítica a las concepciones ingenuas acerca de la relación entre narración e historia. En otras palabras, a White no le preocupó tanto negar que la experiencia humana tenga algún tipo de estructuración propia, sino rechazar una visión ingenua del lenguaje que extrapola su capacidad de producción de significado a sus referentes. En este sentido, la carga de la prueba está en Norman y Carr, quienes deberían dar argumentos para mostrar que la estructura propia de la experiencia –concediéndoles retórica e hipotéticamente que haya algo como “la” estructura de la experiencia- es la estructura con que en el discurso damos cuenta de ella. Más aún, si recordamos que esa estructura responde a una tipología de tramas – tragedia, comedia, romance y sátira– que identifica diversos significados totales del relato disponibles para la explicación del historiador, son nuevamente los críticos los que deben justificar que la experiencia humana conlleva intrínsecamente algún tipo de significado romántico, trágico, etc. En realidad, no sólo deberían explicar cómo el significado en general está “en la experiencia misma”, sino cómo se podría determinar cuál de los cuatro modos de tramado y su consiguiente significado específico es el correspondiente a la experiencia de la que se pretende dar cuenta. En síntesis, Norman y Carr deberían justificar no sólo que la experiencia en sí misma está estructurada narrativamente, sino también que a) está estructurada de acuerdo con los modos de tramado que empleamos en los discursos históricos; y b) que existe un procedimiento epistemológico para decidir cuál es el tramado propio de la experiencia bajo examen. No será independiente de estas cuestiones la necesidad de justificar si se refieren a una experiencia individual, o colectiva, o, en el caso de que se refieran a ambas (como creo que sucede con Carr) será central justificar el vínculo pre-discursivo entre experiencia individual y colectiva.

En segundo lugar, corresponde aclarar a qué se “impone” el impositivismo whiteano. Como señalé, White no aborda la cuestión de la experiencia histórica. En cambio, problematiza la producción de un relato a partir de la heterogeneidad del registro histórico, las fuentes o evidencia que el historiador considera. Es decir, White argumentaba a favor de la imposición de trama a partir de la idea collingwoodeana del historiador como quien “encuentra” en la evidencia el relato acerca del pasado. Bajo esta interpretación, si el impositivismo de la trama da cuenta de la necesidad del historiador de construir un relato coherente y completo a partir de un registro heterogéneo e incompleto, las críticas de Norman y Carr no se aplicarían porque ya no podría interpretarse el problema de la imposición como fundado en el problema de la noción de experiencia. Más aún, se requiere un argumento ulterior para justificar cómo la estructura pre-discursiva de la experiencia humana contribuye al problema epistemológico específico de la dotación de significado e interpretación del registro histórico, argumento que no debería apelar a la práctica de la escritura histórica, i.e., al análisis de géneros, estilos y tramados empleados por el historiador para el procesamiento discursivo de su objeto de estudio –dado que esto es lo que White argumentó y Norman y Carr denominan “impositivismo”.

4.5 Retorno a la paradoja de la narración histórica luego del giro tropológico: ni ingenuidad ni escepticismo

Llegados al fin de este capítulo, considero que he mostrado, atendiendo a las objeciones y críticas a la posición de White, cómo pretendió sostener su aceptación irónica agenciadora respecto de la narración histórica evitando los extremos indeseables de un posicionamiento ingenuo o escéptico respecto de nuestras posibilidades de representar realísticamente el pasado. Considero que el recurso fundamental que le permitió evadir ambos extremos fue su giro tropológico, su adopción de la concepción tropológica del lenguaje y demás recursos de la teoría literaria que le permiten cuestionar la relación entre narración e historia sin por ello obligarlo a rechazar el discurso narrativo como proveedor de un valor cognitivo para la historiografía. En palabras de esta investigación, es la aceptación de la *tesis general acerca del carácter figurativo de la escritura histórica* en sus tres sentidos relevados lo que me permite asumir, siguiendo a White, una posición no ingenua acerca del lenguaje, la narración y la representación que no conduce necesariamente a una posición escéptica respecto del conocimiento histórico.

Hasta aquí mostré que la función poética del lenguaje en la historia se postula como adopción del modelo funcional de Jakobson que intenta ofrecer una concepción sofisticada de la referencialidad del discurso contra a) una concepción ingenua que reduce los discursos científicos al desempeño de una única función referencial; y b) una posición extrema que atribuye la referencialidad de la historia narrativa a una mera ilusión o efecto de realidad. El reconocimiento de los recursos figurativos-literarios para la composición de relatos históricos, por su parte, permite dar cuenta de la irreductibilidad de la estructura de trama al registro histórico, mostrando la necesidad de un elemento creativo-imaginativo para hacer significativo el registro y evitando tanto 1) caer en una ingenua naturalización de la forma narrativa como modo de discurso “neutral” que “corresponde” a la estructura real del acontecer histórico; como 2) pensar la elección del modo narrativo como una “distorsión” de la “realidad” de los acontecimientos. Finalmente, de este modo, podemos atender a diversos modos de representación realista que la historia ofrece de los acontecimientos pasados, como posición superadora de 1) teorías ingenuas de la representación que la entienden como mera “copia” o como “transparente” a aquello que pretende ser una imagen o modelo; y 2) teorías sobre la representación como inevitablemente “opaca” u obstáculo a su pretensión representacional. Teniendo en mente estos extremos indeseados, la presente tesis pretende sostener una concepción del lenguaje donde la referencialidad es afirmada y no negada, pero reconociendo su complejidad; un reconocimiento del rol constructivo-imaginario de la presentación de sucesos históricos como una estructura narrativa; y una teoría más sofisticada de la representación realista. Si esto es así, podré en lo que resta de esta tesis intentar responder a aquello que Mink y White buscaban: revisar y reconceptualizar las concepciones ingenuas (o, como veremos más adelante, según White “oposicionales”) acerca de la referencialidad, la narración y la representación históricas.

Es en la duplicidad irónica y agenciadora del original espíritu whiteano que encuentro la mejor inspiración para una tarea que constantemente debe evadir la recaída en la ingenuidad o el escepticismo. En este sentido, es importante señalar que fue justamente ese doble peligro el que condujo a White en cada ocasión en que se ocupó de responder a sus críticos a volver a recordarnos que su teoría del escrito histórico encontraba en los debates contemporáneos sobre la narración y la historia su razón de ser, como intento de cuestionar y reconceptualizar los presupuestos sobre la referencia, la narración y la representación que hacían al debate posible. Es en este sentido que en “Teoría Literaria...” White sostiene que desde la perspectiva que le ofrece la concepción tropológica del lenguaje, la narrativa no es una distorsión de la realidad, tal como sostuvo Barthes, ni “una manifestación epifánica de un

fundamento metafísico del ser (las «estructuras de la temporalidad de Ricoeur»), sino “la aparición en forma discursiva de una de las posibilidades tropológicas del uso del lenguaje”. Y agrega lo que considero una explícita síntesis del carácter irónico-agenciador de su perspectiva:

Viendo la cuestión de esta forma, podemos comenzar a apreciar hasta qué punto los programas que pretenden expurgar la narratividad del discurso serio, o bien, elevarla al estatus de una expresión del Ser, el Tiempo, o la Historicidad, están igualmente desencaminados. La narrativa es un universal cultural debido a que el lenguaje es un universal humano. No podemos eliminarla del discurso, del mismo modo que no podemos expulsar al discurso mismo fuera de la existencia.³⁷²

Hasta aquí creo que queda claro que si Mink y Barthes constituyeron extremos posibles ante la paradoja de la narración histórica, es claramente más cerca de Mink que podríamos ubicar a White en tanto considera absurdo proyectar una eliminación de la narrativa del discurso histórico. Y a continuación creo que se manifiesta el diferencial acento *agenciador* que caracteriza la aceptación irónica de White así como la modificación de la perspectiva sobre el lenguaje mismo en que la sustenta:

Puede que la narrativa sea el alma del mito, pero esto es así precisamente porque el mito es una forma de discurso lingüístico, no porque la narrativa sea inherentemente mítica. Y lo mismo puede decirse de la relación de la narrativa con la ficción literaria. Algunas ficciones literarias se organizan en un modo narrativo, pero esto no significa que todas las narrativas sean ficciones literarias. Lo que significa es que tanto las narrativas míticas como las literarias son figuraciones lingüísticas.

White continúa su argumento respecto de la relación entre discursos narrativos y discursos históricos y, agrega, por extensión, “realistas”:

Una representación histórica puede organizarse de forma narrativa porque la naturaleza tropológica del lenguaje ofrece esa posibilidad. Por tanto, es absurdo suponer que, por estar organizado como una narrativa, un discurso histórico deba ser mítico, ficcional, sustancialmente imaginario o, de otro modo, «irrealista» con respecto a lo que nos dice acerca del mundo. Suponer algo así es abandonarse al tipo de pensamiento que resulta de la creencia en el contagio mágico o en la culpa por asociación. Si el mito, la ficción literaria y la historiografía tradicional utilizan el modo narrativo de discurso es porque todos ellos son formas de uso del lenguaje.³⁷³

White concluye su argumentación señalando que lo anterior no nos dice nada acerca de la veracidad ni del “realismo” de estos distintos “usos” del discurso narrativo —y particularmente menos aún puede decirse del realismo en tanto noción que “está siempre determinada culturalmente y varía de una cultura a otra”. Es en este punto, entonces, en el que nos

³⁷² Cfr. White (2003: 179).

³⁷³ *Ibid.*, 180.

encontramos luego de dar con White el giro tropológico: hemos ido de la narración histórica a la figuración y con ella reinterpretamos la narración histórica como una *forma de uso* del lenguaje. A continuación, esta tesis se propone continuar esta vía pragmática general, y performativa en particular, de continuidad del legado whiteano (capítulo 6 y 7). Pero antes deberá enfrentar un desafío más, no sólo presentado por White mismo sino acompañado también, de un particular modo, por Frank Ankersmit: volverá a estar en cuestión no solo la narración histórica sino también el narrativismo.³⁷⁴

³⁷⁴ Considero necesario aquí dar mis razones de por qué esta investigación doctoral ha dejado fuera la exploración de las continuidades y diferencias entre la posición de White acerca de la narración histórica y la teoría de la triple mimesis de Paul Ricoeur. En primer lugar, dado que el recorte temático de esta tesis ha sido el problema de la crítica y persistencia de la narración en la denominada Nueva Filosofía de la Historia, estoy siguiendo la delimitación de esta línea de investigación inaugurada por White que debemos a Ankersmit y Kellner, quienes no incluyen a Ricoeur como parte integrante en la compilación con la que bautizan este marco teórico. Tampoco Tozzi, que toma directamente esta denominación –a quien también sigo en esta investigación como intérprete del programa de investigación inaugurado por White- considera a Ricoeur como integrante. En el caso de Tozzi, la razón aducida –con la que acuerdo- es que la Nueva Filosofía de la Historia refiere a las nuevas indagaciones sobre la historiografía que, al atender a su carácter narrativo, ponen en cuestión los lenguajes históricos. Por este motivo, Tozzi incluye dentro de la Nueva Filosofía de la Historia a Arthur Danto –en tanto filósofo de la historia “bisagra” entre el marco anterior y el inaugurado-, Louis Mink, Hayden White y Frank Ankersmit. Un segundo motivo ha sido mi intención de continuar a White en sus propios términos, razón por la cual me he tomado seriamente su interés de diferenciación del Barthes expurgador de la narrativa de la historia así como del Ricoeur que eleva la narratividad, en su lectura, a una metafísica. En tercer lugar, White lee a Ricoeur como una forma de defensa de la narratividad para la historiografía que surge posteriormente a la discusión a la que él pretende contribuir a partir de *Metahistoria*, discusión en virtud de la cual he propuesto entender a White como postulación de un punto de vista nuevo acerca del conocimiento histórico y su función cultural (como aceptación irónica de la narración –y ahora, del uso mismo del lenguaje- en la historiografía). Debe decirse que White dedica varios ensayos a comentar y criticar a Ricoeur en particular -Cf. White, 1987 y 1999. White encuentra afinidades entre sus posiciones pero rechaza de Ricoeur lo que percibe como una reificación de la trama trágica en su tesis de la relación entre temporalidad y narratividad. En este sentido, es interesante que Nancy Partner ha señalado que entre White y Ricoeur hay más convergencias que diferencias, muy que le pese a White en Partner (1998). Esta intención de White de diferenciarse de Ricoeur, aún reconociendo ciertas similitudes entre sus teorizaciones, me ha sugerido en el camino de esta investigación que Ricoeur constituirá para mí un desafío post-doctoral, en la medida en que esta investigación tiene un objetivo cuyo logro debe ser previo a la lectura comparativa entre White y Ricoeur: el objetivo de refigurar aquello que significó White como inaugurador de una perspectiva original en la filosofía de la historia contemporánea, que mereció el título de Nueva Filosofía de la Historia. Dado que la tesis se propone comprender la constitución de este marco teórico y su devenir, considero necesario posponer para un momento post-doctoral la indagación de la perspectiva ajena a la Nueva Filosofía de la Historia que Ricoeur constituiría.

5- El rechazo romántico de la narración histórica: White y el acontecimiento modernista; Ankersmit y la experiencia histórica sublime

5.1 Introducción: el rechazo romántico de la narración histórica

En este capítulo presentaré mi hipótesis de lectura de algunas de las últimas teorizaciones de White y Ankersmit, fundamentalmente posteriores a los 90's. En White encontramos la tematización del tipo de acontecer histórico característico del siglo XX al que denominaré *acontecimiento modernista*, directamente vinculada con la propuesta de explorar un estilo modernista antinarrativo para dar cuenta de ellos. Sorprende, luego de la identificación de una aceptación irónica de la narración histórica, que White proponga un modo de representación *antinarrativo* necesario a partir de la *inadecuación* de la narrativa tradicional para dar cuenta de los acontecimientos modernistas. Para ello, White apelará a las reflexiones sobre el modernismo literario de Erich Auerbach y Roland Barthes. Respecto de Ankersmit, el rechazo de la narración histórica se presenta como diagnóstico global de la saturación del foco de interés en el lenguaje que nos ha hecho olvidar la dimensión de la experiencia histórica. En 2005, Ankersmit afirma que el giro lingüístico y sus aliados (la topología, el deconstructivismo, incluso la hermenéutica) no solo han perdido productividad teórica sino que nos habrían arrojado a una prisión del lenguaje. Ergo, Ankersmit diagnostica que la Nueva Filosofía de la Historia ha recaído en un textualismo o lingualismo que debe ser superado. Mi hipótesis de lectura de la más reciente producción de White y Ankersmit es que parecen representar dos modalidades de *rechazo romántico* de la narración histórica, situación que nos conduce a cuestionar qué quedó del espíritu fundacional irónico y agenciador de la Nueva Filosofía de la Historia.

Entiendo por *rechazo romántico* lo siguiente: White caracterizaba el *romance* como “un drama de autoidentificación simbolizado por la trascendencia del héroe del mundo de la experiencia, su victoria sobre éste y su liberación final de ese mundo” i.e., un drama de *trascendencia* del hombre sobre el mundo.³⁷⁵ Justamente en sus últimas publicaciones White, y también Ankersmit, parecerían promover un cierto tipo de *trascendencia* o superación de sus propias teorizaciones sobre la narración y el lenguaje, i.e., su mundo narrativista. Podemos hablar de un *rechazo romántico* en el sentido de una auto-diferenciación respecto de sus teorizaciones originales que se pretende como una auto-superación, donde el aspecto

³⁷⁵ Cfr. White (1992: 19).

romántico está dado por la búsqueda de superar obstáculos o límites que identifican en la perspectiva narrativista que fueron responsables de consolidar. En White, esta pretensión de trascendencia es parcial y toma la forma de la necesidad de una *nueva escritura* demandada por el tipo de sucesos históricos característicos del siglo XX. En Ankersmit, el carácter de *rechazo* de su impulso romántico será inequívoco cuando en 2005 afirme que el giro lingüístico nos habría arrojado a una prisión del lenguaje y que es hora de volver a “romantizar la teoría histórica”.³⁷⁶ Ante su diagnóstico de una caída en el *lingualismo*, Ankersmit teorizará una *experiencia histórica sublime* para dar cuenta de la posibilidad misma de que una comunidad posea *conciencia histórica* y necesite representar su pasado.

5.2 White y el acontecimiento modernista

5.2.1 El valor de la narratividad en la representación de la realidad: la clausura narrativa como impulso moralizante

Para entender por qué caracterizo la tematización del acontecimiento modernista como semejante a un rechazo romántico de la narración para la historiografía,³⁷⁶ es necesario atravesar previamente un artículo central en la obra whiteana, pero anterior a este posible momento de rechazo romántico: me refiero a “The Value of Narrativity in the Representation of Reality” (White, 1987). En este artículo White pretende mostrar, una vez más, que la relación entre historiografía y narración es puramente convencional. Para ello, presenta un análisis comparativo de representaciones históricas en el modo del *anal medieval*, la *crónica* y la *narración histórica* propiamente dicha. White quiere enfatizar que la narrativa debe ser considerada como una manera de hablar, y no como “forma de representación”, entendiendo por esto último lo formal como “forma vacía”, distinguible, y carente, de contenido. En cambio, White –tal como el volumen indica- pretende explorar “el contenido de la forma” del discurso narrativo.³⁷⁷ En el prefacio a este volumen White refiere a las teorías semiológicas del discurso la crítica al supuesto de la narración como mera forma que podría ser “llenada” con contenidos diferentes. En oposición, estas teorías revelan a la narrativa como siendo

un sistema de producción discursiva de significado particularmente efectivo por el cual puede enseñarse a los individuos a vivir una específica “relación imaginaria con sus condiciones reales de existencia”, es decir, una relación irreal pero significativa con las formaciones sociales a las

³⁷⁶ Cfr. Ankersmit (2005, 191).

³⁷⁷ Cfr. White (1987: xi).

cuáles ellos están sujetos (*indentured*) para vivir sus vidas y realizar sus destinos como sujetos sociales.³⁷⁸

White continúa sosteniendo en el prefacio que considerar a la narrativa desde esta perspectiva permite dar cuenta de su universalidad como hecho cultural y del interés que los grupos sociales dominantes tienen no solo en controlar los mitos autorizados de una formación cultural dada sino también en asegurar la creencia de que la realidad social misma puede ser vivida y comprendida realísticamente como un relato. Esto estaría dado porque los mitos e ideologías basadas en ellos “presuponen la adecuación de los relatos a la representación de la realidad cuyo significado pretenden revelar”. Ahora bien, a continuación White enuncia lo que considero su *insight* más provocador y polémico respecto de la paradoja de la narración histórica a partir de la cual esta tesis reconstruye su posición:

Quando la creencia en esta adecuación empieza a declinar, el edificio cultural entero de una sociedad entra en crisis, porque no solo un sistema de creencias específico es socavado sino que la condición misma de posibilidad de la creencia socialmente significativa es erosionada. Esta es la razón, creo, por la cual hemos sido testigos a lo largo de todo el espectro de las ciencias humanas en el curso de las últimas dos décadas de un pregnante interés en la naturaleza de la narrativa, su autoridad epistémica, su función cultural, y su importancia social general.³⁷⁹

Debe señalarse que ya desde *Metahistoria* era explícito el interés de White de indagar la autoridad epistémica de la narrativa y su función cultural en tanto histórica. Justamente esta dualidad epistémico-cultural resumía la aceptación irónica que señalamos. Pero ahora se agrega un tercer aspecto de análisis: su importancia social general, su vínculo con las creencias sociales, su eficacia como sistema de producción discursiva de significado. Y es exactamente a esta tercer arista de la cuestión de la narrativa para la representación de la realidad a la que White se dedica en “The Value...”. No reconstruiré, por motivos de espacio, la perspicaz argumentación whiteana al respecto, sino que presentaré sus resultados. White se pregunta cuál es el valor de la narratividad para la representación de la realidad, i.e., en un discurso que se presenta como realista, no imaginario. Cito a White en una pregunta que nos acompañará en el resto de los capítulos:

¿Qué involucra, entonces, el encontrar el “verdadero relato”, el descubrimiento del “relato real” en o detrás de los acontecimientos que llegan a nosotros en la forma caótica de “registros históricos”? ¿Qué anhelo es realizado, qué deseo es satisfecho, por la fantasía de que los acontecimientos reales son representados apropiadamente cuando puede mostrarse que exhiben la coherencia formal de un relato? En el enigma de este anhelo, este deseo, vislumbramos la función cultural del discurso narrativizador en general, una intimación del impulso psicológico detrás de la necesidad

³⁷⁸ *Ibid.*, x.

³⁷⁹ Ídem nota anterior. Recordemos que *The Content of the Form* se publica en 1987.

aparentemente universal no solo de narrar sino de dar a los acontecimientos un aspecto de narratividad.³⁸⁰

White procede a mostrar que la narrativa histórica, a diferencia del anal medieval y de la crónica, logra una representación de los sucesos comparativamente más completa, coherente, con un claro privilegio por la continuidad (versus la discontinuidad), al imponer a lo representado una trama –“una estructura de relaciones por medio de la cual los acontecimientos contenidos en el relato son dotados de un significado al ser identificados como partes de un todo integrado.”³⁸¹ Hasta aquí, no dice nada que no haya estudiado en sus trabajos anteriores. Todo lo que tematicé como adopción irónica de la narración histórica en White estaba basado en el reconocimiento del específico modo de producción de significado por medios figurativos de la narración y su aceptación crítica –i.e., preservando la conciencia de que ese significado era “producido”, no “dado”- pero impulsando su empleo como modo de hacer comprensibles los acontecimientos pasados. Ahora bien, a continuación, White caracterizará el tramado como productor de un efecto de clausura o cierre narrativo, ausente en los otros modos de representación de la realidad histórica, que constituye la expectativa típica del lector de un relato: “la recapitulación del ‘significado’ de la cadena de acontecimientos con la cual lidia que normalmente esperamos de un relato bien hecho”,³⁸² donde el final del discurso emite su luz “retrospectivamente sobre los acontecimientos originalmente registrados de manera de redistribuir la fuerza de un significado que era inmanente en todos los acontecimientos desde el principio”.³⁸³ Y sostiene que esto es la *narrativización*, el pretender dejar a los acontecimientos “hablar por sí mismos” o “contar su propia historia”.

Esta resolución discursiva y narrativizante es necesaria, dirá White, solo cuando hay una disputa. En otras palabras, un acontecimiento es histórico cuando pueden imaginarse al menos dos versiones del acontecimiento ya que solo así existe motivo “para que la historia tome para sí la autoridad de dar el relato verdadero de lo que realmente sucedió”. White concluye que si la representación narrativizada de la realidad llegó a ser considerada la forma real o verdadera de la historia *qua* objeto de la historiografía, es porque la narrativa está íntimamente ligada con el deseo de moralizar los acontecimientos de que trata. Siguiendo a Hegel, White sostiene que es con la emergencia del Estado moderno como surge el deseo de registrar sus actividades para ofrecer una narración de acontecimientos reales. Más aún, su

³⁸⁰ *Ibid.*, 4.

³⁸¹ *Ibid.*, 9.

³⁸² *Ibid.*, 16.

³⁸³ *Ibid.*, 20.

hipótesis es que la representación narrativa está vinculada al conflicto entre el deseo y la ley, al drama que ese conflicto desata, por lo cual sospecha que “la narrativa en general” tiene que ver con la autoridad:

El interés en el sistema social, que no es otra cosa que un sistema de relaciones humanas gobernadas por la ley, crea la posibilidad de concebir la clase de tensiones, conflictos, luchas, y sus varias clases de resoluciones que estamos acostumbrados a encontrar en cualquier representación de la realidad presentándose ella misma a nosotros como una historia.³⁸⁴

Así, White responde a la pregunta por el valor de la narratividad en la representación de la realidad: su respuesta es que la producción del efecto de clausura narrativa está motivada por el deseo de representar lo real *como si desplegara la coherencia formal de un relato*, modo de representación que

nos revela un mundo que está putativamente 'concluido', terminado, acabado y, sin embargo, no disuelto, no desmoronado. En este mundo, la realidad porta la máscara de un significado, cuya completitud y plenitud sólo podemos imaginar, nunca experimentar.³⁸⁵

De este modo, la narrativización nos hace “deseable lo real”, porque al representar la realidad como si hablara por sí misma, “nos” habla y despliega para nosotros la coherencia formal a la que aspiramos. Los relatos históricos dan a la realidad “el aroma de lo ideal”: White agrega que es por esta razón que la patentización, el hacer manifiesta la trama en un relato histórico es vergonzante, y es justamente por su voluntad de traer su tramado a la superficie de sus relatos que los filósofos de la historia como Hegel y Marx han sido tan criticados por los historiadores. Pero, White se pregunta, ¿sobre qué bases que no sean *bases morales bajo el aspecto de lo estético* puede decirse que una narrativa de acontecimientos “concluye”? ¿Qué otro final pueden tener que no sea un final moralizante? Y, entonces, cierra el artículo preguntándose si podemos alguna vez narrativizar sin moralizar.

Este texto, a mi entender, representa una fuerte objeción a la caracterización hecha hasta aquí de la posición de White respecto de la paradoja de la narración histórica como aceptación irónica. En primer lugar, White parece estar haciendo una crítica al contenido ideológico de la forma narrativa muy cercana a la de Roland Barthes en “El discurso de la historia”. Esta interpretación se refuerza por el hecho de que White cita textualmente la crítica estructuralista-semiológica a la narración. En primer lugar, apela a la crítica a la pretensión de

³⁸⁴ *Ibid.*, 14.

³⁸⁵ *Ibid.*, 21.

objetividad del historiador que vimos con Barthes, reforzada por el análisis de Gérard Genette que muestra que el relato “es un modo particular (del lenguaje), definido por un cierto número de exclusiones y de condiciones restrictivas,”³⁸⁶ donde “los acontecimientos parecen narrarse a sí mismos,”³⁸⁷ ofreciéndose como un modo de hablar *objetivo*, frente a la subjetividad del discurso (entendido como habla o instancia de discurso). Señala que la producción de esta objetividad se debe al predominio de la tercera persona, en desmedro del uso de indicadores pronominales y adverbiales (como *yo/tú, aquí, ahora, ayer, mañana*, etc.) y la preferencia por ciertos tiempos verbales (como el pretérito indefinido y el pluscuamperfecto),³⁸⁸ análisis que White toma explícitamente.³⁸⁹ En segundo lugar, reaparece la crítica de Barthes que señalaba que esta objetividad se sustenta en la “carencia de signos del enunciante” que no es sino el producto de la ilusión referencial, por la cual el historiador pretende dejar que el referente hable por sí solo.³⁹⁰ Más aún, en tercer lugar, podemos considerar que la combinación de la mostración de la objetividad y la referencialidad ilusoria de la narración como producciones discursivas son presentadas como solidarias con el efecto de clausura narrativa, dado que Barthes señalaba ya cómo los “hechos” relatados funcionan irresistiblemente como índices o núcleos cuya misma secuencia tiene un valor indicial.³⁹¹ A esto se refería con el *aplasmamiento de la lógica y la temporalidad*, a ese “resorte de la actividad narrativa” que consistía en la confusión misma de la consecución y de la consecuencia, la aplicación sistemática del error lógico *post hoc, ergo propter hoc*.³⁹² Mink también identificaba esa anulación retrospectiva de las contingencias prospectivas que la forma narrativa produce como compleja red de interrelaciones. Ahora bien, el mismo mecanismo discursivo, visto desde la perspectiva de Barthes implicaba la denuncia de que esta producción de significado era disimulada o escondida de modo ideológicamente interesado por el realismo decimonónico que intenta ver en el relato un modo neutral de hablar acerca de lo real. Y en este exacto punto ahora parece coincidir White, en la medida en que por *narrativización* no entiende solo narrar, sino hacerlo con la pretensión de estar aportando el relato “verdadero” y “real” acerca de lo acontecido que, por otra parte, sería el objetivo de la historiografía académica en la medida en que estipuló la narración como modo de representación de su objeto de estudio superior al anal y la crónica, al constituirse como

³⁸⁶ Cfr. Genette (1999: 211).

³⁸⁷ *Ibid.*, p. 208.

³⁸⁸ *Ídem* nota anterior.

³⁸⁹ Cfr. White (1987: 2-3).

³⁹⁰ Cfr. Barthes (1987: 168). Genette y Barthes están trabajando a partir de la distinción entre “relato” y “discurso” de Benveniste.

³⁹¹ *Ibid.*, p. 173.

³⁹² *Ibid.*, p. 176.

disciplina con pretensiones científicas en el siglo XIX. La pregunta que no puedo sino hacer frente a este artículo es la siguiente: ¿está White acercándose al rechazo romántico de la narración histórica que paradigmáticamente representaba Roland Barthes?

Esta pregunta se vuelve acuciante cuando unos años después White comienza a tematizar la noción de *acontecimiento modernista* para dar cuenta de los sucesos más característicos del siglo XX, para afirmar que no pueden ser comprendidos mediante las formas narrativas tradicionales (White, 1999). Entonces, nuevamente: ¿está White rechazando de plano la aceptación irónica de la narración histórica que presentó en *Metahistoria*? ¿La relación puramente convencional entre historiografía y narración, que ya había sido señalada, no era la condición de posibilidad del logro de la refamiliarización de los acontecimientos en virtud de la cual la narrativa histórica lograba su particular efecto explicativo? ¿Y qué decir, entonces, de la caracterización de una modificación en la perspectiva acerca del uso del lenguaje que denominé *giro tropológico*? Dejando estas preguntas abiertas, reconstruiré la tematización del acontecimiento y la escritura *modernistas* en White.

5.2.2 Acontecimiento/escritura modernista

En *Figural Realism*, White propone pensar el tipo de ocurrencias históricas características del siglo XX bajo la categoría de *acontecimiento modernista*: las guerras mundiales, el crecimiento a niveles inimaginables de la población mundial, la pobreza y el hambre, la contaminación planetaria y los genocidios llevados adelante mediante tecnología científica y procedimientos de gobernabilidad y guerra serían *acontecimientos modernistas*, de los cuales, White presenta el Holocausto judío como acontecimiento paradigmático.³⁹³ White sostiene que estas ocurrencias son anómalas, traumáticas, porque muestran una naturaleza, alcance e implicaciones imposibles de imaginar para otra época. Su misma ocurrencia tiene un efecto disruptivo sobre nuestra capacidad de darles sentido, hace estallar nuestra clara distinción entre lo real y lo imaginario, frustra nuestro horizonte normal de expectativa. Para White, el acontecimiento modernista se resiste a ser captado en una única interpretación o procesado mediante las categorías y convenciones heredadas para asignar significado, resistencia que amenaza con disolver dos nociones fundamentales de nuestro modo de comprender la historicidad: la noción de *acontecimiento*, como unidad temporal básica, y la

³⁹³ Cf. White (1999: 69).

de *relato*, o más específicamente, *trama*, como modo de representación adecuado. A su vez, estos acontecimientos adquieren un carácter traumático para ciertos grupos o comunidades.

Frente a este diagnóstico representacional, White argumenta a favor de un modo anti-narrativo de escribir la historia, refiriéndose incluso a la emergencia de un *nuevo tipo de escritura*.³⁹⁴ No se trataría solamente de discutir el modo de escribir la historia, sino también de identificar cambios *en* la historia contemporánea que demandarían esa discusión. Mediante la conceptualización del *acontecimiento modernista* White parece estar postulando la imposibilidad de dissociar la tematización de las características específicas de las ocurrencias más significativas del siglo XX de la reflexión acerca de los particulares modos de representación que esas ocurrencias demandan. Más aún, el adjetivo “modernista” parece condensar una doble significación, en tanto refiere a la vez a (1) la caracterización-contextualización de las ocurrencias que pretende identificar y (2) el estilo literario que, siguiendo a White, permite mejor representarlas. Respecto del primer sentido, la caracterización equivale a su contextualización histórica ya que estas ocurrencias serían “modernistas” por ser sucesos que solo fueron posibles en el siglo XX en tanto modernidad tardía. Así, una de las condiciones de especificidad de estas ocurrencias consistiría en *ser efecto del proceso de modernización y desarrollo tecnológico* que influiría tanto en los nuevos y devastadores medios de destrucción y muerte disponibles para las sociedades modernas, como en los nuevos y mejores medios de registro y representación de lo real dados por tecnologías como el cine, la televisión, el video, los archivos digitales, etc. En este sentido, los acontecimientos serían *modernistas* tanto por *ser producto de la modernización* en tanto proceso histórico, como por ser registrables y representables de *modos modernos* solo accesibles gracias a estas nuevas tecnologías. En el segundo sentido, “modernista” está relacionado con el modernismo literario como movimiento estético anti-narrativo. Justamente aquí aparece la exhortación a explorar una nueva clase de escritura histórica en la que podemos sostener con mayor plausibilidad la hipótesis de un rechazo romántico de la narración convencional por parte de White.

Es importante mencionar que la teorización del acontecimiento modernista vincula a White con un debate más amplio acerca de los desafíos representacionales, éticos y estéticos que acontecimientos como el Holocausto suscitan, donde incluso encontramos posiciones que afirman su irrepresentabilidad.³⁹⁵ En 1992 se publica un importante texto que reúne intervenciones de historiadores, filósofos, estudiosos de arte y literatura en un congreso de

³⁹⁴ Cf. White (2010: 145).

³⁹⁵ White atribuye esta tesis a George Steiner y Alice y A. R. Eckhardt en White (1999: 33).

1990, en la Universidad de California, Los Ángeles, cuya temática da título al volumen: *Probing the Limits of Representation. Nazism and the "Final Solution"*, organizado por Saul Friedländer, reconocido historiador del nazismo y Holocausto y editor del texto (Friedländer, 1992). Friedländer rechaza la idea de que el exterminio de los judíos de Europa sea inaccesible a la representación y la interpretación como cualquier otro acontecimiento histórico, pero sostiene que estamos tratando con un *acontecimiento en los límites* que pone a prueba nuestras categorías conceptuales tradicionales, lo que conduce a cierta intranquilidad teórica y ética respecto de la posibilidad de representar en principio *de cualquier manera* el Holocausto. White participa del debate, pero no es un invitado más, dado que uno de los ejes de discusión es justamente su tesis acerca de la posibilidad de tramar de diversos modos la misma serie de acontecimientos históricos. Esta tesis es severamente criticada, aunque es inevitable pensar que es su aceptación lo que permite a los participantes discutir, es decir, *probar los límites* de la representación.

White explícitamente rechaza la consideración de los acontecimientos modernistas como irrepresentables y sostiene en cambio que existe un modo de representación apropiado: el tipo de escritura *anti-narrativa* explorado por el estilo literario de Woolf, Proust y Joyce. White propone la noción de *escritura modernista* a partir de las reflexiones sobre la escritura en voz media de Roland Barthes y la caracterización de Erich Auerbach del modernismo literario como movimiento estilístico –debe señalarse que la teorización de Barthes remite a Proust y Joyce como casos de escritura en voz media, aunque no se trate meramente de un análisis estilístico, como veremos.³⁹⁶ Contra la tesis de la irrepresentabilidad, entonces, el problema de la representación de los acontecimientos modernistas para White requiere *la explotación completa* de las técnicas artísticas modernistas y premodernistas para su resolución.³⁹⁷ Aquí empieza a prefigurarse la tensión entre la permanencia del impulso productivo manifestado en la exhortación de trascendencia irónica de la ironía en *Metahistoria* y la aparición ahora de un cierto rechazo de la narración. Este rechazo romántico en White, como corolario de la postulación del modernismo literario como modo *más adecuado* de representar los acontecimientos modernistas, tiene al menos tres aristas íntimamente relacionadas: (1) la búsqueda deliberada del fracaso del efecto de clausura narrativa; (2) la disolución de los límites entre lo real y lo imaginario; y (3) la propuesta de una nueva idea de historicidad.

³⁹⁶ La tematización de la escritura en voz media de Barthes alude también al modernismo literario. Cf. Barthes, 1987, p. 32.

³⁹⁷ Cfr. White (1999: 81).

White adjudica al modernismo literario una innovación estilística directamente vinculada a la expresión de un rechazo del realismo decimonónico de la novela histórica, i.e., el mismo realismo explorado en sus cuatro variantes tropológicas en *Metahistoria* y criticado por Roland Barthes. Si bien el modernismo literario fue interpretado como un rechazo total a la historia, White sostiene que en realidad rechaza una idea de historicidad para postular una nueva concepción de lo real y lo histórico.³⁹⁸ Este estilo *anti*-narrativo sería una alternativa frente a las convenciones narrativas que, de acuerdo con White, no pueden dar cuenta *adecuadamente* de los sucesos más relevantes del siglo XX. En particular, el modernismo literario cuestiona la función estilística de la trama, razón por la cual se lo concibe como *anti*-narrativo. En palabras de White: “Libera al evento histórico de las persuasiones domesticadoras de ‘la trama’, anulando a ‘la trama’ misma. Además, lejos de abandonar la realidad en pos de la fantasía, el modernismo muestra cuánto de lo fantástico está contenido en ‘lo real’”.³⁹⁹ Al rechazar el tramado de los sucesos y presentar relatos fragmentarios, contradictorios, ambiguos, está rechazando el *efecto de clausura* que las modalidades de trama arquetípicas compartían: la novela o romance, la tragedia, la comedia y la sátira, que aunque ofrecen diferentes significados narrativos específicos, comparten la función de resignificación retrospectiva de lo relatado, i.e., todos apuntan a una clausura narrativa. En cambio, el modernismo literario, en la medida en que sus innovaciones estilísticas desafían la forma misma de la narrativa tradicional, permite ofrecer según White *no-relatos antinarrativos* y, por tanto, provee “instrumentos mejores para representar los acontecimientos modernistas”,⁴⁰⁰ al evitar el riesgo de anular su carácter amenazante y las ansiedades que generan —es decir, las características que hacían de ellos ocurrencias inimaginables que marcan nuestra era a la vez que nos impiden familiarizarnos con ellos por medio de nuestras convenciones narrativas compartidas. Veamos esto en detalle.

5.2.3 El estilo modernista como contra-narrativo⁴⁰¹

³⁹⁸ *Ibid.*, 26.

³⁹⁹ *Ídem* nota anterior.

⁴⁰⁰ *Ibid.*, p. 246.

⁴⁰¹ Es parte del futuro de esta investigación la revisión de las clasificaciones que se utilizan para hablar de representaciones narrativas o *anti*-narrativas. Para dejar abierto el problema, prefiero en este apartado utilizar la clasificación de “contra-narrativo”. Con esta denominación intento enfatizar que el estilo modernista —tal como lo presentaré a partir de la apropiación de White de las caracterizaciones de Auerbach y Barthes— se comprende en nuestro contexto teórico como un estilo que no sólo presupone la *narración tradicional* sino que no se comprende como *nuevo* estilo si no es en una relación de crítica del estilo convencional narrativo (decimonónico, de hecho, según White). A futuro, la investigación considerará también la posibilidad de pensar el conflicto entre modos narrativos convencionales y modos *contra*-narrativos como opciones al interior de una perspectiva de

Si atendemos a la afirmación positiva de White de que los acontecimientos modernistas son mejor representados mediante el estilo modernista, comprendemos que lo que está en discusión aquí es cuál es el mejor instrumento o, más específicamente, la mejor técnica de figuración. Pero no se trata solamente de postular una técnica que es alternativa porque es distinta o novedosa sin más, sino de una técnica que se constituye como tal en tanto pretende representar lo real en un modo crítico de la anterior convención narrativa.⁴⁰² En otras palabras, lo propio del estilo modernista, para nuestro contexto teórico, se comprende cuando se identifican sus procedimientos representacionales como ataques puntuales a los modos narrativos tradicionales. Propongo entonces que, con esta perspectiva interpretativa, recurramos a la caracterización de Auerbach del estilo modernista para individualizar sus procedimientos antinarrativos o, como prefiero caracterizarlos en el contexto de esta tesis, *contra-narrativos*.

Creo que hay tres rasgos característicos del modo de discurso narrativo convencional tal como lo hemos descrito a partir de Barthes y White (particularmente respecto del contexto crítico de "The Value...") que son directamente atacados por el modernismo literario:

1) la pretensión de objetividad como privilegio de la narración en tercera persona y el ausentarse del narrador como enunciante;

2) la ilusión referencial o presentación de los acontecimientos *como si se narraran a sí mismos*, otorgándoles un carácter uniformemente asertivo a los procesos relatados (un *privilegio de ser*); y

3) el efecto de clausura como producción de sentido que presenta a lo narrado como una totalidad coherente, completa, concluida, plena.

En *Mimesis*, Auerbach analiza el estilo modernista a partir de un fragmento de *Al faro* de Virginia Woolf.⁴⁰³ Las características generales que atribuye a este estilo son: "representación pluripersonal de la conciencia, estratificación del tiempo, aflojamiento de la conexión entre los sucesos externos, cambios de punto de vista desde el que se verifica el

representación o figuración *postnarrativa*. Agradezco la sugerencia de esta última denominación a los detallados comentarios que muy amablemente Hayden White realizó a una versión anterior de este capítulo.

⁴⁰² Como señalé, por "anterior convención narrativa", White se refiere a la narración decimonónica, paradigmáticamente, la novela. En este sentido, el estilo modernista de Woolf, Proust y Joyce es nuevo en relación con esa convención, aunque su "novedad" en nuestro actual contexto de discusión es discutible, en tanto se trató de un estilo de literatura, según Auerbach, del período de entre guerras.

⁴⁰³ Cfr. Auerbach (1950: 493-521).

relato”, de las cuales aclara que están “todas ellas relacionadas entre sí y [son] difíciles de separar.”⁴⁰⁴ Ciertamente, el análisis de Auerbach cruza permanentemente estos aspectos del estilo modernista, razón por la cual los presentaré en relación con los aspectos de la narrativa tradicional que cuestionarían.

Contra el enunciante ausente-objetivo y la ilusión referencial, nos encontramos con el recurso de la representación pluripersonal de la conciencia. Este procedimiento se observa en que, cuando nos preguntamos quién habla en el relato de Woolf, la respuesta es dubitativa, es difícil identificar en todo momento quién está presentando los acontecimientos. No encontramos una “manifestación objetiva del autor sobre sus personajes. Nadie sabe exactamente lo que ocurre: todo son barruntos, ojeadas que alguien lanza sobre otra persona, sin poder descifrar su enigma”.⁴⁰⁵ Auerbach explica que no hay un “narrador de estados objetivos de hecho” y que “tan lejos se lleva este procedimiento, que no parece existir en absoluto un punto de vista exterior a la novela, desde el cual puedan ser observados sus hombres y los acontecimientos, como tampoco parece existir una realidad objetiva, diferente de los contenidos de conciencia de los personajes.”⁴⁰⁶ Primera diferencia, entonces: se descarta la pretensión de objetividad como un punto de vista exterior a (y totalizador de) el relato pero, a su vez, la ilusión referencial no es posible, dado que la enunciación dubitativa vuelve enigmático el supuesto referente. Auerbach describe este rasgo del estilo modernista, la representación pluripersonal de la conciencia, de la siguiente manera: “[anteriormente] siempre quedaba el autor, con su conocimiento de una verdad objetiva, como una última y superior instancia”,⁴⁰⁷ ahora, en cambio,

La intención de aproximarse a la realidad objetiva mediante muchas impresiones subjetivas de diversas personas (y en tiempos diferentes) [mediante el *monólogo interior* o *discurso vivido*] es esencial para este procedimiento, el cual se diferencia por eso, fundamentalmente, del subjetivismo unipersonal, que sólo permite el uso de la palabra a un solo individuo, casi siempre singular, dando valor exclusivo a su visión de la realidad.⁴⁰⁸

La representación pluripersonal de la conciencia se vincula fuertemente a las demás características. Justamente, su relación con el aflojamiento de la conexión entre los sucesos

⁴⁰⁴ *Ibid.*, 514.

⁴⁰⁵ *Ibid.*, p. 501. La traducción que usamos dice “autor” pero cabría preguntarse si Auerbach no haría mejor en referirse al “narrador”, como categoría intradiscursiva, más que al autor en tanto Virginia Woolf misma. Agradezco este señalamiento a Gisèle Iovine.

⁴⁰⁶ *Ibid.*, p. 503

⁴⁰⁷ *Ibid.*, p. 504.

⁴⁰⁸ *Ibid.*, p. 505. Aquí Auerbach está aclarando que no es exclusivo del estilo modernista el recurso de monólogo interior o discurso vivido, pero que el modo en que ese recurso es empleado lo diferencia de sus anteriores usos (por ejemplo, en lo que denomina *subjetivismo unipersonal*).

externos y los cambios de punto de vista constituye un procedimiento crítico que apunta al fracaso de cualquier pretendido efecto de clausura. Junto con la abundancia de monólogo interior, predominan, por sobre los *sucesos externos*, los episodios aislados y menores que desatan esos procesos interiores. Se percibe así

la tendencia a aferrarse a episodios pequeños, insignificantes, arbitrariamente elegidos (...) No ocurren grandes cambios, virajes extremos de la vida, o catástrofes y, cuando ocurren, como en la novela del faro, son mencionadas rápidamente, sin preparación ni ilación, de pasada y, como si dijéramos, informativamente.

Esto permite pensar que los escritores modernistas “han renunciado a representar la historia de sus personajes con pretensiones de integridad exterior, con rigurosa observación de la sucesión cronológica y haciendo hincapié en las vicisitudes externas importantes.”⁴⁰⁹ Más aún,

no tropezamos con uno o varios personajes cuyos destinos son perseguidos a la vez, ni tampoco con un conjunto de acontecimientos entrelazados, sino que se agrupan sin conexión alguna personajes varios o muchos sucesos fragmentarios, con el efecto de que el lector no pueda tener en sus manos, durante mucho tiempo, el hilo de los sucesos.⁴¹⁰

El intento de frustrar la expectativa de clausura es evidente en el análisis citado, a partir del cual Auerbach ofrece las siguientes conclusiones sobre los escritores modernistas: “les inspira la idea de que es tiempo perdido pretender ser realmente completo dentro de un determinado curso de cosas externo (...) y también que, por otra parte, temen imponer a la vida y a su tema una ordenación que no ofrecen ellos mismos.” Este rechazo de la búsqueda de completitud y la prevención de “imponer ordenamientos” a lo relatado le sugiere a Auerbach que

en nosotros tiene lugar constantemente un proceso de formación e interpretación cuyo objeto somos nosotros mismos: tratamos incesantemente de ordenar en forma comprensible nuestra vida, con su pasado, presente y futuro, y nuestro ambiente, el mundo en que vivimos, a fin de cobrar una visión de conjunto (...) Éstas son las ordenaciones e interpretaciones que los escritores de que tratamos intentan captar en cada momento, y no una sola, sino muchas, ya sean procedentes de personas distintas, ya sean de la misma en momentos diversos, de manera que del cruzamiento, complemento y contradicción de ellas resulte algo así como una visión sintética del mundo, o por lo menos un problema para el deseo de interpretación sintética del lector.⁴¹¹

La frustración de la clausura narrativa, apoyada en la diversidad de voces, puntos de vista contradictorios, la fragmentación, la imposibilidad de completitud en relación a un curso externo de acontecimientos y la prevención frente a la imposición de orden a lo relatado, se

⁴⁰⁹ *Ibid.*, p. 515.

⁴¹⁰ *Ibid.*, p. 514.

⁴¹¹ *Ibid.*, p. 517.

manifiesta en el estilo modernista en su intención de volver problemático *el deseo de interpretación sintética del lector*, exactamente *el mismo deseo* que White consideraba satisfecho por la narrativización de lo real. Por lo expuesto, podemos entender la calificación de White del estilo modernista como *anti-narrativo* y, por tanto, su postulación de sus técnicas representacionales como más adecuadas para los acontecimientos modernistas.

5.2.4 Modernismo literario y escritura en voz media: ¿a dónde nos llevó el giro tropológico?

Mediante la propuesta de explorar un estilo modernista para dar cuenta mejor de los acontecimientos modernistas White está intentando ofrecer una respuesta o vía de indagación al problema de la representación de los acontecimientos más tremendos e inimaginables del siglo XX. Nuevamente, el Holocausto, la Solución Final, el exterminio de los judíos europeos se presenta como el tema de un debate tan delicado como fundamental. White aporta su propio punto de vista en “La trama histórica y el problema de la verdad en la representación histórica”, texto de su intervención en el congreso que dio lugar a *Probing the limits...* (anterior a “El acontecimiento modernista”). En esta intervención, White retoma su giro tropológico mostrando que no se desdice de su perspectiva consolidada de *Metahistoria* en adelante. Más aún, parece profundizarla en sus consecuencias aludiendo a la tematización de la escritura en voz media de Barthes como posición a la que nos conduce ese giro respecto de la representación histórica y su carácter lingüístico, y que se le presenta como “modo de resolver algunas de las cuestiones suscitadas por la representación del Holocausto”.⁴¹²

Estas afirmaciones son relevantes para nuestro tema en la medida en que White presenta la escritura en voz media como escritura modernista pero ya no para aludir solamente a las diferencias estilísticas entre la narración convencional y el estilo modernista contra-narrativo, sino para proponer *un modo de concebir la relación entre el sujeto que escribe y su escritura*. En otras palabras, si “El acontecimiento modernista” puede ser pensado como una argumentación a favor de técnicas estilísticas contra-narrativas como mejor modo de figuración ética y estética de los acontecimientos más tremendos y representativos del siglo XX, la relación entre estilo modernista y escritura en voz media barthesiana apunta a algo más profundo: no se trata solamente de discutir estrategias figurativas más o menos adecuadas para el siglo XX, sino que se trata de discutir *el modo en que mejor podemos concebir el vínculo*

⁴¹² Cfr. White (2003: 208).

con la escritura histórica como figuración, una vez que hemos dado el giro tropológico -o quizás se trate de la misma cuestión, más profundamente considerada.

Vayamos a la voz media barthesiana. Cuando Barthes en "Escribir, ¿un verbo intransitivo?", se pregunta por el carácter intransitivo que adquirió el verbo *escribir*, se pregunta desde cuándo y por qué podemos pensar en sólo escribir y no en escribir necesariamente algo. Barthes responde tomando, como Auerbach, al modernismo literario como paradigma de esa nueva acepción del escribir. Barthes afirma que no se trata tanto de que el escribir sea considerado como transitivo o intransitivo (con o sin un objeto al que se escribe), sino en pensarlo como relativo a la antigua voz media griega que presenta la relación entre el sujeto de la acción y la acción como una instancia en la que al actuar, el sujeto se afecta a sí mismo, *permanece al interior del proceso* (independientemente de que el proceso conlleve o no un objeto). Se trata entonces de distintos modos de relación entre un agente y su acción: ya no la mera actividad (voz activa) o pasividad (voz pasiva), sino una modalidad de la acción (voz media) en la que el sujeto de la acción se afecta a sí mismo, tenga su acción un objeto o no (es decir, la voz media no excluye la transitividad). Esa voz media es, para Barthes, el escribir modernista:

escribir, hoy en día, es constituirse en el centro del proceso de la palabra, es efectuar la escritura afectándose a sí mismo, es hacer coincidir acción y afectación, es dejar al que escribe dentro de la escritura, no a título de sujeto psicológico (...) sino a título de agente de la acción.⁴¹³

Más aún:

en este *écrire* medio, la distancia entre el que escribe y el lenguaje disminuye asintóticamente. Incluso se podría llegar a decir que las escrituras de la subjetividad, como la escritura romántica, son las que son activas, puesto que en ellas el agente no es interior, sino anterior al proceso de la escritura; el que escribe no escribe por sí mismo, sino que, como término de una procuración indebida, escribe por una persona exterior y antecedente (incluso cuando ambos llevan el mismo nombre), mientras que en el *escribir* medio de la modernidad, el sujeto se constituye como inmediatamente contemporáneo con la escritura, efectuándose y afectándose por medio de ella: un caso ejemplar es el del narrador proustiano, que tan sólo existe en cuanto está escribiendo, a pesar de la referencia a un seudorrecuerdo.⁴¹⁴

Esta reflexión de Barthes se apoya en lo que denomina una de las provisionales verdades de la antropología lingüística: que el lenguaje no puede ser considerado un simple instrumento, utilitario o decorativo, del pensamiento, en la medida en que el hombre no preexiste al lenguaje:

⁴¹³ Cfr. Barthes (1987: 31).

⁴¹⁴ *Ibid.*, 31-32.

El hombre no preexiste al lenguaje, ni filogenéticamente ni ontogenéticamente. Nunca topamos con ese estado en que el hombre estaría separado del lenguaje, y elaboraría este último para «expresar» lo que pasa en su interior: es el lenguaje el que enseña cómo definir al hombre, y no al contrario.⁴¹⁵

Barthes considera que los escritores modernistas saben esto y lo hacen carne en su escritura mostrando, como Benveniste enseñara, que el yo lingüístico no es sino *la persona que enuncia la presente instancia de discurso que contiene la instancia lingüística yo*. Así, la escritura modernista, según Barthes, “de manera opuesta a la ilusión común en las autobiografías y las novelas tradicionales”, emplea recursos estilísticos “como un arma contra la mala fe general de un discurso que no hace, o que no haría, de la forma literaria más que la expresión de una interioridad constituida hacia atrás y desde fuera del lenguaje.”⁴¹⁶ Barthes concluye su texto señalando que la literatura moderna (“modernista”, en nuestro contexto) “busca la institución, a través de experiencias diversas, de una posición nueva del agente de la escritura dentro de la misma escritura”, por lo cual entiende el sentido o finalidad de su investigación como “la sustitución de la instancia de la realidad (o instancia del referente), mítica excusa que ha dominado y aún domina la idea de la literatura, por la instancia del mismo discurso.”⁴¹⁷ No me parece casual que aparezca aquí Benveniste, quien veía en el discurso, “la lengua en tanto que asumida por el hombre que habla y en la condición de *intersubjetividad*, única que hace posible la comunicación lingüística”.⁴¹⁸ Quien también mostró que el signo *yo* está ligado al ejercicio del lenguaje, el discurso individual en el que cada locutor asume por su cuenta el lenguaje entero. “El hábito - nos dice Benveniste - nos hace fácilmente insensibles a esta diferencia profunda entre el lenguaje como sistema de signos y el lenguaje asumido como ejercicio por el individuo”⁴¹⁹, como proceso de apropiación, como instancia de discurso.

Volviendo a White, se agrega un elemento más de su uso de la teorización barthesiana de la voz media que será útil para esta investigación. En “Writing in the Middle Voice”, White considera el carácter *metatransitivo* de la voz media como “acción dual sobre un objeto y sobre uno mismo” de un modo en que no habría nada pasivo en este modo de escritura:

⁴¹⁵ *Ibid.*, 25.

⁴¹⁶ *Ibid.*, 29.

⁴¹⁷ *Ibid.*, 32.

⁴¹⁸ Cfr. Benveniste, (1971: 187).

⁴¹⁹ *Ibid.*, 175.

La voz media, en todo caso, es doblemente activa, a la vez productiva de un efecto sobre un objeto (por ejemplo, sobre el lenguaje) y constitutiva de un tipo particular de agente (es decir, el escritor) por medio de una acción (específicamente, la escritura).⁴²⁰

Más aún, White enfatiza que la voz media en griego se usaba especialmente "para indicar las acciones informadas por una conciencia moral elevada por parte del sujeto que ejercía esas acciones".⁴²¹ Por tanto, la distinción de Barthes entre la voz activa y la voz media le sugiere la distinción entre dos clases distintas de conciencia por parte del sujeto involucrado en la acción y de la fuerza de su involucramiento en la acción. Y aquí White, de un modo favorable a la dirección del resto de esta investigación doctoral, afirma lo siguiente:

Se trata de distinguir entre dos clases de transitividad, una en la cual ya sea el sujeto o el objeto permanecen fuera de la acción y una en la que la distinción entre sujeto y objeto es borrada. Para Barthes, escribir en la voz media es creativo y liberador en la medida en que coloca al escritor-agente *dentro* del proceso de escritura y revela la constitución del sujeto-de-escritura como el principio latente, objetivo y propósito de toda escritura. En efecto, para Barthes, escribir en la voz media es un perfecto ejemplo de la clase de "acto de habla" que J.L. Austin llamó "performativo". Porque tal como esos actos como "prometer" o "jurar" o "juzgar" tienen la fuerza tanto de la voz activa como la voz media, en la medida en que al realizarlos uno no solo actúa en el mundo sino que también modifica su propia relación con él, del mismo modo también la escritura modernista actúa sobre algo (el lenguaje, sobre todo) y transforma la relación del sujeto de escritura con el mundo.⁴²²

¿Por que White considera que su giro tropológico nos conduce a revisar nuestro vínculo con la escritura de la historia en términos de la voz media barthesiana? Volviendo a "La trama...", nos dice que no se trata solamente de la diferenciación entre las formas de escritura realista decimonónica y las posibilidades por el estilo modernista; o, mejor dicho:

esta diferencia indica una manera nueva y distintiva de imaginar, describir y conceptualizar las relaciones entre los agentes y los actos, los sujetos y los objetos, una declaración y su referente, entre los planos literal y figurativo del discurso, y por consiguiente, entre el discurso realista y el ficcional. Lo que el modernismo prevé, de acuerdo con el relato de Barthes, es nada menos que un orden de experiencia más allá (o previo a) aquel que se expresa en los tipos de oposición que estamos forzados a trazar (entre sujetos agentes [*agency*] y pacientes, subjetividad y objetividad, literalidad y figuratividad, hecho y ficción, historia y mito, etc.) en cualquier versión del realismo. Esto no implica que no se puedan utilizar tales oposiciones para representar algunas relaciones reales, sino sólo que las relaciones entre las entidades designadas por esos términos polares pueden no ser oposicionales en algunas experiencias del mundo.⁴²³

La cita anterior, con la cual concluiré momentáneamente el análisis de este aparente rechazo romántico de la narración de White, nos da indicios de que quizás no se trate de un cambio

⁴²⁰ Cfr. White (2010b: 257).

⁴²¹ *Ibid.*, 261.

⁴²² Ídem nota anterior.

⁴²³ Cfr. White (2003: 209).

radical en su posición original, sino *de un desplazamiento de su posición producto de su propio giro tropológico*. Más aún, la tematización misma de la voz media como relación moralmente marcada con la escritura retiene el impulso agenciador de su original posicionamiento irónica respecto de la narración. Entonces, podemos aventurar que la escritura en voz media, tal como White la está pensando, se presenta como una nueva mirada propositiva acerca de la relación entre el historiador y su escritura. Más aún, la influencia minkiana parece permanecer en la identificación de White de la escritura modernista para el siglo XX como una escritura en voz media que pretende revisar críticamente las anteriores definiciones oposicionales de la teoría histórica que su giro tropológico criticó. Y eso, a su vez, abre la posibilidad de revisar, como ya nos dijera, nuestras conceptualizaciones de la referencialidad y la representación realista –como mostraré en el próximo capítulo.

5.3 Ankersmit y la experiencia histórica sublime

Los últimos escritos de Ankersmit marcan, a mi entender, un rechazo romántico de la narración aún más fuerte que el que señalé como aparente en White. Ya que no es la representación narrativa lo cuestionado, sino el rol del lenguaje mismo o, mejor dicho, las consecuencias del *giro tropológico* que celebró hace treinta años como revolución de la filosofía de la historia contemporánea. Ankersmit afirma la necesidad de superar el modo narrativista de pensar los problemas filosóficos relativos a la historia y la escritura de la historia que habría llegado a un punto de saturación o anquilosamiento. El narrativismo nos habría arrojado a un negativo “lingualismo”: hemos olvidado la dimensión de la *conciencia* y la *experiencia históricas*, y es a estos problemas a los que debemos volver nuestra atención.

A continuación reconstruiré la tesis central de Ankersmit en *Sublime Historical Experience* para mostrar, en primer lugar, por qué considero que presenta una modalidad de rechazo romántico inequívoca no solo de la narración o el uso del lenguaje en la historiografía, sino del marco completo de la Nueva Filosofía de la Historia que en su momento celebrará como propio. En este sentido, Ankersmit claramente ha modificado de manera sustancial su original posición filosófica. En este sentido es que considero pasibles de ser leídos en paralelo la temática del acontecimiento modernista en White y la reflexión sobre la experiencia histórica sublime en Ankersmit. Ambas cuestiones se presentan como una posible autoobjeción al marco narrativista que ambos consolidaron, a la cual esta tesis debe prestar particular atención. Sin embargo, esta lectura en paralelo concluye aquí, ya que, en segundo lugar, utilizaré la reconstrucción del giro experiencialista ankersmitiano como

argumento para justificar por qué esta investigación doctoral arriba a la conclusión de que no será el camino de Ankersmit el que mejor atienda a la situación teórica actual en la que esta investigación se inscribe. Como mostraré en el próximo capítulo, la *refiguración de la persistencia de la narración en el escenario práctico actual* frente al cual el legado whiteano se encuentra no puede ser adecuadamente considerada por el posicionamiento filosófico del Ankersmit de este último texto. Pero para ello, corresponde reconstruir su tesis principal.

5.3.1 La experiencia histórica sublime como experiencia auténtica e in-mediata del pasado

En *Sublime Historical Experience*, Ankersmit nos dice que su interés se dirige a un “problema sumamente impráctico”, relativo a un aspecto de cómo nos relacionamos con el pasado que “escapa a la matriz intelectual de la verdad y la representación históricas”: la dimensión de la conciencia histórica, i.e., el modo en que somos conscientes de que hubo algún pasado que es “de alguna manera, parte de quiénes somos actualmente y a cuyo llamado debemos responder”.⁴²⁴ Ankersmit aclara que no le interesa un abordaje de la conciencia histórica que pretenda extraer lecciones prácticas del pasado para usar en el presente con algún objetivo. Insiste en el carácter impráctico y “especulativo” de su abordaje afirmando que las preguntas que desea responder son: “¿Por qué deberíamos ser conscientes de que siquiera hubo un pasado? ¿Cómo y por qué se origina la conciencia histórica?” Más específicamente aún, el interrogante fundamental que Ankersmit intentará responder es “¿Qué nos hace conscientes del pasado, qué debería suceder, o qué le debe haber sucedido a una nación o a una colectividad para fascinarse con el problema de su pasado?”. Y su respuesta será la postulación de la noción de “experiencia histórica sublime”:

Para una nación, una colectividad, una cultura, o una civilización que haya tenido tal experiencia histórica sublime, el pasado y una conciencia de este pasado se volverán realidades ineluctables. El pasado entonces será para ellos una parte de lo que son no menos que como nuestras extremidades son parte de nuestros cuerpos – y olvidar el pasado sería entonces una amputación intelectual.⁴²⁵

Ankersmit nos presenta su interrogante como especulativo, irrelevante, inútil y carente de sentido para la práctica de la escritura de la historia, en la medida en que no tiene nada para decir acerca de qué hacen de hecho los historiadores ni por qué lo hacen. Sin embargo, si toman en serio su tarea, dice Ankersmit, no pueden evitar hacerse en algún momento esta pregunta acerca de cómo nos relacionamos con el pasado. A su vez, Ankermist también

⁴²⁴ Cfr. Ankersmit (2005: xiv-xv).

⁴²⁵ *Ibid.*, xv.

diagnosticaba un cierto giro que se estaría efectuando en la historia, la teoría histórica y la filosofía que se alejarían del lenguaje hacia la cuestión de la experiencia.⁴²⁶ Específicamente en la teoría histórica el abandono del énfasis en el lenguaje significaría formular la pregunta de si el historiador puede escapar a la “prisión del lenguaje”, es decir, escapar del modo en que el lenguaje determinaría nuestras concepciones del pasado. Para Ankersmit, indagar si podemos “rescatar al pasado mismo del modo en que hablamos de él” implicaría indagar si el historiador puede tener una relación con el pasado real, auténtica, “experiencial”. Este tipo de relación no estaría contaminada por la tradición historiográfica, los supuestos disciplinares ni las estructuras lingüísticas que White identificó en *Metahistoria*. Por tanto, el objetivo del libro de Ankersmit es pensar si una “experiencia histórica sublime” nos permitiría “romper las paredes de la prisión del lenguaje” -en la que el lingualismo de White y sus seguidores (¿él también?) nos ha dejado atrapados- para relacionarnos realmente con el pasado.

Es interesante subrayar la ambigüedad del planteo ankersmitiano: nos dice que su indagación es sumamente impráctica, que no dirá nada acerca de la práctica histórica – particularmente se refiere a su propia teorización de la práctica, aseverando que esta nueva indagación no la desdice, a lo sumo la complementa; pero afirma, a continuación, que ningún historiador puede evitar hacerse las preguntas que él formulará.

Antes de continuar, quisiera señalar que no acuerdo con Ankersmit en que White habría de hecho ignorado la dimensión de la conciencia histórica y la pregunta por nuestra conciencia de que ha habido un pasado. En las primeras líneas de *Metahistoria* nos encontramos con un White preocupado por presentar “una historia de la conciencia histórica en la Europa del siglo XIX”.⁴²⁷ Ahora sí, existe una clara diferencia: en lugar de preguntarse por la conciencia histórica como un problema especulativo, impráctico y desvinculado de la práctica de la escritura de la historia, White afirma que su historia de la conciencia histórica europea decimonónica “se propone contribuir a la actual discusión del problema del conocimiento histórico.” En otras palabras, a diferencia de Ankersmit, las preguntas que White formula en *Metahistoria* son presentadas como sumamente prácticas y atienden específicamente a la situación epistemológica y la función cultural del pensamiento histórico. La concreta tarea del historiador y su validez se cruzan íntimamente con la historia de la conciencia histórica que White nos ofrece porque consideró el problema de la conciencia histórica, pero, a diferencia de Ankersmit, como íntimamente ligado al problema epistemológico de la escritura histórica y a su función político-cultural. Lo que claramente es

⁴²⁶ La “experiencia” o la tematización de la “presencia”, tal como propuso también Runia (2006a y 2006b).

⁴²⁷ Cfr. White (1992: 13).

una diferencia entre el modo de hacer la pregunta por la conciencia histórica de Ankersmit, en comparación con White, es que mientras el primero considera la pregunta como “especulativa e impráctica” –de modo tal que afirma que lo que dirá sobre la experiencia histórica sublime no modifica en nada su teoría de la representación histórica- White, en cambio, consideraba el interrogante como sumamente práctico, en el doble sentido de estar vinculado a la “práctica” disciplinar, por una parte, y de ser relativo a la función cultural de esa práctica.

Volviendo a Ankersmit, el punto central de su intento de relato del narrativismo sería mostrar que con el postestructuralismo, la hermenéutica, el deconstructivismo, la tropología, etc., hemos llegado a un punto de saturación trascendentalista-lingualista y que el único escape consiste en postular una noción de experiencia que nos habilite a afirmar que podemos tener un vínculo directo, auténtico, no lingüísticamente mediado con el pasado. Con esta motivación, Ankersmit ahora postula que históricamente se han dado *experiencias históricas sublimes*. Éstas ocurren cuando una experiencia traumática nos disocia de nuestra experiencia “normal”, como sucede en el caso de transformaciones profundas como la Revolución Francesa e industrial, donde el hombre occidental verdaderamente entra en un nuevo mundo, bajo la condición de olvidar el mundo previo, de “perderlo”, y de ser despojado de su identidad previa y sólo así adquirir una nueva identidad. Este tipo de olvido está asociado con un tipo de experiencia traumática que conlleva la pérdida de la identidad, dado que entre lo que éramos y lo que ahora somos hay un abismo, de modo tal que el pasado ya no puede ser objeto de nuestro “deseo de ser”, y sólo puede serlo de nuestro “deseo de conocer”.⁴²⁸ “La historia se volvió un objeto de conocimiento, un objeto de investigación separado para siempre del mundo del sujeto, del historiador.” El deseo de conocer funcionaría como un sustituto –una sublimación– del deseo de ser.

Volviendo al ejemplo de la Revolución Francesa, Ankersmit dice que este tipo de trauma, asociado a la experiencia histórica sublime, nunca tendrá un cierre,

ya que todo lo que será dicho del pasado, y todas las historias y relatos que una cultura pueda desear contarse acerca de su pasado y de lo que se experimenta como traumático en ella, siempre será contado desde la perspectiva de una identidad moderna postrevolucionaria y, en este sentido, reforzará en lugar de mitigar los sentimientos de pérdida traumática.⁴²⁹

Ankersmit explica esta relación entre la disociación, el trauma y lo sublime de la siguiente manera:

⁴²⁸ Por razones de espacio, no estoy reconstruyendo la teoría de la experiencia histórica sublime de Ankersmit en detalle, pero corresponde aclarar que me refiero en esta oración a lo que Ankersmit denomina “olvido 4” y “trauma 2”.

⁴²⁹ Cfr. Ankersmit (2005: 328).

Tanto el trauma como lo sublime disrumpen el esquema normal dentro del cual damos sentido a los datos de la experiencia, y lo hacen mediante la disociación: El trauma disocia porque la experiencia traumática no es admitida en la “conciencia” normal y lo sublime disocia ya que nos ubica en una posición donde se objetiviza toda la experiencia como tal.⁴³⁰

Es sumamente relevante atender a la oposición entre la “normalidad” de la experiencia y su modalidad sublime:

Lo sublime es una experiencia del mundo tan destructiva que los patrones “normales” de experiencia son quebrados —como se vuelve claro a partir del hecho de que la experiencia sublime nos enfrenta con contradicciones, oposiciones, y paradojas que son impensables dentro de estos “patrones” normales de experiencia. Y esto es precisamente lo que se vuelve una posibilidad si erigimos el escudo de representaciones en nosotros mismos, o, mejor entre la persona que somos ahora y la que fuimos antes.⁴³¹

Este movimiento de disociación, que resulta en la pérdida de una identidad y la transición hacia otra en la que “somos lo que ya no somos más” genera, como vimos, un deseo de conocer eso que ya no somos. Dado esto, Ankersmit afirma que la historia como disciplina que investiga el pasado es por lo tanto un producto de la reacción conservadora en relación con esa identidad perdida. Más aún, Ankersmit considera que el mejor y el más revolucionario historiador será el conservador, perteneciente a las “elites vencidas” ya que se encuentran en “la mejor posición social”⁴³² no sólo porque pueden apreciar el “inexorable curso de la historia” sino también porque estarán más abiertas y fascinadas por el destino histórico que se manifiesta a sí mismo en los procesos a largo plazo. Por tanto, la representación histórica generada por el “deseo de conocer” cargará con la frustración de que esa experiencia no es asible en el lenguaje y con la nostalgia de la identidad perdida e irrecuperable. Así, la escritura de la historia intentará, infructuosamente, cruzar ese *gap* creado entre el pasado y el presente y el lenguaje del historiador será “la siempre deficiente profilaxis contra la discrepancia sublime entre el deseo de ser y el de nuestro conocimiento del pasado”.⁴³³

5.3.2 Nostalgia, compulsión y conservadurismo en la escritura de la historia: límites de la perspectiva ankersmitiana para repensar la persistencia de la narración

⁴³⁰ *Ibid.*, 338.

⁴³¹ *Ibid.*, 347.

⁴³² *Ibid.*, 142.

⁴³³ *Ibid.*, 359.

Como señalaré a continuación, considero muy problemática la afirmación de Ankersmit de que el mejor historiador será *a priori* el conservador. Pero antes de atacar este punto, considero necesario revisar cuál era el objetivo teórico de Ankersmit al teorizar la experiencia histórica sublime. Esta tematización prometía inaugurar un nuevo marco de investigación luego de la supuesta saturación lingualista-narrativista en la medida en que nos ofreciera la posibilidad de postular una relación con el pasado real, auténtica, “experiencial”. Ahora bien, si el éxito de su propuesta se cifra en lograr este objetivo, considero que este modo de rechazo romántico de la narración y el lenguaje de Ankersmit fracasa respecto de los parámetros mismos en que se diseñó el intento. Para que el giro hacia la experiencia fuera exitoso debería liberarnos de la prisión del lenguaje. Pero considero que cuando Ankersmit postula una noción de experiencia sublime como no mediada por ningún lenguaje o esquema interpretativo —el tipo de experiencia que nos garantizaría esa relación auténtica con el pasado— la define en una oposición tan tajante a la mediación del lenguaje como “normalidad” de la experiencia que refuerza la misma visión que intentaba superar: porque no habría experiencia “sublime” posible si no se postulara simultáneamente una experiencia “normal” “encerrada” en un marco representacional al cual esa experiencia venga a hacer estallar. En otras palabras, Ankersmit necesita postular la normalidad “prisionera del lenguaje” de la experiencia histórica para postular la modalidad “sublime-auténtica” como posible y disruptora de la normalidad. ¿No significa esto, entonces, que es Ankersmit mismo y no, necesariamente, el marco narrativista, el que ha concebido la experiencia histórica normal como prisión del lenguaje? Esta sospecha se refuerza cuando Ankersmit sostiene que al estallar nuestro marco representacional normal por la experiencia sublime, la disociación de “lo que ya no somos más” respecto de nuestra nueva identidad y el surgimiento del deseo nostálgico de conocer no harán sino arrojarnos a la producción compulsiva de representaciones de ese pasado con las que intentar vanamente “re-conectarnos” con él. ¿Serán esas representaciones en el momento post-sublime de la experiencia *nuevas prisiones del lenguaje*? El mero hecho de calificarlas como “compulsivas” acentúa mi sospecha. Si aceptamos la dinámica entre normalidad-representacional y experiencia sublime que Ankersmit nos propone, nos encontramos con que la experiencia normal del historiador de desconexión con el pasado sólo le deja la compulsión a construirse alguna nueva prisión del lenguaje en la cual albergarse.

Verónica Tozzi señala que Ankersmit parece celebrar la imposibilidad de que esa experiencia in-mediata del pasado sea capturada por el escrito histórico: “La nueva representación histórica cargará entonces con la frustración de la inasibilidad lingüística de la

experiencia histórica y la nostalgia de la identidad perdida e irrecuperable.”⁴³⁴ En este punto, mi investigación encuentra una razón fundamental para no continuar por esta última vía ankersmitiana: como señalé a lo largo de los anteriores capítulos, mi interés reside en reconstruir, comprender y continuar el impulso agenciador de la ironía original whiteana. Ankersmit aquí ofrece una teorización de la escritura de la historia claramente des-agenciada o claramente debilitada en sus posibilidades de promoción de la escritura histórica, que ahora se presenta como una deficiente profilaxis o una compulsión nostálgica. En palabras de Tozzi,

Lo que rápidamente se nos revela aquí es que el discurso de la experiencia inmediata, sea sublime o traumática, es inherentemente nostálgico y alienta políticas de restauración, pues trabaja sobre la ficción esencialista de una identidad perdida (...) Serán las narrativizaciones las que vendrán en auxilio para reconciliar experiencia e identidad. Es también alentada en el reconocer la esencia propia en aquella identidad definitivamente desplazada por la luz cegadora de la experiencia sublime, un cambio ruptural de intensidad tal en la que una esencia es sustituida por otra cuya esencia no es ser más. En ambos casos se navega por la nostalgia de la identidad (...).⁴³⁵

Ahora bien, Ankersmit se proponía “romantizar” la teoría histórica con esta reflexión impráctica y especulativa sobre la experiencia histórica sublime como vínculo auténtico y no mediado del historiador con el pasado. Pero, ¿no termina acaso concluyendo que la dinámica de la escritura de la historia no puede ser sino esperar que, en algún momento, pero sin ninguna intervención de nuestra parte, salgamos de una prisión del lenguaje sólo para construirnos otra? ¿No nos deja finalmente frente a una teoría histórica como una *tragedia* de la escritura y el conocimiento del pasado?

Además de este tono des-agenciador que percibo en este intento de superación del narrativismo de Ankersmit, encuentro un ulterior motivo –identificado también por Tozzi en las citas mencionadas– por el cual creo que su giro experiencialista no nos conduce a un “nueva” Nueva Filosofía de la Historia. Como mostraré en el próximo capítulo, la relevancia actual de la tematización de la narración histórica puede asociarse a la problemática de los “nuevos sujetos históricos” constituidos por los movimientos de derechos civiles feministas, gay-lésbicos, queer, postcoloniales, étnicos, etc., que han reclamado durante el siglo XX un lugar no sólo en la esfera pública, sino también en los relatos históricos nacionales y/o académicos, reclamo que implica la demanda de contar sus historias y la denuncia de la exclusión que han padecido también en la producción historiográfica tradicional. Frente a este dato central para mi investigación, la promoción de una perspectiva nostálgica y conservadora

⁴³⁴ Tozzi (2009: 163)

⁴³⁵ Idem nota anterior.

como la del giro experiencialista de Ankersmit no puede dar lugar a una interesante reflexión sobre estas nuevas subjetividades.

Ankersmit prefiere y favorece un enfoque del problema de la identidad en términos civilizatorios, justamente aquella unidad que la emergencia misma de nuevos y distintos sujetos viene a criticar y denunciar como abstracción opresiva e invisibilizadora. Por esta misma razón, Ankersmit no puede hacer lugar a la reflexión de la emancipación de grupos oprimidos en términos de un “cambio” en la perspectiva acerca de sus identidades o incluso de un activo rechazo o *reescritura* de una identidad previa opresiva. Estos cambios que pueden ser pensados en términos de la adquisición de una conciencia de la historicidad de la propia identidad, tampoco encuentran en Ankersmit un vocabulario afín, dado que lo que propiamente constituye la “conciencia histórica” para Ankersmit es la pérdida de una identidad por otra en términos trágicos y nostálgicos, no haciendo posible esa “ganancia de conciencia” en términos emancipatorios. Más aún, la historiografía y la importante reflexión teórico-histórica que el siglo XX vio surgir a partir de estas nuevas subjetividades – como los estudios feministas o de género, y los estudios postcoloniales – encontrarían en Ankersmit una valoración negativa, como si fueran un tipo de historia “menos capaz” de captar “el curso inexorable de la historia”, justamente porque estos estudios suelen estar explícitamente guiados por un afán emancipatorio que es crítico de las identidades opresivas en las que los sujetos pueden verse formados culturalmente y que pueden desear “perder”. No hay lugar para la nostalgia y el dolor cuando la historia y las identidades son pensadas como parte de un proyecto emancipatorio para el presente; menos aún si son pensadas, como señala Tozzi, en términos esencialistas. Y menos aún si Ankersmit mismo sostiene que la mejor posición para la escritura de la historia es la del historiador conservador. Finalmente, Ankersmit muestra en su caracterización de la experiencia histórica sublima una aprehensión trágica de la historia, en la cual los hombres no pueden hacer nada contra los cambios a escala civilizatoria, más que añorar los mundos perdidos y ganar la conciencia crítica de ese “saber” de lo que “ya no son”. Desde este modo de pensar lo histórico, no sólo los estudios feministas y postcoloniales no pueden ser pensados, sino que tampoco pueden ser concebidos los proyectos políticos en los que encuentran su motivación. La idea de un cambio identitario guiado por un proyecto político presente en el cual el pasado es reescrito para construir una identidad emancipada no tiene sentido, para Ankersmit. Y la idea de una “conciencia histórica” como saber de la historicidad y contingencia de la propia identidad para perseguir la emancipación, es diametralmente opuesta a la nostalgia absoluta a la que conduce la conciencia histórica para Ankersmit.

En este momento en que propongo abandonar la senda de Ankersmit, quizás sea útil recordar una objeción que le dirigiera a White, cuando aún se consideraba parte del mismo marco narrativista. Su objeción, presentada en “The Linguistic Turn: Literary Theory and Historical Theory” fue que la teoría literaria a la que White originalmente recurrió para dar cuenta del discurso histórico –y fundar la Nueva Filosofía de la Historia- debía ser desestimada o fuertemente circunscripta respecto de sus pretensiones explicativas de la historiografía. Esto no implicaba, claro está, desconocer los méritos de White treinta años después de *Metahistoria*.⁴³⁶

Diferentes preguntas se están formulando ahora, diferentes aspectos de la escritura histórica se están investigando ahora, y no sería ninguna exageración decir que gracias a White la clase de escritura histórica que ahora es objeto de los estudios teóricos es muy diferente a la clase de historia que una generación previa de teóricos de la historia creía que era ejemplar de la escritura histórica.⁴³⁷

Como vimos en el capítulo anterior, Ankersmit se propuso consolidar la asociación entre filosofía del lenguaje y filosofía de la historia apropiándose de los resultados de las discusiones del giro lingüístico para ofrecer una teoría histórica como una continuación de la tarea iniciada por White. Pero Ankersmit afirma que el viraje hacia el lenguaje posibilitado por *Metahistoria* no fue en realidad un movimiento complementario al giro lingüístico en la filosofía en general. Si bien White llamó nuestra atención hacia los aspectos específicamente lingüísticos del discurso histórico, esto fue logrado a partir de la incorporación de los desarrollos de la teoría literaria, y no de los postulados del giro lingüístico, a la teoría histórica. En otras palabras, para Ankersmit los héroes de White son Frye, Auerbach, Barthes y Jakobson, y no Wittgenstein, Quine y Rorty. Esta aclaración de la verdadera naturaleza de las fuentes teóricas de White tenía una doble finalidad para Ankersmit: por una parte, permitirnos comprender en profundidad la “revolución” que White provocó en la disciplina que, a su vez, da cuenta de las razones por las cuales su línea de investigación debía ser continuada; y, por otra, detectar el mejor camino en que debíamos profundizar el aporte de White, que implica una fuerte diferenciación: aunque la apelación a la teoría literaria fue crucial para focalizar la atención de los filósofos de la historia en los textos históricos, era el momento de abandonarla privilegiando el recurso a los desarrollos específicos del giro lingüístico; o, en todo caso, restringirla exclusivamente al ámbito de la historia de la escritura histórica.

⁴³⁶ Cfr. Ankersmit (2001).

⁴³⁷ *Ibid.*, p. 29.

Ahora bien, Ankersmit concedía que pudo asociar la perspectiva whiteana deudora de la teoría literaria con el giro lingüístico porque comparten un postulado fundamental:

Tanto el giro lingüístico como la teoría literaria enfatizan que el lenguaje no es un mero “espejo de la naturaleza” y que todo nuestro conocimiento y todas nuestras representaciones lingüísticas llevan la marca del médium lingüístico en el que fueron formulados.⁴³⁸

Ankersmit afirmaba que esta similitud sin embargo no debe conducirnos al error de equiparar los modos de investigación del lenguaje que cada ámbito supone. Aquí es donde aparecen las diferencias fundamentales: más allá de otras consideraciones secundarias, la teoría literaria debería ser rechazada para la teoría histórica porque “naturaliza” el lenguaje y no investiga el *gap* entre lenguaje y realidad en el cual se originan, de acuerdo con Ankersmit, “todos los secretos acerca de la referencia, el significado y la verdad”.⁴³⁹ En otras palabras, los problemas epistemológicos fundamentales detrás de dichos conceptos son eludidos por la teoría literaria, razón por la cual no puede funcionar como teoría apropiada para responder a los cuestionamientos específicos del conocimiento histórico.

Comencemos por explicitar qué entiende Ankersmit por la “naturalización” del lenguaje de la que acusa a la teoría literaria. Admitiendo la dificultad de hacer generalizaciones sobre una disciplina compleja como la teoría literaria, nos dice de todas formas que su objeto de estudio es el texto literario como parte de la realidad empírica, como una “cosa”. Esta “coseidad” u “objetualidad” del lenguaje no sería para el teórico literario más sorprendente que ese mismo carácter atribuido por el biólogo a las flores o bacterias. Según Ankersmit, al considerar el lenguaje una realidad empírica, la teoría literaria trabaja sobre su objeto de estudio sin formular las importantes preguntas que atañen a su relación con la realidad: nuevamente, la brecha, la distancia, entre el lenguaje y la realidad no es parte de lo investigado, no es siquiera una cuestión relevante. En cambio, el giro lingüístico, bajo la interpretación de Ankersmit, aborda directamente estos problemas y en lugar de “naturalizar” el lenguaje, lo “semantiza” junto con su relación con el mundo. La mirada del filósofo para Ankersmit es más profunda y más relevante que la del teórico literario:

Para el filósofo, existe, por una parte, la realidad, y, por otra, el lenguaje, y cruzar la brecha entre los dos significa cubrir la trayectoria donde todos los tópicos de la investigación pueden ser situados. Por tanto, el filósofo inmediatamente rechazará la sugerencia de que el lenguaje es un objeto o una cosa – porque entonces no habría diferencia entre el comienzo y el final de la trayectoria bajo investigación. Es verdad que algunos filósofos dicen que el lenguaje es una cosa,

⁴³⁸ *Ibid.*, 64.

⁴³⁹ *Ibid.*, 65.

pero cuando lo hacen ellos están muy al tanto de que están proponiendo una tesis revolucionaria y provocativa.⁴⁴⁰

De acuerdo con la cita, la mirada más crítica del filósofo respecto del fenómeno del lenguaje implica que aún cuando éste también hablara de su carácter de “cosa”, lo haría como parte de su problematización y no como punto de partida asumido para recortar un ámbito de la realidad empírica a indagar, como el caso del teórico literario. Ahora bien, resulta llamativo que Ankersmit mismo sea quien cae en el error en el que dice que no debemos caer a través de la teoría literaria: su propuesta de considerar el nivel de la representación como un tercer orden ontológico de “sustancias narrativas”, del cual admite que se siguen consecuencias idealistas, es un argumento más para considerar que su teorización filosófica original de una separación literal (*gap*) entre lenguaje y realidad –como entre pasado y escritura histórica, en la tematización de la experiencia sublime– no sea el camino en que esta tesis pueda encontrar recursos para seguir pensando la utilidad práctico-performativa de las narraciones históricas. En cambio, como mostraré en el próximo capítulo, la perspectiva deudora del giro lingüístico antifundacionista y pragmática de Verónica Tozzi proveerá a la teoría literariamente informada de White y a esta tesis de mejores y más sugestivos puntos de vista para repensar la persistencia de la narración histórica en la Nueva Filosofía de la Historia.

⁴⁴⁰ Idem nota anterior.

6- Ironía, romance y persistencia de la narración: el giro tropológico como giro performativo

6.1 Entre la ironía y el romance: la persistencia de la narración

A la luz de lo expuesto en el capítulo pasado, el presente del narrativismo parece atravesado por un problemático impulso romántico: Ankersmit esboza el rechazo más marcado de lo que antes aceptó irónicamente como narrativista, i.e., el uso productivo del lenguaje en la representación histórica. White, en cambio, no reniega completamente de su posición original, pero revisa negativamente el valor de la narratividad para responder ahora a los desafíos representacionales de los acontecimientos más representativos del siglo XX.⁴⁴¹ La búsqueda de autosuperación tiene diferencias: A Ankersmit lo mueve el interés por recuperar la tematización de la conciencia histórica, como conciencia de una comunidad de tener algún pasado que la define identitariamente; a White le interesa revisar la potencialidad de la narración para hacer comprensibles de un modo ética y estéticamente adecuados los acontecimientos que definieron al siglo XX.

El capítulo anterior hace necesario poner la Nueva Filosofía de la Historia bajo una lupa diacrónica: se nos presenta el narrativismo a través de un relato que comienza con una aceptación irónica de la narración histórica y evoluciona hacia un momento de peripecia o transición, como un rechazo romántico de sus inicios irónicos. Creo que este presente narrativista dilemático es el producto de una *tensión dialéctica*, en el sentido en que White usa esta expresión en *Metahistoria*. Como sabemos, White sostiene que las afinidades entre modos de tramar, de argumentación y de implicación ideológica que caracteriza idealmente mediante los modos tropológicos no implican combinaciones necesarias, ya que es posible reconocer historiadores más creativos (*poéticos*, específicamente) cuya obra produjo imágenes poderosas del pasado al poner en tensión dialéctica modos y estrategias no afines.⁴⁴² Si se acepta esta posible narración del narrativismo podemos pensar que es justamente una tensión dialéctica entre la original *prefiguración irónica* de su campo problemático y el posterior *tramado romántico* que intentan imponerle a su devenir *qua* narrativistas sus propios protagonistas lo que encontramos en el despliegue de esta tradición filosófica. El intento de

⁴⁴¹ En 2007 Friedländer publica un importante volumen sobre la solución final titulado *Los años del exterminio: la Alemania nazi y los judíos (1939-1945)* que fue celebrado por Wulf Kansteiner –historiador, discípulo de Friedländer y continuador de White– como el primer intento de producir un relato modernista *en el sentido whiteano* sobre el Holocausto. Cf. Friedländer (2007) y Kansteiner (2009).

⁴⁴² Cfr. White (1992: 39).

casar la actitud irónica sobre el lenguaje y la narración histórica con un impulso romántico de tramado genera una tensión tan problemática como iluminadora para quienes nos hemos formado al interior del narrativismo: la tensión entre la mirada crítica, desnaturalizante o problematizadora sobre la representación histórica y la pretensión romántica de superar los límites autopercebidos de la perspectiva original, ya sea respecto del modo discursivo antes aceptado (la narración tradicional-decimónica, en White) o acerca del lenguaje mismo (la postulación de cambiar el foco de interés hacia experiencias históricas sublimes, de Ankersmit).

Como sabemos, White postula que la ironía es formalmente afín en el nivel del tramado a la sátira, pero sátira y romance parecerían ser modos mutuamente excluyentes de tramar los procesos de la realidad:

el tema arquetípico de la sátira es precisamente lo opuesto a este drama romántico de la redención; es, en realidad, un drama de desgarramiento, un drama dominado por el temor de que finalmente el hombre sea el prisionero del mundo antes que su amo.⁴⁴³

La sátira “contempla esas esperanzas, posibilidades y verdades en forma irónica, en la atmósfera generada por la aprehensión de la inadecuación última de la conciencia para vivir feliz en el mundo o comprenderlo adecuadamente.” (White, 1973, p. 21) Prefiguración irónica y tramado romántico no pueden estar sino en tensión. Entonces: ¿qué hacer con esta tensión dialéctica que el narrativismo mirado *diacrónicamente* aparentemente nos presenta? Esta tesis pretende sostener que debemos lo que debemos conservar es el *espíritu agenciador y productivo* que hace al corazón filosófico del narrativismo *a pesar, y a partir, del distanciamiento irónico* respecto del lenguaje y la narración. Entonces la pregunta a responder será: *¿de qué modo poner en uso esa ironía irrenunciable?*

Esta pregunta conduce al último tramo de esta investigación a tematizar el uso de la narración, es decir, a considerar los aspectos prácticos, o pragmáticos, o (como preferiré denominar) performativos de la producción de narraciones históricas. Y en esta dirección aparecen dos recursos para colaborar con mi perspectiva de indagación de la persistencia de la narración: en primer lugar, las últimas tematizaciones de Hayden White relativas al realismo figural y el pasado práctico; y, en segundo lugar, la identificación de la postulación por parte de estudiosos de White de que su vigencia teórica se encuentra, justamente, en lo que puede pragmáticamente permitirnos estudiar de la persistencia de la narración en la escena teórica contemporánea.

⁴⁴³ *Ibid.*, 19.

6.2. La persistencia de la narración en Hayden White: realismo figural y pasado práctico

En este apartado quiero destacar dos temáticas más de las últimas publicaciones de Hayden White que están íntimamente conectadas con la cuestión de la escritura modernista, pero que lo alejan de la interpretación de rechazo romántico que la cuestión del acontecimiento modernista habilitaba. A los fines de esta investigación, la tematización del acontecimiento modernista y la escritura modernista se presentaron como una aparente auto-crítica o auto-objeción de White a su inicial perspectiva irónica agenciadora, tal como intenté mostrar en el capítulo anterior. Ahora bien, en los artículos más recientes de White encontramos también, por una parte, su propuesta de lectura de la historia de la historiografía como continua con la historia de la literatura occidental como pretensión de representación realista bajo la noción de realismo figural de Erich Auerbach; y, por otra, y de más reciente elaboración, la exhortación de White a ocuparnos del “pasado práctico” más que del “pasado histórico”. (White, 2012). Ahora bien, una reconstrucción detallada de ambas temáticas no sería pertinente para esta tesis dado que en este punto nuestro hilo narrativo nos conduce a contraponer la originaria aceptación irónica de la narración histórica en White al aparente parcial rechazo romántico de sus reflexiones sobre la representación de los acontecimientos modernistas. Sin embargo, presentaré esquemáticamente lo más relevante que encuentro en la tematización del realismo figural y el pasado práctico para pensar esa aparente *ambivalencia* hacia la narración histórica que el capítulo pasado mostró. En pocas palabras, quiero destacar el manifiesto carácter práctico de estas dos temáticas contemporáneas a la propuesta de escritura modernista para la representación del siglo XX. Considero que en ellas se hace patente el espíritu continuamente agenciador de las reflexiones de White sobre la escritura histórica. Como afirmé ya de *Metahistoria*, la teoría histórica de White ha sido una teoría de la *escritura* de la historia, de su doble carácter libre-condicionado y, por tanto, de la agencia del historiador como usuario del lenguaje. La tematización del realismo figural y del pasado práctico, a mi entender, son contribuciones continuas con este espíritu eminentemente práctico de su reflexión acerca de la figuración en la historiografía. Sin embargo, particularmente en la última reflexión acerca del pasado práctico, creo que encontramos una expresión de la frustración de White porque su exhortación agenciadora de la escritura histórica no ha sido oída por la historiografía académica.

De la tematización del realismo figural, me interesa abordar el concepto de causalidad figural como teorización del por qué o cómo escribimos la historia desde la tradición

occidental. En ese sentido, la historia cuya escritura interesa pensar es la propia historia, el proceso por el cual consideramos que una comunidad, un nosotros, en un momento considerado presente, se entiende como teniendo determinado pasado y no otro. En "Auerbach's Literary History: Figural Causation and Modernist Historicism,"⁴⁴⁴ la causalidad figural se presenta como un modo de causación distintivamente histórico que, de acuerdo a la lectura que White hace de Auerbach, informa el proceso por el cual la humanidad se hace a sí misma a través de su capacidad distintiva de cumplir las múltiples figuras en y por las cuales la realidad es a la vez representada como un objeto para la contemplación y presentada como un premio, un objeto de deseo merecedor del esfuerzo humano de comprenderla y controlarla. La causalidad figural permite pensar una serie de figuras y cumplimientos, pensando el cumplimiento como una fuerza causal anómala no determinante o un fin ateleológico: no se trata del efecto determinado de una causa previa ni la realización gobernada teleológicamente de un potencial inherente ni una actualización hegeliana de un concepto informante sino de una *per-formance*, que White entiende como el tipo de acción de la que son capaces personas moralmente responsables como, por ejemplo, cumplir una promesa. El cumplimiento de una promesa no es predecible a partir de lo que podamos saber acerca de aquel que realizó la promesa. Si bien es cierto que una promesa no puede ser cumplida sin haber sido hecha primero, haberla hecho es una condición necesaria pero no suficiente para su cumplimiento, i.e., podemos deducir retrospectivamente la realización de una promesa a partir de su cumplimiento, pero no podemos inferir prospectivamente el cumplimiento de la promesa realizada. Y aquí es donde White encuentra un rasgo específico de los acontecimientos considerados históricos versus los naturales: "Un acontecimiento histórico dado puede ser visto como el cumplimiento de uno anterior en apariencia completamente desconectado de él cuando los agentes responsables de la ocurrencia del último lo vinculan "genealógicamente" con el anterior."⁴⁴⁵

Aparece claramente en esta cita la relación entre historia y escritura de la historia, en la medida en que el carácter histórico del acontecimiento depende de su vinculación a un acontecimiento anterior de un modo que no es causal ni genético, mediante una relación puramente retrospectiva y en virtud de la decisión de los agentes históricos de una época de *verse a sí mismos y su dotación cultural como si actualmente descendieran del prototipo anterior*. Este vínculo es establecido desde el punto en el tiempo experimentado como presente al pasado, no del pasado al presente en términos genéticos. Así, el pasado es

⁴⁴⁴ Cfr. White (1999: 87-100).

⁴⁴⁵ *Ibíd.*, 89.

constituido en una figura que ahora se cumple y es redefinido retrospectivamente desde el presente. Ahora bien, es fundamental entender que White afirma que se trata de un vínculo estético ya que –como dijo de distintas maneras a lo largo de su obra- no hay fundamentos objetivos para unir los acontecimientos en cuestión como parte de la misma secuencia histórica. Se trata de una concepción estética de la causalidad porque pone el peso principal del significado en el acto de *apropiación retrospectiva* de un acontecimiento anterior por el tratamiento de él como figura de uno posterior. White nos dice que no es una cuestión de facticidad, que en cierto sentido los hechos permanecen idénticos luego de la apropiación. Lo que cambia es la relación que los agentes de un tiempo posterior establecen retrospectivamente con el anterior como un elemento de su propio pasado, un pasado sobre la base del cual su presente específico es definido. Más aún, Auerbach según White afirma que un acontecimiento como histórico permanece abierto a la apropiación retrospectiva para cualquier grupo posterior que puede elegirlo como prototipo legitimante de su propio proyecto de autocreación y por tanto como elemento de su genealogía. El significado de los acontecimientos que ocurren en la historia presente está contenido para Auerbach precisamente en lo que ellos revelan acerca de acontecimientos anteriores con los cuales pueden no tener ninguna relación causal o genética. La relación entre pasado y presente es semejante a la de dos figuras que se relacionan en un texto, o como la premisa de un chiste encuentra su cumplimiento en su remate, o el conflicto de una escena inaugural de una obra en su desenlace. La figura posterior cumple la anterior repitiendo ciertos elementos pero con una diferencia.

Finalmente, la causalidad figural permite entender el por qué de la escritura de la historia por un dato más: la perspectiva historicista que supone. De acuerdo con Auerbach, el historicismo occidental decimonónico no fue otra cosa que el descubrimiento de que la vida humana y la sociedad encuentran cualquier significado que puedan poseer no en un más allá metafísico o trascendental sino en la historia. Y porque la realidad es entendida como consistiendo en una naturaleza humana históricamente constituida la historia de la representación de la realidad nunca puede llegar a una clausura o un final, como tampoco puede identificarse su origen último. Si bien Auerbach puede pensar en un cierto progreso hacia la meta de la representación realista, esta meta nunca es definitivamente realizable ni siquiera completamente especificable. Por eso, en la historia de la escritura de la historia occidental –como en la de la literatura- no encontraremos cumplimientos de la promesa de la representación realista buscada: se trata de un cumplimiento imposible porque la realización última del realismo mismo se revela como un mito. En lugar de un cumplimiento definitivo,

como objetivo final y clausurante de la escritura histórica, se trata más bien de la renovación de una promesa, la promesa siempre renovada de su cumplimiento.

En “El pasado práctico,” la última de sus temáticas recientes, White retoma las diferentes cuestiones que fue elaborando a lo largo de su prolífica obra, a saber: el disciplinamiento científico de la historiografía en el siglo XIX en su constitución por oposición a la retórica y la literatura como sus “otros reprimidos”; el desarrollo paralelo de la historiografía académica y la novela histórica como modos del realismo decimonónico; el surgimiento de la filosofía especulativa de la historia y su rechazo por parte de los historiadores; la caída y el retorno, a partir de mediados del siglo XX, de la novela histórica, atravesando el modernismo literario de Proust, Woolf, *et alia*; la cuestión del historicismo; etc.⁴⁴⁶ Este artículo manifiesta la preocupación más reciente de White por reflexionar sobre los modos historiográficos y literarios de representar la historia de un modo que no solo cohesiona las diferentes temáticas a las que se dedicó a lo largo de los últimos cuarenta años, sino que presenta la imagen final de su relato de la emergencia y desarrollo de la historiografía a partir de su constitución en disciplina académica en el siglo XIX. Esa imagen final posee dos características fundamentales: en primer lugar, la serie de represiones o exclusiones que constituyeron la autopercepción de la historiografía como disciplina con aspiraciones científicas –donde el rechazo de sus aspectos poéticos, figurativos y literarios es fundamental para la conformación de la identidad académica del “historiador profesional”; y, en segundo lugar, el tono pesimista que White mismo imprime a esa imagen en la medida en que constituye una concepción naturalizada de la tarea del historiador limitante para las urgencias prácticas de la vida humana. El primer componente excede los fines de esta tesis y debo dejar al lector la tarea de leer y juzgar el relato whiteano de la historia de la historiografía occidental que propone. Es el segundo componente, el pesimismo whiteano hacia el final de su obra respecto de la autoimagen de los historiadores, el que deseo presentar y ponderar a la luz de la distinción que lo condensa, la distinción entre “pasado histórico” y “pasado práctico”.

White propone distinguir entre el “pasado práctico” y el “pasado histórico” (distinción que toma de Michael Oakeshott)

para diferenciar entre el acercamiento de los historiadores profesionales modernos al estudio del pasado y las formas en que el común de las personas y los profesionales de otras disciplinas

⁴⁴⁶ Cf. White (2012).

evocan, recuerdan o intentan utilizar “el pasado” como un “espacio de experiencia” (Koselleck) que sirva de base para producir juicios y tomar decisiones en la vida cotidiana.⁴⁴⁷

White sostiene, siguiendo a Oakeshott, que el “pasado histórico” es el pasado que es estudiado científicamente, como un fin en sí mismo y “por su propio bien”. Como gesto fundador de la historiografía científica moderna, este pasado histórico idealmente se investigaba “sólo para determinar en qué consistía, cómo se entendía a sí mismo, y qué había ocurrido en él para que adquiriera su configuración particular, su perfil o el desarrollo de su trayectoria.”⁴⁴⁸ Pero lo que más le interesa señalar a White es que este pasado histórico es que no enseña ninguna lección de interés para el presente; es un objeto estrictamente impersonal, neutral y, en el mejor de los casos, de interés objetivo. Por último, el pasado histórico es un pasado construido por los historiadores que existe sólo en los libros y en los ensayos académicos. El “pasado práctico”, en cambio,

se refiere a aquellas nociones del pasado que todos llevamos con nosotros en la vida diaria y a las que recurrimos, voluntariamente y como mejor podemos, para obtener información, ideas, modelos y estrategias que nos ayuden a resolver todos los problemas prácticos con los que nos encontramos en lo que sea que consideremos nuestra *situación* presente, desde cuestiones personales hasta grandes programas políticos. Este es el pasado de la memoria, del sueño y del deseo, así como también de la resolución de problemas, de las estrategias y de las tácticas para la vida, tanto personal como comunitaria.⁴⁴⁹

Como queda claro de la simple lectura, el criterio de la distinción entre un pasado “histórico” y uno “práctico” reside para White en el tipo de intención que motiva las preguntas sobre ellos. En la medida en que el “pasado histórico” es una construcción de orden teórico, como un fin en sí mismo y de mera existencia en los libros y artículos de los historiadores profesionales, White considera que tiene poco o ningún valor para entender o explicar el presente y no provee ninguna guía para actuar en el presente o prever el futuro. En cambio, White entiende el carácter “práctico” de la otra manera de pensar el pasado en sentido kantiano, “como producto de la excepcional consciencia humana acerca de la necesidad de hacer algo”:

Invocamos el pasado práctico de la memoria, de los sueños, de la fantasía, de la experiencia y de la imaginación cuando nos enfrentamos con la pregunta: “¿Qué debería (o deberíamos) hacer?”. El pasado histórico no puede ayudarnos aquí porque lo máximo que puede llegar a decirnos es lo que las personas han hecho en otros tiempos, en otros lugares y otras circunstancias. Pero esta información no contiene ninguna justificación para deducir lo que nosotros, en nuestra situación,

⁴⁴⁷ *Ibíd.*, 31.

⁴⁴⁸ *Ibíd.*, 32.

⁴⁴⁹ *Ibíd.*, 25.

en nuestro tiempo y en nuestro lugar, deberíamos hacer para ajustarnos al imperativo categórico que autoriza nuestra creencia en la posibilidad misma de la moral.⁴⁵⁰

Mi breve reconstrucción de la distinción que White propone, y que, vuelvo a subrayar, constituye su más reciente elaboración, pretende señalar mi percepción del pesimismo en que White mismo recae frente a su diagnóstico de que los historiadores en tanto profesionales académicos se siguen resistiendo a reconocer y abrazar las consecuencias del giro tropológico que les propuso. Esto puede observarse en tres señalamientos críticos a la historiografía académica que han atravesado toda la obra de White y a los cuales vuelve a remitirse al final de este artículo: la negación de la naturaleza figurativa del lenguaje, de la mixtura fáctico-figurativa que toda narrativa supone y sus efectos moralizantes.⁴⁵¹ El pesimismo whiteano se cifra en su percepción de que una vez “tuvo la osadía” de sugerir un parecido de familia entre escritura histórica y escritura literaria y que ese argumento “no contó con el apoyo de nadie”. Es exactamente ese tono agenciador que esta tesis lee en White desde *Metahistoria* en adelante, el que él encuentra aún desoído.

6.3 La persistencia de Hayden White: hacia una perspectiva pragmática de la narración histórica

Encuentro en los trabajos de algunos historiadores y filósofos de la historia que reivindicando la tradición narrativista-whiteana un interés por renovar la apuesta por la indagación crítica de la representación del pasado subrayando la *potencialidad pragmática* de la narración. Me referiré a las propuestas de continuación del legado whiteano de Nancy Partner y Verónica Tozzi (Partner, 2009; Tozzi, 2009).

6.3.1 Nancy Partner y la persistencia post-postmoderna de la narrativa

En “Narrative Persistence: The Post-Postmodern Life of Narrative Theory” publicado en el texto homenaje a los 80 años de White, *Re-figuring Hayden White* (Ankersmit, Domanska y Kellner, 2009), Nancy Partner presenta un diagnóstico del momento actual de balance desde la disciplina histórica y se pregunta, como historiadora que en su momento abrazó el posmodernismo, qué ha quedado de su innegable giro lingüístico (entendiendo

⁴⁵⁰ *Ibíd.*, 26.

⁴⁵¹ *Ibíd.*, 37-38.

ambos como sinónimos) -de allí la pregunta por la vida *pos-posmoderna* de la *teoría narrativa*- y sostiene:

la tarea es evaluar lo que todavía permanece con nosotros, lo que debe ser empacado cada vez que nos disponemos a desempacar un texto, lo que realmente ha sido descartado, y el destino de la teoría posmoderna que se ha escapado de la custodia académica. Lo que mi balance personal en progreso revela es que mucho del stock del armamento del giro lingüístico alcanzó su fecha de almacenamiento demasiado pronto, y una parte está en demanda cada vez mayor para propósitos que nunca previmos.⁴⁵²

Aunque menciona la aparición de perspectivas antilingualistas o antiposmodernas citando *Sublime Historical Experience* como caso ejemplar, Partner sostiene contra ellas –y a favor de esta tesis- que el giro lingüístico produjo un impacto imposible de borrar. Más aún, sostiene que aquél escenario post-postmoderno al que la historia se dirige de ninguna manera podrá ser ya, en virtud de los efectos del giro lingüístico, un retorno a algún positivismo cuasi-científico ni empirismo ingenuo, ni ninguno de los supuestos pre-posmodernos que informaban la escritura de la historia. Partner sostendrá que aquello que fue almacenado demasiado rápido y que ahora está en gran demanda para propósitos no previstos, de un modo que excede la custodia académica, es nada más y nada menos que la narrativa:

¿Quién se iba a imaginar que el contendiente real del giro lingüístico con el mayor alcance dentro del posposmodernismo, iba a ser la narrativa? La dócil narrativa, de bordes aparentemente suaves y solo ligeramente teórica, con su término alternativo casi infantil de *relato*, está allá afuera adquiriendo un peso cultural del que estamos apenas haciendo un seguimiento en nuestras aulas de seminarios.⁴⁵³

Es justamente por fuera de la academia que Partner encuentra la persistencia de la narrativa y nos alerta acerca de usos tan ubicuos como ingenuos y conflictivos en virtud de su particular eficacia, sus poderes persuasivos y su escurridiza habilidad para mutar. Pero particularmente le interesa subrayar en su tematización dos áreas que pueden intersectar a la historia académica: 1) la constitución de nuevos relatos nacionales que acompaña el resurgimiento de los nacionalismos post-Guerra Fría (Partner se refiere a *fisuras nacionales*); y 2) la constitución de la identidad personal, donde observa un valor creciente asignado a la “identidad narrativa” desde distintas disciplinas (particularmente, desde la psicología, el psicoanálisis y otras áreas de las humanidades).

Partner nos llama la atención sobre la eficacia y potencialidad pragmática de los usos de la narración que exceden el ámbito de la historiografía académica -aunque no quedan

⁴⁵² Cfr. Partner, (2009: 85).

⁴⁵³ *Ibíd.*, 87.

necesariamente por fuera de su posible contribución, como veremos. Mientras que White fue ferozmente atacado por demostrar la analogía estructural que hace al repertorio cultural de tramas ficcionales e históricas, el rol de los tropos básicos en el pensamiento y explicación históricos, etc., de modo que muchos se sintieron ofendidos por la amenaza de acercar la historia a lo ficcional (incluso a la “amoralidad ficcional”, para algunos, crítica que Partner considera injustificada, excesiva y no digna de discusión) esa particular controversia académica, nos dice, no volvió menos apetecible la narrativa “para el resto del mundo”, cuyas características atractivas han estado, ya por un tiempo, captando la atención de muchos.

Partner reseña la persistencia actual de la narración en sus múltiples y masivas referencias en los discursos políticos, estéticos, incluso en la moda. Respecto de la narrativa en el discurso político y partidario, por ejemplo, señala cómo la narrativa es considerada la clave para todo, siendo usada para explicar casi todo lo político. Más aún, cita a Michiko Kakutani en una reseña de libros escritos por candidatos presenciales de EEUU, quien sostiene que su lectura la conduce a recordarnos que “la habilidad para construir una narrativa poderosa es una destreza esencial para el político, ya que confiere la habilidad de articular una visión coherente del mundo, de dar sentido a la historia y de definir al autor”, particularmente antes de que sea definido por sus opositores o por los medios de comunicación.⁴⁵⁴ De la mirada de Kakutani, Partner extrae conceptos relativos a la narrativa que considera clave: “construcción”, “coherencia”, “historia”, “inteligibilidad”, “autodefinición”. Partner insiste en que al mismo tiempo que las humanidades académicas que fueron más receptivas de la teoría tratan prematuramente a la narrativa como perteneciente al posmodernismo a superar y como ya completamente asimilada y drenada de atractivo problemático, “el mundo fuera de la academia parece estar reconociendo ideas que White primero y mejor expuso para su inspección”.⁴⁵⁵ No es casualidad que Partner remita a “The Value...” como el texto de White que debemos releer en su impacto nunca más actual, al señalar cómo la pregunta por la naturaleza de la narrativa nos invita a reflexionar sobre la naturaleza misma de la cultura y posiblemente, de la humanidad misma:

La idea de narrativa extrañamente combina lo universal e inevitable –tan profundamente está enclavada en las estructuras cognitivas y lingüísticas humanas- con la habilidad de ser manipulada para validar o justificar demandas personales o públicas que son partidistas y agresivas. La forma narrativa es tan inmediatamente comprensible, tan aparentemente natural, que hablar de ella es como tratar de salir del río del tiempo (...) Es tanto autoevidente como real, entendida por todos, y el arma de elección para afirmar demandas controversiales de colectividades políticas –mientras al

⁴⁵⁴ *Ibid.*, 88.

⁴⁵⁵ *Ibid.*, 89.

mismo tiempo, la narrativa desarrolla y mantiene el sí mismo individual en su relación con el mundo.⁴⁵⁶

Partner continúa refiriéndose al artículo de White cuando sostiene que podría parecer abstruso en cualquier ámbito fuera de los seminarios universitarios pretender hablar de la narrativa “menos como una forma de representación que como una manera de hablar”, pero sostiene que “no hay nada que pueda ser narrativizado, que no lo sea”. Partner ilustra el uso diseminado de la narrativización en ámbitos tan distintos como los comentarios de desfiles de moda o la reapertura de un museo. Ahora bien, otro área relevante en la que percibe el valor creciente de la narrativa es en el terreno de la psicología, en tanto es considerada como una función esencial de coherencia de la identidad individual humana y el núcleo de la creencia, opinión, toma de decisiones y juicio. De este modo, Partner sigue el uso de la narrativa “desde la arena de la vida política activa a través de todo nivel de la cultura articulada hasta la interioridad del sí mismo individual”, por lo cual concluye y propone que:

Antes que los teóricos de la historia abandonen el posmodernismo, el giro lingüístico, como si todo su trabajo importante se hubiera alcanzado, haremos bien en prestar atención a esta tracción intensificada de la construcción de narrativa autoconsciente a lo largo de todo nuestro mundo intelectual y político.⁴⁵⁷

Partner refuerza su conclusión sosteniendo que lo que claramente fue aniquilado con las armas del giro lingüístico, ya estaba muriéndose y era la idea de una metanarrativa o relato teleológico unificante que conectara largos períodos de tiempo bajo una idea de progreso. Sin embargo, la caída de las grandes narrativas solo representa una porción pequeña, para Partner, de la construcción narrativa en la obra histórica. En cambio, las narrativas que actúan como “un campo de fuerza de energía vívida” en tantas áreas de la vida cotidiana son de una escala distinta y más manejable, lo suficientemente amplias como para estar disponibles a la inspección pública y lo suficientemente pequeñas para estar fundadas en acontecimientos y experiencias muy específicas. Partner sostiene que los individuos y pequeños grupos pueden conectar sus propios relatos personales con estas narrativas y el relato colectivo extrae energía emocional de su profunda raigambre en la memoria colectiva: “Estas son las novedosas narrativas nacionales: persistentes, elásticas, resonantes para un amplio número de personas”. Aquí, entonces, encuentra Partner un primer terreno de interés para la reflexión acerca de la narrativa en la escena contemporánea: “la más novedosa inversión en el poder de la narrativa

⁴⁵⁶ *Ibid.*, 89.

⁴⁵⁷ *Ibid.*, 91.

es realizado por partidarios de todas partes del mundo cuyas aspiraciones nacionalistas fueron revitalizadas por el fin de la Guerra Fría”.⁴⁵⁸ La narrativa adquiere un rol central en los nacionalismos resurgentes, de modo tal que aunque no pueda decirse que son las narrativas las que causan el conflicto político, sí es relevante atender al modo en que la forma narrativa encapsula la emoción y la memoria al servicio de causas políticas y es eficaz para evitar el acuerdo político ante narrativas en conflicto. Partner comenta las distintas aristas habilitadoras y conflictivas de los usos, producción y reflexión acerca de narrativas en los casos de la ex-Yugoslavia y el conflicto israelí-palestino, y señala cómo la narrativa es “la voz formal de la persuasión, la autenticación grupal, y las convicciones profundas recalcitrantes”,⁴⁵⁹ capaz de forjar un vínculo fuerte entre entidades nacionales de amplia escala (más allá de que no estén empíricamente fundamentadas o sean “imaginadas”) y la identidad personal, gracias a su fuerza mnemónica y conjuradora de la realidad. A su vez, Partner señala la ausencia de una consideración sistemática de la narrativa como problema en sí misma, cuestión ineludible ante la escritura de la historia en el caso específico de historiadores académicos que se han dedicado a estudiar estos pasados y presentes en conflicto con el fin de construir un relato unificador que aporte a la solución de tensiones políticas urgentes. Reencuentra el problema de qué es considerado un “comienzo” en un relato nacional o étnico, y cómo remite al tipo de significado teleológico que la trama producirá, del mismo modo que la inconmensurabilidad de narrativas puede evidenciar que no se trata de una cuestión de fechas o debate histórico o relativo a un registro, sino una cuestión de “agencia narrativa”, es decir, la fuerza intencional y motora del cambio histórico, y la concepción de la posición del protagonista narrativo, en distintos relatos. En su reseña del problema de la narrativa en el ámbito del conflicto político-nacional, Partner reencuentra la tesis whiteana de que la dotación de significados y valores a los acontecimientos pasados es central para la promoción de programas políticos y sociales en el presente para el cual los historiadores escriben en virtud de que la narrativización tiene que ver con la problemática de la acción. Por tanto, Partner concluye que analizar esos relatos no solo en términos histórico-archivísticos sino también en términos narrativos, no es una ocupación trivial.

Como señalé anteriormente, existe otra área de tematización actual de la narrativa a la que Partner considera relevante atender: la indagación actual de la identidad personal como identidad narrativa. Remite este tópico al psicoanálisis ya desde Freud pero encuentra que actualmente es un tema central para la psicología académica del yo o sí mismo (*self*). Se trata

⁴⁵⁸ *Ibid.*, 92.

⁴⁵⁹ *Ibid.*, 95.

del estudio de cómo el sentido integrado del sí mismo se constituye y mantiene a lo largo del tiempo por medio de un trabajo narrativo que involucra realces y supresiones que sostengan la identidad como coherente, cómo funciona la memoria y el olvido, etc. Ahora bien, el aspecto más interesante del señalamiento de esta área de creciente interés en la narrativa está dado por la relación que observa entre ella y la narrativa de mayor escala política o nacional:

Las narrativas de poderes colectivos y las narrativas de integridad individual están unidas en sus raíces ya que ambas pueden ser teorizadas en términos de secuenciación serial, énfasis y supresión, selección de motivos de significado, la asignación de agencia, y, finalmente, responsabilidad causal.⁴⁶⁰

Más aún, en la medida en que los nuevos estudios psicológicos sobre la narrativa son entendidos como psicosociales, donde el relato de vida del individuo es de autoría conjunta de la persona y su cultura, Partner subraya que la narrativa es el modo en que el individuo encuentra una localización en la historia. Por lo cual, Partner agrega que el trabajo psíquico que la narrativa hace en el núcleo de la identidad personal ancla su poder persuasivo en la esfera pública. Esta intuición Partner la remite al psicoanálisis, a los investigadores en psicología y a White, y le sugiere el carácter estratificado de las narrativas, que van desde la interioridad del sí mismo hasta el nivel de las colectividades locales o públicas, indicando que “el efecto de la narrativa en mantener la identidad puede ser el motor de su poder en el ámbito público”.⁴⁶¹ Más interesante aún es el señalamiento de Partner de que “contar la propia historia” se ha vuelto el equivalente a defender y justificar el punto de vista del protagonista narrativo, tomando la posición protagónica como un acto serio y político —cuestión que al nivel de las narrativas nacionales y étnicas, como vimos, no deja de ser problemático. Partner concluye su artículo señalando cómo se da por supuesto este poder de la narrativa en sus distintas escalas al ser sorprendentemente adoptada de manera “casi universal” como un principio central de la comprensión en tantas áreas de preocupación humana. Más aún, de un modo que nos sugiere una interesante coincidencia con la posición de Tozzi, Partner encuentra en esta función de la narrativa en distintos estratos que se interconectan un “bucle de retroalimentación” (*feedback loop*) en las auto-autorizaciones (*self-authorizations*) continuas que la narrativa hace posible.

Considero que en el recorrido por el balance post-giro tropológico y el diagnóstico al que arriba respecto de la persistencia de la narrativa, Partner contribuye a enfatizar la persistencia de las tesis de White que esta investigación propone continuar. Como ella misma

⁴⁶⁰ *Ibid.*, 99.

⁴⁶¹ *Ibid.*, 100.

señala, White nos propuso ver la historia como un discurso de lo real, formulando preguntas acerca de este artefacto verbal que oscilan entre el constructo “discursivo” y el pasado “real”, y que “son exactamente las que debemos llevar al campo de batalla político sobre la narrativa”, dado que:

áreas cruciales y en expansión del mundo post-postmoderno han retornado a donde Hayden White llamó nuestra atención primero: a los procedimientos enterrados que revelan *cómo* las narrativas son construidas, no meramente al reconocimiento *de que* lo son. La pregunta que reconoció implícita en toda narrativa es todavía *la* pregunta: “¿Qué anhelo es realizado, qué deseo es satisfecho, por la fantasía de que los acontecimientos reales son representados apropiadamente cuando puede mostrarse que exhiben la coherencia formal de un relato? En el enigma de este anhelo, este deseo, vislumbramos la función cultural del discurso narrativizador en general.”⁴⁶²

No es un dato menor para esta tesis, a la luz del capítulo anterior, que Partner sostenga lo simultáneamente desconcertante e iluminador que es detectar que la narrativa, el artefacto más “indefensamente tradicional” e “ingenuamente humanista” muestre ser luego de la crítica posmoderna el más resistente:

Deconstruida interminablemente, desmontada para exponer los mecanismos internos de realización de deseos de la agencia humana y el orden, desmitificada en su pretensión de reflejar la realidad, la forma narrativa demuestra ser inquietantemente elástica y tenaz en su control de los propósitos humanos. La aceptación desencantada y sin embargo irresistible de la narrativa puede mostrar ser el centro de la posición pos-posmoderna.⁴⁶³

Acuerdo con Partner en que ya no se trata de reconocer el carácter construido de los relatos históricos – esto es para nosotros un punto de partida, la ganancia irónica irrenunciable. Ahora se trata de pensar *cómo* son construidas las narrativas, *con qué* finalidad y *qué* consecuencias en determinados contextos. Y estos contextos pueden exceder a la historiografía o incluso, “intersectarla” con aquellas “áreas cruciales y en expansión del mundo post-postmoderno”. He aquí, entonces, el retorno de la tensión dialéctica entre la ironía y el romance que la Nueva Filosofía de la Historia lleva en su corazón teórico, la forma *refigurada* de la paradoja de la narración histórica que no implica una opción entre posiciones sino una tensión ineliminable.

6.3.2 Verónica Tozzi y las reescrituras de la identidad desde un realismo figural pragmático-heurístico

⁴⁶² *Ibid.*, 101.

⁴⁶³ *Ídem* nota anterior.

En el caso de Verónica Tozzi encontramos iluminadoras coincidencias con el diagnóstico y la perspectiva de Partner. Tozzi señala como dato llamativo que en el mismo momento en que la historiografía normal fue sometida a un arduo cuestionamiento de su *status* cognitivo —el momento “posmoderno”, en la terminología de Partner— podemos constatar desde los '70, un auge por historizar todos los ámbitos de nuestra vida contemporánea. Tozzi señala esta situación como paradójica, de utilización no problemática de la historia en los ámbitos públicos y académicos, en el mismo momento en que es más desafiada en sus presupuestos cognitivos. Como vemos, Tozzi identifica también usos ingenuos de la narración histórica que se desarrollan a la par pero quizás desconectados de la profunda teorización de la narrativa que se ha llevado a cabo desde *Metahistoria*, e incluso antes con la obra bisagra de Arthur Danto. Justamente Tozzi concibe a Arthur Danto, Louis Mink, Hayden White y Frank Ankersmit como teóricos de una Nueva Filosofía de la Historia en tanto perspectivas sobre la historiografía que ponen en cuestión los lenguajes que la constituyen. También en coincidencia con Partner, Tozzi encuentra en las demandas de grupos minoritarios de “contar su propia historia” un terreno al cual la Nueva Filosofía de la Historia podría contribuir teóricamente.

Tozzi propone continuar la teoría histórica literariamente informada de White de un modo que enriquece la propuesta del realismo figural para entender la historiografía y la historia de la historiografía, con un background pragmatista inspirado en los desarrollos de la nueva filosofía de la ciencia combinando el empirismo constructivo de Bas van Fraassen, la perspectiva de evaluación heurística de Thomas Nickles y el interaccionismo dinámico de Ian Hacking. El objetivo fundamental de Tozzi es mostrar cómo las tesis más potentes aunque cuestionadas de White pueden ser reforzadas por actuales desarrollos epistemológicos antifundacionistas y pragmatistas.

En el capítulo 6 de *La historia según la nueva filosofía de la historia*, titulado “Reescrituras de la identidad: ¿por qué desconfiar del lenguaje?” encontramos un reconocimiento de los usos diseminados de la narración para dar cuenta de la interconexión entre identidades individuales, sociales y políticas del tipo que Partner sugiere que la escena pos-posmoderna debe estudiar y pensar. El título mismo del capítulo combina claramente los ejes de interés que Partner señalaba: el vínculo entre narración e identidad, la relación de ambas con la escritura o, mejor dicho, re-escritura de la historia, y la ganancia teórica imposible de borrar: la función del lenguaje en la representación del pasado. Justamente, al abrir el capítulo preguntándose por qué deberíamos desconfiar del lenguaje, Tozzi está indicando que asumirá una perspectiva semejante a la que Partner demanda: tomará las

herramientas teórico-lingüísticas ganadas post-Hayden White para ponerlas en uso de un modo que no promocióne ni un retorno ingenuo al análisis y uso de la narración, ni un radicalismo ficcionalista o pantextualista exagerado y contraproducente e igual de ingenuo. Más aún, Tozzi manifiesta más que Partner, a mi entender, una confianza en que los historiadores académicos puedan recepcionar su lectura de la teoría histórica de White de un modo positivo, como posibilidad de reconstruir, desde su perspectiva pragmatista, las polémicas historiográficas de manera razonable. Su propuesta de diálogo con los historiadores académicos pretende señalar cómo una historia comprometida con sus recursos epistémicos, pero también éticos y estéticos, puede contribuir a las demandas de historización que, al igual que Partner, Tozzi interpreta como vigentes y de urgente respuesta cognitivamente responsable. Mostrando cómo el antifundacionismo ha sido estudiado en la nueva filosofía de la ciencia de un modo que no pretende contribuir a la negación del conocimiento científico sino a su promoción críticamente considerada, Tozzi da en el corazón de la herida whiteana al cuerpo de la academia, o al menos como fue (mal) leída su intervención dada la persistente preocupación de la historiografía académica por justificar sus pretensiones científicas —otra coincidencia con Partner. De este modo, Tozzi propone un “programa para una historia comprometida con sus recursos” que responda productivamente a la situación paradójica por la cual la historia está demandada a narrar la verdadera historia y simultáneamente cuestionada en sus historizaciones concretas. Tozzi sostendrá que dicha paradoja es productiva porque, según su relectura y propuesta pragmática, estimula notablemente más preguntas, más debate y más investigación y renovadas escrituras del pasado.

Tozzi, en primer lugar, asume como punto de partida el carácter controversial y pluralista de la práctica historiográfica que la Nueva Filosofía de la Historia explora, dando un rol central y prefiriendo la teoría histórica de White. En segundo lugar, identifica y explora los reclamos de las políticas de identidad que plantean, a su entender, una agenda presente para la historiografía y los estudios sociales “exigiendo un intercambio dialógico con los sujetos de experiencia”:

dichos intercambios exigen no sólo proporcionar una respuesta política a las demandas sino la revisión de los presupuestos epistemológicos que las fundan o de las condiciones en que se generan. En este sentido, son requisitos obligatorios para cualquier teorización que asuma dicha agenda asegurar, por un lado, algún acceso a una caracterización adecuada de aquellas condiciones que favorecen sistemas de opresión, y, por el otro, que la interpretación propuesta no contribuya a su vez a perpetuar esas condiciones (...).⁴⁶⁴

⁴⁶⁴ Cfr. Tozzi (2009: 193).

Tozzi afirma la utilidad de la Nueva Filosofía de la Historia para estos fines dado que considera que los abordajes que ponen siempre en cuestión los lenguajes que constituyen la historia resultan más eficaces por evitar los peligros de perpetuar las condiciones de opresión, desconfiando de que un retorno a una noción de experiencia fundacionista pueda lograr los mismo objetivos. Al igual que Partner, el horizonte de retorno a alguna forma ingenua de empirismo, científicidad o fundacionismo le parecen tan imposibles como indeseables. En tercer lugar, acercando la teorización de la historiografía narrativa a nuevas concepciones filosóficas y epistemológicas de la ciencia natural y social, Tozzi propone recuperar las tesis más polémicas de White de un modo que no solo rehabilite el diálogo productivo con la historiografía académica, sino también entre ella y las demandas públicas y políticas de historización. Así resume Tozzi su esfuerzo de relectura pragmatista:

Mi pasaje por van Frasseen, Hacking y Nickles ha tenido como objetivo imitar cierta sensación optimista en las ciencias naturales, una vez frustrado el sueño de la base empírica neutral y la verificación concluyente, ello no ha involucrado la renuncia a persistir en la práctica científica. Gracias a estos abordajes pragmatistas podemos apreciar la eficacia crítica de la experimentación para las controversias científicas sin apelar a la ilusión de alcanzar la Verdad acerca de la Naturaleza. Es más, dichas aproximaciones nos permitirán apreciar la eficacia crítica que los "relatos de experiencia" o la "evidencia documental" otorgan a la historiografía dentro y fuera de la academia. Por el hecho de asumir su carácter lingüísticamente construido, ellos no dejarán de ser recursos eficaces e ineludibles. Esto es, no pierden su eficacia en la modificación de las prácticas que contribuyen a la legitimación del *status quo*. Si los intelectuales todavía conservan el sueño de contribuir a la emancipación, seguro no será dilapidando los recursos de su propia práctica, recursos trabajosamente construidos a lo largo de la historia.⁴⁶⁵

El interesante y sofisticado programa de Tozzi merecería una reconstrucción detallada que la extensión de esta tesis no permite. Sin embargo, destacaré sus puntos centrales para mi argumentación acerca de la persistencia de la narración y el legado whiteano, con particular atención al diagnóstico teórico y las posibilidades de profundización que Tozzi me aporta.

Tozzi parte de dos datos para todo aquel que se involucra en la lectura de la historia de cualquier acontecimiento: primero, su naturaleza controversial; segundo, su inevitable reescritura en respuesta a cambios contextuales. Por tanto, Tozzi considera que la Nueva Filosofía de la Historia, como "opción por aquellos que se interesan por los recursos y mecanismos que hacen posible la producción de representaciones históricas en tanto lenguaje podrá hacerse cargo promisorias y provechosamente de este diagnóstico".⁴⁶⁶ Desde este punto de partida, Tozzi se propone dar respuestas epistémica y políticamente más eficaces a los problemas suscitados en torno a la legitimidad de las representaciones históricas de sucesos del pasado reciente, motivadas por los reclamos de nuevas voces o reparación para las

⁴⁶⁵ *Ibid.*, 193.

⁴⁶⁶ *Ibid.*, 168.

víctimas de violencia extrema en tiempos recientes. Para ello, asume tres principios: antifundacionismo, compromiso con las demandas de representación justa en el presente y posibilidad de discusión historiográfica. Ahora bien, el elemento clave a través del cual Tozzi pretende contribuir al diálogo entre Nueva Filosofía de la Historia e historiadores académicos está dado por su reconocimiento de un ámbito “informativo”, “evidencial” o “empírico” de carácter consensuado que interviene en la dinámica de aceptación y rechazo de teorías. Esto le permite a Tozzi afirmar que podemos postular criterios de evaluación de las historizaciones y, entonces, dar cuenta del debate historiográfico en términos de razonabilidad. Sin embargo, ese ámbito “empírico” interviene de manera no fundacionista y es elucidado pragmática y heurísticamente –Tozzi aquí cumple al pie de la letra el pronóstico de Partner de imposibilidad de retornos a los supuestos historiográficos pre-whiteanos o pre-giro lingüístico. El aspecto pragmático lo aportará el empirismo constructivo de van Frassen, y el aspecto heurístico, la contraposición entre evaluación “epistémica” y evaluación “heurística” de Nickles.

En particular, Tozzi se dedicará a tres casos de discusión historiográfica de grupos postergados para testear la productividad de su whiteanismo pragmatista: a) discusiones en torno a las políticas de la identidad de género, teniendo en cuenta los aportes del feminismo y las teorías *queer*; b) las polémicas alrededor de la homogeneidad o no de una identidad “negra” o “africana” resultado de los movimientos de descolonización, en relación con ciertas revisiones sobre la historia de la esclavitud en Estados Unidos; y c) la historización de la última dictadura argentina y el tránsito a la democracia, particularmente respecto del caso de los ex-soldados combatientes en la Guerra de Malvinas y los problemas de su clasificación. Tozzi sostiene que en todos estos casos concretos puede observarse “cómo ciertas demandas de voz y agencia, las cuales aparecen bajo una mirada superficial como de sólo interés para los grupos afectados, han sin embargo obligado a revisar y hasta “reescribir” la historia en respuesta a dichos reclamos”⁴⁶⁷. Con el objetivo de proponer un criterio de evaluación entre versiones en competencia, Tozzi pretende tematizar el lugar que la experiencias de los afectados y la evidencia documental tiene en la discusiones historiográficas, sin desconocer el carácter lingüísticamente cargado o construido de ambas, de modo de mostrar que una perspectiva pragmática y heurística de la experiencia y la evidencia permite promocionar la investigación en aquellos campos “donde la controversia historiográfica se hace más dura” sin necesidad de compromisos fundacionistas.

⁴⁶⁷ *Ibid.*, 169.

Seguiré a Tozzi en su análisis del primer caso, el de las discusiones en torno de las políticas de la identidad de género, con un doble objetivo: en primer lugar, exponer sucintamente la posición pragmatista de Tozzi sobre la reescritura de la identidad; y, en segundo lugar, usar este análisis como bisagra para la teorización del aporte de Judith Butler desde el feminismo y la teoría queer para la concepción performativa de la figuración que propone esta tesis.

La relación entre la situación paradójica de la historia y las políticas de identidad de género Tozzi la ubica en los reclamos efectuados en la segunda mitad del pasado siglo de que se incluyan otras voces y otros actores en la representación del pasado, que fueron tradicionalmente excluidos de las historizaciones académicas por atender éstas a las perspectivas de elites políticas o por atender al develamiento de procesos históricos de gran escala soslayando cualquier perspectiva subjetiva. En un primer momento, esta búsqueda de reparación implicó la donación de privilegio epistémico a los grupos oprimidos o invisibilizados en la conceptualización de la identidad reclamada, acompañado este privilegio de “contar la propia historia” por la puesta en cuestión de la confiabilidad y legitimidad de los relatos académicos. Si bien esto resultó en una “perceptible humanización y renovación pluralista de la historia”, Tozzi señala que esta primera respuesta ante el cuestionamiento tanto epistémico como político de la historiografía no tardó en mostrar limitaciones desde el interior mismo de las nuevas historiografías *queer* y feministas:

Es más, derivó en la promoción de alguna dimensión de la identidad (como por ejemplo, la de género) en detrimento y olvido de otras para dar significado a la experiencia individual. Lo que ha pasado inadvertido es el hecho crucial de que las identidades no son homogéneamente construidas en los diferentes contextos históricos y sociales, esto es, no es lo mismo ser una esclava americana que una ama de casa victoriana, o una mucama zulu y su dama sudafricana.⁴⁶⁸

En esta importante limitación de las nuevas historiografías que pretendían subsanar la falta de representación de grupos oprimidos, Tozzi encuentra un riesgo fundamental que toda perspectiva que pretenda dar cuenta de ellas debe evitar: el peligro de reproducir o perpetuar las condiciones que favorecen la postergación. Tozzi considera que detrás de la apariencia de progresismo de la donación de privilegio epistémico se esconde el riesgo de caer en una posición retrógrada e incluso prepositivista si se pretende afirmar esa donación en una “adecuación con la experiencia prediscursiva” de la representación de un individuo o un grupo. Tozzi propone valorar preferencialmente la experiencia de los postergados en términos heurísticos y políticos, sin afirmar privilegios epistémicos.

⁴⁶⁸ *Ibíd.*, 172.

Con este objetivo, el primer modo en que Tozzi complementa el realismo figural whiteano es a través del empirismo constructivo de van Frassen para dar cuenta del “intercurso pragmático” con la experiencia. Van Frassen propone una consideración contextual de la adecuación empírica de las teorías, en la medida en que lo que se considera “observable” está en función de la comunidad epistemológica, es decir, lo que se considera observable en un contexto que puede ser revisable a futuro según los desarrollos de la óptica física, la fisiología y la psicología. Además, la “adecuación empírica” es caracterizada de manera dinámica, ya que no se concibe como la constatación puntual de alguna consecuencia exitosa de la teoría sino “como el compromiso de involucrarse en cierto programa de investigación”, es decir, “comprometernos a usar los recursos conceptuales de la teoría para enfrentar cualquier fenómeno futuro”.⁴⁶⁹ De este modo, Tozzi considera que van Frassen le permite evitar la caída en un fundacionismo sin despojar a la práctica historiográfica de su compromiso con la agenda política de los reclamos de identidad y nuevas voces ya que puede sostener que lo que identificamos como “experiencia” en las indagaciones humanas es algo revisable:

Todavía más, si llegáramos a adoptar alguna noción de “adecuación” con la “experiencia de la postergación”, la noción alcanzada debería ser consensuable contextualmente, y las razones que contribuyan al consenso en el contexto de la práctica historiográfica pueden ser políticas (atender a los reclamos de voz) y heurísticas (promover nuevas vías de investigación).⁴⁷⁰

Ahora bien, Tozzi toma un elemento más de van Frassen que le permite reforzar la dimensión informacional de la representación histórica -que sostiene que White y Ankersmit conservan- aunque bajo la afirmación de la ausencia de una clara distinción entre ambas que da cuenta de la razón por la que las grandes controversias historiográficas se muestran irresolubles por la vía de la conformidad con la evidencia. Van Frassen advierte que también en las ciencias naturales se encuentran casos de controversia ante teorías empíricamente equivalentes que, por tanto, requieren consideraciones que no competen a la adecuación empírica para tomar una decisión teórica, es decir, preferir una de ellas. La propuesta de van Frassen ante estos casos es la de incorporar criterios pragmáticos para la decisión. Van Frassen discute contra quienes pretende sostener compromisos realistas con teorías científicas a partir de su adecuación empírica y éxito predictivo, por lo cual la demostración de la necesidad de recurrir a criterios pragmáticos ante una controversia entre teorías empíricamente equivalentes le

⁴⁶⁹ *Ibid.*, 174.

⁴⁷⁰ *Ídem* nota anterior.

permite argumentar acerca de la inutilidad del plus realista (175). Tomando esta perspectiva de van Frassen, Tozzi sostiene que:

En el caso de la historia y de las humanidades, el equivalente de la adecuación empírica puede venir dado por la conformidad con la evidencia o con la experiencia colectiva de la historicidad. En cualquier caso, en el ámbito de la historiografía lo considerado evidencia o experiencia es también algo a producir e investigar, no es reductible a "lo dado". En definitiva, el hecho de que lo considerado experiencia o evidencia es revisable y el hecho de que aún acordando este punto no basta para dirimir nuestras controversias historiográficas, frente a casos de equivalencia empírica deberemos apelar a pragmáticamente a otros criterios tal vez de carácter políticos y estéticos. Por todo ello, estamos entonces obligados a discutir cuáles son los fines de la investigación historiográfica y de la historización para las políticas de la identidad.⁴⁷¹

La cuestión de la identidad en su relación con la narración o escritura histórica conduce a Tozzi a adoptar el *nominalismo dinámico* de Ian Hacking: "Su propuesta es de sumo interés pues, en su inspiración wittgensteiniana y foucaultiana, elude analizar el status de los conceptos en relación con alguna experiencia prelingüística".⁴⁷² Hacking propone concebir la relación entre conceptos sociales y prácticas de manera dinámica, por lo cual Tozzi puede vincularlo a su apropiación heurística y pragmática del realismo figural whiteano tematizando la dinámica constructiva de las interacciones entre conceptos, narraciones prácticas e instituciones. Según Tozzi, Hacking sugiere analizar las categorías y clasificaciones sociales como cosas que interactúan con prácticas sociales, tanto de aquellos a los que se les aplican dichas clasificaciones como con las prácticas de aquellos que conforman su entorno familiar, institucional o simplemente vecinal. Hacking se refiere a "clases interactivas" para analizar la relación que algunos conceptos mantienen con las personas que clasifican. El particular interés que Hacking tiene para Tozzi es que propone su noción de clase interactiva como superación de ciertos defectos del discurso de la "construcción social". El *construccionismo social* se propuso señalar no sólo el carácter social de ciertos conceptos clasificatorios de personas, sino más importantemente "desenmascarar su supuesto carácter natural, mostrando justamente su carácter construido". Ahora bien, Hacking critica acertadamente, de acuerdo con Tozzi, el defecto en que frecuentemente caen los propulsores de este discurso que consiste en pensar el carácter socialmente construido de las clasificaciones como unidireccional: siendo la sociedad o algún fragmento de ella la única responsable de la construcción de una "enfermedad", o "desorden", o "institución" que no existen realmente como son descritos o que no existían antes de su descripción. Contra esta unilateralidad de la perspectiva construccionista social, Hacking propone una noción de

⁴⁷¹ *Ibíd.*, 175-176.

⁴⁷² *Ibíd.*, 176.

interacción: los conceptos sociales son pensados como clases interactivas (como diferente de clases naturales) y se postula que poseen un *looping effect* o efecto bucle, por el cual

las clases pueden interactuar con lo que es clasificado, es decir, producir un cambio, la clasificación misma puede ser modificada o reemplazada. Esto es, el nuevo conocimiento acerca de "lo criminal", "el abuso infantil", "la mujer refugiada" llega a ser conocido por las personas clasificadas, cambia la forma en que los individuos se comportan y se retuerce (*loops back*) forzando cambios en la clasificación y el conocimiento acerca de ellos.⁴⁷³

Esta interacción con otras cosas del mundo en el proceso de producción de un concepto aplicado a personas, se daría en dos sentidos: 1) la interacción como cambios de prácticas por parte de las personas al saberse clasificadas que pueden provocar la redefinición o cambio (sustitución) del concepto; y 2) interacción por cambios en las circunstancias. Respecto del primer sentido, puede decirse que las clasificaciones de los seres humanos interactúan con los seres humanos clasificados ya que las personas se consideran a sí mismas como una clase o bien rechazan clasificaciones que les son impuestas. De este modo, "Lo que es conocido acerca de las personas de una clase puede llegar a ser falso porque las personas de esa clase han cambiado en virtud de lo que ellas creen acerca de sí mismas".⁴⁷⁴ Respecto del segundo sentido, las clasificaciones, señala Tozzi, no existen sólo "en el vacío del lenguaje" sino en instituciones y prácticas. Las interacciones con las personas clasificadas ocurren en matrices que incluyen elementos sociales y materiales, y personas, tanto las clasificadas por dichos conceptos y las que rodean a dichas personas. Claramente este aspecto de la concepción de Hacking contribuye a la noción compleja de "contexto" a la que Tozzi remite respecto del carácter contextual-pragmático de las discusiones historiográficas. Finalmente, entonces, Tozzi resume la utilidad de esta teorización para su propuesta pragmatista-heurística acerca de la reescritura de las narraciones de identidad:

El punto que hace relevante las consideraciones de Hacking para nuestras reflexiones inspiradas en la nueva filosofía de la historia es la afinidad de esta interacción entre conceptos y prácticas y mi apropiación heurística-pragmática del "realismo figural" whiteano. En la medida en que esos conceptos son parte de narrativas de identidad las modificaciones resultado de la interacción entre conceptos y prácticas involucra la reescritura de las narrativas que contienen dichos conceptos. El objetivo es indagar en las consecuencias epistémicas y políticas para la identidad que tienen estas interacciones entre conceptos y prácticas y las redescpciones históricas que promueven.⁴⁷⁵

Hacking es incorporado creativamente por Tozzi a su propuesta dado que, en el contexto de análisis de Tozzi, lo relevante es que esas clasificaciones sociales interactivas están

⁴⁷³ Ibid., 177.

⁴⁷⁴ Ibid., 178.

⁴⁷⁵ Ibid., 179.

incorporadas a narraciones sobre las personas o “identidades” que clasifican. Un cambio en la clasificación implica entonces –aspecto original de la propuesta de Tozzi- una redescrición de la identidad narrada, i.e., una reescritura de la identidad, de su historia.

En el apartado “Preferir los problemas a su solución”, Tozzi presenta el tercer y último elemento teórico que compone su posición: la noción de evaluación heurística de Thomas Nickles. Además de permitirle seguir argumentando a favor de formas no fundacionistas de evaluación entre narraciones alternativas en competencia, esta noción le permite efectuar una lectura positiva de las inevitables reescrituras de la historia. Según Tozzi, Nickles propone superar la vieja distinción absoluta entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación en favor de una distinción triple de contextos de generación, prosecución y justificación de hipótesis o teorías:

Los trabajos de Nickles en esta época, apuntan a vislumbrar un sentido amplio de descubrimiento y justificación en todos los contextos o, todavía más amplio, de creatividad y evaluación interviniendo en todo el proceso de desarrollo de la teoría, sin caer en la dicotomía entre una conjetura irracional inesperada inicial y una evaluación final definitiva.⁴⁷⁶

Teorizando estas etapas de evaluación intermedia, Nickles propone distinguir entre la evaluación heurística y la evaluación epistémica. Si el foco de los filósofos de la ciencia ha sido esta última –como práctica de juzgar los méritos de una teoría por su registro pasado de éxito o fracaso predictivo-, Nickles propone pensar la evaluación heurística como la práctica de valorarla positiva o negativamente por abrir nuevas áreas de investigación para aquellos miembros de la comunidad científica que ya se han involucrado en ella. Tozzi sostiene que las reflexiones de Nickles son un verdadero aporte a su intento de profundizar su sugerencia de conexión entre realismo figural y pragmatismo “como un medio de desestimar el prejuicio de que el abandono del fundacionismo involucre el abandono de la investigación”: Por el contrario, permite decir que lo que hace verdaderamente significativa una representación histórica es su valor heurístico, es justamente su promesa de más interrogantes, más problemas para abordar, más debates en los que involucrarnos.

Considero que la mayor coincidencia entre Partner y Tozzi está dada por sus mutuos esfuerzos por presentar una teoría de la narrativa histórica que, partiendo de la perspectiva whiteana, pretende usar su potencial irónico para dar cuenta de la persistencia de la narración. En otras palabras, se trata de seguir promocionando un análisis crítico de la producción de narraciones históricas que, al atender a la potencialidad pragmática que sostiene su

⁴⁷⁶ *Ibíd.*, 185.

persistencia y, por tanto, evitando recomendar su rechazo o superación, de todos modos aporte una perspectiva crítica. Propongo entender este común objetivo de Partner y Tozzi como una *refiguración* de la narración histórica. Aquí no es un dato menor la interesante coincidencia entre Tozzi y Partner acerca del carácter de bucle de retroalimentación (Partner) o de retorcimiento redescriptivo (Tozzi) de las narraciones que nos obliga a considerar la identidad personal y social como indisolublemente ligadas *a través de la forma narrativa de ambas*. El presente capítulo y el próximo tienen como objetivo explorar esta refiguración de la narración histórica, entendida como una modalidad de continuación de la teoría whiteana, a partir de su relectura, o fusión quizás, con una perspectiva performativa de los actos de habla y la identidad, en tanto discursivamente constituida. Ahora bien, si esta relectura es posible, es porque asumo el giro tropológico por White posibilitado. Por tanto, para iniciar la exposición de mi interpretación encuentro relevante enfrentar el texto más deconstructivo de la narración histórica que esta tesis ha transitado. Creo que releendo a Roland Barthes *luego de asumir el giro tropológico*, podemos encontrar una posibilidad no explorada de interpretación de la figuración en el discurso histórico.

6.4 Refigurar la narración: retorno y relectura del rechazo romántico barthesiano

La persistencia de la narración fue la cuestión que abrió esta tesis. Podemos decir que las últimas reflexiones de Partner re-encuentran aquello que White mismo consideró *la cuestión fundamental de la teoría histórica* y que no es sino lo que esta investigación intenta refigurar como problema:

El problema principal para cualquier teoría del escrito histórico no reside, por tanto, en la posibilidad o imposibilidad de una aproximación científica al estudio del pasado, sino, más bien, en explicar la persistencia de la narrativa en la historiografía. Una teoría del discurso histórico debe atender a la cuestión de la *función de la narratividad* en la producción del texto histórico.⁴⁷⁷

Como mostré en el capítulo 2, en “El discurso de la historia”, Barthes presenta la posición más hostil y deconstructiva de la narración histórica en tanto pretende ser un discurso realista, porque critica a todo discurso que se pretenda “realista”, i.e., todo discurso que acepte enunciaciones acreditadas tan solo por su referente. Barthes no puede sino enunciar esa definición desde la sospecha, en la medida en que el punto de partida de la concepción

⁴⁷⁷ Cfr. White (2003: 145). Las cursivas son mías.

estructuralista de la que fue representante paradigmático es la inmotivación del signo lingüístico. Recordemos la sentencia de Barthes:

Como todo discurso con pretensión "realista", el de la historia no cree reconocer, por tanto, sino un esquema semántico de dos términos, el referente y el significante; la confusión (ilusoria) del referente y el significado define, como sabemos, a los discursos *sui-referenciales*, como el discurso performativo; podría decirse que el discurso histórico es un discurso performativo falseado, en el cual el constativo (el descriptivo) aparente no es, de hecho, más que el significante del acto de palabra como acto de autoridad.⁴⁷⁸

La denuncia ideológica de la narración histórica era para Barthes la demostración de que aunque pretende ser un discurso realista no es sino un modo de discurso imaginario, dado que la constitución de un relato implica una serie de operaciones discursivas que producen un significado que no está "dado" por la realidad. Barthes sostiene que la narración histórica esconde su origen común en el mito, la fábula, las epopeyas, cuando se pretende un discurso realista. Ahora bien, Barthes está entendiendo que un discurso realista es aquél que confunde referente y significado porque pretende acreditar sus afirmaciones "solo por el referente" y presentar el significado producido como indistinto del referente. Por eso afirma que en realidad es un discurso performativo falseado porque mientras aparenta ser meramente constativo o descriptivo, escondiendo su producción de significado, se erige el significante del acto de palabra como acto de autoridad. Este análisis de Barthes es tomado por el White de "The Value..." quasi literalmente cuando señala que toda narrativización responde a un impulso de moralizar. Ahora bien, Barthes en "El discurso de la historia", tanto como White en "The Value...", dirigen sus argumentaciones críticas -que se sostienen en el develamiento de las operaciones productoras de significado del lenguaje y la narración al pretender representar la realidad- a quienes, en el vocabulario propuesto por esta tesis, suponen una perspectiva ingenua acerca del lenguaje y la narración. Pero cabe que nos preguntemos, si hemos dado con White el giro tropológico, ¿sigue siendo válida la denuncia barthesiana? ¿Seguimos estando obligados a rechazar la narración para la historia? La respuesta es: no necesariamente.

En el inicio del capítulo 4 propuse leer el giro tropológico de White que nos permitió pensar la narración histórica como figuración como implicando una perspectiva irónica sobre el uso del lenguaje en la representación histórica. Dije que el giro tropológico parte del rechazo del supuesto ingenuo que hace del lenguaje un medio transparente o aporético y, en cambio, lo concibe tropológico o figurativamente al focalizar su carácter poético o

⁴⁷⁸ Cfr. Barthes (1987: 175).

productor de significado. Esto nos condujo a sostener que *toda representación es un modo de figuración*. El rechazo de ese supuesto habilitó una concepción tropológica que afirma que el lenguaje contribuye *significativamente* al modo de representar los procesos históricos y hace de él una cuestión, en tanto la filosofía de la historia debe dar cuenta de esa “contribución” del lenguaje a la representación histórica. Por tanto, sostuve que el giro tropológico implica una perspectiva irónica sobre el uso del lenguaje para representar realistamente el pasado, entendido que produce un distanciamiento crítico por el cual se focaliza al lenguaje como un objeto de estudio, como entidad teórica que demanda indagación. Ahora bien, al igual que para la narrativa histórica, aquello de lo que predico la cualidad de irónica es de la clasificación de esta perspectiva como una actitud de aceptación del uso del lenguaje porque considero que White propone reconocer este carácter problemático del lenguaje y sus posibilidades figurativas para *hacer uso cognitivamente responsable* de ellas en la representación de los acontecimientos históricos, en contraposición a un uso ingenuo o, podríamos agregar, dogmático. Entonces, combinando la perspectiva irónica y la finalidad agenciadora que asigné al giro tropológico whiteano podemos releer ahora la denuncia barthesiana como una prometedora tematización de la figuración en la narración histórica. Podemos cambiar el tono de denuncia del análisis barthesiano hacia una mirada irónica-agenciadora porque si *damos efectivamente* el giro tropológico:

- 1) aceptamos críticamente que toda representación es un modo de figuración
- 2) interpretamos los modos de figuración como recursos discursivo-representacionales
- 3) evadimos el riesgo de determinismo lingüístico porque entendemos que los modos de figuración pueden ser limitados, pero las posibilidades de combinación en un discurso dado son prácticamente ilimitadas
- 4) abandonamos la pretensión de reducir representaciones históricas alternativas a una *única* representación realista
- 5) aceptamos, en cambio, que el conflicto entre las diferentes representaciones encuentra en el *particular realismo* de la representación un límite que el registro histórico no puede zanjar

Pero este límite crítico no implica abandonar completamente la promoción de la representación histórica, i.e., no necesitamos rechazar románticamente la vinculación entre narración e historia en el tipo de discurso que pretende representar realistamente el pasado. Si esto es así, es porque hemos redefinido y ampliado nuestra noción de “representación realista”.

Con Hayden White –y con Mink y Barthes, antes, y trabajos como los de Partner y Tozzi ahora, como compañeros de empresa crítica- la idea de que un discurso realista sea aquél que “acepte enunciaciones acreditadas tan solo por su referente” ya no tiene sentido. El punto de partida ahora es el del análisis del discurso realista *figurativamente constituido*.

Por tanto, asumiendo, la producción de significado, el rechazo romántico de la narración para la historia ya no es una consecuencia necesaria. De lo que se trata es de pensar usos cognitivamente responsables de la figuración en la historia. Para ello, es útil traer a colación algunas afirmaciones de Stephen Pepper acerca de las hipótesis de mundo como cognitivamente responsables. White, siguiendo a Pepper –tal como vimos en el capítulo 1-, rechaza la admisión en un relato histórico de una posición ideológica que no acepte someter sus hipótesis acerca del cambio, su ritmo y deseabilidad, a debate. Esto implica reconocer el carácter hipotético de sus concepciones aplicadas al objeto de estudio. Este reconocimiento, como señaló White, las hace cognitivamente responsables dado que se someten a la crítica de pares. Es esta responsabilidad cognitiva asumida la que permite reconsiderar la dimensión ética de las narrativas históricas de manera positiva. Siguiendo a Pepper, toda investigación que se reconoce guiada por hipótesis que conforman su visión del mundo es, así, una posición no dogmática. Para Pepper, el dogmatismo es la negación a someter los materiales cognitivos a escrutinio cognitivo. A su vez, la responsabilidad cognitiva redunda en una conciencia epistemológica. De acuerdo con Pepper:

Si decidimos ser no dogmáticos (...) debemos estar preparados para cambiar de parecer respecto de la confiabilidad de cualquier evidencia. Los hechos no garantizan nuestras hipótesis. Los hechos y las hipótesis cooperan para garantizar la facticidad y verdad de cada uno. Las empresas cognitivas se inician en un campo de hechos no criticados. Cuánto de esto permanecerá inalterado como resultado del escrutinio crítico, no podemos arriesgarnos a afirmarlo por adelantado.⁴⁷⁹

Pepper nos recuerda el esfuerzo de interpretación pragmatista de Tozzi, que conjuga el reconocimiento del elemento informacional-fáctico de todo relato histórico sin otorgarle un rol fundacional y reconociendo su indistinción del elemento figurativo. La conciencia epistemológica a la que alude White no es otra cosa que el reconocimiento de esas “apuestas epistemológicas” o “compromisos interpretativos” a los que el historiador está obligado en su práctica. Estas apuestas son las elecciones de estrategias explicativas en los niveles estético, epistemológico y ético que, como vimos, son tanto *opciones* como *recursos necesarios* para el historiador, dado el carácter interpretativo del manejo de un registro histórico frecuentemente

⁴⁷⁹ Cfr. Pepper (1935: 367).

heterogéneo, incompleto, escaso o, como en el caso de los estudios históricos del pasado reciente, posiblemente excesivo. Ahora bien, lo que nos permite hablar de una Nueva Filosofía de la Historia inaugurada por White es que aquello en que consiste el “escrutinio cognitivo” de una narración histórica ha sido ampliado hacia aspectos no estrictamente lógicos o epistemológicos, aunque también podríamos considerar que White permite redefinir los límites de las consideraciones epistemológicas para la historiografía: a esto se refería Tozzi al hablar de una teoría histórica literariamente informada.

Pero además, propongo un resultado más del *giro tropológico*: este posicionamiento irónico de reconocer que toda representación es una figuración nos habilita a interpretar que todo intento de representar narrativamente la historia, usando las mismas palabras de Barthes, no es sino *un acto performativo* pero no porque se presente constatativamente cuando es performativo, sino porque hemos arribado a un posicionamiento sobre el lenguaje donde sus aspectos constatativos y performativos se encuentran indisolublemente asociados. Más aún, pensar performativamente la figuración en la representación histórica nos permite tematizar cómo puede ser una acto de palabras y de autoridad –y entender entonces el efecto moralizante y explicativo de toda narrativización-, así como nos permite entender que la consideración de las posibilidades de “aceptar” o “rechazar” la narración para la historiografía nos conduce a tematizar la *agencia del historiador* en tanto productor de un tipo específico de discurso o escritura.

En el primer capítulo afirmé que considero la posición de White como una combinación de una tesis general acerca de la figuración, que a lo largo de los capítulos pasados condensé en la noción de discurso, i.e., el triple carácter lingüístico, narrativo y representacional de la historiografía. También vimos que White mismo enfatizaba (en concordancia con el análisis de Jakobson) que es el nivel del discurso donde la mayor libertad *relativa* del hablante se hace manifiesta. Esto me permitió adelantar la tesis del *doble carácter libre-condicionado* de la *escritura* de la historia, con la que pretendo recoger cómo White da cuenta de los límites de la acción lingüística tanto como de sus potencialidades poéticas dentro de tales límites, en la medida en que toda *figuración histórica* (y, por tanto, su particular realismo) está tanto *limitada* por las posibilidades ofrecidas por lo culturalmente heredado o sancionado -las convenciones figurativo-literarias disponibles- como *habilitada* en virtud del carácter opcional e irreductible entre sí de esas convenciones –justamente aquello a lo que reiteradas veces se refiere White como el doble carácter encontrado e impuesto, descubierto e inventado del modo de representación del campo histórico. Creo que White ha sido más que explícito respecto de esta tesis en su obra. Por tanto, mi interés reside en mostrar

cómo podemos dar mayor sustento a su posición respecto de la relación entre la agencia del historiador como usuario del lenguaje y el carácter figurativo del discurso histórico desde la perspectiva de la *concepción performativa de los actos de habla*, perspectiva que no casualmente confiere un rol fundamental a las convenciones relativas a los actos de habla. A continuación, entonces, esta tesis presenta una argumentación acerca de la utilidad de una perspectiva performativa de la figuración en la representación histórica que no pretende ser una posición teórica acabada sino la exploración de una futura línea de continuación del legado whiteano. En principio, esto significaría unificar las cuatro tesis sobre la teoría de la obra histórica de White presentadas en el primer capítulo en una perspectiva que reúne la *historia*, la *figuración* y la *performatividad* bajo la conceptualización de la narración histórica como *figuración performativa*. Respecto de la relación entre agencia y lenguaje los extremos indeseados que deberemos evitar serán los mismos contra los que argumentó White: el determinismo lingüístico, por una parte, y el voluntarismo ingenuo, por el otro. La perspectiva de la figuración performativa se propone fortalecer argumentalmente la perspectiva whiteana para pensar la agencia del historiador de modo no ingenuo, evitando presentarlo como un prisionero del lenguaje o reducirlo a un escritor de ficción. Más aún, podemos ver esas estrategias figurativas ineludibles como un *instrumento* o *recurso* para la producción de nuevos relatos que, entramando y figurando de nuevos modos el pasado, nos permitan criticar y desplazar relatos heredados. Esta capacidad de la figuración de producir nuevas narraciones constituye, a mi entender, un aspecto agenciador y no determinista de la concepción tropológica del lenguaje.

Por tanto, en este capítulo y el siguiente, la tesis propone fusionar la concepción tropológica del lenguaje con la concepción performativa de los actos de habla. El *insight* que guía este intento de fusión es el siguiente: si concebir tropológicamente el funcionamiento del lenguaje significa reconocer simultáneamente su carácter inmotivado y su inevitable producción de significado, entonces la consideración de la fuerza y los efectos del acto de habla se vuelve central. Como señalé, Barthes criticaba a la historiografía tradicional el presentarse como un discurso constatativo o descriptivo cuando en realidad su funcionamiento se develaba autorreferencial o performativo. Ahora bien, si la discursividad es inmotivada y productora de significado, ¿no es todo acto de palabra un acto de autoridad, una confusión performativa de referente y signo? O mejor dicho, ¿tiene sentido seguir hablando de una “confusión” de referente y signo, o podemos pensar que más que “confundir” las narración “constituye” a su vez su ser signo de, y su referente supuesto?

Allí donde Barthes encontraba el éxito de su crítica desnaturalizadora y profetizaba el abandono de la narración en la práctica histórica (predicción que claramente fracasó), esta investigación encuentra resignificado el problema de la persistencia de la narración como figuración y performatividad. Considero que ni la concepción tropológica ni la performativa requieren la negación de la referencialidad, pero sostienen que comprenderla está indisolublemente ligado al acto de emisión, su contexto, su fuerza y sus efectos. Del mismo modo que para Jakobson la comunicación no podía ser reducida a la función referencial, sino que requería la simultánea consideración de un juego de funciones múltiples –emotiva, conativa, poética, metalingüística, fática– para Austin, como veremos, la situación completa de habla es tridimensional: locutiva, pero también ilocutiva y perlocutiva. De este modo, propondré enriquecer el análisis de la figuración por medio de su consideración performativa: en otras palabras, propondré una lectura de la figuración en el discurso como acto de habla situado.

6.5 El giro tropológico como giro performativo: una interpretación performativa de la figuración en el discurso histórico a partir de John Austin

Para interpretar el giro tropológico de White como un giro performativo, será necesario en primer lugar atravesar la tesis centrales de la teoría de los actos de habla de John L. Austin. Austin se propone pensar en *Cómo hacer cosas con palabras* las características del lenguaje ordinario que exceden lo que él denomina la falacia descriptivista, es decir, la creencia en que la función única o fundamental del lenguaje es describir lo real. Austin explora usos del lenguaje que divergen de esta función en la medida en que no se proponen la descripción de un estado de cosas sino la realización de una acción. El ejemplo famoso, es el de la promesa. Cuando un hablante dice “Te prometo X”, no está describiendo una acción que previamente realizara, sino que la emisión de esas palabras es parte integral de la realización de la acción de prometer. Así, Austin explora dos tipos de usos del lenguaje, el uso constatativo –que sería aquél orientado a la descripción de un estado de cosas, uso que sería susceptible de la atribución de valores semánticos- y el uso performativo –que serían los casos en que las acciones del hablante requieren la emisión de ciertas palabras para su realización.⁴⁸⁰ De este modo, Austin considerará que los actos de habla de orden performativo

⁴⁸⁰ En toda la reconstrucción de la teoría de Austin estaré empleando la traducción al castellano de Genaro R. Carrió y Eduardo A. Rabossi editada por Piados en 2006. Cfr. Austin (2006). Debo aclarar que los traductores, por motivos explícitamente argumentados en la detallada nota preliminar al texto, proponen traducir el original *performative* como *realizativo*. Ahora bien, dado que la teoría de Austin y su continuación original de Judith

requieren a su vez una serie de convenciones o situaciones institucionales que les permitan lograr sus objetivos o, como él mismo prefiere, lograr una feliz ejecución. Otro ejemplo será el del matrimonio, donde la acción de que dos personas se casen requiere que las personas y las circunstancias sean las apropiadas (por ejemplo, que el juez de paz efectivamente sea un juez de paz) más la emisión de fórmulas lingüísticas específicas. Pero a lo largo de *Cómo hacer cosas con palabras*, Austin abandona la búsqueda del criterio de distinción entre constatativos y realizativos y postula, en cambio, que todo acto de habla conlleva ambos aspectos. Propone, entonces, pensar “la situación de habla total” con una triple dimensionalidad locutiva, ilocutiva y perlocutiva. Los aspectos locutivos remiten a los aspectos semánticos, sintácticos y gramaticales de una emisión; los aspectos ilocutivos retienen lo performativo, es decir, la acción que es realizada al usar las palabras; y lo perlocutivo remite a los efectos posibles de un acto de habla como distinto del acto performativo en sí mismo.

En este apartado deseo mostrar una serie de afinidades de la perspectiva performativo-pragmática del lenguaje ordinario de Austin con el uso de la teoría de la multifuncionalidad de la comunicación de Jakobson por parte de White y la concepción tropológica del discurso histórico. Como ya vimos, White utiliza esa teoría para remarcar que los aspectos referenciales del discurso histórico, sin ser negados, deben ser analizados en relación con otras funciones que pueden ser desempeñadas, entre ellas, las funciones emotivas, conativas, metalingüísticas, fática y poética. También White sostuvo que el criterio de verdad no puede ser aplicado a todos los aspectos del discurso histórico. Más aún, así como White, siguiendo a Jakobson, criticaba la focalización de la función referencial como única función relevante del lenguaje, Austin critica la reducción de la riqueza de los usos del lenguaje a su función descriptiva. Ambos señalan aspectos no referenciales o no descriptivos que hacen a nuestro uso del lenguaje y ambos encontrarán inconducente pretender una distinción clara y distinta entre esos aspectos o dimensiones del acto de habla. Para comprender esta afinidad que esta tesis percibe y pretende explorar, es necesario reconstruir someramente las cuestiones más relevantes de la concepción de los actos de habla en John L. Austin, a lo que me dedicaré a continuación.

La teoría de los actos de habla formulada por Austin en las conferencias publicadas en *Cómo hacer cosas con palabras* se presenta como una propuesta de análisis del lenguaje

Butler han adquirido notoriedad en el ámbito de la filosofía y demás humanidades como concepciones *performativas* del lenguaje, he decidido alterar la traducción citada reponiendo el anglicismo “performativo” en lugar de la traducción “realizativo” de Rabossi y Carrió, de modo de hacer más clara al lector mi reconstrucción y uso de la concepción de Austin.

alternativa a aquéllas que han caído en lo que el autor denomina la “falacia descriptiva”. Austin considera que “Durante mucho tiempo los filósofos han presupuesto que el papel de un “enunciado” sólo puede ser “describir” algún estado de cosas, o “enunciar algún hecho”, con verdad o falsedad.”⁴⁸¹ Tal privilegio del carácter descriptivo de los enunciados nos conduce a pasar por alto otras cualidades que puedan tener o incluso a enfrentarnos con “perplejidades filosóficas tradicionales” que surgen probablemente debido a “el error de tomar como enunciados fácticos lisos y llanos a expresiones que son sinsentidos de maneras interesantes, aunque no desde un punto de vista gramatical, o bien que han sido formuladas por un propósito diferente.”⁴⁸² Por tanto, Austin sospecha que la “presuposición obstinada de que únicamente tienen interés teórico los enunciados descriptivos”⁴⁸³ redundante, en primer lugar, en pasar por alto otras posibilidades de interpretación de expresiones lingüísticas que al no “encajar” en la categoría de “descripciones” no pueden ser comprendidas y, por tanto, son desechadas o relegadas como carentes de interés filosófico; y, en segundo lugar, en el surgimiento de falsas “perplejidades filosóficas” frente a aquellos enunciados que se resisten a ser comprendidos como descriptivos.

Más aún, dudando de que todos los enunciados sean descripciones, Austin introduce una nueva terminología. Denominará, en primer lugar, “constatativos” (*constatives*) a aquéllas expresiones que podemos evaluar en términos veritativos; en segundo lugar, Austin examinará otro tipo de expresiones, no aquéllas a las que se refirió como “sinsentidos interesantes” sino a expresiones que parecen ser constatativos pero no lo son.⁴⁸⁴ Austin presenta varios ejemplos de expresiones que son enunciados (que utilizan verbos en primera persona del singular del presente del indicativo en voz activa) y que sin embargo:

- a) no describen o registran nada
 - b) no son verdaderos ni falsos
- y
- c) “el acto de expresar la oración es realizar una acción, o parte de ella, acción que a su vez no sería *normalmente* descripta como consistente en decir algo.”⁴⁸⁵

⁴⁸¹ Cfr. Austin (2006: 41).

⁴⁸² *Ibid.*, 43-44.

⁴⁸³ Cfr. Carrió G. y Rabossi, E., “La filosofía de John L. Austin”, en Austin (2006: 30).

⁴⁸⁴ Cfr. Austin (2006: 44). Ahora bien, Austin agrega que aunque no sean sinsentidos, su mal uso (o incorrecto análisis, podríamos agregar) “puede originar variedades especiales de sinsentido”.

⁴⁸⁵ *Ibid.*, 46.

Los siguientes son ejemplos de expresiones lingüísticas que poseen las características mencionadas:

- 1) “Sí, juro desempeñar el cargo con lealtad, honradez, etc.” – expresado en el curso de la ceremonia de asunción de un cargo.
- 2) “Bautizo este barco *Queen Elizabeth*” – expresado al romper la botella de champagne contra la proa.
- 3) “Lego mi reloj a mi hermano” – como cláusula de un testamento.
- 4) “Te apuesto cien pesos a que mañana va a llover”.

Es importante citar directamente cómo Austin justifica la peculiaridad de estas expresiones:

En estos ejemplos parece claro que expresar la oración (por supuesto que en las circunstancias apropiadas) no es describir ni hacer aquello que se diría que hago al expresarme así [y aquí agrega en nota al pie “Menos aún algo que ya he hecho o que no he hecho todavía”, y continúa] o enunciar que lo estoy haciendo: es hacerlo. Ninguna de las expresiones mencionadas es verdadera o falsa; afirmo esto como obvio y no lo discutiré, pues es tan poco discutible como sostener que “¡maldición!” no es una expresión verdadera o falsa. Puede ocurrir que la expresión lingüística “sirva para informar a otro”, pero esto es cosa distinta. Bautizar el barco es decir (en las circunstancias apropiadas) la palabra “Bautizo...” Cuando, con la mano sobre los Evangelios y en presencia del funcionario apropiado, digo “¡Sí, juro!”, no estoy informando acerca de un juramento; lo estoy prestando.⁴⁸⁶

A este tipo de expresiones Austin propone llamarlas “performativos” (*performatives*) para indicar que se trata de casos en los que emitir la expresión es realizar una acción – como en los ejemplos de jurar, bautizar, legar, apostar, etc. -, acción que no puede ser concebida como meramente “decir algo”. Esto lo lleva a diferenciar el mero decir y el hacer para entender cómo estas expresiones “hacen”, en lugar de sólo “decir”.

Austin tiene que explicar por qué, en las expresiones realizativas, decir ciertas palabras es realizar una acción y no meramente “decir algo”. En primer lugar, Austin reconoce que al lector puede parecerle extraño que afirmemos que bautizar consiste en decir unas pocas palabras o que apostar es simplemente decir algo. Más aún, alguien podría objetar que estas acciones podrían ser llevadas a cabo sin recurrir a palabras (en forma oral o escrita). Austin da el ejemplo de una apuesta realizada simplemente mediante la introducción de una moneda en la ranura de una máquina. Ante la objeción, Austin propone una reformulación y

⁴⁸⁶ *Ibid.*, 46-47.

decide que será más adecuado expresarse de la siguiente manera: “Decir ciertas pocas palabras es apostar” o “apostar, en algunos casos, es simplemente decir unas pocas palabras”. Despejada la objeción anterior, Austin se remite a los casos donde la emisión de ciertas palabras está involucrada y afirma que “expresar las palabras es, sin duda, por lo común, un episodio principal, si no el episodio principal, en la realización del acto (de apostar o de lo que sea), cuya realización es también la finalidad que persigue la expresión.”⁴⁸⁷ Ahora bien, inmediatamente aclara que a pesar del rol central de la expresión lingüística, en estos casos ésta “(...) dista de ser comúnmente, si lo es alguna vez, la única cosa necesaria para considerar que el acto se ha llevado a cabo.”⁴⁸⁸ Por una parte, hasta aquí, se nos dice que la expresión lingüística desempeña un rol “principal” en el acto en cuestión, lo que la convierte en un elemento necesario pero, por otra parte, la expresión no es suficiente: también será necesario que las palabras sean emitidas en las “circunstancias apropiadas” y

Además, de ordinario, es menester que el que habla, o bien otras personas, deban también, llevar a cabo otras acciones determinadas “físicas” o “mentales”, o aun actos que consisten en expresar otras palabras. Así, para bautizar el barco es esencial que yo sea la persona designada a esos fines; para asumir el cargo es esencial que yo reúna los requisitos correspondientes, etc.; para que tenga lugar una apuesta, es generalmente necesario que haya sido aceptada por otro (...); y difícilmente hay un obsequio si digo “te doy esto” pero jamás entrego el objeto.⁴⁸⁹

Habiendo concedido estos puntos, Austin vuelve sobre la cuestión que le interesa, i.e., que de todas maneras las palabras que se dicen son parte fundamental del acto que se realiza. Esto se evidencia en que las mismas no constituyen una descripción de la acción. Austin justifica esta afirmación señalando que, si por alguna razón el acto con el que vinculamos la expresión performativa no se lleva a cabo plenamente (quizás porque alguno de los otros factores necesarios no está presente) no decimos que la expresión sea falsa. Más aún, no nos referimos a la verdad o falsedad de la expresión sino que hablamos directamente del “acto” en cuestión diciendo, por ejemplo, que fue “nulo”, “hecho de mala fe”, “incompleto”, etc. (no hablamos de bautismos falsos, matrimonios falsos, apuestas falsas).⁴⁹⁰ Pensemos el siguiente ejemplo proporcionado por Austin: la expresión “él está corriendo” y la expresión “le pido disculpas”. Claramente en el primer caso tenemos un constatativo mientras que en el segundo,

⁴⁸⁷ *Ibíd.*, 49.

⁴⁸⁸ *Ídem* nota anterior.

⁴⁸⁹ *Ídem* nota anterior. Estas consideraciones también incluyen la cuestión de que la expresión sea emitida con seriedad, que no se trata ni de una broma ni de un uso poético o metafórico del lenguaje. Esta restricción a los actos de habla serios será el objetivo de la famosa crítica de Derrida.

⁴⁹⁰ *Ibíd.*, 52.

un performativo, dado que la acción de pedir disculpas implica esencialmente las palabras mencionadas. Austin lo explica de la siguiente manera:

Podríamos decir: en los casos comunes, por ejemplo, el de correr, es el hecho de que alguien esté corriendo lo que hace que el enunciado de que está corriendo sea verdadero; o si no, que la verdad de la expresión constativa “él está corriendo” depende de que esté corriendo. Mientras que en nuestro caso es la fortuna del performativo “le pido disculpas” lo que constituye el hecho de que estoy pidiendo disculpas, y mi realización satisfactoria del acto de pedir disculpas depende de la fortuna de la expresión realizativa “le pido disculpas”. Ésta es una manera en la que podríamos justificar la distinción “performativo-constativo”, esto es, la distinción entre hacer y decir.⁴⁹¹

Por tanto, en la distinción entre “decir” y “hacer” mediante una expresión lingüística, encontramos que, por una parte, ser “verdadero” o “falso” es tradicionalmente el signo de un enunciado –en el sentido restringido de enunciado descriptivo que Austin está revisando–; y por otra parte, las expresiones lingüísticas mediante las cuales “hacemos” algo no parecen poder ser evaluadas en tanto verdaderas o falsas, sino en relación con el éxito en su ejecución, ligado a ciertas “circunstancias apropiadas” en que las expresiones deben ser emitidas. De esta forma, la oposición constativo/performativo que se profundizó por medio de la distinción decir/hacer, nos conduce a una nueva distinción: condiciones de verdad/condiciones de feliz ejecución.

Si tomamos el ejemplo de la expresión “Sí, juro” emitida en una ceremonia de asunción de un cargo por la persona correspondiente, nos encontramos frente a un caso en el que decir tales palabras es “estar haciendo” algo, i.e., asumir un cargo. Por medio de esa expresión no se está “dando cuenta de algo” –de que se asumió el cargo–, en otras palabras, no se está describiendo un estado de cosas en el mundo –razón por la cual tampoco podemos decir que la expresión es verdadera o falsa– sino que se está asumiendo el cargo *al* decir esas palabras. Austin incluso redobla la apuesta teórica:

el acto de asumir el cargo, al igual, por ejemplo, que el de apostar, puede ser por lo menos *preferiblemente* descripto (aunque no con total *corrección*) como el acto de *decir ciertas palabras*, más que como el acto de realizar una acción diferente, interna y espiritual, de la cual esas palabras serían simplemente el signo externo y audible. Quizás sea difícil *probar* esto, pero me atrevería a afirmar que es un hecho.⁴⁹²

Esta acción realizada *al* decir algo nos revelará lo que Austin denominará la “fuerza” del lenguaje, como veremos más adelante. Y Austin insistirá sin cansancio que son las palabras dichas y no alguna “acción interna y espiritual” de la que la expresión sería “signo externo” lo

⁴⁹¹ *Ibíd.*, 90.

⁴⁹² *Ibíd.*, 54.

esencial para la acción. Esto último marca la constante tendencia antimentalista del análisis de Austin. En palabras de Manuel García-Carpintero:

La tesis de Austin, pues, es que la excesiva ocupación filosófica con la representación del mundo ha hecho que se pase por alto ese aspecto necesario de las preferencias lingüísticas a que hemos convenido en denominar su *fuerza*. (...) esto es tanto como decir que la obsesión con la representación nos ha hecho pasar por alto la naturaleza esencialmente *práctica* del lenguaje – pues ese aspecto omitido, la *fuerza*, es precisamente aquello que coloca al lenguaje bajo la categoría más general de la acción racional. Este énfasis austiniano en la no reducibilidad de la *fuerza* de las preferencias lingüísticas a elementos proposicionales, que nos ha de llevar a una concepción del lenguaje en que la acción juega un papel muy importante, es análogo en su función estratégica antimentalista al énfasis wittgensteniano en la naturaleza normativa del lenguaje.⁴⁹³

Las expresiones performativas, entonces, tienen una apariencia de enunciado o descripción (sobre todo, gramaticalmente), pero al agudizar el análisis se manifiesta la imposibilidad de calificarlas de “verdaderas” o “falsas”, imposibilidad que refuerza la idea de que no se trata de descripciones. La pregunta que surge entonces es cómo se analizan o evalúan dichas expresiones si no se les aplica el criterio veritativo.

Si *al* decir algo mediante una expresión lingüística, estamos haciendo algo, lo que nos interesa evaluar es si la acción fue realizada con éxito. La acción exitosa es denominada “feliz” o “afortunada”, y no “verdadera”. Si no fue exitosa, Austin reitera que no podemos referirnos a la expresión lingüística como “falsa”, sino que debemos considerarla “desafortunada”. Por tanto, los realizativos deben ser abordados mediante una “doctrina de los infortunios” como “la doctrina de las cosas que pueden andar mal y salir mal, en oportunidad de tales expresiones”.⁴⁹⁴ Para elaborar tal doctrina, Austin considera necesario explicitar (aunque admitiendo su provisionalidad) cuáles serían las condiciones de éxito o “feliz ejecución” en la emisión de una expresión performativa. Entre las condiciones que enumera, Austin considera fundamental que exista “un procedimiento convencional aceptado, que posea cierto efecto convencional; dicho procedimiento debe incluir la emisión de ciertas palabras por parte de ciertas personas en ciertas circunstancias”.⁴⁹⁵ Pero también debe suceder que “en un caso dado, las personas y circunstancias particulares, deben ser apropiadas para recurrir al procedimiento particular que se emplea”.⁴⁹⁶ El procedimiento, las circunstancias y participantes apropiados, y el cumplimiento correcto y completo por parte de los participantes del procedimiento son condiciones esenciales a la feliz ejecución de la acción del realizativo.

Si estos requisitos no se cumplen total o parcialmente, la acción será desafortunada. Sin embargo, hay distintas razones y distintas maneras en que una acción puede ser

⁴⁹³ Cfr. García Carpintero (1996: 485).

⁴⁹⁴ Cfr. Austin (2006: 55).

⁴⁹⁵ *Ibíd.*, 56.

⁴⁹⁶ *Ídem* nota anterior.

desafortunada. Austin se aboca a un exhaustivo análisis de los posibles “infortunios” en la emisión de expresiones performativas: desaciertos, abusos, malas apelaciones, malas ejecuciones, actos insinceros, actos viciados, actos inconclusos, etc. No es necesario para nuestra tesis relevar este análisis en forma completa, pero será útil mencionar al menos un ejemplo de infortunio para ilustrar el modo en que se debe abordar los performativos de acuerdo a sus condiciones de feliz ejecución y no de acuerdo a sus condiciones veritativas.

Austin nos pide que supongamos la siguiente situación: “(...) veo un barco en el astillero, me dirijo a él y rompo la botella que cuelga de la proa al par que exclamo “bautizo a este barco Stalin” y, además, retiro las cuñas.”⁴⁹⁷ La anterior situación bien podría ser un ejemplo de la realización de una acción (v. gr., bautizar un barco) *al* decir ciertas palabras (“bautizo a este barco *Stalin*”). Sin embargo, la acción es en realidad nula cuando detectamos el incumplimiento de una de las condiciones para su feliz ejecución: yo no soy la persona designada para bautizar el barco. Por lo tanto, el barco no ha sido bautizado, i.e., la acción que pretendí realizar al decir esas palabras es nula. Pero la verdad o la falsedad, no están en juego: no se trata de un “falso” bautismo, sino de un intento de realizar una acción que resultó nulo o desafortunado. Austin agrega:

Podría decirse que “sólo en las formas” bauticé el barco, pero que mi “acción” fue “nula” o “sin efecto” por cuanto yo no era la persona indicada, no tenía “capacidad” para realizar el acto. Pero también podría decirse, en forma alternativa, que cuando, como sucede en nuestro caso, no hay siquiera una apariencia de capacidad, o una pretensión mínima de ella, entonces no existe el procedimiento convencional aceptado; el acto es una farsa como sería casarse con un mono.⁴⁹⁸

El ejemplo comentado permite comprender hasta qué punto la intuición de Austin de que hay usos del lenguaje que no implican descripciones del mundo pasibles de ser evaluadas en tanto verdaderas o falsas, sino que implican la realización de acciones *al* decir ciertas palabras, el problema de entender y evaluar esas expresiones *es* el problema de entender y evaluar cierto tipo de acciones. Más aún, Austin nos dice que:

como al emitir nuestros performativos estamos sin duda, y en un sentido correcto, “realizando acciones”, entonces, en cuanto tales, esas acciones estarán expuestas a toda la gama de deficiencias a que están expuestas las acciones en general.⁴⁹⁹

Es aquí donde se encuentra nuestro principal interés en la teoría de Austin: la identificación de expresiones performativas conduce el problema del lenguaje al terreno pragmático, al ámbito de la acción. Éste es un objetivo teórico explícito del análisis de Austin:

⁴⁹⁷ *Ibid.*, 64-65.

⁴⁹⁸ *Ibid.*, 65.

⁴⁹⁹ *Ibid.*, 62.

Y cuanto más consideramos a un enunciado no como una oración (o proposición) sino como un acto lingüístico (del cual aquéllos son construcciones lógicas), tanto más estamos estudiando todo el problema en cuanto acto.⁵⁰⁰

Ahora bien, debemos aclarar que el análisis de Austin presentado hasta aquí no es la versión definitiva de su teoría de los actos de habla. Hasta el momento hemos mostrado cómo Austin propone analizar los usos del lenguaje distinguiendo entre las expresiones constativas y las performativas. Ahora bien, esta primera distinción será abandonada o, mejor dicho, reconceptualizada a lo largo de *Cómo hacer cosas con palabras*. Este texto consiste en la transcripción de sus conferencias dictadas en Harvard. Si bien las primeras conferencias intentan dilucidar la distinción de expresiones constativas y performativas, buscando identificar performativos explícitos y ensayando criterios posibles de distinción, Austin somete los criterios propuestos y, por tanto, la distinción misma, a un continuo cuestionamiento. Por ejemplo, aunque en un primer momento Austin indaga un criterio gramatical de distinción, luego lo desecha.⁵⁰¹ De todas formas, los intentos fallidos por distinguir claramente estos dos tipos de expresiones, sugieren a Austin cierta modificación de su punto de vista: en lugar de continuar explorando la distinción inicial, se dedica a profundizar la noción de "acto lingüístico". Ya en su discusión previa de los tipos de infortunios que pueden ocurrir en el uso de expresiones performativas, Austin afirmaba:

En conclusión, vemos que para explicar qué es lo que puede andar mal con los enunciados no podemos limitar nuestra atención a la proposición en juego (sea lo que esto fuere), tal como se ha hecho tradicionalmente. Tenemos que considerar *la situación total* en que la expresión es emitida – *el acto lingüístico total* – para poder ver el paralelo que hay entre los enunciados y las expresiones performativas, y cómo unos y otros pueden andar mal. Quizás, en verdad, no hay una gran diferencia entre los enunciados y las expresiones performativas.⁵⁰²

Finalmente, Austin modifica su búsqueda planteándose pensar "los sentidos en los que decir algo es hacer algo" y no sólo negará la distinción tajante entre ambos tipos de expresión, sino que mostrará cómo todo acto lingüístico implica aspectos constativos y performativos. La distinción inicial se manifestará como producto de una abstracción respecto de las dimensiones del acto de habla total. La modificación del punto de vista de Austin se hace explícita en las conferencias en que enuncia la versión final de su teoría de los actos de

⁵⁰⁰ Ibid., 62.

⁵⁰¹ Ibid., 103.

⁵⁰² Ibid., 95. Al inicio de la Conferencia X, dará cuenta del cambio de su enfoque de la siguiente manera: "Olvidándonos por un momento de la distinción inicial entre performativos y constativos, así como del programa de hallar una lista de palabras performativas explícitas, especialmente verbos, intentamos un nuevo comienzo consistente en considerar los sentidos en los que decir algo es hacer algo." Ibid., 166.

habla.⁵⁰³ En la Conferencia VII, Austin nos dice que ha llegado el momento de afinar nuestra reflexión sobre las circunstancias que rodean el “emitir una expresión”. En primer lugar, Austin reúne bajo una misma categoría (A) “todo un grupo de sentidos” en los que decir algo tiene que ser siempre hacer algo. “Decir algo”:

- a) es siempre realizar el acto de emitir ciertos ruidos;
- b) es siempre realizar el acto de emitir ciertos vocablos o palabras, esto es, ruidos de ciertos tipos pertenecientes a cierto vocabulario y en cuanto pertenecen a él, emitidos en una construcción determinada —es decir, que se adecuen a cierta gramática y en cuanto se adecuan a ella—, que se emiten con cierta entonación, etc.
- c) generalmente, es realizar el acto de usar tales vocablos o palabras con un “sentido” más o menos definido y una “referencia” más o menos definida (“sentido” y “referencia” que tomados conjuntamente equivalen a “significado”).

Esta primera dimensión (A) del “decir algo” es denominada por Austin “acto locucionario” y sus actos constituyentes reciben los nombres de: acto fonético, acto fático y acto rético.⁵⁰⁴ En esta primera dimensión de análisis del acto lingüístico Austin identifica cómo propio del decir algo (a) la emisión de ciertos sonidos, (b) de acuerdo con un vocabulario o gramática que los constituyen en una emisión de sonidos adecuada a un sistema lingüístico, y (c) que permite que la expresión posea un significado.⁵⁰⁵

Corresponde ahora exponer la segunda dimensión de todo acto lingüístico: el acto ilocucionario. Recordando que el problema que lo había llevado hasta aquí era la distinción entre expresiones constatativas y performativas, y su particular interés en cómo las últimas permiten hacer algo *al* decir algo, Austin prosigue:

⁵⁰³ Fin de la Conferencia VII, y Conferencias VIII, IX y X, fundamentalmente.

⁵⁰⁴ *Ibid.*, 136 y ss. A su vez, para Austin las expresiones que corresponden a cada acto son: a) *phone*; b) *pheme*; y c) *rheme*.

⁵⁰⁵ Es importante señalar que respecto del acto fático y rético, Austin introduce una aclaración que puede resultarnos interesante: “Aquí no nos interesan mucho cuestiones como la de saber cuándo un *pheme* o un *rheme* es el mismo, sea en el sentido del “tipo” o del “caso concreto” (token), ni si hay uno o más *phemes* o *rhemes*, etc. Pero, por supuesto, es importante recordar que el mismo *pheme* (ejemplo concreto del mismo tipo) puede ser usado en distintas ocasiones de expresión con un sentido o referencia diferentes, y ser así un *rheme* diferente. Cuando se usan *phemes* distintos con el mismo sentido y referencia, podríamos hablar de actos “réticamente” equivalentes (en cierto sentido, el “mismo enunciado”) pero no del mismo *rheme* o de los mismos actos “réticos” (que son el mismo enunciado en otro sentido, que importa el uso de las mismas palabras). El *pheme* es una unidad de lenguaje (language); su deficiencia típica es la de carecer de sentido. Pero el *rheme* es una unidad del habla (speech); su deficiencia típica es ser vago o vacío u oscuro, etc.”. *Ibid.*, 142.

Por ejemplo, podría ser perfectamente posible, con respecto a una expresión, v. gr.: “está por atacar”, que tuviéramos completamente en claro “qué estamos diciendo” al emitirla, en todos los sentidos que acabamos de distinguir, y sin embargo que no tuviéramos en absoluto en claro si al emitir la expresión se estaba realizando o no el acto de *advertir*, o el que fuere. Puede ser perfectamente claro lo que quiere decir “está por atacar” o “cierre la puerta”, pero puede faltar claridad acerca de si la expresión fue formulada como un enunciado o una advertencia, etc.⁵⁰⁶

En otras palabras, el análisis de la dimensión locucionaria de un acto lingüístico no explica completamente el uso de la expresión. Para ello, necesitamos reconocer la dimensión “ilocucionaria”. ¿Cómo lo hacemos? Austin considera que realizar un acto locucionario es, “en general, y *eo ipso*”, realizar un acto ilocucionario, pero “para determinar qué acto ilocucionario estamos realizando, tenemos que determinar de qué manera estamos usando la locución”.⁵⁰⁷ Por ejemplo, podemos usar una locución para formular o responder una pregunta, para dar información o formular una advertencia, para anunciar un veredicto, para hacer una exhortación o una crítica, para describir, etc., donde en todos los casos además de “decir” algo, estamos “haciendo” algo *al* decirlo. En palabras de Austin:

Quando realizamos un acto locucionario, usamos el habla; pero, ¿en qué modo preciso la estamos usando en esta ocasión? Porque hay muchísimas funciones o maneras en que usamos el lenguaje, y constituye una gran diferencia para nuestro acto en algún sentido – sentido (B)⁵⁰⁸ – de qué manera y en qué *sentido* la estábamos “usando” en esta ocasión.⁵⁰⁹

De esta manera, el acto ilocucionario como distinto del acto locucionario (i.e., el llevar a cabo un acto *al* decir algo como distinto de realizar el acto *de* decir algo), nos introduce en el problema del modo de uso o tipo de “funciones” del lenguaje. Este aspecto del lenguaje es pasible de un análisis independiente del aquél propio del acto locucionario. Por ello, Austin propone una doctrina de las “fuerzas ilocucionarias” como teoría para abordar las maneras en que realizamos acciones al decir algo (que incluirá la identificación de usos diversos como los implicados en los ejemplos analizados de promesas, advertencias, bautismos, apuestas, etc.) Para ello, debemos entender la diferencia entre el “significado” de una expresión (analizable en la dimensión locucionaria) y su “fuerza” (propia de la dimensión ilocucionaria). Esta diferenciación permite que todo el análisis crítico de Austin adquiera coherencia:

Puede decirse que durante demasiado tiempo los filósofos han desatendido este estudio y tratado todos los problemas como problemas de “uso (*usage*) locucionario”. Puede decirse también que la “falacia descriptiva” (...) surge comúnmente como consecuencia de confundir un problema del

⁵⁰⁶ *Ibid.*, 142.

⁵⁰⁷ Ídem nota anterior.

⁵⁰⁸ El sentido (A) del uso del lenguaje era el acto locucionario. El sentido (B) será el acto ilocucionario.

⁵⁰⁹ *Ibid.*, 143.

primer tipo con uno del segundo. Es cierto que estamos librándonos de esa confusión; desde hace algunos años venimos advirtiendo cada vez con mayor claridad que la ocasión en que una expresión se emite tiene gran importancia, y que las palabras usadas tienen que ser “explicadas”, en alguna medida, por el “contexto” dentro del cual se intenta usarlas o fueron realmente usadas en un intercambio lingüístico. Sin embargo quizá, todavía nos sentimos demasiado inclinados a explicar esas cosas en términos del “significado de las palabras” para referirnos a la fuerza ilocucionaria: “sus palabras tuvieron el significado de una orden”, etc. Pero deseo distinguir *fuerza* y significado, entendiendo por este último sentido y referencia, tal como ha llegado a ser esencial distinguir sentido y referencia dentro del significado.⁵¹⁰

Hasta aquí, entonces, hemos explorado dos dimensiones de todo acto lingüístico: en primer lugar, la dimensión relativa al acto *de* decir algo, que denominamos “acto locucionario” y que da cuenta de la emisión de sonidos que, adecuándose a un sistema lingüístico, posee significado; y, en segundo lugar, la dimensión relativa a la realización de una acción *al* decir algo, denominada “acto ilocucionario”, que nos permite comprender con qué función emitimos la locución, función que identificamos al remitirnos a una doctrina de las fuerzas ilocucionarias. Resta, sin embargo, considerar una ulterior dimensión:

Hay un tercer sentido (C), según el cual realizar un acto locucionario, y, con él, un acto ilocucionario, puede ser también realizar un acto de otro tipo. A menudo, e incluso normalmente, decir algo producirá ciertas consecuencias o efectos sobre los sentimientos, pensamientos o acciones del auditorio, y de quien emite la expresión, o de otras personas. Y es posible que al decir algo lo hagamos con el propósito, intención o designio de producir tales efectos. (...) Llamaremos a la realización de un acto de este tipo la realización de un acto *perlocucionario* o *perlocución*.⁵¹¹

La tercera dimensión perlocucionaria de todo acto lingüístico se relaciona con las consecuencias que nuestro uso del lenguaje tiene en quienes participan de la situación de comunicación. Estas consecuencias dan cuenta de lo que se hace *por* usar el lenguaje. Dada la posibilidad de confundir el acto perlocucionario con el acto ilocucionario, Austin quiere marcar que la ilocución es la acción misma, por ejemplo de bautizar, prometer, ordenar, etc., mientras que la perlocución es la consecuencia de la acción realizada al usar el lenguaje, por ejemplo, sorprender, confundir, disuadir, etc. Austin reconoce la dificultad de la distinción entre las dimensiones ilocucionaria –dimensión que claramente recoge todo el trabajo anterior ligado a la indagación de las expresiones performativas– y perlocucionaria, por lo cual subraya un factor determinante de la primera que no es necesario para la perlocución: el vínculo con la convención o un procedimiento convencional. Además, mientras que las consecuencias perlocucionarias podrían obtenerse, según Austin, por medio no locucionarios (i.e., sin el uso del lenguaje), la acción que realizamos en el acto ilocucionario es, como vimos por el tratamiento previo de los realizativos, necesariamente realizada *al* usar el lenguaje. Más

⁵¹⁰ *Ibid.*, 144.

⁵¹¹ *Ibid.*, 145.

aún, si hubiera medios no lingüísticos de realizar las acciones vinculadas con la dimensión ilocucionaria, Austin insiste en que deberían seguir estando ligadas a la convención, con lo cual no renuncia a la convencionalidad de las acciones ilocucionarias como esencial a ellas.

Esto no significa, por otra parte, que Austin sea ciego a las dificultades que el concepto mismo de “convención” implica:

Hablando en forma estricta, no puede haber un acto ilocucionario a menos que los medios empleados sean convencionales, y por ello los medios para alcanzar los fines de un acto de ese tipo en forma no verbal tienen que ser convencionales. Pero es difícil decir dónde comienza y dónde termina la convención. (...) Pero queda en pie el hecho de que muchos actos ilocucionarios no pueden ser realizados salvo diciendo algo.⁵¹²

El intento de delimitar qué corresponde al acto ilocucionario y qué al perlocucionario, y las dificultades para trazar dicha distinción no redundan ahora en un nuevo cambio de punto de vista, ya que Austin ha reconocido previamente que se trata de “dimensiones” de todo acto lingüístico. Por lo tanto, todo uso del lenguaje poseerá aspectos locucionarios, ilocucionarios y perlocucionarios. El análisis que distingue las tres dimensiones intenta profundizar la comprensión de la acción total y no separar usos del lenguaje radicalmente distintos e independientes entre sí, como buscaba Austin con la distinción constatativo-performativo. Más aún, el nuevo enfoque sobre el lenguaje como “acción” emparenta el fenómeno con la teoría de la acción en general. En palabras de Austin:

Aquí tenemos tres sentidos o dimensiones diferentes, si no más, de la expresión “uso de una oración” o “el uso del lenguaje” (y por cierto, también hay otras). Estas tres clases de “acciones” están sujetas, por supuesto que simplemente en cuanto tales, a las usuales dificultades y reservas que consisten en distinguir entre el intento y el acto consumado, entre el acto intencional y el acto no intencional, y cosas semejantes.⁵¹³

Así, uno de los méritos de la teoría de Austin es ampliar la perspectiva de análisis del fenómeno de lenguaje, no sólo en relación con sus diferentes dimensiones, sino también en tanto situación lingüística total:⁵¹⁴ “Una vez que nos damos cuenta de que lo que tenemos que estudiar *no* es la oración sino el acto de emitir una expresión en una situación lingüística, entonces se hace muy difícil dejar de ver que enunciar es realizar un acto.”⁵¹⁵ Al reconocer el aspecto situacional del acto de habla Austin permite considerar la multidimensionalidad del fenómeno lingüístico-discursivo: “A su vez, en el caso de enunciar en forma verdadera o

⁵¹² *Ibíd.*, 164.

⁵¹³ *Ibíd.*, 153.

⁵¹⁴ *Ibíd.*, 184.

⁵¹⁵ *Ibíd.*, 185.

falsa, tal como ocurre en el caso de aconsejar bien o mal, los fines y propósitos de la expresión, así como su contexto, son importantes.”⁵¹⁶

Habiendo presentado la teoría de Austin en su propio movimiento autocrítico, desde el intento de dar criterios de distinción de emisiones constatativas y performativas, hacia la identificación de la triple dimensionalidad del acto de habla como situación lingüística total, podemos observar que la crítica de lo que consideró un modo “falaz” de pensar el lenguaje lo condujo a la demostración de que el fenómeno del lenguaje es, primariamente, un fenómeno pragmático. En otras palabras, pensar el lenguaje es pensar qué es una “acto lingüístico” o “acto de habla”. Como todo acto, remite a los avatares de la *praxis* situada, contextual. El lenguaje debe ser estudiado, para Austin, en su multidimensionalidad cuando tomamos como unidad de análisis el acto de emitir una expresión en una situación lingüística. A partir de este estudio inicial, pueden comprenderse las construcciones lógicas o abstracciones teóricas que en él se sostiene: el enunciado descriptivo, verdadero o falso, no es negado como posible unidad de análisis, pero es reconceptualizado como un recorte, una delimitación del enfoque de un fenómeno total más amplio, el acto lingüístico. Este carácter de abstracción teórica del enunciado descriptivo respecto de la situación total de habla resuena en sintonía con la crítica de Mink a considerar las descripción de hechos como previas a las narrativas y su propuesta, en cambio, de entenderlas como abstracciones de una narrativa que las hace posibles. Pero las afinidades que me interesa señalar particularmente nos reconducen a White.

6.6 Figuración y performatividad, o la narración histórica como *figuración performativa*

Es momento, entonces, de enunciar las afinidades que encuentro entre White y Austin para habilitar una lectura performativa de la figuración en el discurso histórico. Ellas son las siguientes: Ambos parten del fenómeno del lenguaje, habla, o comunicación lingüística como lenguaje ordinario para mostrar cómo su uso y funcionamiento excede la consideración de la mera descripción como finalidad primaria y/o última. Mientras White toma de Jakobson la idea de una función referencial que se interrelaciona con el desempeño de otras funciones en el discurso como acto de comunicación, Austin critica la falacia descriptivista como error o visión parcial de la filosofía abocada a pensar el lenguaje. A su vez, en ambos casos esta consideración del lenguaje los conduce a señalar límites de las consideraciones veritativas para comprenderlo. Podríamos decir que ambos muestran en qué aspectos del análisis del

⁵¹⁶ *Ibíd.*, 190.

lenguaje o la discursividad no tiene sentido preguntar por la verdad o falsedad de lo que se dice, sin que esa pregunta deje de conservar su relevancia para otros aspectos. También encontramos en ambos una perspectiva que evoluciona hacia la mostración de la indistinción o complejidad de distinguir claramente dimensiones del lenguaje: en White, lo informacional de lo interpretativo, lo referencial, de lo emotivo, conativo, metalingüístico, poético; en Austin, primero, lo constativo de lo performativo y, posteriormente, lo locucionario, ilocucionario y perlocucionario. Encontramos también una afinidad en el reconocimiento de una dimensión de los “efectos” del lenguaje: en Austin, ante la diferenciación de lo ilocucionario frente a lo perlocucionario; en White, respecto de las dimensiones éticas y estéticas del relato histórico, o del modo en que el tramado carga de valencias emocionales el registro histórico al refamiliarizarlo, y particularmente respecto de la relación entre narrativización e impulso moralizante. Tanto en Austin como en White encontramos un lugar reconocido para los aspectos emotivo-expresivos y conativos del acto de habla. Estos aspectos bien pueden ser pensados como afines a la consideración de la fuerza del acto de habla de Austin, como característica no asimilable a las consideraciones veritativas, sino comprensible en términos de actos ilocucionarios exitosos o fallidos. Más aún, me atrevería a proponer una afinidad entre el antimentalismo de Austin y la concepción de la voz media que White toma de Barthes: en ambos casos la comprensión de la dinámica del acto de habla no requiere tanto de una “mente” o “intencionalidad” o “subjetividad psicológica” previas, sino que se nutre más bien de la mostración del aspecto convencional-social del lenguaje como condición de posibilidad de un enunciante o actor lingüístico.

A su vez, encuentro una última afinidad que me parece particularmente iluminadora. Me refiero a la apelación tanto en Austin como en White a una convención o procedimiento convencional para dar cuenta del aspecto performativo del lenguaje. Así como Austin considera que los aspectos ilocucionarios de un acto lingüístico remiten a un procedimiento convencional aceptado, ciertos efectos convencionales de ese procedimientos, más la emisión de la expresión lingüística por personas específicas en circunstancias específicas, creo que podemos extrapolar este análisis a la narrativización que produce el historiador para componer un *discurso*, a partir de un registro, que es considerado *específica y autorizadamente “histórico”*. Si pensamos el carácter adecuado o, mejor dicho, *autorizado* de la persona y las circunstancias como dados a partir del carácter disciplinar-académico del lugar que el historiador ocupa, podemos pensar que el procedimiento convencional aceptado que garantiza la feliz ejecución de su acto lingüístico no es tanto (o solamente) la producción de un discurso *a partir de* un registro histórico, sino *el procesamiento narrativo* de su tema.

Para entender este punto quiero referirme nuevamente a la argumentación whiteana respecto del valor central que la narrativización posee para dar cuenta del discurso histórico. En “Teoría literaria...”, White rechaza dos criterios para establecer el carácter específicamente histórico de un discurso. En primer lugar, niega que tenga un método u objeto de estudio específico:

el discurso histórico, a diferencia del discurso científico, no presupone que nuestro conocimiento de la historia se obtiene a partir de un particular método para estudiar aquellos tipos de cosas que son pasadas más que presentes. Los acontecimientos, las personas, las estructuras y los procesos del pasado pueden ser tomados como objetos de estudio por cada una de las disciplinas de las ciencias humanas y sociales e, indudablemente, incluso por las ciencias físicas. Sin duda, tales entidades pueden ser estudiadas históricamente sólo en tanto que *son* pasado o que efectivamente son tratadas de tal modo; pero no es el hecho de pertenecer al pasado lo que las hace históricas. Llegan a ser históricas porque son representadas como objetos de un tipo de escritura específicamente histórico.⁵¹⁷

A continuación, niega que la pretensión del historiador de justificar sus afirmaciones en un archivo sea criterio suficiente, sin negar que las entidades a que refiere hayan existido ni que podamos obtener información respecto de ellas. Y continúa:

Se trata más bien de subrayar que la información acerca del pasado no constituye en sí misma un tipo específicamente histórico de información y que cualquier conocimiento basado en ese tipo de información no es en sí mismo un tipo de conocimiento específicamente histórico. Dicha información podría ser denominada propiamente archivística, ya que puede servir como objeto a cualquier disciplina, tan sólo por ser tomada como un asunto de las prácticas discursivas distintivas de esa disciplina.⁵¹⁸

Por tanto, White concluye que “se puede decir que nuestra información y nuestro conocimiento acerca del pasado son históricos porque se convierten en el asunto del discurso histórico”.⁵¹⁹ ¿Y qué implica “ser asunto” del discurso histórico?:

Lo que el discurso histórico produce son *interpretaciones* de cualquier información y conocimiento acerca del pasado que decida el historiador. Estas interpretaciones pueden adoptar formas variadas, desde las más simples crónicas o enumeraciones completas de hechos, hasta las abstractas filosofías de la historia, pero lo que todas ellas tienen en común es su procesamiento en un modo narrativo de representación fundamental para la comprensión de sus referentes como fenómenos específicamente históricos. Adaptando una famosa frase de Croce a nuestros propósitos, podemos decir que donde no hay narrativa no hay un discurso histórico con carácter distintivo.⁵²⁰

⁵¹⁷ Cfr. White (2003:142)

⁵¹⁸ *Ibid.*, 143.

⁵¹⁹ *Ídem* nota anterior.

⁵²⁰ *Ibid.*, 144.

Esta caracterización del discurso histórico como interpretación, y de la interpretación histórica como narrativización le plantea a White aquello que Partner señalaba como el punto al que se ha retornado en la escena contemporánea post-postmoderna: la persistencia de la narrativa en la historiografía y la función de la narratividad en la producción del discurso histórico.

Ahora bien, si recordamos el análisis del tramado como operación figurativa necesaria para la producción de un relato, reconstruí la explicación de White de que la composición de una narración a partir de un ordenamiento discursivo cronológico de los acontecimientos de que trata apela a una serie de estructuras de trama disponibles al historiador como convenciones sancionadas por su dotación literario-cultural, la tradición cultural en general y literaria en particular en la que el historiador se inserta. Es aquí donde encuentro la posibilidad de *leer la figuración como performativa*: tomando las convenciones literarias a las que el historiador apela como procedimiento convencional aceptado que contribuye con la feliz ejecución de los relatos históricos como interpretación autorizada. Considero que White mismo hace plausible esta relectura performativa cuando sostiene que al compartir con su audiencia esas convenciones, el historiador puede explicar los acontecimientos históricos refamiliarizándolos, porque comparte con su audiencia nociones generales de las formas que las situaciones humanas significativas deben adquirir en virtud de su participación en los procesos específicos de dotación de sentido que lo identifican como miembro de un cierto legado cultural. De este modo puedo proponer que aquello que denominé como la delimitación de la pura arbitrariedad de la imaginación histórica por el reconocimiento de la inserción cultural de la práctica de narrar historiográfica en la práctica cultural general de narrar es consonante con la perspectiva pragmática sobre la narración histórica que Partner y Tozzi proponen como mejor continuidad del legado whiteano, como con la perspectiva pragmática general y performativa en particular de los actos de habla de Austin.

Para reforzar la plausibilidad de mi lectura querría destacar lo que considero cuatro “indicios” favorables a la reinterpretación performativa de la figuración presentes en la obra de White. White alude a la teoría de Austin o la noción de performatividad del acto de habla respecto de:

- 1) la factualización como figuración
- 2) la narrativización como una performance discursiva
- 3) la representación realista-figural como promesa o per-formance
- 4) la escritura en voz media como semejante a un acto performativo

Respecto de 1), encontramos en una entrevista realizada por Ewa Domanska, la propuesta de White de entender el establecimiento de los hechos por parte de un historiador como un acto performativo. Domanska le pregunta a White cuál es la relación entre “hecho histórico” y “acontecimiento histórico”, habiendo White respondido anteriormente que la pregunta por “qué es el hecho histórico” le parece esencializante. Ante la nueva pregunta, White retoma la afirmación de Danto que los hechos son eventos bajo alguna descripción y sostiene que lo que denominamos factualización requiere un acto de clasificación por identificación. Cito:

Un acontecimiento es “histórico” precisamente en la medida en que es nuevo, original, único, singular, que es lo mismo que decir, inicialmente inclasificable por el sistema de clasificación doxológico. El mero establecimiento por parte del historiador de los atributos específicos de este acontecimiento, el tiempo, lugar, y la “propagación” de sus efectos, constituye la “identificación” del acontecimiento. La identificación de un acontecimiento en su singularidad y regularidad es su factualización.⁵²¹

Según White, frente al registro histórico, el historiador considerará que un acontecimiento “demanda” una explicación en virtud tanto de su singularidad como de su continuidad con otros acontecimientos que hacían a su contexto. Y da el ejemplo de la toma de la Bastilla por parte de la turba parisina el 14 de julio de 1789 como no solo el acto de la violencia de la turba sino también una acción revolucionaria. Sostiene que su singularidad consistió en poner en movimiento una cadena de acontecimientos que, tomados juntos, puede decirse que constituyeron “la Revolución Francesa”. A partir de esto, dice White, puede afirmarse con confianza que “es un hecho que la Revolución Francesa estalló como tal con la toma de la Bastilla el 14 de Julliet de 1789”. Pero, afirma a continuación, la frase “es un hecho que” no agrega nada al contenido de verdad de la frase “la Revolución Francesa estalló... etc.” Es cierto o no lo es que “la Revolución Francesa estalló... etc.”, por lo cual la frase “es un hecho que” contribuye al significado de toda la frase “indicando la creencia o convicción del hablante de que la Revolución Francesa sí estalló o irrumpió o comenzó con la toma de la Bastilla en 1789.” A continuación, White refuerza su punto apelando a las categorías de Austin:

La frase “es un hecho que” es -para usar la terminología de J.L. Austin- un “acto de habla”, una emisión performativa o ilocucionaria que pertenece a la categoría de lo que Austin llama “veridictivos”. La frase “es un hecho que” no establece la *verdad* del enunciado sobre el estallido de la Revolución Francesa sino que afirma su “veracidad” -la intención de hablar la verdad- del hablante de la emisión. Los hechos pertenecen al habla, el lenguaje y el discurso, no al mundo real.⁵²²

⁵²¹ Cfr. Domanska (2008: 5).

⁵²² Ídem nota anterior.

White refiere esta cuestión a su vez a la “mera existencia lingüística de los hechos” de Barthes y retoma la definición de Danto de que el hecho es un acontecimiento bajo alguna descripción para agregar –según él, más allá de Danto- que la descripción es o figurativa, o conceptual. Y que cuando está interesado en interpretar acontecimientos que no se ajustan al registro histórico que ya se ha procesado el historiador, en su investigación del acontecimiento, produce una factualización por medios figurativos.

Respecto de 2) cité cómo White en “The Question...” alude al modelo funcional de la comunicación de Jakobson como una teoría general del discurso y un modelo performativo. En este texto, White reitera su distinción teórica entre crónica y narrativa como diferentes performances discursivas, habilitando la interpretación de la narrativización como un tipo de acto performativo en virtud de la diferente producción de significado que el tramado de un conjunto de acontecimientos reales de distintos modos puede ofrecer.⁵²³

Respecto de 3) he mostrado que en sus últimas indagaciones acerca del realismo figural, White pensó los aspectos pragmáticos de la representación del pasado en términos del modo en que una comunidad se vincula figurativamente con un pasado autopercibiéndose, mediante sus propias representaciones históricas, como el cumplimiento en su presente de una promesa incumplida de una época pasada. El intento de representar ese pasado comunitario figurativamente reconocido, no puede ser para White otra cosa que el impulso de toda historiografía: la promesa siempre incumplida y siempre renovada de representación *realista* del pasado. Además de volver sobre la metáfora de la promesa –típico caso de acto performativo- White define la representación histórica desde el realismo figural como una per-formance a través de la escritura.

Finalmente, respecto de 4), en su tematización de la representación histórica como escritura modernista o, más específicamente, escritura en voz media, White nos habilita a revisar los distintos modos de lidiar con el pasado en nuestros intentos de representarlo pensando a quien escribe como adquiriendo conciencia de estar dentro de la escritura como agente de la acción de modo que favorece mi reinterpretación performativa de la figuración ya que, como vimos, señala la cercanía entre la escritura en voz media y la teoría de los actos de habla de Austin, particularmente en atención a la dimensión moral de la escritura. Aquí el aspecto performativo se refiere a la conciencia moral o ética de quien escribe, justamente aquello que *Metahistoria* identificaba como la responsabilidad cognitiva del historiador

⁵²³ Cfr. White (1987: 44).

respecto de las apuestas epistemológicas, los compromisos éticos y estéticos en su producción de obras históricas.

Con los elementos teóricos reunidos hasta aquí, propongo que leamos el giro tropológico whiteano desde la perspectiva performativa de los actos de habla indagando las posibilidades de figuración disponibles, que apelan a las convenciones literarias presentes en la herencia cultural y sancionadas como más apropiadas, en tanto uso del lenguaje como acto de habla performativo situado. Porque, finalmente, lo que estoy diciendo es que el giro tropológico de White que nos presentaba a la representación histórica como modo de figuración, y a las posibilidades de figuración tanto como inevitables como opcionales, *puede ser leído como un giro simultáneamente performativo*, dado que nos permite indagar y problematizar cómo la representación del pasado implica no solo su descripción o su pretensión referencial, sino también toda una serie de aspectos emotivos, ideológicos, poéticos, que se solapan e interrelacionan para ofrecer una narración histórica. Y aquí lo performativo, a su vez, permite retener un aspecto más que también creo presente en White, esto es, el aspecto pragmático de la representación histórica. Me refiero a la situacionalidad del acto de habla por el cual la representación histórica emerge tanto en un contexto, situación o facticidad, como se dirige hacia él. O, mejor dicho, cómo la representación histórica que emerge en una facticidad y emplea los recursos de significado a la mano, pretende tanto pensar esa facticidad como un presente, como pensar su relación con un pasado y en cierta orientación a un futuro. Este carácter pragmático no podría entenderse si no hubiera factores de orden emotivo y conativo a tener en cuenta en la representación del pasado.

De este modo, la relectura pragmático-performativa del legado whiteano que esta tesis intenta explorar nos plantea las siguientes preguntas: ¿de qué manera una relectura performativa de la figuración en el discurso histórico puede permitirnos analizar el éxito de una narrativización? ¿Cómo podemos dar cuenta de los relatos históricos que han tenido una feliz ejecución, de un modo que excede, o no se reduce a, el cumplimiento de los requerimientos veritativos -en palabras de Tozzi, que muestran igual adecuación fáctica respecto de relatos rivales? ¿Cómo puede una relectura performativa dar cuenta de, como señalaba Partner, el poder persuasivo de la narrativización tanto a nivel de la articulación de un relato identitario personal como colectivo?

En síntesis, propongo la noción de *figuración performativa* para fusionar lo que considero el tema central de la obra de White, i.e., la figuración en la representación histórica, con mi interpretación *tanto* del sentido en que debemos comprender la figuración como posición acerca del lenguaje *como* la dirección en la cual esta herencia teórica merece ser

profundizada,. En realidad, creo que toda figuración es performativa y todo acto performativo es figurativo, pero enunciaré esta ulterior tesis en el capítulo siguiente. Caracterizo a su vez la figuración en todo discurso histórico como *performativa*, por dos razones: en primer lugar, considero que la concepción tropológica del lenguaje whiteana es mejor comprendida si se la enmarca en una *perspectiva performativa general* acerca del lenguaje o la discursividad. Creo que la inevitabilidad de la figuración debe ser entendida como una producción de significado *en el acto* de descripción del objeto de estudio indisolublemente ligada a, e indistinguible de, su pretendida referencialidad. Por tal razón, creo que la figuración se entiende mejor como una acción lingüística que tanto apela a convenciones representacionales disponibles como refiere a un objeto de estudio. Si concebir tropológicamente el funcionamiento del lenguaje histórico significa reconocer su carácter creativo-poético -i.e., el modo en que apelando a recursos figurativos el historiador puede ofrecer nuevas representaciones *y producir nuevos significados* del pasado- entonces esa nueva figuración producida será más adecuadamente comprendida como un como acto de habla situado, como un uso del lenguaje que simultáneamente refiere a, y constituye su objeto.

6.7 Refigurando performativamente la paradoja de la narración histórica: entre la ironía y el romance, retorno con diferencia

Pensar el escrito histórico como acto performativo es central para nuestro objetivo de reformulación y/o resolución de la paradoja de la aceptación irónica o rechazo romántico de las técnicas narrativas convencionales. He argumentado a favor de una concepción de la performatividad de la figuración mostrando cómo es posible pensar la producción de nuevas significaciones, nueva figuraciones del pasado, apelando a formas narrativas convencionales gracias al íntimo vínculo entre fuerza ilocucionaria y convención. De este modo, una mirada tropológico-performativa puede dar cuenta de la opción de aceptación irónica como de la de rechazo metafórico de la narración histórica al comprender ambas actitudes como *estrategias figurativas alternativas pero no excluyentes*. La aceptación irónica recurre a las posibilidades de figuración dadas por el marco narrativo convencional decimonónico (las cuatro tramas arquetípicas de Frye) para ofrecer nuevas figuraciones de los procesos históricos. En cambio, el rechazo metafórico busca una *nueva escritura*, considerando contraproducentes las opciones de entramado decimonónicas. Pero es momento de recordar la estrategia figurativa del rechazo romántico, en el caso del estilo modernista propuesto por White, consiste en producir una representación que persigue deliberadamente el fracaso del efecto de clausura de

la narrativa tradicional, estrategia que solo puede lograr su objetivo mostrándose como un modo de figuración *contra-narrativo*. En otras palabras, la posibilidad del rechazo metafórico de realizar un nuevo tipo de escritura histórica parece requerir también una necesaria referencia, una especie de *cita oblicua* en tanto referencia por oposición, a las convenciones narrativas que pretende superar.

En el próximo capítulo intentaré ofrecer una concepción de la performatividad de la figuración como productora de nuevas significaciones por medio de la *iteración o reiteración con diferencia* de las formas narrativas convencionales –iteración que puede ser efectuada por medio de una escritura modernista deliberadamente *contra-narrativa* como mediante la esas mismas formas narrativas convencionales. Como veremos, el íntimo vínculo entre fuerza ilocucionaria y convención ya postulado en la teoría de los actos de habla de Austin más la adopción de la perspectiva de Judith Butler, donde la performatividad nos permite pensar lo convencional como efecto naturalizado de prácticas reiterativas -que en virtud de esa misma reiteración presenta inestabilidades- serán dos aspectos centrales de la noción de performatividad discursiva que intentaremos fusionar con la concepción de la figuración como función innovadora de la significación. Más aún, la iteración de las formas narrativas nos permitirá releer la idea minkiana de que ante dos narraciones históricas en competencia - que por las características configuracionales de la forma narrativa consideró imposibles de ser “agregadas” en una narrativa más abarcativa- lo que se produce es el *desplazamiento* de una narración por otra, estando esta noción de *desplazamiento* íntimamente ligada a la performatividad como iteración butleriana.

Figuración y performatividad son entonces nuestras herramientas teóricas para indagar el discurso histórico en tanto modo de uso del lenguaje cuya función es generar nuevas representaciones del pasado a partir de convenciones figurativas narrativas disponibles. Figuración y performatividad deben ser pensadas como dos aspectos de todo intento de escritura del pasado, o mejor dicho, *reescritura*. Así, la *persistencia de la narración para la historia* se revela como la situacionalidad de toda escritura histórica que la convierte en una *reescritura*, para cuya tematización quizás se revele tan ilusorio el temor a que las formas narrativas convencionales-decimonónicas solo nos conduzcan a una mera repetición, como la pretensión de hallar un “afuera” de la narración por medio de una escritura completamente no-narrativa.⁵²⁴

⁵²⁴ Debe reconocerse que ha habido intentos de pensar la tarea del historiador a partir de la teoría de los actos de habla como en el caso de Quentin Skinner y, recientemente, de Murray Murphey (Murphey, 2009). Sin embargo, este tipo de aproximación no coincide con la propuesta de esta tesis. Tomando el caso reciente de

Veremos que la tensión entre la mirada irónica y la creencia romántica en las posibilidades de producir nuevos relatos es tan ineliminable como productiva. En uno de sus textos más recientes, White afirma contra Braudel que la narrativa no es necesariamente conservadora o tradicional ya que, si bien no nos garantiza que la acción sea o no posible, la acción de narrar nos permite hacer esa misma pregunta.⁵²⁵ A la luz de la reinterpretación performativa de su legado irónico-empoderador podemos parafrasear a White y afirmar que *la persistencia de la narración para la historia* continúa vigente en los problemas actuales de la escritura de la historia: escritura que no nos garantiza que podamos dar algún sentido al pasado, pero nos permite hacer esa misma pregunta.

Y en el volver a hacer esa misma pregunta, es White mismo quien parece señalar por adelantado la promesa de este rumbo: se trata de pensar la función *cultural* de la narratividad. Pero debe destacarse que si encontramos un potencial de la ironía narrativista para la reflexión actual sobre la narración es porque hemos ampliado el original marco de la reflexión: la paradoja de la narración histórica tal como fue inicialmente formulada se restringía al ámbito de la historiografía académica. La refiguración de la pregunta y la paradoja nos ha arrojado ahora a un marco cultural más amplio (interdisciplinario, quizás) que demanda una perspectiva pragmática. Y esta ampliación es también la oportunidad de nuevos interrogantes: si hemos de sostener que la potencialidad irónica debe aplicarse a la persistencia pragmática historiográfica y *cultural en general* de la narrativa, debemos preguntarnos cómo podemos conjugar dos cuestiones que a primer vista no parecen fáciles de combinar: por una parte, la reflexión sobre la narración de identidades colectivas y/o personales que vehiculizan la agencia, i.e., cómo podemos pensar críticamente los relatos identitarios, sean historiográficos o no; y por otra parte, la conciencia crítica ganada de que el lenguaje, y por tanto, la narración, no es un “mero instrumento”, como reza la verdad provisional de la antropología lingüística. Son estas nuevas preguntas las que deberíamos poder responder con las herramientas teóricas afiladas en cuarenta años de debate narrativista. Y quizás esto sea posible y haya aquí un futuro para nuestras reflexiones en un marco narrativista

Murphey se observa que la teoría de los actos de habla es utilizada con el fin de reconstruir aquello que a través del registro histórico puede ser considerado como los actos de habla efectivamente ocurridos en el contexto de los actores históricos. Esto resulta insatisfactorio para esta investigación en la medida en que el interés que la atraviesa es seguir pensando desde la perspectiva whiteana los aspectos epistémicos, éticos y estéticos de la escritura de la historia, i.e., de los actos de habla situados efectuados por los historiadores en su intento de dar cuenta del pasado, y no los supuestos actos de habla emitidos por los actores del contexto histórico bajo estudio y testimoniados en las fuentes. Como ya se indicó, la tesis recupera el tono empoderador que caracterizó al gesto fundacional whiteano en la promoción de más y mejor escritura de la historia, a través de una reflexión acerca del carácter *figurativo y performativo* de esa escritura.

⁵²⁵ Cfr. White (2010a: 212).

pragmáticamente orientado, donde las inquietudes últimas de los padres fundadores puedan ser canalizadas. El fantasma que acosa a Ankersmit de haber recaído con el narrativismo en un determinismo lingüístico ya no parece un problema real si una consideración pragmática nos muestra que la persistencia de la narración puede explicarse por la vehiculización de deseos, motivaciones y agencia en la autoconstitución identitaria. Más aun, podemos satisfacer el interés de Ankersmit por tematizar cómo una comunidad tiene conciencia de algún pasado que la define identitariamente —el campo de las narraciones para las fisuras nacionales, por ejemplo— en el mismo momento en que revisamos, como le interesa al White del acontecimiento modernista, la potencialidad de la narración para hacer comprensibles de un modo ética y estéticamente adecuados la historia del siglo XX. Pero contra ellos, lo haremos desde el reconocimiento de la persistencia de la narración *irónicamente refigurada*: porque si nos corresponde indagar la inevitabilidad de la figuración narrativa ahora en un sentido pragmático es porque permanece *vigente a la vez que refigurada* la tesis fundamental de White: la delimitación de la pura arbitrariedad de la imaginación histórica por el reconocimiento de la inserción cultural de la práctica de narrar historiográfica en la práctica cultural general de narrar. Así, la *figuración inevitable* nos presenta la doble naturaleza irónico-romántica de la también *inevitable subjetivación histórica* para la cual la narrativa sigue siendo la más efectiva, aunque problemática, herramienta de que disponemos.

7- Historia, figuración y performatividad

7.1 Hacia una teoría de la narrativa como figuración performativa de la autoconstitución identitaria histórica

En los capítulos anteriores he recorrido con particular detalle las implicancias y consecuencias de las primeras tres tesis que identifiqué como posición de White a partir de *Metahistoria*. Considero que a lo largo de esta investigación se ha vuelto comprensible mi postulación de esas tres tesis como una tesis general acerca de la figuración en la escritura histórica. En este último capítulo, me concentraré en la cuarta tesis, i.e., la tesis acerca del doble carácter libre-condicionado de la agencia del historiador en la escritura histórica, con dos objetivos fundamentales:

- 1) explicitar mi convicción de que la relación entre agencia y discurso ha sido una preocupación permanente de Hayden White a lo largo de su obra; y
- 2) sugerir una vía de continuación de esa preocupación cuarenta años después de *Metahistoria*.

El primer objetivo me conduce a identificar un deseo insatisfecho de la intervención teórica de White: la búsqueda de una historiografía progresiva. Reconstruiré este deseo a partir de las propias afirmaciones de White y a la luz de mi interpretación de sus últimas teorizaciones, que fueron presentadas en el capítulo anterior.

El segundo objetivo, me conduce a profundizar mi propuesta de relectura performativa de la figuración y, específicamente, de la persistencia de la narración histórica, con dos subobjetivos:

- a) mostrar que esa relectura se nutre de las últimas temáticas whiteanas y de los diagnósticos contemporáneos de Tozzi y Partner para proponer una teoría de la narrativa dirigida a dar cuenta del carácter eminentemente práctico, pragmático o cultural de la narratividad para dar cuenta de la constitución de la identidad individual y colectiva: y
- b) proponer que la relectura performativa dará cuenta más acabadamente de la persistencia de la narración histórica en su función práctico-cultural si se concibe el carácter figurativo de las identidades que se narran *performativa e historizadamente*.

Aquí recurriré a la relectura de la performatividad de Austin propuesta en el ámbito de la teoría de género por Judith Butler. De este modo, esta tesis encuentra su conclusión en la enunciación de una propuesta programática: la formulación de una teoría de la narrativa que atienda al carácter figurativo y performativo de todo intento por relatar identidades que haga patente en su propia teorización el ineludible movimiento en tensión permanente, de ida y vuelta entre discurso y agencia que la autoconstitución histórica implica. Esta propuesta programática será meramente enunciada en su posible productividad teórica, pero implicará también redefinir el ámbito de tematización post-whiteano al que esta tesis pretende contribuir. En este sentido, surge la pregunta de si la historiografía académica como único o principal foco de interés teórico será el ámbito adecuado. Mejor dicho, esta tesis pretende dejar abierta la pregunta de si una teoría de la narrativización histórica figurativo-performativa debe atender a la discusión historiográfica específica o puede constituirse en una perspectiva filosófica culturalmente interesada en sentido más amplio.

7.2 Cuarta tesis y el deseo insatisfecho de una historiografía progresiva

En el primer capítulo identifiqué la cuarta tesis sobre el escrito histórico como la afirmación del doble carácter libre-condicionado de la escritura de la historia. Vimos que esta tesis refiere a la escritura histórica para caracterizar la agencia del historiador como usuario del lenguaje y da cuenta de los límites de su acción lingüística tanto como de sus potencialidades poéticas dentro de tales límites en la medida en que, como señalé, toda figuración histórica está tanto limitada por las posibilidades ofrecidas por las convenciones literarias culturalmente heredadas o sancionadas como habilitada en virtud del carácter opcional e irreductible entre sí de esas convenciones. Esta última tesis da cuenta de la insistencia de White en el doble carácter encontrado e impuesto, descubierto e inventado, del modo de prefiguración del campo histórico.

A partir de lo presentado el capítulo 6, estoy intentando mostrar cómo una interpretación desde la perspectiva de la concepción performativa de los actos de habla puede dar cuenta de la relación entre la agencia del historiador como usuario del lenguaje y el carácter figurativo del discurso histórico. Esto me permite unificar las cuatro tesis enumeradas en una perspectiva que reúne la historia, la figuración y la performatividad bajo la conceptualización de la narración histórica como figuración performativa. Ahora bien, antes de referirme a mi propuesta de continuación del legado whiteano, querría volver a revisar la

relación entre agencia y discurso en la obra de White a la luz de sus últimas tematizaciones expuestas en los capítulos 5 y 6.

Para ello, considero iluminador formular la siguiente pregunta: ¿Qué tienen en común los últimos tópicos de Hayden White acerca del realismo figural, la escritura modernista *en tanto* escritura en voz media y el pasado práctico? Mejor dicho, ¿qué deseo originalmente expresado en *Metahistoria* permanece insatisfecho en ellos? Creo que estos tópicos tomados en conjunto pretenden pensar las maneras como una comunidad se apropia retrospectivamente de un pasado para su propio proyecto de auto-constitución. Todos lidian con la naturaleza figurativa inevitable de cualquier intento de interpretación histórica como narrativización y, entonces, discuten *la poética de la historia*, el establecimiento de un vínculo entre pasado, presente y futuro como un *crítico ir y venir entre el discurso y la agencia*.

En el capítulo 3 presenté la tematización de la noción de discurso de White en “Tropología...” como diatáctico, por la cual se lo definía con una serie atributos dobles: tanto antilógico como prelógico, tanto interpretativo como preinterpretativo, tanto crítico como autocrítico. Todo discurso, nos decía White, tiende a la reflexión metadiscursiva porque trata siempre acerca del discurso mismo tanto como acerca de los objetos que conforman su tema. A su vez, White llegaba a esta noción de discurso a partir de la idea de tropo como *giro, manera, estilo*. Si pensamos esta noción de discurso desde una perspectiva pragmática, performativa, como modo de *uso* del lenguaje por el cual *se dice y se hace*, se actúa, podemos comenzar a entender cómo White ha intentado pensar a lo largo de su obra este movimiento – en sí mismo tropológico- entre discurso y agencia. Una suerte de *ir y venir* de la agencia al discurso y viceversa: un movimiento que es un desplazarse, un giro, porque en ese ir y venir del discurso a la agencia y de la agencia al discurso no se retorna a un mismo lugar sino que se produce significado.

Volviendo a las últimas temáticas whiteanas, lo que acabo de decir de la poética de la historia como el ir y venir entra la agencia y el discurso no es a mí entender sino un modo ulterior de elaboración o profundización de lo que hace ya cuarenta años fue afirmado por White a través de *Metahistoria*: el deseo de una historiografía progresiva, i.e., como veremos, la promoción de una escritura de la historia que irónicamente acepta el carácter libre y condicionado de nuestras posibilidades discursivas culturales para darnos un pasado a la vez que busca románticamente trascender su propia ironía para imaginar un futuro como propio. Creo que los últimos tópicos de White apuntan a repensar la escritura histórica una vez que hemos reconocido el carácter figurativo del lenguaje, el discurso y la narración. En otras palabras, después del denominado “giro lingüístico” en general, o “narrativista”

específicamente para la filosofía de la historia, que yo he optado por denominar en esta tesis, en términos más específicos aún, "giro tropológico". Estos temas representan diferentes versiones de la misma propuesta de pensar maneras de *utilizar* el lenguaje figurativo como un *recurso* para escribir la historia por razones prácticas. Y la razón más general y habilitadora para hacerlo sería reconocer que la poética de la historia tiene que ver con las formas en que las comunidades retrospectivamente se apropian discursivamente de un pasado para su propia auto-constitución.

Pero después del giro tropológico también entendemos que establecer *por medio de* la narrativización *ese* enlace *poético* implica *ese* ida y vuelta *crítico* entre discurso y agencia. Cuando digo "crítico" estoy usando el término en dos sentidos: como irónico, consciente de sí mismo, auto-crítico, surgido de la comprensión, el develamiento del lenguaje, específicamente la narración, como algo más que un simple medio para transmitir un mensaje; pero también quiero decir "crítico" como difícil, escurridizo, incluso peligroso. Debemos tomar este aspecto crítico como *positivo* tanto como *problemático*, pero también hay que destacar que este *desplazamiento* es entre el discurso y la agencia. Hayden White siempre ha estado hablando, desde mi punto de vista, acerca de *lo que podemos hacer* con el lenguaje y la narración –como ese artefacto que une el discurso con la historia y viceversa. El énfasis en la naturaleza figurativa de cada intento de representar el pasado siempre ha sido una búsqueda de las posibilidades de utilizar la narración para establecer un vínculo entre pasado, presente y futuro. Y, al mismo tiempo, ha sido la promoción de un reconocimiento crítico de nuestros límites y constreñimientos al hacerlo. Esta agencia libre y condicionada hacia el lenguaje es fundamental para captar el más importante *insight* de White acerca de la problemática relación entre narración e historia que estoy tratando de presentar ahora como *este* desplazarse crítico entre discurso y agencia. Desde mi punto de vista, la intuición más importante que la lectura de la obra de White nos ofrece es la que señala cómo la naturaleza figurativa del lenguaje en la escritura histórica *a la vez permite y constriñe, habilita y limita* lo que podemos hacer por medio del lenguaje –por esto denominaré más adelante el legado de White, en sintonía con la obra de Butler, como relativo a la narrativa en disputa (*narrative trouble*). Y creo que esta intuición crítica (en los dos sentidos del término, como señalé) se nos presenta claramente en *Metahistoria*, atraviesa todos sus escritos y está aún fuertemente presente en estos últimos temas.

Sin embargo, entender esta intuición no es sencillo. Justamente es esa dificultad de comprenderla la que explica cómo esta relación que White señala con las posibilidades figurativas del lenguaje, de constreñimiento y habilitación a la vez, haya sido motivo de un

reproche paradójico –que atravesamos al revelar las críticas que se le dirigieron- de que su posición o bien nos encierra en una prisión discursiva, o bien nos autorizara a escribir la historia como nos plazca: la misma intuición fue leída como haciendo de que escribe la historia un prisionero o un artista.

Volviendo a los últimos tópicos de White, así como creo que conservan esta intuición de White, también considero que muestran un cambio de tono respecto de esta intuición permanente de su obra –tono que los acerca en cierta medida a la teorización del acontecimiento modernista, de la que intenté diferenciarlos en el capítulo pasado. Particularmente, se detecta un tono pesimista respecto de que la historiografía académica tome esa intuición elaborada una y otra vez por White para asumirla como propia de su auto-percepción como disciplina. He encontrado en una entrevista de 2008 el nombre para este deseo de White de repensar profundamente la práctica de la *escritura* histórica en tanto académica: es el deseo de una *historiografía progresiva*. Quisiera presentar las afirmaciones de White al respecto para luego mostrar el cambio de tono de sus últimos trabajos y proponer, a su vez, cómo podemos tomar esa insatisfacción whiteana productivamente para proseguir la reflexión filosófica sobre la narrativa y la historia. Para ello, me gustaría en primer lugar mostrar los distintos aspectos en que los últimos tópicos elaboran esa intuición del ir y venir crítico entre discurso y agencia y cómo, por tanto, representan la expresión de White de este deseo fundamental de explorar productivamente esa intuición.

Del realismo figural me gustaría recordar que White utiliza el modelo de figura-cumplimiento de Auerbach para explicar la escritura de la historia como una promesa -imposible de cumplir- del cumplimiento de la representación realista de la realidad. Este modelo permite a White afirmar que una comunidad se apropia de forma retrospectiva un pasado para su propio proyecto de auto-constitución viéndose a sí misma como el cumplimiento de la promesa de una época anterior. White toma la causalidad figural como un modo distintivamente histórico de causalidad que no es determinada ni se dirige a un fin teleológico, ni es genética. La considera una *per-formance*, la clase de acción que las personas moralmente responsables son capaces de llevar a cabo, como el caso de una promesa. White nos decía que aunque podemos inferir retrospectivamente la realización de la promesa de su cumplimiento, no podemos inferir su cumplimiento de forma prospectiva desde la promesa que se ha hecho, y que lo mismo sucede con un acontecimiento histórico: porque puede ser visto como el cumplimiento de un acontecimiento anterior, aunque aparentemente totalmente desconectado de él, *si* los agentes responsables de la ocurrencia del último acontecimiento optan por vinculo genealógicamente al anterior. Esta vinculación, establecida desde el punto

en el tiempo experimentado como presente a un pasado, White la consideraba de tipo *estético* porque pone el *peso principal de significado en el acto de apropiación retrospectiva* de un acontecimiento anterior por su tratamiento como una figura de uno posterior. No se trataba de una cuestión de facticidad, ya que los “hechos” podían ser considerados los mismos incluso después de la apropiación: lo que se modificaba era *la relación que los agentes de un momento posterior establecen con el acontecimiento anterior* como un elemento en su propio pasado sobre la base del cual definir su presente específico. Desde el realismo figural, un acontecimiento considerado “histórico” permanecía abierto a ser retrospectivamente apropiado por cualquier grupo posterior que pueda elegirlo como su prototipo legitimador. White comparaba este tratamiento de un acontecimiento anterior con una figura retórica, donde el acontecimiento posterior puede decirse que “cumple” al anterior mediante la repetición de los elementos del mismo, con una diferencia –no se trata entonces ni de que los acontecimientos posteriores sean causados ni determinados por anteriores acontecimientos, ni que sean predecibles sobre ningún fundamento teleológico.

Recordemos también que White también toma de la historia literaria occidental de Auerbach la idea de que el historicismo decimonónico occidental consistió en el descubrimiento de que la vida humana y la sociedad encuentran cualquier significado que puedan tener no en un más allá metafísico u trascendental, sino en la historia. Y esta es la razón por la cual la historia de la representación realista nunca podrá llegar a su fin o clausura, ni encontrar un origen absoluto. La promesa de representar la realidad realistamente es imposible de cumplir porque la meta del realismo se reveló como un mito al mismo tiempo que demostró ser la siempre renovada promesa de tal cumplimiento. Por tanto, el realismo figural trata sobre la imposibilidad de una representación realista definitiva de la realidad que, al mismo tiempo, nos permite pensar cómo la historia se escribe desde el presente de una comunidad para pensarse a sí misma como el cumplimiento de una época anterior. Sin embargo, White subraya que este verse a sí mismos "como si" fueran un cumplimiento de una promesa anterior tiene que ver con una decisión de los agentes responsables. Esto significa que escribir una historia como un vínculo entre el presente y un pasado escogido implica *escribirnos a nosotros mismos*. Esta auto-constitución nos lleva a la escritura en voz media.

La idea de la escritura modernista llega a White también a través de Auerbach, pero me interesa analizar su propuesta de equivalencia con la noción de escritura en voz media, que corresponde específicamente a Roland Barthes, como vimos en el capítulo pasado. White presenta esta noción de escribir como escribir algo –en nuestro caso, la historia– que es simultáneamente escribirse a uno mismo, cuando argumenta favor de una manera de pensar

la escritura de la historia luego de, y consecuente con, su giro tropológico. Me refiero a la crítica de White a las definiciones oposicionales tradicionales de historia *versus* ficción, historia *versus* literatura, discurso realista como distinto del imaginativo, hechos *versus* figuración, etc. La naturaleza figurativa de la escritura histórica como narrativización nos mostró que el referente pretendido de un discurso histórico es sometido a un procesamiento poético para volverse un objeto histórico, el tema de un tipo específico de discurso. Afirmar que el tema del discurso histórico es una simple copia de una entidad extra-discursiva ya no es posible luego de White (y Barthes). Si esta cuestión remite a nuestras presuposiciones acerca de la relación entre discurso y referente, ahora la cuestión de la escritura en voz media nos muestra que no hay un sujeto como entidad psicológica o "autor" previamente dado cuando escribimos la historia. La escritura en voz media de Barthes presenta la escritura como una acción donde el sujeto, el "yo", es interior a la acción, no exterior a ella; una acción sobre un objeto que también afecta al sujeto. Por esto White la calificaba como "doblemente activa", a la vez productiva de un efecto sobre un objeto (el relato) y constitutiva de un tipo particular de agente (es decir, el escritor/historiador/narrador) por medio de una acción (específicamente, la escritura). La identificación del especial uso de la voz media en el griego para acciones informadas por una conciencia moral elevada por parte del sujeto que las ejercía le sugería a White, como vimos, que la escritura en voz media es un claro ejemplo de un acto de habla performativo tal como, una vez más, la promesa. Aquí entendemos que escribir la historia no puede ser un proceso externo al sujeto que está escribiendo. En el primer capítulo vimos que esta es una afirmación ya hecha en *Metahistoria*, en la medida en que White intentó rastrear y mostrar, en su lectura de las obras históricas, las apuestas epistemológicas, los compromisos éticos y estéticos que realizan los historiadores por medio de su escritura, lo sepan o no.

El realismo figural y la escritura en voz media, entonces, nos muestran el estrecho vínculo entre la escritura histórica y la agencia. Pero es importante entender que esto tampoco es nuevo. El vínculo entre agencia y narración *recorre toda la obra de White*. "The Value of Narrativity in the Representation of Reality" puede ser visto como el argumento más potente presentado por White para mostrar cómo cada vez que narramos se producen efectos moralizantes, justamente porque *mediante la narración estamos escenificando el drama del conflicto entre el deseo y la ley*. La representación de la realidad como una promesa para la autoconstitución de una comunidad y el carácter performativo de la escritura en voz media como la clase de conciencia sobre la acción de agentes moralmente responsables, ambas cuestiones apuntan a la estrecha conexión entre narración y agencia. O, como White mismo

ha dicho: "La narrativización tiene que ver con la problemática de la acción, sea que la acción se considera posible o imposible, algo bueno o algo malo." La narrativa tiene que ver con la formulación de la pregunta por la agencia y, sólo por esto, por habilitar esta pregunta, la narrativa en sí misma es positiva: porque "responde la pregunta: ¿es posible preguntar si la acción es posible?".⁵²⁶

Y aquí nos deslizamos a la cuestión del pasado práctico. En "El Pasado Práctico", como señalé, White nos presenta una versión condensada de su historia de la historiografía occidental. No puedo explayarme sobre su relato por cuestiones de espacio, pero es importante decir que nuevamente aquí White retoma la tarea de mostrar cómo la historiografía, cuando pretendía constituirse en una disciplina científica y profesional, se definió a sí misma como opuesta a la retórica, reprimiendo sus aspectos figurativos, poéticos y literarios en tanto *práctica de escritura*, exactamente aquellos aspectos que *Metahistoria* proponía a los historiadores reconocer y explorar.⁵²⁷ Cuarenta años después encontramos un tono pesimista en la propuesta de White de deshacernos del pasado "histórico" y pensar más bien en el pasado "práctico". White quiere diferenciar el modo en que los historiadores profesionales se proponen estudiar el pasado del modo en que las personas comunes y profesionales de otras disciplinas recuerdan y tratan de usar el pasado como una base para emitir juicios y tomar decisiones en la vida ordinaria. Bajo la etiqueta de "pasado histórico", vimos que White se refería al estudio científico del pasado por sí mismo y como un fin en sí mismo, sin interés en enseñar ninguna lección para nuestros intereses presentes. Contra esta idea, propone pensar el "pasado práctico" como referido a esas nociones del pasado que todos poseen en la vida ordinaria y a las que apelamos, voluntariamente o no, para obtener información, ideas, estrategias que pueden ayudarnos a resolver los problemas prácticos con que nos encontramos en lo que sea que consideremos nuestra situación actual, desde asuntos personales a grandes programas políticos: se trata del pasado del recuerdo, de los sueños y deseos, tanto como de la resolución de problemas, estrategias y tácticas para la vida personal y colectiva.⁵²⁸ Se trata para White *dos tipos distintos de intenciones* que motivan preguntas sobre el pasado. En la medida en que el "pasado histórico" es una construcción teórica como un fin en sí mismo, tiene poco o ningún valor, según White, para comprender y actuar en el presente y prever el futuro. Por el contrario, White considera relevante el interés en el pasado "práctico" porque nos basamos en él cuando necesitamos responder a la pregunta "¿Qué

⁵²⁶ Cfr. White (2006: 30).

⁵²⁷ Cf. White (2012).

⁵²⁸ *Ibid.*, 25.

debería (o deberíamos) hacer". Respecto de esta necesidad, el pasado histórico no nos puede ayudar, sólo nos puede decir lo que otras personas, en otros tiempos y otros lugares, y en otras circunstancias han hecho. Pero esta información no nos da ninguna justificación para inferir lo que nosotros, en nuestra situación, en nuestro tiempo y nuestro lugar, deberíamos hacer.

Considero necesario el repaso de estas cuestiones y, en particular, este señalamiento del tono pesimista del White del pasado práctico, para entender su deseo insatisfecho. He dicho hasta aquí que el *realismo figural* atiende a la dinámica sin fin de la escritura histórica como reescritura necesaria de la historia en el intento de cumplir la promesa de la representación realista de la realidad *entendida como histórica*; la *escritura en voz media* remite a la escritura de la historia como la auto-constitución del agente responsable del acto de escribir; y por último, el interés en el *pasado práctico* tiene que ver con su utilidad para ayudarnos a actuar en nuestro presente particular en dirección a un futuro deseado -un interés al cual, sostiene con pesimismo White, la historiografía académica productora de "pasado histórico" no podría contribuir. Si leemos estos tópicos conjuntamente podemos volver a lo que he llamado el insatisfecho deseo de White desde *Metahistoria: el realismo figural, la escritura en voz media y el pasado práctico implican formas de promover una historiografía progresista*. Encontré este nombre para el deseo de White en una entrevista que le realizara Ewa Domanska en 2008 y a la cual creo necesario recurrir ahora. Allí, White afirma que

la historia progresiva está preocupada por el presente tanto como por el pasado, y por mediar entre ambos, por lo que un interés en la forma en que un presente se relaciona con un pasado plantea un problema historiográfico bastante diferente del derivado de un interés por "lo que ocurrió" en un dominio local en el pasado.⁵²⁹

Domanska le pregunta si se trata de una especie de posición presentista radical y White contesta que no, que está historizando el hacer historia mismo y que esto es lo que la mayoría de los historiadores no hacen. Los historiadores, dice White, "no se dan cuenta de que la "historia" no es sólo *acerca* del cambio, sino que en sí misma está en constante cambio -ya sea entendida como un proceso o como relatos de un proceso; ellos no historizan sus propias operaciones."⁵³⁰ Cuando Domanska le objeta que de esto trata la historia de la historiografía, White responde que esto no es así, porque lo que él entiende por historizar la historia tiene que ver con enfrentarse a la historiografía "como un discurso en el que ciertos objetos y procesos del pasado son 'trabajados' mediante la descripción para que sirvan como una clase propiamente 'histórica' de objeto -al cual ellos -los historiadores- pueden entonces aplicar sus

⁵²⁹ Cfr. Domanska (2008: 16).

⁵³⁰ Ídem nota anterior.

pensamientos y reflexiones." Exactamente ese *elemento de la construcción en la creación de objetos históricos* que de analizó en *Metahistoria*.

Creo que esta exhortación a historizar las operaciones de la historia ha sido siempre también una exhortación práctica, un deseo de hacer algo que en esta entrevista recibe el nombre de "historia progresiva". Este es el deseo que permanece insatisfecho como muestran las últimas reflexiones de White acerca del pasado práctico, en tanto reflejo de su pesimismo respecto de la posibilidad de que la historiografía asuma esta tarea. De hecho, la entrevista se desplaza efectivamente en los párrafos siguientes hacia la cuestión del pasado práctico, como distinto del pasado histórico, y White ofrece su definición de *historia progresiva*:

Mediante historia progresiva me refiero a una historia que nace de una preocupación por el futuro, el futuro de la propia familia, de la propia comunidad, de la especie humana, de la tierra y la naturaleza, una historia que va al pasado con el fin de encontrar indicios de recursos, intelectuales, emocionales y espirituales, que pueden ser útiles para hacer frente a estas preocupaciones.⁵³¹

White cita la idea de Jean Laplanche de que nuestros esfuerzos para lidiar, llegar a un acuerdo con el pasado desestabilizan el presente vivido y con ello transforman el futuro en una siniestra amenaza más que una oportunidad para la acción creativa posible. White continúa diciendo que "para nosotros, los modernos, la religión y la metafísica no ofrecen perspectivas de la iluminación de nuestra 'situación', sólo tenemos el pasado como un recurso para lidiar con un presente que podría haber sido de otra manera." Por lo tanto, el presente, dice White, es un problema no porque "se va convirtiendo en pasado ante nuestros ojos", sino "porque está siendo desplazado por un futuro que nos aplasta como una marejada o de repente nos sacude como un terremoto. Y lo mismo ocurre con una historiografía progresista" (...): "Estudiamos el pasado no con el fin de averiguar lo que realmente sucedió allí o para proporcionar una genealogía y por consiguiente una legitimidad para el presente, sino para descubrir qué requiere enfrentar un futuro que nos gustaría heredar en vez de uno que nos hemos visto obligados a soportar."⁵³² Una historiografía progresista, finalmente, dice White, sería "utópica", pero modernista más que moderna, en la medida en que utiliza el pasado para imaginar un futuro y no para distraernos de enfrentarlo.

He aquí, entonces, el deseo insatisfecho de White de transformar su propia disciplina en una historiografía progresiva, preocupada no por una construcción teórica abstracta del "pasado por sí mismo", sino por la situación práctica de los sujetos que son narrados o intentan narrarse, para enlazar pasado, presente y futuro imaginariamente, eligiendo su

⁵³¹ *Ibíd.*, 18.

⁵³² *Ibíd.*, 19.

autoconstitución como cumplimiento de una promesa incumplida del pasado para actuar en un presente y orientar la acción a un futuro elegido, aunque utópicamente, más que meramente resignados a soportarlo. Este deseo que White manifiesta frustrado respecto de su diagnóstico de la historiografía académica es el que cuarenta años después permanece como motor posible de una continuación y renovación de su herencia teórica. A esto dedicaré los próximos apartados.

7.3 Cuarenta años después de *Metahistoria*: una refiguración performativa de la persistencia de la narración

Tomar como motivación el cumplimiento del deseo insatisfecho de White de una historiografía progresiva demanda que retomemos la reflexión en torno a cómo la escritura del historiador es a la vez condicionada y libre, cómo encuentra e inventa, cómo es irreductible y opcional. Más específicamente, una relectura performativa del giro tropológico whiteano debería echar luz sobre estas cuestiones y superar la autoobjeción parcial o total, según se trate de White o Ankersmit, del agotamiento del narrativismo que inauguraron para pensar la escritura histórica. En este capítulo, y como elemento final de mi argumentación sobre la continuidad del legado whiteano, presentaré la concepción de Judith Butler de la performatividad de género como teorización deudora pero crítica de Austin que nos aporta un elemento faltante a nuestra tesis: la posibilidad de comprender la persistencia pragmática de la narración no como un *problema* sino como *una nueva cuestión*, que enlaza la dualidad condicionada-libre de la escritura histórica en la posibilidad de repetición con diferencia o *iteración* de la forma narrativa y que, de ese modo, hace de la escritura de la historia un terreno de exploración, en el espíritu de la voz media barthesiana, de las escrituras de la identidad histórica.

Para esta tarea he encontrado un diagnóstico de la situación teórica actual post-White compartido por Verónica Tozzi y Nancy Partner favorable a la continuación con diferencia del legado whiteano en el contexto de un nuevo escenario eminentemente práctico para la reformulación de la pregunta por la persistencia de la narración. Me explayé sobre ambas teóricas en el capítulo pasado, pero quisiera ahora resaltar qué tomo de ellas y a dónde creo que me conducen.

Quedó claro que ambas sostienen que la utilidad teórica de la obra de White de ningún modo está agotada. En este sentido, es iluminadora para mí la reflexión de Tozzi acerca de la reescritura de la identidad como reescritura de la historia, siendo llamativo también que Tozzi,

a diferencia del último White, apuesta a la posibilidad de una historiografía académica comprometida con sus recursos lingüísticos. Específicamente, me interesa proseguir de Tozzi su intuición de que la dinámica interactiva entre las clasificaciones sociales y las narrativas en que están insertas nos ofrece una clave importante para la prosecución de la pregunta por el valor de la narratividad en la representación histórica realista en casos concretos de disputas acerca del modo de dar cuenta adecuadamente de la experiencia de opresión o discriminación de ciertos grupos humanos. En el caso de Partner, su afirmación de que hay una vida post-postmoderna de la teoría narrativa coincide interesantemente con Tozzi cuando afirma, en primer lugar, que la narrativa es una categoría tan presente en los discursos académicos y no académicos hoy en día que debemos atender a su persistencia post-giro lingüístico; y, en segundo lugar, que atender a esa omnipresencia de la narrativa es la oportunidad de volver a enfrentar la cuestión planteada cuarenta años atrás por White: preguntarnos por su valor *actual* para la representación de la realidad, particularmente en la medida en que Partner encuentra que la narrativa se utiliza para explicar casi cualquier cosa y, fundamentalmente, para garantizar la coherencia de la identidad en la vida individual y colectiva. He encontrado iluminador en Partner su análisis del modo en que la narrativa se utiliza para salvar las *fisuras nacionales* post-Guerra Fría, tanto como su más reciente relevancia en la investigación psicológica, usos que Partner brillantemente descubre solidarios ya que señalan *cómo el trabajo psíquico que la narrativa realiza en el núcleo de la identidad personal ancla la fuerza persuasiva de la narrativa en la esfera pública*.⁵³³

Así, Tozzi y Partner nos presentan un mismo problema y proyecto: la exploración de este anclaje persuasivo de la narrativa en su doble trabajo identitario-personal e identitario-colectivo. A esto denomino el nuevo escenario práctico de la persistencia de la narración, al que esta tesis pretende contribuir. Es más, justamente dado que con Tozzi asumo que una historiografía comprometida con sus recursos puede ser una historiografía comprometida con una agenda política de grupos oprimidos que busca reescribir su historia como modo de agenciarse en la emancipación de la opresión a la que fueron sometidos, considero que esta perspectiva encuentra en las discusiones específicas de esos grupos oprimidos el contexto en el cual analizar, y reflexionar sobre, el rol pragmático de la narración, sus potencialidades y sus problemas. Por eso, este capítulo desplaza la cuestión de la narrativa al terreno específico de la teoría de género.

⁵³³ Cfr. Partner (2009: 100).

En síntesis, en este capítulo me propongo asumir que los análisis de Partner y Tozzi nos dejan el siguiente saldo: ambas sostienen que la productividad del marco narrativista que White inauguró encuentra continuidad en la consideración práctica o pragmática de la narración. Esa consideración pragmática atiende a los diversos y persistentes usos que se da a la estructura narrativa en asuntos que remiten a un rol de la historia en diferentes situaciones socioculturales. La relevancia actual central de la teoría narrativa esbozada por White se halla en la simultánea proliferación de narraciones y el ingenuo modo en que se producen o se consideran –Tozzi y Partner coinciden en este punto claramente. Tozzi lee esto desde la paradoja de una historiografía que se percibe como profundamente cuestionada en su valor epistémico a la vez que en otras áreas de las ciencias sociales y humanas todo es sometido a historización. Para Tozzi, la cuestión relevante es cómo la historia académica puede asumir la agenda de grupos oprimidos y dar una respuesta a partir de su producción de narraciones que admiten un control fáctico a la vez que se reconocen figurativas, comprometidas en aspectos éticos y estéticos de un modo particular. Esto nos conduce a pensar la relación entre narración, identidades e interacción a partir de una consideración de la historiografía bajo la dinámica de un realismo figural antifundacionista aunque empíricamente constructivo. En el caso de Partner, las identidades individuales estudiadas por la psicología bajo el concepto de narración así como la emergencia de relatos postnacionales a partir de movimientos postcoloniales revelan sendos terrenos donde la productividad del marco narrativista que ha indagado la relación entre narración e historia por los últimos cuarenta años puede mostrar su vigencia.

Tomando la apuesta de Tozzi de que las narraciones adquieren sentido en su consideración pragmática, como relatos que constituyen conceptos que interactúan con los sujetos que clasifican, interactuando ellos también con prácticas e instituciones, la lectura de *la narración como iteración* que presentaré se vuelve plausible en la medida en que este concepto de la performatividad butleriana alude a cómo los sujetos ya están constituidos por determinados discursos, que al oponerse o interactuar con ellos en búsqueda del cambio o la emancipación, reiteran de un modo abierto en sus efectos esas clasificaciones/narraciones por las que han sido constituidos. Justamente Ian Hacking, en el texto citado por Tozzi, señala a Butler como un caso específico de intento de superación del discurso de la construcción en el contexto de la teoría feminista, queer o de género. A su vez, Butler misma se presenta desde esa perspectiva para el género aunque evolucionando hacia una consideración del construccionismo de su posición original como performatividad que intenta eludir una caída en extremos de construccionismo radical, por una parte (el construccionismo de una sola vía,

según Hacking), y de esencialismos naturalizantes ingenuos, por la otra –en un movimiento que debo decir que encuentro muy semejante al intento whiteano tanto de dar cuenta del carácter limitado y libre a la vez de la figuración, como de la reconceptualización más sofisticada, autorreconocidamente ambigua o dependiente del contexto de las definiciones oposicionales o dicotómicas con las que se constituyó a su entender la historiografía académica como opuesta a la ficción y la literatura.

En la medida en que estamos atendiendo a los relatos que constituyen a, y con los que interactúan, ciertos sujetos, entenderlos como *figuraciones performativas* implica dar cuenta de cómo el discurso histórico constituye performativamente su referente pero a la vez puede ser usado en su misma forma narrativa, con su mismo efecto de clausura, para funcionar como un relato *distinto*, producto de la interacción del sujeto con otras narrativizaciones. Cuando White señalaba que los relatos no son vividos sino contados y, a su vez, explicaba el distinto tipo de relato o significado narrativo que se puede producir como una diferencia de “punto de vista” sobre las mismas ocurrencias, nos permitía pensar modos distintos de codificar, aunque siempre en alguna modalidad del código narrativizador. White también da posibilidades de pensar la interacción entre relatos distintos de un mismo referente supuesto cuando describe la narración como la progresiva redescrición de una codificación inicial que nos ofrece una recodificación y que, en esa medida, es también siempre ya una decodificación de una codificación previa, tal como vimos respecto de la noción de discurso en el capítulo 3. A su vez, la concepción performativa de Butler pretende atender a que no se niega la existencia de cuerpos generizados y sexuados pero que esa existencia es constituida discursivamente de modo tal que el aspecto constatativo del discurso acerca de esos cuerpos y el aspecto performativo no pueden distinguirse claramente. Y que todo intento de presentar una distinción es la imposición de una configuración discursiva distinta, que corre el riesgo de haber excluido opresivamente y por ello nos demanda a estar alertas a los peligros naturalizantes o clausurantes del discurso, particularmente, de los relatos identitarios.

Porque, en la discusión de género: *¿no se trata justamente de mirar la propia subjetividad históricamente constituida desde otro punto de vista, de prefigurarla y tramarla de un modo distinto de manera que la facticidad de la propia vivencia del género es refigurada?* Aquí adquiere ahora todo su valor crítico y agenciador la tesis minkiana-whiteana de que las vidas no son relatos no contados: justamente porque al no serlo, podemos re-tramar nuestras vidas si modificamos el punto de vista con el cual observamos las mismas ocurrencias de nuestro pasado pero adjudicándoles una coherencia formal, un significado narrativo distinto. Ahora bien, ver la trama como modificable, como re-tramable, implica que

las vidas no son relatos no contados esperando a ser “traducidos” al lenguaje a la vez que entendemos que es en esa escritura-tramado de la vida donde se juega nuestra dotación de sentido, nuestra figuración, de la propia identidad, de la que no podemos prescindir. La idea de escribir-se en voz media adquiere aquí, para la decodificación y recodificación de la propia vida, toda su plausibilidad. Como veremos en el siguiente apartado, vía Butler, se tratará de una narración identitaria como figuración performativa. Porque la performatividad en Butler remite a la normatividad del discurso y, en un espíritu semejante al Roland Barthes de “El discurso de la historia”, piensa la normatividad como convención repetida disimulada. Así como la narrativización produce un significado narrativo que Barthes considera escondido o disimulado por un discurso como la historia que se pretende realista, Butler plantea que la producción de un género performativamente implica reiterar convenciones de género, normatividades, disimulando esa repetición. Ahora bien, en un movimiento teórico que acerca a Butler a la vez al Barthes de la voz media, Butler señala que esa producción disimulada del género remite a la auto-constitución del sujeto. Más aún, en ese mismo proceso de reiteración disimulada de convenciones por las que se asume un género, que se da como vivencia de un género “dado”, Butler encuentra la posibilidad de una iteración en tanto la convención repetida nunca es idéntica, nunca se repite de la misma manera. O, en palabras de Tozzi, diríamos que la escritura de la (propia) historia siempre es una reescritura.

Reuniendo la intuición práctica permanente de la relación entre discurso y agencia en White, más la tematización de la escritura histórica como escritura en voz media y el escenario práctico delineado por Tozzi y Partner desde el interior de la *Nueva Filosofía de la Historia*, el presente capítulo busca reconsiderar el legado whiteano para continuarlo a partir de los siguientes resultados de la investigación doctoral hasta ahora expuestos:

En primer lugar, asumo y pretendo continuar y reforzar el diagnóstico de Tozzi y Partner acerca de que hay una vida post-posmoderna de la teoría narrativa específicamente whiteana en tanto adoptemos un punto de vista práctico, pragmático o, específicamente, performativo, para con las narraciones que efectivamente siguen circulando en distintos ámbitos intra o extra-académicos, o en la interacción entra ambos.

En segundo lugar, asumo también que el giro tropológico de White es el punto de partida del marco al que esta tesis pretende contribuir, de modo que afirmo la continuidad productiva de la teoría whiteana aunque esta tesis se pregunta por la modificación o ampliación del territorio teórico al que se aplicará, a partir de lo señalado por Partner y Tozzi.

En tercer lugar, lo anteriormente dicho implica que la promoción de una perspectiva whiteana sobre las narraciones históricas simultáneamente conduce a rechazar las últimas

teorizaciones ankersmitianas –tal como Tozzi y Partner lo hacen- por considerarlas particularmente debilitantes o contraproducentes para la perspectiva práctica que pretendo delinear, tal como argumenté en el capítulo 5. Fundamentalmente el tono de nostalgia y compulsión en la escritura histórica, más el privilegio del último Ankersmit de una posición conservadora para narrar el pasado, se encuentran en las antípodas de la intuición fundamental de White que pretendo desarrollar.

En cuarto lugar, tomo de Tozzi y Partner la reconsideración de la persistencia de la narración luego del giro tropológico whiteano como demandada por los siguientes “datos” coincidentes de sus diagnósticos:

- a) La proliferación de usos ingenuos de la narración al interior y al exterior de la práctica historiográfica académica
- b) La identificación de que esos usos ingenuos son a la vez centrales y altamente eficaces en la constitución de identidades personales tanto como ligadas a proyectos políticos de distinto tipo en virtud de las características de la narratividad que White mismo identificó a lo largo de su obra.
- c) Que esos usos simultáneamente ingenuos y eficaces se pueden encontrar en: la relación entre narración e identidad psíquica; en la urgencia de producción de relatos nacionales para suturar fisuras nacionales en nuevos nacionalismos; y en la relevancia de la narración histórica como reescritura con fines emancipatorios de grupos oprimidos.

Estos “datos” me conducen a apostar por la productividad del marco inaugurado por White para contribuir a la producción de narración más sofisticadas y autoconscientes de los recursos lingüísticos, discursivos, figurativos en general a los que apelan, lo reconozcan o no, en atención al uso de esos recursos en contextos sociopolíticos específicos que deben ser asumidos como parte del debate acerca de las narraciones producidas.

En quinto lugar, tomo particularmente de Tozzi la consideración de la perspectiva constructivista respecto de las clasificaciones sociales y las narraciones que las acompañan y constituyen, particularmente su perspectiva interaccionista dinámica tomada de Hacking, como mejor modo de dar cuenta de la constitución identitaria de un modo sofisticado, más su promoción de la posibilidad de que la historiografía académica se comprometa con sus recursos y con una agenda, de un modo que nos recuerda el potencial irónico-agenciador del

White de *Metahistoria*. Mi apuesta específica proseguirá por el camino autocrítico del construccionismo de género en Butler.

En sexto lugar, lo anteriormente dicho, unido a la identificación de Partner de la persistencia de la narración con su eficacia emotiva, persuasiva, política, etc., nos permite pensar una relectura no neutral pero tampoco meramente negativa del potencial moralizante o normativo de la narrativización. Tanto Tozzi como Partner asumen la tesis whiteana de que narrativizar es moralizar y concluyen propositivamente que: a) esto hace imposible que la historiografía, en tanto narrativa realista que pretende una autoridad cognitiva, evada su responsabilidad cognitiva bajo pretensiones fundacionistas ingenuas o por la autoconsideración de práctica aséptica como total remedio contra los peligros ideológicos; a la vez que b) es exactamente este mismo aspecto problemático el que le vuelve a dar a la historiografía un rol vital en la discusión de la conformación de identidades ya narradas que interactúan con sus clasificaciones-narraciones de manera de empoderarse y poder “mirarse desde otra perspectiva” reescribiendo sus historias, como señala Tozzi, o también, en la línea de Partner, en la posibilidad de producir narraciones de lo que no hay, como en el caso de las fisuras nacionales que demandan una narración que simultáneamente constituye una nueva identidad nacional emergente, muchas veces de la nada o desde la amenaza constante de ser percibida como *ad hoc* para fines político-territoriales.

Finalmente, con los elementos que tomo de White, Partner y Tozzi, creo que se hace posible pensar que la persistencia de la narración no necesita ser pensada como un límite u obstáculo que nos inhibe de ofrecer otros modos no moralizantes de historización –como la actitud de rechazo romántico pretendería concluir- sino que reconociendo ese aspecto del recurso en tanto moralizante-subjetivante, puede ser usada para confrontar las narraciones asumidas ingenuamente, o que ya constituyen a los sujetos que interactúan-pugnan con las clasificaciones bajo las que son considerados para, a partir de la crítica a la clasificación narrada o *narración clasificante*, puedan producirse nuevos relatos de la “misma” identidad refigurada. Con esta posibilidad en el horizonte teórico, esta tesis pretende en este capítulo final agregar un importante y último elemento a la consideración de la figuración performativa que comencé a esbozar en el capítulo pasado para constituirse en una continuación del legado whiteano en una línea continua con Tozzi y Partner: pensar la narración histórica como figuración performativa entendida como narrativización que se asume reflexivamente como iteración y no mera repetición de las convenciones narrativas que dieron forma a las convenciones subjetivantes que constituyen las identidades individuales, sociales o políticas. Así como la narrativización requería apelar a las tramas disponibles al

historiador como convenciones sancionadas por la tradición y la pertenencia cultural para producir relatos históricos, así también la clasificación de género apela a las convenciones normativas de género de un modo que permite tanto asumir la normatividad que se ejerce sobre el individuo por parte de la clasificación como para que el individuo pueda innovar respecto de las expectativas que esa clasificación impone a su autopercepción como sujeto de género y las prácticas que posibilita. Aquí ingresará, entonces, el factor de la historia como *historicidad o historización* de la identidad personal o colectiva.

7.4 De White y Austin, a Butler: Performatividad como iteración e identidad (de género) histórico-discursivamente constituida

En este momento se hace necesario retornar a la relectura performativa de la figuración que presenté en el capítulo anterior de un modo que ahora será plausible (y posible) porque hemos atravesado ya la reconfiguración de la pregunta de la tesis a partir de las últimas temáticas de White y del pasaje por el diagnóstico propositivo de Partner y Tozzi. Hemos arribado a la pregunta refigurada por la persistencia de la narración histórica como la cuestión de la íntima relación entre la escritura de la historia y la escritura de la identidad individual y colectiva en su mutua articulación —que, podemos decir, no es sino la intuición whiteana permanente del movimiento, el desplazamiento, ese ir y venir crítico entre discurso y agencia. Con ayuda de la perspectiva de la voz media, arribamos a una concepción de la escritura de la historia que es un escribir-se en la medida en que, gracias al realismo figural, hemos asumido el carácter histórico de la realidad a representar y del realismo de su representación, y por tanto, el carácter histórico de la identidad misma que pretende escribir su propia historia. Este escribir la historia que es el escribir-se de una comunidad y, al darse un relato propio, un agenciar-se *-por medio de la narración como discurso que hace posible la pregunta por la acción posible-* se deja pensar en su producción de figuración como performativa: los diferentes aspectos emotivos, conativos, referenciales, poéticos, metalingüísticos, fáticos de la narración tropológicamente considerada son solidarios con la triple dimensionalidad locutiva, ilocutiva y perlocutiva de los actos de habla situados, tal como el pasaje por Austin nos mostrara. Específicamente, la indisoluble relación entre facticidad y figuración de la escritura histórica —que el realismo figural hace patente— recibe una denominación complementaria desde el punto de vista de Austin: la indisoluble relación entre decir y hacer, entre el uso constatativo y performativo del lenguaje. Por esta razón, la relectura performativa de la figuración que intento proponer para la narración histórica

conduce a reflexionar sobre su doble carácter figurativo y performativo como proceso discursivo de dotación de significado. Si con White hemos atravesado suficientemente el aspecto de figuración como “dotación de significado”, lo que resta ahora es analizar el aspecto de “proceso discursivo”. Este poner en movimiento histórico la escritura de la historia, este *historizarla*, fue pensado por White como re-escritura a través del realismo figural. Para esta tesis, es aquí donde la figuración histórica se lee como performatividad, pero también donde la concepción performativa estática o sincrónica de los actos de habla de Austin debe dar paso a la *performatividad procesual* del género en Judith Butler.

Y este pasaje une algunos elementos más de las últimas temáticas whiteanas con la perspectiva inaugurada por Butler. Se trata de pensar el carácter *historizado* de las operaciones historiográficas y la exhortación a pensar el pasado con una intención *práctica*. En otras palabras, se trata de asumir seriamente la postulación antifundacionista y antiteleológica de que la meta de la representación realista es irrealizable *en tanto la realidad se concibe como histórica*, sin perder de vista que esa constatación historicista modernista, según White, no implica el fin de la escritura de la historia sino, por el contrario, su continua reescritura. Y si la continua reescritura es de la identidad de la comunidad que se autopercibe como histórica, se trata de asumir seriamente el carácter histórico de la identidad que se reescribe. Exactamente aquí es donde la performatividad del género tal como fue pensada por Judith Butler se vuelve una herramienta teórica interesante. En estas próximas y últimas páginas, la presente tesis apunta a esbozar una propuesta programática, una reescritura como promesa de cumplimiento del legado whiteano. En este sentido, se trata de argumentar a favor de una posible vía de continuación cuya feliz ejecución tiene el estatus de una promesa.

Fundamentalmente, Butler nos aporta dos elementos que esta tesis propone como teóricamente prometedores para su refiguración de la persistencia de la narración: en primer lugar, la noción de la performatividad de género como proceso reiterativo, como *iterabilidad* de normas convencionales de género que producen la subjetividad que aparentan simplemente describir; y, en segundo lugar, esa misma noción de la performatividad como iterabilidad productora de subjetividad en tanto *teoría de la agencia* —específicamente, en mis propios términos, del desplazamiento crítico entre agencia y discurso una vez que hemos asumido seriamente el carácter histórico, i.e., *no fundacional* de la identidad individual y comunitaria.

Como vimos, en el realismo figural la estructura de promesa y cumplimiento respecto de la representación realista de la realidad histórica se revela siempre imposible, siendo sustituida solo por su continua renovación como promesa. Judith Butler nos permite pensar en la escritura de la historia como un acto performativo porque al igual que Austin hace

inseparables el decir del hacer y resalta el componente convencional necesario para todo acto (de habla y no solo de habla) pero destaca la procesualidad de la performatividad y la posibilidad del fracaso de la reiteración del acto performativo por su propia temporalidad y ausencia de fundamento. Si bien Austin y Butler nos permiten pensar performativamente la promesa de la representación histórica como pasible de feliz ejecución o de fracaso, Butler afirmaría que el fracaso es positivamente constitutivo de todo acto de figuración performativa del pasado -tal como la idea de causalidad figural historicistamente pensada. No necesitaríamos escribir nuestra historia para darnos un pasado si nuestra autocomprensión cómo seres históricos no nos demandara normativamente narrarnos, i.e., buscarnos algún pasado a partir del cual creernos que somos su éxito y no su fracaso. Y quizás no sea casual que nos reencontremos aquí con el impulso moralizador de toda representación histórica. Allí donde el impulso clausurador-moralizador de la narrativa encuentra tanto su razón de ser como la razón de su fracaso posible, nos reencontramos un sujeto histórico y moral producto de la reiteración de alguna normatividad por la cual su historicidad misma es dotada de sentido, o figurativamente performada.

Releamos a White: la tropología fue la perspectiva utilizada por White para identificar en estos interjuegos de funciones y dimensiones lingüísticas una serie de estilos historiográficos en *Metahistoria*. Vimos que la poética de la historia se proponía identificar estilos, noción que White remitía a Foucault en tanto modo de uso constante del lenguaje por el cual tanto se representa el mundo como se lo dota de significado.⁵³⁴ Es justamente bajo la idea de estilo que Judith Butler se propone pensar el género -o, mejor dicho, los cuerpos generizados (*gendered bodies*)- como estilo posible de un cuerpo. Le interesa pensar el género como estilo dado que “los estilos tienen una historia, y esas historias condicionan y limitan las posibilidades.” Así puede pensar el género como un estilo corporal, un “acto”, que es performativo, “una construcción de significado dramática y contingente”.⁵³⁵

Desde una perspectiva foucaultiana (semejante a la de Hacking) Butler presenta el carácter socio-históricamente construido del género en su sentido productivo -generador de la noción de “género” misma y sus contenidos contingentes- y crítico -como producción de subjetividad a partir de normas ideales que el sujeto de género se ve forzado a repetir y por las cuales se ve coercionado. Butler sostiene que:

⁵³⁴ Cf. Capítulo 1.

⁵³⁵ Cfr. Butler (2006: 190).

Porque no hay ni una “esencia” que el género exprese o externalice ni un ideal objetivo al que el género aspire, y porque el género no es un hecho, los distintos actos de género crean la idea de género, y sin esos actos no habría ningún género. El género es, así, una construcción que regularmente encubre su génesis; el acuerdo tácito colectivo de performar, producir, y sostener géneros discretos y polares como ficciones culturales es oscurecido por la credibilidad de esas producciones –y los castigos que asisten a no acordar en creer en ellos; la construcción “compele” nuestra creencia. Las posibilidades históricas materializadas a través de distintos estilos corporales no son otra cosa que esas ficciones culturales punitivamente reguladas alternativamente encarnadas o desviadas por la fuerza.⁵³⁶

Su perspectiva crítica le permite a Butler sostener que lo que se entiende por “sexo natural”, “mujer real” u otras ficciones sociales compulsivas predominantes son producidas por una sedimentación de normas de género. Esta sedimentación produce, a lo largo del tiempo, un conjunto de estilos corporales que, en tanto reificados, aparecen como las configuraciones naturales de cuerpos como sexos que existen en una relación binaria –recordemos que la crítica de Butler, en tanto pensadora feminista, se dirige a la heterosexualidad entendida como heteronormatividad compulsiva. Butler sostiene que estos estilos son representados (*enacted*) de manera que producen sujetos coherentes generizados (*gendered*) que son tomados como sus creadores –presuponiendo una subjetividad coherente como “causa” del estilo, lo que Butler viene a desmontar- cuando en realidad son su efecto, en virtud de la performatividad del género, a la cual se debe ese efecto de subjetividad coherente.

Para entender por qué Butler sostiene que el género es performativo, debemos atender a su descripción del género como un acto. Acá entendemos simultáneamente su deuda con Austin y su diferenciación de él:

¿En qué sentido, entonces, es el género un acto? Como en otros dramas sociales rituales, la acción de género requiere una performance que es *repetida*. Esta repetición es a la vez una recreación (*reenactment*) y una reexperimentación de una serie de significados ya establecidos socialmente; y es la forma mundana y ritualizada de su legitimación.⁵³⁷

Butler señala que si bien estas significaciones son recreadas por cuerpos individuales –al volverse estilizadas en modos genéricos- esta “acción” es una acción pública. Porque piensa el género como producto de un marco binario-normativo, Butler considera que esa performance se efectúa con el objetivo estratégico de mantener al género en ese marco,

⁵³⁶ Ídem nota anterior.

⁵³⁷ *Ibid.*, 191. La diferencia entre la concepción de la performatividad de Austin y la de Butler está mediada por la lectura crítica de Austin que le debemos a Derrida. En el contexto de esta tesis presentar esa lectura excede los límites de espacio de que dispongo. A su vez, en este capítulo prefiero centrar mi interés en esbozar algunas características de la línea de investigación que el recurso a Butler puede abrir para una teoría de la narrativa post-postmoderna como figuración performativa. Pero en el futuro de esta indagación probablemente se encuentre la revisión del devenir del debate Derrida-Searle acerca de la interpretación (y herencia) de la teoría austiniana. He encontrado una excelente reconstrucción de ese debate en Navarro Reyes (2010).

“objetivo que no puede ser atribuido a un sujeto, sino, en realidad, debe ser entendido como fundante y consolidador del sujeto”.⁵³⁸ El género, entonces, no debe ser entendido ni como una identidad estable, ni como un *locus* de la agencia del cual se siguen varios actos, sino como “una identidad tenuemente constituida en el tiempo, instituida en un espacio exterior a través de la *repetición estilizada de actos*”, repetición que constituye la “ilusión de un sí mismo generizado duradero”.⁵³⁹ Se trata de una ilusión porque el género se revela como una identidad construida, un logro performativo en el que la audiencia social mundana, incluidos los actores mismos, llega a creer y performar en el modo de la creencia. Butler está intentando mostrar que las normas de género, en su carácter ideal, son imposibles de internalizar, imposibles de encarnar. El sí mismo generizado que se percibe como duradero está estructurado por actos repetidos que intentan aproximarse al ideal de un fundamento sustancial de la identidad, pero que, en su carácter discontinuo, revelan ese supuesto “fundamento” como temporal y contingente, es decir, no fundacional. En palabras de Barthes, se trataría de una ilusión referencial del género, no porque sea ilusorio dar cuenta de la subjetividad de género: lo ilusorio es naturalizarla, i.e., creer que hay algo como “el género verdadero” previo a esos actos reiterados, a esas convenciones normativas: en otras palabras, creer que hay un fundamento esencial del género previo a cualquier norma de género —que sólo sería su expresión o descripción discursiva. Ahora bien, esa naturalización ilusoria, como muestra Butler, es funcional a la legitimación del binarismo heterosexual que su crítica feminista pretende desestabilizar.

Ahora bien, en el contexto de *Gender Trouble*, Butler está criticando un modelo expresivo del género —en tanto expresión de un sí mismo previamente constituido a cualquier acto del sujeto- y proponiendo en cambio pensar el género como performativo. Si aceptamos su perspectiva, entonces los atributos de género “efectivamente constituyen la identidad que dicen expresar o revelar”:

Si los atributos y actos de género, las diversas maneras en que un cuerpo muestra o produce su significación cultural, son performativos, entonces no hay una identidad preexistente por la cual un acto o atributo pueda ser medido; no habría actos de género verdaderos o falsos, reales o distorsionados, y la postulación de una identidad de género verdadera se revelaría como una ficción regulativa. Si la realidad de género es creada a través de performances sociales sostenidas significa que las nociones mismas de un sexo esencial y una masculinidad o femineidad permanentes son también constituidas como parte de una estrategia que oculta el carácter performativo del género y las posibilidades performativas para la proliferación de configuraciones

⁵³⁸ Ídem nota anterior.

⁵³⁹ Ídem nota anterior.

de género fuera del marco restrictivo de la dominación masculina y la heterosexualidad compulsiva.⁵⁴⁰

Detengámonos un momento aquí: ¿no está acaso diciendo Butler del género lo que White ha dicho de la narración histórica? Parafraseemos: “no habría *narraciones históricas* verdaderas o falsas, reales o distorsionadas, y la postulación de una *narración histórica* verdadera se revelaría como una ficción regulativa.” Lo que una perspectiva ingenua sobre la narración histórica oculta –tal como Mink y Barthes le enseñaron a White– es que nuestra creencia en que hay algo que *realmente* es la historia, como distinto de la ficción, se debe a las performances sociales sostenidas por las cuales nuestro sentido común se estructura a partir de esa distinción (Mink) como producción de significado histórico *en tanto narrativo* que se pretende un mero discurso realista (Barthes), exclusivamente referencial –en el sentido de “referencialidad” como única función relevante de análisis del discurso histórico, criticada por White. En otras palabras, si White pensó una *poética de la historia* que identificando estilos historiográficos mostró la constitución prefigurativa-narrativizadora de aquello que se toma como referente histórico en virtud del procesamiento discursivo (*tramado*) del pretendido referente, Butler ha pensado la *poética de la subjetividad de género* identificando estilos corporales al mostrar la constitución performativo-normativa de aquello que se produce como cuerpo “real”.

Pero antes de desarrollar la afinidad señalada entre White y Butler es necesario desarrollar el elemento diferencial entre Austin y Butler respecto de sus concepciones de lo performativo. Butler concibe lo performativo del género no como un acto singular, por más situado que esté, sino como un proceso reiterativo. El acto de habla de Austin presupone un procedimiento convencional aceptado como condición de posibilidad para la fuerza performativa de la emisión. La performatividad como proceso reiterativo en Butler implica (sin presuponer, como veremos) la cita de una convención, la referencia a una norma de género o convención normativa. Esta cita hace de la reiteración no una mera repetición sino una iteración, ya que es en realidad la reiteración forzada de la norma la que refuerza su normatividad –más que la existencia “previa” de la norma a su repetición. Por eso Butler habla de un proceso de efectos sedimentados –un cuerpo estilizado según una norma de género– y no de un único y singular acto de asunción de un género. La fuerza del acto performativo en Austin es para Butler la fuerza coercitiva de la iteración de una norma de género ideal y, por tanto, imposible de actuar y encarnar, que de todos modos en su repetición

⁵⁴⁰ Cfr. Butler (2006: 193).

forzada como parte de la pertenencia a la inteligibilidad cultural heterosexual constituye a los cuerpos en la misma medida en que se perpetúa como norma.

Ahora bien, esta procesualidad de lo performativo ausente del análisis en términos de “acto” único en Austin remite de dos maneras a la historización del género: en primer lugar, porque la performatividad es en sí misma pensada como un proceso temporal, contingente, histórico; y, en segundo lugar, porque aquello que la performatividad produce, el cuerpo generizado, es historizado como una construcción cultural contingente de los cuerpos que no responde ni a una esencia eterna de lo femenino o lo masculino, ni a ningún fundamento en sentido ontológico o epistémico. El carácter histórico-construido del género es simultáneamente su carácter performativo *como siempre ya constituido*, producto de una reiteración forzada de normas que estilizan un cuerpo, y como *inestable o abierto*, desde el momento en que Butler sostiene que al no haber un cuerpo “real”, “verdadero” o “esencial” previo a su constitución discursivo-performativa, la reiteración de la norma es a la vez su construcción forzada según normas ideales a la que no se podrá adecuar. En otras palabras, la performatividad de género como proceso reiterativo abierto en sus efectos es un particular modo de asumir el carácter histórico del sujeto de género, de la identidad de género que se intenta analizar, entendida como contingente, no fundacional, no esencial, no “dada” previamente al proceso reiterativo por el cual se performa el género, del mismo modo que el “yo” de la escritura histórica no está dado previamente a su escribir-se, como señaló White con la voz media como promesa siempre renovada de representación realista de la realidad *qua* histórica.

Y no es casual que Butler nos devuelva al realismo figural, a la escritura en voz media y a la pregunta por el pasado práctico: dije que estos temas estaban atravesados por la intuición fundamental de White del doble carácter condicionado-libre de la escritura de la historia, de la figuración; del mismo modo, la performatividad como iterabilidad es para Butler una teoría de la agencia: “La iterabilidad de la performatividad es una teoría de la agencia, una teoría que no puede desconocer el poder como la condición de su propia posibilidad.”⁵⁴¹ Debemos recordar que Butler está pensando una teoría del género con específicos objetivos práctico-políticos, i.e., una teoría feminista del género. Es este dato el que permite entender la motivación y la búsqueda de su teorización antifundacionista:

El razonar fundacionalista de las políticas de la identidad tiende a asumir que una identidad debe primero estar en su lugar para que los intereses políticos sean elaborados y, subsecuentemente, que

⁵⁴¹ *Ibid.*, xxv.

se tomen medidas políticas. Mi argumento es que no es necesario que haya un “hacedor detrás del hacer”, sino que el “hacedor” es construido variablemente en y a través del hacer. Esto no es un retorno a una teoría existencial del sí mismo en tanto constituido a través de sus actos, porque la teoría existencial mantiene una estructura prediscursiva tanto para el sí mismo como para sus actos. Es precisamente la construcción discursivamente variable de cada uno en y a través del otro que me ha interesado aquí.⁵⁴²

En su contexto teórico-político específico, Butler argumenta contra las pretensiones de establecer un sí mismo prediscursivo como condición *sine qua non* de la intervención política, es decir, de la capacidad de acción o agencia de los individuos. Sostiene, en cambio, que una noción de “yo” o sí mismo como constituido por el discurso no recae necesariamente en un determinismo discursivo, siendo esa determinación entendida como anulación de la posibilidad de agencia. Una noción de sujeto situado, “culturalmente embarrado”, implica para Butler que el sujeto negocia sus construcciones, “aún cuando esas construcciones son los predicados mismos de su propia identidad”. Lo que se habilita al pensar la identidad como afirmada a través de un proceso de significación es la reformulación de la pregunta por la agencia como “una pregunta sobre cómo funcionan la significación y la resignificación.”⁵⁴³ Entender la identidad como una práctica significativa es entender los sujetos culturalmente inteligibles como los efectos resultantes de un discurso gobernado por reglas que se inserta a sí mismo en los actos significantes pregnantes y mundanos de la vida lingüística:

Las reglas que gobiernan la identidad inteligible, i.e., que habilitan y restringen la aserción inteligible de un “yo”, reglas que están parcialmente estructuradas a través de matrices de jerarquía de género y heterosexualidad compulsiva, operan a través de la *repetición*. En efecto, cuando se dice que el sujeto es constituido, esto significa simplemente que el sujeto es una consecuencia de ciertos discursos gobernados por reglas que gobiernan la invocación inteligible de la identidad.⁵⁴⁴

Y aquí aparece la performatividad como *condición de constitución subjetiva* a la vez que *posibilidad de agenciamiento*, haciéndose clara la diferencia entre la concepción de Butler y la teoría de Austin:

El sujeto no está *determinado* por las reglas por las cuales es generado porque la significación *no es un acto fundante, sino más bien un proceso regulado de repetición* que se oculta tanto como refuerza sus reglas precisamente a través de la repetición de los efectos sustancializantes. En cierto sentido, toda significación ocurre al interior de la órbita de la compulsión a repetir; la “agencia”, entonces, debe ser localizada al interior de la posibilidad de una variación en la repetición. Si las reglas que gobiernan la significación no solo restringen, sino que habilitan la afirmación de dominios alternativos de inteligibilidad cultural, i.e., nuevas posibilidades para el género que

⁵⁴² *Ibid.*, 195.

⁵⁴³ *Ibid.*, 197.

⁵⁴⁴ *Ibid.*, 198.

disputen los rígidos códigos de los binarismos jerárquicos, entonces es solo al interior de las prácticas de significación repetitiva que una subversión de la identidad se vuelve posible.⁵⁴⁵

En la medida en que el objetivo teórico-práctico de Butler es desnaturalizar las concepciones de género, mostrar el carácter performativo de lo que se presenta como natural logra su objetivo. Al reconceptualizar la identidad como un efecto, es decir, como producida o generada y no fundante, se abren las posibilidades de la agencia que se encuentran clausuradas para el feminismo, según Butler, cuando se toman las categorías de identidad como fundacionales o fijas. Ya que “Que una identidad sea un efecto no significa ni que está fatalmente determinada ni que es completamente artificial y arbitraria.”⁵⁴⁶ Butler sostiene que malinterpretar el estatus constituido de la identidad de este modo muestra que el discurso feminista de la construcción cultural sigue atrapado en el binarismo innecesario de la voluntad libre o el determinismo —exactamente el mismo binarismo del que queremos liberar al crítico de White. En cambio, Butler sostiene que “La construcción no se opone a la agencia; es la escena necesaria de la agencia, los términos mismos en que la agencia se articula y se vuelve culturalmente inteligible.”⁵⁴⁷ Por esta razón, Butler sostiene que la tarea crítica del feminismo es

localizar estrategias de repetición subversiva posibilitadas por esas construcciones, afirmar las posibilidades locales de intervención participando precisamente en esas prácticas de repetición que constituyen la identidad y que, por tanto, presentan la posibilidad inmanente de disputarlas.⁵⁴⁸

Entrar en estas prácticas repetitivas de significación no es una elección, porque el “yo” que elegiría entrar ya está desde siempre en ellas. Por esta razón Butler afirma que no hay posibilidad de agencia o realidad por fuera de las prácticas discursivas que producen inteligibilidad. La tarea no es repetir o no repetir, sino cómo repetir: repetir y, a través de la radical proliferación de género, *desplazar* las normas de género mismas que permiten la repetición. Pero no se trata de celebrar cada nueva posibilidad en tanto posibilidad, sino de redescubrir las posibilidades que ya existen pero que existen en dominios designados como culturalmente ininteligibles o imposibles. De este modo, Butler puede afirmar que esa desnaturalización permitiría la proliferación de configuraciones de género, la desestabilización de la identidad sustantiva, y “el despojamiento de las narrativas

⁵⁴⁵ *Ibíd.*, 198-199.

⁵⁴⁶ *Ibíd.*, 201.

⁵⁴⁷ *Ídem* nota anterior.

⁵⁴⁸ *Ídem* nota anterior.

naturalizantes de la sexualidad compulsiva de sus protagonistas centrales: el 'hombre' y la 'mujer'.⁵⁴⁹

Aquí donde aparece la noción de una narrativa naturalizante es donde podemos unir productivamente el *gender trouble* de Butler al *narrative trouble* de White: ¿Qué ganamos ahora si pensamos la figuración no como un acto de dotación de significado, sino como un proceso iterativo de significación? ¿Y si pensamos a las estructuras de trama como convenciones culturales heredadas y performativas? ¿Qué podemos entender de los efectos moralizantes de toda narrativización si la pensamos como iteración, como reiteración forzada de convenciones narrativas?

7.5 Historia, figuración y performatividad para una teoría de la narrativa refigurada: de Butler a White y viceversa

Para entender por qué considero que hay un ida y vuelta de White a Butler que puede ser prometedor para una teoría de la narrativa es necesario retornar al deseo insatisfecho de una historiografía progresiva que White pesimistamente considera desoído por sus interlocutores. Creo que una teoría performativa de la identidad histórica inspirada en la obra de Judith Butler puede ser el lugar donde el deseo de White sea finalmente escuchado. Pero también quiero afirmar que cualquier intento de pensar y escribir cualquier identidad histórica debe reconocer la crítica de la narrativa y la escritura de la historia realizada por White. Por lo tanto, propondré una afinidad electiva entre la crítica de la narrativa de Hayden White en la historia y la crítica del género de Judith Butler en el feminismo. En otras palabras, una teoría performativa de la identidad histórica no puede sino ser una teoría de la narrativa, y viceversa.

En primer lugar, la idea de una historia progresiva me permite presentar la afinidad electiva entre la tarea de White respecto de la historiografía y la de Judith Butler en los estudios feministas o de género. Creo que ambos han tratado de repensar, desde dentro de una práctica discursiva en proceso, una categoría fundamental que estaba tanto presupuesta por la práctica como necesariamente incuestionada para asegurar la auto-definición de la práctica misma: la narrativa, en la historia; el género, en el feminismo. Pero ambos cuestionaron tales categorías y esa crítica fue leída como una amenaza para que la existencia misma de sus prácticas. Es interesante que la narrativa en disputa (o *narrative trouble*) ocasionada por White y el género en disputa (*gender trouble*) de Butler nacieron del deseo de repensar sus

⁵⁴⁹ *Ibid.*, 200.

prácticas con el fin de mejorarlas radicalmente. Ambos buscaron refigurar progresivamente las prácticas discursivas a las que pertenecían. En el caso de Hayden White, creo que el deseo de una historiografía progresiva es llevado al extremo en su reciente argumentación en pos de un interés por el pasado práctico que rechaza el pasado histórico - y tal vez, a los historiadores mismos también. Creo que esta radicalización de la posición de White muestra lo que ha cambiado en torno a la reflexión sobre la narrativa y la historia durante los últimos cuarenta años dentro de la filosofía de la historia y fuera de ella también -tal como Tozzi y Partner nos mostraron. Más aún, la perspectiva crítica de White sobre la narrativa es más urgente que nunca y creo que la teoría de la performatividad de Butler puede servir como un ejemplo paradigmático de lo que sigue siendo digno de atención respecto de la narrativa, la historia, el discurso y la agencia.

En segundo lugar, el diagnóstico de un nuevo escenario práctico en el cual reaparece y se refigura el problema de la persistencia de la narración -ahora en términos de la identidad individual y colectiva en tanto históricas y en tanto articuladas entre sí- apunta, en mi opinión, en dirección a la teoría de la performatividad de la identidad de género de Butler. Más aún, quiero sostener que la afinidad entre White y Butler que señalaré también ilumina las últimas temáticas whiteanas que mencioné anteriormente: la conexión está dada por *el carácter performativo de la figuración* tal como White la ha estudiado en la escritura narrativa de la historia. O, también podríamos decir que está dada por *el carácter figurativo de la performatividad* tal como Butler ha mostrado para la identidad de género. Quiero presentar esta idea como una pregunta:

Lo que White sostiene respecto de la figuración en la escritura de la historia, ¿no es lo mismo que Butler afirma respecto de la naturaleza performativa de género? La figuración y la performatividad, ¿pueden ser consideradas como dos características inescindibles del desplazamiento crítico, ese ir y venir, entre el discurso y la agencia respecto de la historia y la identidad, exactamente aquello que a la vez nos habilita y nos constriñe a tener una historia o de un género?

Creo que tal como White ha pensado la narrativa en la historia, i.e., como un elemento de construcción, un hacer poético, Butler ha pensado el género. Tal como la narrativa y la historia están unidas por las convenciones heredadas a la que apelamos para producir nuevo significado, lo mismo ocurre con la identidad y el género. Y, sin embargo, no podemos prescindir de estas construcciones que nos constituyen, ya sea que estemos hablando de la

narración heredada de nuestro pasado o de las normas de género que nos vemos obligados a reiterar, por las cuales nos hemos vuelto sujetos de/con género. Tal como Butler afirma, mostrar su carácter históricamente construido y su naturaleza contingente no significa que podamos prescindir de estas construcciones que nos constituyen.

A su vez, así como la narrativización según White es convencional y normativa, lo mismo sucede con el género. Y ambos parecen desempeñar el mismo rol que la prefiguración en el discurso histórico: son a la vez inevitables y opcionales; restringidos y libres; en una palabra, *poéticos*, ya que no existen fundamentos objetivos o esenciales que decidan el significado a asignarles, y sin embargo, también están sobredeterminados por el significado heredado de las convenciones de trama o de género que hacen al significado posible. Como vemos, así como White historizó la historia, Butler historizó el género.

Finalmente, podemos pensar que la narrativa y el género, en tanto figurativos – productores de significado- remiten a la performatividad porque ambos tienen que ver con la agencia. En otras palabras, así como

*White nos muestra que la narrativización hace posible la pregunta por la agencia
al permitirnos ofrecer una interpretación de una serie de ocurrencias
como un relato de cierto tipo;*

*Butler nos ha mostrado que el género hace posible la agencia en tanto sujetos
al permitirnos ofrecer una interpretación de las posibilidades del cuerpo
como un cuerpo de cierto tipo.*

Es esta percepción de afinidad lo que quisiera profundizar sugiriendo que *la figuración y la performatividad son una y la misma intuición acerca de la identidad histórica*: ambas remiten al discurso y la historia, a la doble naturaleza condicionada y libre de nuestra acción, al peso del pasado en nuestra agencia que también es el único recurso para la imaginación de algún futuro. Identidad y performatividad llevan la narrativa y la figuración a un escenario práctico, y su discusión contemporánea está absolutamente ligada a cuestiones de decisión práctica y a la imaginación de un futuro a elegir, en lugar de uno a soportar –tal como la historiografía progresiva y el interés por el pasado práctico de White nos reclamaban pensar.

A su vez, las cuestiones a las que se enfrenta la teoría feminista de género remiten a cuestiones ya transitadas por la Nueva Filosofía de la Historia una vez inaugurada White, razón por la cual considero que una teoría de la narrativa heredera de White puede ser

refigurada no solo por la incorporación de la consideración performativa de la figuración que he sugerido en este capítulo final, sino por encontrar en las discusiones de la teoría de género habilitadas por Butler un nuevo territorio al cual contribuir. Butler muestra cómo los sujetos de género negocian inmanentemente las construcciones culturales que los constituyen, se agencian mediante su participación en procesos de significación y resignificación gracias a los cuales puede abrirse la posibilidad de la variación en la repetición que les permita explorar nuevas configuraciones de género. Y, en particular, que esta iteración de las normas mismas que los constituyen implica la crítica a las narrativas naturalizante de la heterosexualidad compulsiva en tanto desplazamiento en la repetición. Aquí es donde las peripecias teóricas de White y el narrativismo ofrecen su mejor contribución: ¿no son estas cuestiones distintas maneras de explorar la tensión irónico-romántica que encontramos en la persistencia de la narración? Esa paradoja inicial de la narración histórica que nos presentaba los extremos de su aceptación irónica o su rechazo romántico, reaparece en las discusiones de género como la paradoja de la sujeción. Butler, siguiendo a Foucault, explora cómo estamos “sujetos” al género en un doble y simultáneo sentido: “Sujeto al género, pero subjetivado por el género, el ‘yo’ no está ni antes ni después del proceso de esta generización, sino que sólo emerge dentro (y como la matriz de) las relaciones de género mismas.”⁵⁵⁰ ¿No es esta la misma y nueva paradoja, a la que la crítica y persistencia de la narración en la Nueva Filosofía de la Historia nos ha llevado?: Escritos por las narraciones que nos constituyen, pero subjetivados por ellas, a su vez: el ‘yo’ que escribe su historia no está ni antes ni después de su narrativización, sino que sólo emerge dentro de las convenciones narrativas mismas por medio de las cuales re-escibe su historia, tramándose de algún modo. La tensión irónico-romántica es la patentización de nuestro lidiar entre el discurso y la agencia, la narración y la historia, para escribimos. Como intenté mostrar, no se trata de rechazar románticamente la narración –no podemos prescindir de las construcciones que nos constituyen–, ni de pensar su aceptación irónica como mera repetición: en la re-escritura de la historia, que White tematizó en su profundo sentido práctico en sus últimos escritos, encontramos la posibilidad de variación en la repetición, la iteración que no es sino otro nombre para el desplazamiento de un relato por otro, frente a relatos en disputa, como ya Mink a White le enseñara. Es ese desplazamiento, que la teoría de género piensa como una agencia en la iteración, el que la filosofía de la historia narrativista ha elaborado, en su conciencia irónica de que una narrativización desplaza

⁵⁵⁰ Cfr. Butler (2005: 25).

a otra, sin perder el impulso romántico de las posibilidades habilitadas por una nueva escritura del propio pasado.

La historización, la figuración y la performatividad, entonces, apuntan a una concepción de la identidad histórica sin fundamento, sin anclaje permanente del significado, y sin embargo, es esto mismo lo que trae la cuestión de la agencia a un primer plano. Ya que es manteniendo en mente la búsqueda de un futuro mejor que las preguntas acerca de la agencia en el presente son significativas, pero, nuevamente, en tanto históricamente contingente, es a partir del pasado (y sus relatos constituyentes) como una *carga* tanto como un *recurso* que podemos intentar imaginar tal futuro –un pasado que como nuestras construcciones discursivas, ni inventamos a voluntad ni nos tienen prisioneros. Al igual que White respecto de la historia progresiva, Butler sostiene que la tarea de una teoría crítica de la identidad de género es una tarea utópica: “un trabajo difícil de forjar un futuro a partir de recursos inevitablemente impuros.”⁵⁵¹ Por tanto, tal vez el pesimismo de White respecto del pasado histórico pueda ser leído optimistamente como conduciéndonos a ver este presente necesitado aún de una teoría de la narrativa –ese recurso tan impuro como potente- en su rol figurativo y performativo para la escritura y constitución identitaria. Quizás así sea como el deseo más fundamental de White se refigure a sí mismo como una promesa renovada para que nosotros cumplamos.

⁵⁵¹ *Ibid.*, 338.

Bibliografía

- Acero, J. J., Bustos, E. y Quesada, D. (1982): *Introducción a la filosofía del lenguaje*, Madrid, Cátedra.
- Ankersmit, F. (1981): *Narrative Logic: A Semantic Analysis of the Historian's Language*, Groningen, Martinus Nijhoff.
- (1994): *History and Tropology: The rise and Fall of Metaphor*, Berkeley, University of California Press Berkeley
- (2001): *Historical Representation*, Stanford, Stanford University Press
- (2005): *Sublime Historical Experience*, California, Stanford University Press
- (2006): "«Presence» and Myth" en *History and Theory*, Vol. 45, 328-336
- (2011): *Giro lingüístico, teoría literaria y teoría histórica*, Selección, edición e Introducción de Verónica Tozzi, Buenos Aires, Prometeo Libros
- Ankersmit, F. y Kellner, H.(eds.) (1995): *A New Philosophy of History*, Chicago, Chicago University Press
- Ankersmit, F., Domanska, E. y Kellner, H.(eds) (2009): *Re-figuring Hayden White*, Stanford, Stanford University Press
- Auerbach, E., (1950): *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, FCE
- Austin, John L. (2006): *Cómo hacer cosas con palabras*, J. O. Urmson comp., traducción de Genaro R. Carrió y Eduardo A. Rabossi, Buenos Aires, Paidós
- Barthes, R. (1987): *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós
- (1990): *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós
- Barthes, R., Eco, U., Todorov, T. y otros (1999): *Análisis estructural del relato*, México, Ediciones Coyoacán
- Benveniste, É. (1971): *Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI
- (1977) *Problemas de lingüística general II*, México, Siglo XXI
- Berkhofer, R. (1995): *Beyond the Great Story. History as Text and Discourse*, London Harvard University Press
- Butler, J. (1988): "Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory", en *Theatre Journal*, Vol. 40, No. 4.
- (2004): *Undoing Gender*. Nueva York & Londres, Routledge,
- (2005): *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, Buenos Aires, Paidós

- (2006): *Gender Trouble, Feminism and the Subversion of Identity*. Nueva York & Londres, Routledge
- Burke, K. (1969): *A Grammar of Motives*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press
- Carr, D. (1986a): *Time, History and Narrative*; Bloomington, Indiana University Press
- (1986b): "Narrative and the Real World: An Argument for Continuity", *History and Theory*, Vol. XXV, N° 2, pp.117 -131
- Carrió, Genaro R. y Rabossi, Eduardo A. (2006): "La filosofía de John L. Austin", en Austin, J. L., (2006:7 a 35), *op. cit*
- Culler, J. (2000): *Breve introducción a la teoría literaria*, Barcelona, Crítica.
- Cusset, F. (2005): *French Theory. Foucault, Derrida & cia. y las mutaciones de la vida intelectual en los Estados Unidos*, Barcelona, Melusina.
- Danto, A., (1981): *The Transfiguration of the Commonplace*, Harvard, Harvard University Press
- (1985): *Narration and Knowledge*, Nueva York, Columbia University Press
- Descombes, V. (1998), *Lo mismo y lo otro. Cuarenta y cinco años de filosofía francesa (1933-1978)*. Madrid, Cátedra
- Domanska, Ewa (2008) "A Conversation with Hayden White", in *Rethinking History* Vol. 12, No. 1, March 2003, 3-21.
- Doran, R. (2010): "Editor's Introduction: Humanism, Formalism and the Discourse of History", en White (2010b), *op. cit*.
- (2013): *Philosophy of History After Hayden White*, London-New York, Bloomsbury
- Eagleton, T. (1983): *Literary Theory. An introduction*, Minneapolis, University of Minnesota Press
- Fages, J.B. (1969): *Para comprender el estructuralismo*, Buenos Aires, Editorial Galerna
- Friedlander, S. (1992): *Probing the Limits of Representation*, Cambridge, Harvard University Press
- (2007): *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews, 1939–1945*, New York, HarperCollins, 2007
- Frye, N. (1957): *The Anatomy of Criticism: Four essays*, Princeton, Princeton University Press
- Gallie, W.B. (1968): *Philosophy and the Historical Understanding*, Nueva York, Schocken Books

- García Carpintero, M. (1996): *Las palabras, las ideas y las cosas. Una presentación de la filosofía del lenguaje*, Barcelona, Ariel
- Genette, G. (1999): "Fronteras del relato" en Barthes, R., Eco, U., Todorov, T. y otros (1999: 199-212), *op. cit.*
- Golob, E. O. (1980): "The Irony of Nihilism", *History and Theory*, Vol. 19, No. 4, Beiheft 19: Metahistory: Six Critiques.
- Goodman, N. (1978): *Ways of World Making*, Indianapolis, Hackett Publishing Company
 ----- (1995): *De la mente y otras materias*, Madrid, Visor
 ----- (2010): *Los lenguajes del arte*, Madrid, Paidós
- Gombrich, E. H. (2002): *Arte e ilusión. Estudio sobre la psicología de la representación pictórica*, London, New York, Phaidon
- Gorman, J. L. (1997): "Philosophical Fascination with Whole Historical Texts", *History and Theory*, 36, nº 3, pp. 406-415
- Hacking, I. (1999): *The Social Construction of What?*, Cambridge and London, Harvard University Press
- Hobart, M. E. (1989): "The Paradox of Historical Constructionism", en *History and Theory*, Vol.28, No. 1, p. 43-58.
- Hutton, P. (2005): "Looking for a *juste milieu* in a silver age of modesty", en *History and Theory*, Vol. 44, 391-403.
- Jakobson, R., (1973): "Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia", en Jakobson, Roman y Magariños de Moretin, Juan A., *Semiología, afasia y discurso psicótico*, Buenos Aires, Rodolfo Alonso Editor
 ----- (1974): *Ensayos de Lingüística General*, Barcelona, Seix Barral
 ----- (1995): *Arte verbal, signo verbal, tiempo verbal*, México, FCE
 ----- (1996): *El marco del lenguaje*, México, FCE
 ----- (2004): "Hacia una ciencia del arte poética", en Todorov (2004), *op. cit.*
- Jenkins, K., (1991): *Rethinking History*, Londres, Routledge
 ----- (1995): *On 'What is History?'*, Londres, Routledge
 ----- (2002): *Refiguring History*, Londres, Routledge
- Kansteiner, W. (1993): "Hayden White's critique of the writing of history", en *History and Theory*, 32, nº 3, pp. 273-295
 ----- (2006): *In Pursuit of German Memory. History, Television and Politics after Auschwitz*, Athens, Ohio University Press

- (2009): "Success, Truth and Modernism in Holocaust Historiography: Reading Saul Friedländer Thirty Five Years After the Publication of *Metahistory*", en *History and Theory, Theme Issue 47*
- Kermode, F. (2000): *El sentido de un final. Estudios sobre la teoría de la ficción*, Barcelona, Gedisa
- Kellner, H. (1980): "A Bedrock of Order: Hayden White's Linguistic Humanism", en *History and Theory*, Vol. 19, No. 4, Beiheft 19: *Metahistory: Six Critiques.*, pp. 1-29
- Korhonen K. (2006): *Tropes of the past. Hayden White and the History / Literature Debate*, Amsterdam – New York, Rodopi, 2006.
- Lévi-Strauss, C.,(1964): *El pensamiento salvaje*, México, FCE
- , (1968): *Antropología estructural*, Buenos Aires, Eudeba
- Lorenz, C., (1994): "Historical Knowledge and Historical Reality: A Plea for «historical realism»", *History and Theory*, Vol. XXXIII, pp.297-327.
- (1998): "Can histories be True?", en *History and Theory*, Vol. 37, No. 3., pp. 309-32
- Mandelbaum, M., (1980): "The Presuppositions of Metahistory" en *History and Theory*, Vol. 19, No. 4, Beiheft 19: *Metahistory: Six Critiques*, pp. 39-54.
- Marwick, A.,(1995): "Two Approaches to Historical Study: The Metaphysical (Including "Postmodernism") and the historical", en *Journal of Contemporary History*, SAGE, London, Thousands Oaks, CA and New Delhi, Vol. 30, 5-35.
- Mink, L. (1987): *Historical Understanding*, (Brian Fay, Eugene O. Golob y Richard T. Vann, comps.), Ithaca and Londres, Cornell University Press
- Munslow, A., (1997): *Deconstructing History*, London and New York, Routledge
- (2003): *The New History*, Great Britain, Pearson
- Murphey, M. G. (2009): *Truth and History*, Albany, NY, State University of New York Press
- Nelson, J. S. (1980): "Tropical History and the Social Sciences: Reflections on Struever's Remarks", en *History and Theory*, Vol. 19, No. 4, Beiheft 19: *Metahistory: Six Critiques.* pp. 80-101
- Navarro Reyes, J., (2010): *Cómo hacer filosofía con palabras. A propósito del desencuentro entre Searle y Derrida*, Madrid, FCE
- Norman, A. P. (1991): "Telling it like it was: Historical narratives on their own terms", en *History and Theory*, vol. 30, nº 2, pp. 119-135
- Paul, H. (2011): *Hayden White*, Cambridge, Polity Press

- Partner, N. (1998), "Hayden White: The Form of the Content", en *History and Theory*, Vol, 37, N° 2, pp. 162-172.
- (2009), "Narrative Persistence: The Post-Postmodern Life of Narrative Theory" en Ankersmit, Domanska y Kellner (2009: 81-104), *op. cit.*
- Pepper, S. (1935): "The Root of Metaphor Theory of Metaphysics", *The Journal of Philosophy*, Vol. 32, N° 14
- Pomper, P.,(1980): "Typologies and Cycles in Intellectual History", en *History and Theory*, Vol. 19, No. 4, Beiheft 19: *Metahistory: Six Critiques*, pp. 30-38
- Quine, W.V. (1951): "Main trends in recent philosophy. Two dogmas of empirism", en *The Philosophical Review*, Vol. 60, N°1, 20-43.
- Ricoeur, P., (1995): *Tiempo y narración*, México, Siglo XXI Editores-
- Roth, M. (2007): "Ebb tide", en *History and Theory*, Vol. 46, 66-73.
- Runia, E., (2006a): "Presence", en *History and Theory*, Vol. 45, 1-29
- (2006b): "Spots of Time" en *History and Theory*, Vol. 45, 305-316
- de Saussure, F. (1945): *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Editorial Losada
- Stone, Lawrence (1979): "The Revival of Narrative", *Past & Present*, V.85.
- Struever, N. (1980): "Topics in History", en *History and Theory*, Vol. 19, No. 4, Beiheft 19: *Metahistory: Six Critiques*. pp. 66-79.
- Todorov, T. (2004): *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Buenos Aires , Siglo XXI Editores
- Topolski, J. (1987): "Historical Narrative: Towards a Coherent Structure", *History and Theory*, Vol. 26, No. 4, pp. 75-86.
- (1999): "The Role of Logic and Aesthetics in Constructing Narrative Wholes in Historiography", *History and Theory*, Vol. 38, No. 2, pp.198-210.
- Tozzi, V., (2003): "Introducción" en White (2003) *op. cit.*
- (2009) *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Buenos Aires, Prometeo Libros
- (2010) "Introducción" en White (2010a) *op. cit.*
- Tozzi, V. y Lavagnino, N., (2012): *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*, Sáenz Peña, EDUNTREF
- Vann, R., (1987): "Louis Mink's Linguistic Turn", *History and Theory*, Vol. 26, No. 1 , pp. 1-14.
- (1998): "The Reception of Hayden White", *History and Theory*, Vol. 37, No. 2, p. 143-161

- Waugh, L. R. (1980), "La función poética y la naturaleza de la lengua", en Jakobson, R. (1995) op. cit.
- White, H. (1973): *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, John Hopkins University Press
- (1978): *Tropics of discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, John Hopkins University Press
- (1987): *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, The John Hopkins University Press
- (1992): *Metahistoria, La imaginación histórica en la Europa del Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica
- (1995): "Response to Arthur Marwick", en *Journal of Contemporary History*, (SAGE, London, Thousand Oaks, CA and New Delhi), Vol. 30, 233-246
- (1999): *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*, Baltimore, The John Hopkins University Press
- (2000): "An Old Question Raides Again: Is Historiography Art or Science? (Responde to Iggers)" en *Rethinking History*, Vol. 4, No. 3, pp. 391-406.
- (2003): *El texto histórico como artefacto literario*, (Introducción de Verónica Tozzi, traducción Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino), Barcelona, Paidós
- (2006) "Historical Discourse and Literary Writing", en Korhonen (2006) op. cit.
- (2010a): *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, Verónica Tozzi comp., Trad. por María Inés La Greca y otros, Bs. As., Prometeo Libros
- (2010b): *The Fiction of Narrative*, Baltimore, John Hopkins University Press
- (2012): "El pasado práctico", en Tozzi y Lavagnino (2012).
- (2013): "History as Fulfillment" en Doran (2013), op. cit.
- Zagorín, P., (1990): "Historiography and Postmodernism: Reconsiderations", *History and Theory*, Vol. XXIX
- (1999): "History, the Referent and Narrative: Reflections on Postmodernism Now", *History and Theory*, Vol. XXXVIII., No. 1, pp. 1-24
- Zammito, J.(2005): "Ankersmit and Historical Representation", *History and Theory*, Vol. XLIV, N°2